

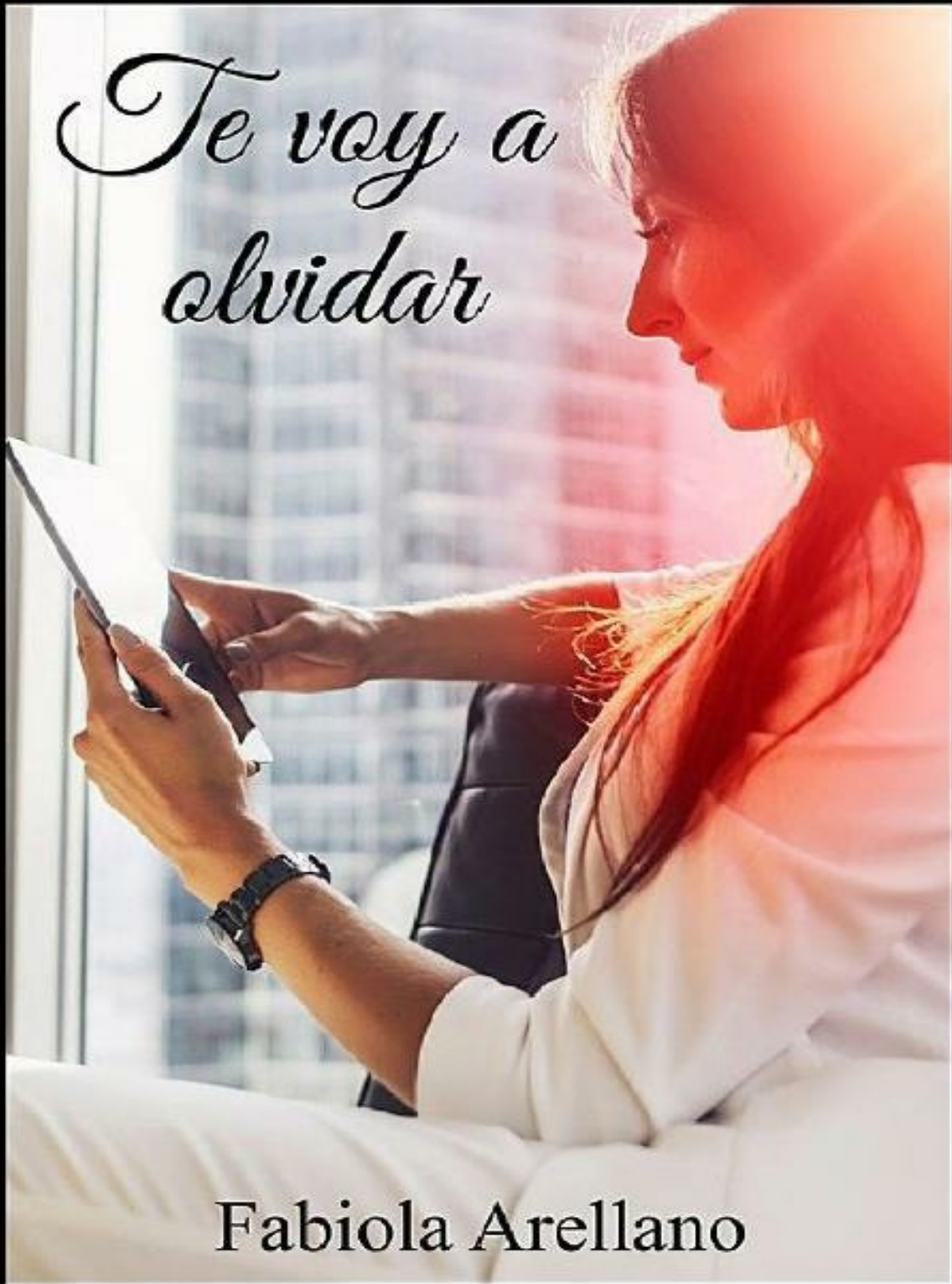
Selecta

*Te voy a
olvidar*

Fabiola Arellano

Selecta

*Te voy a
olvidar*



Fabiola Arellano

Te voy a olvidar

Fabiola Arellano

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Hoy he sido asesinada.
Herida de muerte, mató mi espíritu él, el que suponía mi héroe,
mi amor, mi compañero, mi todo...*

Querida Yo:

¿Cómo saber dónde estás?

¿Cómo encontrarte?

Lo peor es que no tengo la menor idea de en qué momento del camino te perdí.

Para todas las Amy Parker del mundo.

Capítulo I

Amy Rossetti miró su reflejo en las puertas metálicas del ascensor. Por inercia, casi rutinaria, se alisó la falda del traje sastre y se mentalizó para cumplir la jornada del día. Se suponía que a esas horas debería estar camino a San Francisco, y así sería de no ser por esa maldita carpeta que contenía documentos imprescindibles para el evento. Por enésima vez se preguntó cómo pudo olvidar algo tan básico como el dossier. Se dijo que quizá el cansancio y la premura de ese encargo tenían mucho que ver.

Sumida en sus cavilaciones abandonó el ascensor y caminó a toda prisa por el pasillo, ni siquiera se percató de los murmullos que a su paso se desataban.

—¿Amy? ¿Qué haces aquí? —Inda, la chica que trabajaba como su secretaria desde hacía un par de años, no disimuló su sorpresa de verla ahí.

—¿Puedes creer que ayer me olvidé de llevarme el dossier del evento? —Movié la cabeza en negación, aún le costaba aceptar el haber cometido tan estúpido error.

—No me extraña, y sí, no me mires así, esta semana trabajaste como esclavo y te quedaste hasta tarde solo para poder cumplir con las exigencias de ese cliente. Dime, Amy, ¿a qué hora te fuiste ayer?

—Yo... creo que pasada la medianoche.

—¿Lo ves? Cualquiera en tu lugar hubiera caído rendido por el sueño y cansancio mucho antes. Pero veamos el lado bueno de la situación, aún es temprano y si te das prisa todavía puedes llegar a tiempo. Por cierto, Esthella me pidió que la comunicara contigo, al parecer es urgente, sin embargo, parece que mi jefa no solo olvidó el dossier, sino también encender su móvil.

Amy metió la mano en su bolso y sacó el aparato. No le sorprendió que estuviera apagado.

—Lo siento, no sé qué me pasa hoy, parece que me levanté con el pie izquierdo.

—No digas eso, verás como todo irá mejor durante el transcurso del día.

—Eso espero, por lo pronto iré a ver qué quiere Esthella.

Sin perder tiempo se encaminó hacia la oficina de su jefa y amiga, que era la dueña de Blue Moon, empresa organizadora de eventos, número uno en su tipo, la cual ganó prestigio, en gran parte, gracias al trabajo incondicional de Amy.

Quince años atrás, Amy comenzó a trabajar para Esthella, una mujer madura, recién divorciada, quien, gracias a un versado abogado, logró sacar a su exmarido un ventajoso acuerdo de separación. Con parte de los beneficios obtenidos, fue que se fundó Blue Moon.

Al instante de conocerse, Esthella se enamoró de la frescura y originalidad que irradiaba esa joven pelirroja, que tenía suficientes bríos para comerse el mundo a bocados.

Amy llamó a la puerta y tras recibir confirmación, entró...

—¿Qué? ¿Estás echándome? —preguntó incrédula.

—No lo tomes así, Amy. Es tiempo de retirarme; ambas sabíamos que este momento llegaría, ahora que Justin ha regresado del extranjero, él estará a cargo.

—¿Y?

—El cree que es tiempo de modernizar la empresa, ya sabes, llenarnos de ideas frescas, gente nueva... —comenzó Esthella a modo de explicación.

—Sí, claro, ¿acaso crees que nací ayer? —Indignada, se puso en pie de un salto—. ¡Por Dios, Esthella! ¡No soy estúpida!

—Amy, por favor...

—¿Qué? Vamos, Esthella, no trates de insultar mi inteligencia con esos absurdos alegatos; de sobra sé el motivo por cual tu hijito te ha calentado la cabeza, ¿o vas a negar que el chico está deslumbrado con la francesita esa que se trajo de no sé dónde? Es por ella por quién está haciendo todo esto. —Sacudió la cabeza—. Ahora comprendo las palabras burlonas que me dedicó el otro día cuando dijo que a mi oficina le hacía falta un «cambio». Qué estúpida soy, claro que no se refería solo al mobiliario, ¿verdad?

—Amy, tranquilízate, sé más racional...

—¿Racional? ¡Ja! Déjate de tonterías y reconoce que tengo razón. Esa chica lo único que sabe hacer bien es mover las caderas.

—Amy...

—No, Esthella, después de todos estos años de servicio a tu lado merezco que me hables con sinceridad. —Señaló con dedo acusador a la que, hasta esa mañana, consideraba su amiga.

—Florance está sumamente capacitada para asumir el puesto, si no jamás habría aceptado que lo ocupe, por muy «amiga» que sea de mi hijo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué opina la junta de accionistas al respecto? No creo que esta absurda situación les...

—En la junta del viernes aprobaron por unanimidad a Justin y su plan de trabajo, incluidas todas las reformas.

—¿Qué? ¡Esto es inaudito! —Sin esperar más, salió de la habitación para dirigirse al despacho del *juniorsete* que pretendía arruinar su vida.

Furiosa, Amy pasó de largo a la secretaria que intentó detenerla y abrió la puerta.

—¿Qué demo...? —soltó Justin, molesto por la interrupción.

Florance, que hasta un segundo antes permanecía de rodillas entre las piernas del hombre, se puso en pie; era más que obvio lo que la joven hacía antes de que Amy entrara.

—¿Podrías dejarnos solos? —pidió Amy a la chica francesa.

Con un descaro sin precedentes, la mujer se lamió los labios, se acomodó el cabello que Justin había desordenado al sujetarle de la cabeza mientras ella le daba placer con la boca.

—Te veo al rato, *mon amour* —se despidió la chica, después dirigió a Amy un gesto de burla antes de abandonar el despacho.

—Ahora comprendo cuan calificada está esa mujer para ocupar mi puesto —soltó con amargura.

—Lo que acabas de ver nada tiene que ver con el trabajo —expresó tenso al tiempo que reacomodaba sus pantalones.

—Sí, ya veo que sabes separar muy bien lo laboral de lo personal —se mofó.

—¿Qué quieres, Amy?

—De sobra lo sabes. —Lo miró con furia.

—Supongo que madre ya habló contigo, así que no sé cuál es el problema.

—¡Tú, maldito juniorcito! ¿Cómo te atreves a tratarme así?

—Te recuerdo que, a partir de hoy, te guste o no, soy el mandamás aquí. La junta de accionistas está enterada y a favor de mi nombramiento, por lo tanto, tengo luz verde para comenzar con las reformas de la empresa; no solo las estructurales, sino también las administrativas. —Hizo un gesto cortés para que ella tomara asiento—. Amy, sé que fuiste un

elemento base en los inicios de todo esto, pero los tiempos cambian y los mercados con ello. En este giro en particular, es requisito indispensable mantenerse al tanto de las tendencias y adaptarse a las circunstancias si quieres seguir a flote.

—Todo eso lo sé de sobra. Hasta ahora nunca han tenido queja de mi trabajo —se defendió.

—Es verdad, pero, si analizas la cartera de clientes, nuestros números han bajado en los últimos dos años, lo cual demuestra que la renovación es indispensable. Acéptalo, ya no eres la joven con ideas novedosas que revolucionó el mercado. Creo que aún estamos a tiempo de salvar el buen nombre. Llegó el momento de avanzar, dejar de vivir de glorias pasadas y modernizarse.

—Puedo adaptarme, sé que sí. —Dejó de lado su orgullo. Rogar era una de las cosas que más detestaba en la vida, pues lo consideraba algo humillante.

Justin la miró con un dejo de autosuficiencia que la molestó. Indolente, el hombre se acomodó en el sillón presidencial y con voz grave dijo:

—Los siento, pero la decisión es irrevocable.

—¡No puedes echarme sin más! El evento de San Francisco...

—Ya está cubierto.

—¿Qué?

—Florance y Amber están en ello.

En ese momento, Esthella entró en la habitación.

—Amy, tienes que comprender... —comenzó la recién llegada con expresión afligida.

El ruego de su exjefa solo sirvió para acrecentar más la ira que bullía en su interior. Incredula se preguntó cómo se atrevía ese mozalbete inmaduro y arrogante a tratarla así. ¿Acaso no presumía Esthella ser su amiga? ¿Entonces? ¿Por qué permitía a su hijo humillarla de esa manera?

Justin sonrió divertido, no sabía con exactitud el porqué, pero disfrutó en demasía el verla tan enfadada.

—Tus servicios y opinión fueron de mucha ayuda en esta empresa, lo reconozco, por eso seré generoso contigo. —Justin extendió un papel doblado.

Amy observó el objeto durante unos segundos y evitó tocarlo, como si se tratase de un animal ponzoñoso que la atacaría al solo roce.

—¿Qué esperas? Tómalo, con eso te alcanzará para iniciar un negocio, algo que sea acorde a las expectativas de alguien retirado —insistió Justin.

Consternada, Amy abrió el documento y no le sorprendió descubrir que era un cheque con una suma considerable de dinero. Para mayor indignación, ni esa cuota, a pesar de los ceros, cubría la fidelidad y los años dedicados. Ese gesto, lejos de parecerle «generoso», como había hecho referencia el juniorsete, le había sentado como una bofetada.

—¿Y qué se supone que haré ahora? ¿Acepta el retiro forzoso? —Concentró toda su fuerza de voluntad en evitar que las molestas lágrimas que se agolpaban en sus ojos salieran. No quería, por nada del mundo, darle el gusto a ese arrogante de verla llorar.

—Amy, es tiempo de aceptar que tu momento acabó. La vida está llena de ciclos y este ya cerró. Lo más sensato es seguir el ejemplo de mi madre; hazte a un lado y deja paso a las nuevas generaciones...

Justin todavía hablaba cuando Amy se puso de pie.

—¿Quién demonios te crees para hablarme así?

—El nuevo presidente de la empresa —reiteró sin quitarle la mirada de encima. ¡Cielos! Cómo disfrutaba bajar de su pedestal a la mujer que, por ser incondicional de su madre, a lo largo de los años lo había tratado como a un chiquillo malcriado e irresponsable.

Era momento de mostrar a esa pelirroja insípida que ya era todo un hombre, uno capaz de enfrentarla y superarla.

Amy sintió que llegaba al límite. Jamás en su vida se había sentido tan humillada.

—No necesito de tus limosnas —soltó guiada por un impulso; su lado racional le decía que aceptara el dinero y, como Justin sugería, montara su propio negocio, pero el orgullo se impuso. Sin darse oportunidad a meditarlo rompió el cheque en mil pedazos y se los aventó a la cara.

Justin le sostuvo la mirada desatándose así una guerra de poderes, la cual Esthella interrumpió:

—Por favor, Amy, acepta lo que Justin te ofrece, es más de lo que te corresponde por ley.

—Con qué poco pretendes lavar tu conciencia, Esthella. ¿Tienes idea de lo que trabajé para sacar adelante el evento que tu hijo, por arte de magia, acaba de quitarme para dárselo a la mujer esa?

—Amy, yo...

—Solo te digo una cosa, «amiga»: cría cuervos y te sacarán los ojos. —Caminó a la puerta, antes de salir se volvió y agregó—: Juro que pronto sabrán de mí y se arrepentirán por esto.

Mientras se alejaba por el pasillo rumbo al cuarto de baño, alcanzó a escuchar la voz de Justin que decía a su madre:

—Tranquila, no tengo miedo a sus amenazas...

Hecha una furia, cerró la puerta del lavabo para damas y se miró al espejo.

—Primero muerta antes que darle a ese soberbio el gusto de verme suplicar. Ya no, no más —escupió las palabras con rabia mientras luchaba por contener las insistentes lágrimas.

«Esthella es una traidora y malagradecida. ¡Le di quince años de mi vida! ¿Y qué obtuve a cambio? ¡La humillación más grande jamás recibida!». El torrente de agua salina que tanto intentó detener brotó con fuerza de su alma lastimada.

Recordó cuando conoció a Esthella; la mujer estaba muy vulnerable por la infidelidad de su marido y el divorcio. Con un niño a su cargo y un negocio de reciente creación, necesitaba toda la ayuda posible.

Juntas habían emprendido el difícil y duro proceso de hacer de Blue Moon una empresa rentable. Amy fue su hombro fuerte en muchas ocasiones; la consoló en los momentos de flaqueza y brindó su apoyo incondicional a aquella mujer que no tenía ni la menor idea sobre qué hacer con su vida después del divorcio.

—Mala amiga. Ahora que ya estás en la cima decides que no me necesitas y te deshaces de mí como si fuera una cosa que, después de un largo tiempo de uso, ya no sirve.

Se quitó las gafas de pasta dura. Ver las arrugas en el contorno de sus ojos y junto a la boca la hizo apartar la mirada de su reflejo.

«¿En verdad estoy vieja? ¿Tendrá razón el junior al decir que mi momento pasó?».

Se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar de forma estrepitosa. Al cabo de unos minutos, alguien hizo amago de entrar y eso la devolvió a la realidad. Le gustara o no, esa ya no era su empresa, por lo tanto, no tenía derecho a estar allí.

Soltó un gemido de frustración al ver el estropicio que el llanto había causado en su maquillaje, se retocó en la medida de lo posible y respiró hondo varias veces para recobrar la compostura, todo ello antes de salir del tocador con un mundo de emociones volcándose sobre ella.

Al pasar por el área de cubículos, no pudo evitar percatarse de los murmullos y miradas de lastima de los que, hasta esa mañana, eran sus compañeros de trabajo.

Jamás imaginó que sostener la frente en alto mientras transitaba por el pasillo de camino al ascensor sería una prueba tan dura, sin embargo, su pisada dignidad le exigía mantener el porte hasta el último segundo.

Al salir del edificio sentía tanta frustración y rabia que tuvo que tomar una gran bocanada de aire para poder contener el impulso de gritar a todo pulmón.

«Amy, tienes que pensar con la cabeza fría. Necesitas consejo y... ¡eso es!, nadie mejor que André para ello, él se encargará de poner en su sitio a ese par».

Sin perder tiempo se dirigió al auto, tomó el celular y comenzó a marcar el número del despacho de su esposo, pero colgó de inmediato. Decidió que lo más sensato era hablarlo en persona. André, como buen abogado que era, querría saber todos los detalles de primera mano.

El alivio que experimentó al estar frente al sofisticado edificio de tres plantas que ostentaba el letrero «Rossetti & Truman», fue abrumador.

André Rossetti y Bradley Truman se conocieron en la universidad cuando el primero de ellos llegó de Italia por un intercambio estudiantil; a partir de ese momento, se hicieron buenos amigos. Ambos se habían licenciado en leyes; André se especializó en derecho penal y Bradley, en derecho mercantil y fiscal. Varios años después de graduarse, los amigos se reencontraron y juntos formaron un bufete jurídico, el cual estaba catalogado entre los mejores y más prestigiosos.

Amy salió del ascensor de prisa, le urgía llegar al despacho privado de su esposo, tirarse en sus brazos y que él la llenara de besos. Después de la humillación recibida, necesitaba sentirse valorada y querida.

Le extrañó no encontrar a Cindy, la secretaria, en su respectivo escritorio. Se dijo que quizá la chica estaría en el cuarto de baño o preparando café. La esperó por unos minutos, pero la joven no apareció, entonces recordó que André había dado órdenes de que jamás se le hiciera esperar y pasara, incluso sin ser anunciada, así que se dirigió a las puertas dobles de madera labrada y las abrió.

Por un momento el tiempo pareció detenerse al igual que su corazón, le faltó el aire y la respiración se volvió toda una misión imposible. Sintió como si un negro abismo se abriera a sus pies y la arrastrara a sus oscuras profundidades. Un sudor frío le recorrió el cuerpo estremeciéndola hasta la médula. La boca se le llenó de un crudo sabor metálico y un fuerte mareo cimbró todo su ser.

Pensó en que era por demás irónico que le tocara vivir dos situaciones similares el mismo día.

Aturdida, se aferró al pomo de la puerta para no desplomarse. Su cerebro se negaba a creer, a aceptar lo que los ojos le mostraban: André, su André, estaba sentado en el sillón ejecutivo detrás de su espléndido escritorio, pero no estaba solo; Cindy, la joven y rubia secretaria, que recién había contratado, estaba desnuda y a horcajadas sobre él mientras ambos jadeaban y gemían de placer. Un placer que, estúpidamente, creyó poseer en exclusiva.

Capítulo II

Conmocionada, Amy creyó morir. De pronto vio pasar, como si se tratase de una película, su vida junto a él. Todos y cada uno de los momentos compartidos, las noches de intimidad en la alcoba, las discusiones, las reconciliaciones, el nacimiento de sus hijos... Todo transcurría a una velocidad de vértigo, acrecentando la sensación de estar dentro de un torbellino.

Un dolor infinito le atravesó el pecho. La daga de la decepción, mortífera y letal, con su acerado filo, resquebrajó su corazón en mil pedazos.

Un maremoto de emociones la asaltó. Su parte vulnerable, necesitada de protección, la instó a huir, a escapar de ese infierno sin llamas, a retroceder y, quizá así, descubrir que todo fue un invento de su mente aturdida. Una vez más levantó la vista y comprobó que, por desgracia, no era un espejismo.

La conmoción poco a poco fue dando paso a una rabia incontenible. ¿Qué demonios le pasaba al mundo?, ¿a los hombres? Había recurrido a su marido en busca de auxilio y solo había conseguido un golpe más.

El impulso de ir hasta ellos, tomar de los cabellos a la peliteñida y retirarla a rastras de su marido le carcomía las entrañas. Entonces recordó el rostro burlón de Justin al despedirla y eso la hizo tomar una decisión: jamás; nunca de los nunca permitiría que alguien tuviera el suficiente poder sobre ella como para lograr hacerle daño.

«No más, nunca más». Se juró en silencio. Una fuerza, de la cual desconocía su origen, quizá se tratase del instinto nato de supervivencia, se fue abriendo paso entre los escombros de lo que, hasta esa mañana había sido una mujer exitosa, con un marido amoroso y una vida «casi» perfecta.

Pero ella mejor que nadie sabía que la perfección no existe. Allí estaba el fallo; ¡qué ingenuidad la suya al creer que podía ser la excepción a la regla!

Se prometió que, aunque por dentro estuviera hecha añicos, se obligaría a permanecer de pie y con la frente en alto. ¿Cómo? Aferrándose a lo único que le quedaba: su dignidad.

Respiró hondo para contener las lágrimas. Se consoló al pensar que ya tendría tiempo de sobra para desmoronarse, pero lo haría a solas, como un animal herido que se aísla para lamerse y recobrar en la oscuridad de su cueva.

Le pareció increíble que el par de amantes, tan compenetrados en la pasión, ni siquiera se hubiese percatado de su presencia, sin embargo, era momento de hacerse escuchar.

—¿No esperarás que, después de lo que he visto, te crea cuando me digas que esto no es lo que parece?

Su marido apartó de sí con brusquedad a la secretaria, la cual cayó al piso de trasero; acto seguido, el hombre se puso de pie como impulsado por un resorte al tiempo que buscaba, con movimientos frenéticos de manos, sus pantalones.

—¿Qué haces aquí, Amy? Se suponía que estarías de viaje camino a...

—Sí, se suponía, pero ya ves que no. Qué mala suerte la mía, ¿no crees? Al parecer hoy es el día de «llegar en el momento inoportuno». —Se sorprendió de lo calmada que sonó su voz.

Si lo sucedido fuera una película, quizá se reiría de lo cómico de la escena al ver cómo la chica volaba por los aires para caer al piso de trasero, mientras el hombre hacía maniobras

ridículas para recuperar su ropa. Por desgracia, eso no sucedía en una pantalla, ni era fantasía.

Reconoció que había llegado al límite de su resistencia; su ser colapsaba. No sabía cuánto más podría soportar antes de venirse abajo, por lo que optó por la retirada. Dio media vuelta con la intención de salir de la oficina, pero, de un par de zancadas, André la alcanzó y detuvo su marcha.

Amy no supo cómo pudo mantener la fachada un minuto más, pues logró fulminarlo con la mirada antes de pedir:

—Al menos ten la decencia de ponerte los pantalones.

—Amy, lo siento, en verdad. Por favor, no te vayas, tenemos que hablar.

—No me toques, me das asco. —Sacudió el brazo para que la soltara.

Para ella siempre fue un placer el observar a su marido como Dios lo trajo al mundo; le fascinaba contemplar el formidable ejemplar de Adán con el que años atrás se había casado. Reflexionó en cómo la vida cambiaba en un segundo, pues en ese instante solo sentía repulsión por el hombre infiel que la miraba con súplica.

Quería volver el estómago, la fuerte arcada cimbró su cuerpo al grado que se vio obligada a respirar hondo para calmar un poco la náusea.

André se apartó de ella y fue a recoger el pantalón, momento que Amy aprovechó para salir del privado.

—Amy, ¿a dónde vas? ¡Detente, tenemos que hablar! —Ordenó, y, como siempre, su voz sonó imponente.

Por supuesto que Amy lo ignoró, se colocó frente al ascensor y aguardó a que las puertas metálicas se abrieran para llevarla lejos de allí. Los segundos de espera se le hacían eternos.

En el interior del despacho, André subió sus pantalones y los abrochó a una velocidad récord. Estaba preparado para enfrentarse a una mujer histérica, convertida en un auténtico mar de lágrimas e infinidad de reproches, y, sobre todo, dispuesta a hacer una escena digna de homenaje. Para su sorpresa, ella permanecía en calma frente a las puertas metálicas que justo en ese momento se abrieron.

No podía permitir que ella se marchara sin antes haber aclarado la situación.

—Amy, no te vayas. —La tomó de un brazo con fuerza y la sacó del elevador.

—Suéltame.

—Tenemos que hablar —repitió.

—No es necesario que me rompas el brazo. —«Con el corazón hecho pedazos es suficiente».

André ni siquiera era consciente de que la apretaba en exceso hasta que vio sus dedos marcados sobre la blanca piel. Se sintió avergonzado por todo lo acontecido.

—Amy, en verdad lo siento, tienes que creerme, nunca pretendí que te enteraras de esta manera. Yo...

—¿Qué? ¿Pensabas mantenerlo en secreto mientras durara?

—¡No! Lo que tengo con Cindy no es... —No hizo falta que dijera «pasajero», Amy lo entendió con claridad—. Yo... —Se pasó la mano por su oscura cabellera—. Tenía intención de hablar contigo, de pedirte que nos separáramos. Sé que no es una excusa razonable, pero en verdad no había encontrado el momento oportuno para decirlo, nunca parecía serlo. Te juro por lo más sagrado que jamás quise que esto pasara...

Amy lo observó un momento, André seguía siendo un hombre atractivo, a pesar de los sutiles cambios que el tiempo había hecho en su cuerpo. La madurez adquirida, junto con la experiencia y seguridad en sí mismo, le habían dado el toque maestro para volverlo irresistible. Sabía de

primera mano que él era un hombre pasional, exitoso y económicamente solvente; no era de extrañar que la furcia que tenía como secretaria hubiese puesto sus ojos, y algo más, sobre él.

—Solo contéstame algo: ¿vale la pena intentar perdonarte? —Con pesar observó cómo André permanecía en silencio y desviaba la mirada—. Qué tonta soy, estás dejándome y todavía pregunto si quieres otra oportunidad, cuando es obvio que no. —Aunque trató de evitarlo, un par de lágrimas salieron de su cautiverio—. ¿Tanto la quieres? Espera —levantó la mano para detener una respuesta que, por supuesto, no deseaba escuchar—, no digas más, en tus ojos veo que no vas a regresar.

André miró con pesar esos cristalinicos verde jade que una vez tanto amó; un sudor frío lo cubrió al descubrir en ellos dolor en estado puro y una profunda tristeza. Aunque permanecía tranquila, sabía que su esposa estaba destrozada y se odiaba por ser el causante de ello, pero reconoció que, dado el momento y las circunstancias, no tenía caso seguir engañándola con falsas promesas. No había vuelta a atrás, el daño ya estaba hecho y era inevitable.

Se dijo que él aún era joven y necesitaba a su lado a una mujer pasional que calentara su sangre, su cama, y no solo una compañera de habitación que siempre estaba cansada para él, que su prioridad era el trabajo, encargarse de llevar la casa y cuidar de los hijos.

—Amy, no llores. —Limpió las lágrimas de ella con su dedo pulgar.

—No quiero tu lástima. A partir de ahora, no quiero nada de ti. —Asqueada, le apartó la mano de su rostro. Por fin comprendió que aquel desconocido que la miraba con pena ya no era más su André.

—Amy, yo te quiero y siempre te querré, ¿cómo no hacerlo si eres la madre de mis hijos y me diste tantos buenos momentos? Sin embargo, no podemos seguir así, por favor, comprende. No quiero que nos separemos en malos términos.

»Siempre te voy a guardar un cariño muy especial, pero en alguna parte del camino dejamos de ser amantes para convertirnos en amigos, unos compañeros de viaje que se toleran y ahí está el problema, nos dejamos vencer por la rutina y el fuego de la pasión se apagó, nuestro amor murió...

—¡Habla por ti! —alzó la voz por primera vez desde que llegó—. ¡Por Dios, André! ¡Soy tu esposa! Por derecho legítimo me correspondía el saber qué sucedía con nuestro matrimonio; en cambio, ¡tú decidiste arbitrariamente por los dos!

—Amy, yo... —Al verla tan abatida, intentó abrazarla.

—¡No me toques! —Se alejó un par de pasos.

—Amy...

—¡No! Me negaste la oportunidad de saber, de luchar... Tú... tú solo buscaste en otro sitio sin más, sin pensar en mí, en nuestros hijos.

—Quería hablarte, decirte...

—¿Por qué, André? ¿Qué tiene ella? ¿Más pecho? ¿Menos celulitis? Déjame adivinar, es más joven, ¿no? ¿Es eso?

—Amy, no te hagas esto —pidió André, con tono agónico.

—¡Contesta! —gritó furiosa.

—¡Sí, es joven, apasionada y nunca me dice que no! ¿Satisfecha? —En cuanto las palabras brotaron de sus labios, André se arrepintió. Pasó la mano por su cabello en un claro gesto de frustración—. Amy...

—No digas más, André. —Se recargó en la pared porque sintió sus piernas flaquear. «Te lo tienes bien merecido por estúpida, solo a ti se te ocurre preguntar por lo evidente». Se reprendió,

luego tomó una gran bocanada de aire, lo cual la recompuso un poco y, con paso vacilante, entró en el ascensor.

—Amy, lo siento, no sabes cómo me arrepiento... —André impidió que las puertas se cerraran.

—No es verdad, ya no mientas más. Acepta como un hombre, y no como un cobarde que huye de sus actos, que no te lamentas de nada; si así fuera, la situación sería otra. ¿Acaso no eres consciente de que, en toda esta conversación, en ningún momento has hablado de regresar? ¿De resarcir el daño o de permitirme luchar por ti, por nosotros?

Destrozada contempló cómo él la miraba apenado, sin embargo, en sus ojos no había rastro alguno de arrepentimiento.

—Para ti, lo nuestro es un asunto acabado y punto. —Bajó la cabeza para no exhibir más sus vergonzosas lágrimas, no le era fácil asimilar que ese hombre ya no era suyo—. No te preocupes, ya lo entendí, «sin segundas oportunidades». —Hizo una pausa—. A partir de este momento me declaro viuda; mi amado esposo acaba de morir y, como usted lo mató, le suplico que tenga la decencia de permitirme vivir mi duelo en paz.

—¿De qué estás hablando?

—Abogado Rossetti, en cuanto tenga los papeles del divorcio notifíqueme, no pienso poner trabas ni postergar más esta agonía; ya bastante tengo con lidiar con mis pérdidas como para liarme en un pleito legal sin sentido.

André la miró conmocionado por sus palabras, momento que ella aprovechó para empujarlo del pecho y permitir que las puertas por fin pudieran cerrarse. Antes de que la imagen de él desapareciera por completo, murmuró:

—Adiós para siempre, André.

El hombre quedó confundido ante las palabras de su esposa. ¿Viuda? ¿Qué significaba eso? ¿Haría de cuenta que estaba muerto? No supo por qué esa afirmación de que para ella él dejaba de existir le dolió.

Reflexionó en que, si él, que conocía la situación, aún no podía asimilar del todo lo que había pasado unos minutos atrás, quizá Amy tampoco.

Se tranquilizó al comprender que ella estaba en estado de choque tras la sorpresa inicial y que, en cuanto la impresión pasara, el raciocinio regresaría y entonces podrían hablar como dos personas civilizadas. Aunque ya no la amaba, no deseaba perderla de vista, mucho menos quedar en malos términos, a fin de cuentas, era la madre de sus hijos.

«Sí, lo más sensato es darle un tiempo prudente». Entonces pensó en sus hijos, ¿cómo reaccionarán ellos ante la separación? Solo sabía que se le venían tiempos difíciles.

Estaba tan sumido en sus cavilaciones que ni siquiera se percató cuando Cindy se acercó a él. La chica, aprovechándose de sus atributos, como una gatita que ronronea necesitada de caricias, le echó los brazos al cuello.

—No te atormentes cielo, fue lo mejor, así ya no tendremos que escondernos más y tú no volverás a sentirte culpable por mentir.

—Está destrozada, le hice mucho daño. —André se pasó las manos por el rostro con un gesto abatido.

—Más te lo va a hacer ella en cuanto la impresión se pase y consulte con un abogado. Mejor piensa en cómo te vas a defender, porque yo no me creí el numerito de la esposa abnegada, ¿acaso tú sí? Vamos, André, no seas ingenuo, eres un hombre rico y poderoso, cualquier mujer en su posición no dudaría en sacar ventaja...

André se puso tenso, quizá Cindy tenía razón, tarde o temprano tendría que lidiar con la furia de Amy y lo mejor era estar preparado e ir un paso adelante.

—Tienes que anticiparte, papi. Piensa, ¿qué harías tú en su lugar? —siguió ella.

Él jamás había considerado esa posibilidad, siempre supo que Amy no era de las que traicionaban, pero al mencionarlo Cindy, no pudo evitar reflexionar sobre qué hubiera pasado si las cosas fueran al revés. La sangre latina que corría por sus venas hizo gala del temperamento, y la furia caliente propia de los hombres mediterráneos le indicó que, sin duda, habría matado a los dos en el acto.

—Cualquier mujer, al ser rechazada, por despecho le haría la vida imposible al exmarido, ¿no crees? Estoy segura de que pelearía la mitad de sus bienes y pondría en contra a sus hijos. ¡Ah!, y no se tentaría el corazón en utilizar cualquier sucia treta que sirva para causar daño. Yo lo haría.

Por un momento el alegato de su secretaria le calentó la cabeza al grado que comenzó a sentir resentimientos contra Amy. Entonces, como si su propio cerebro reconociera lo absurdo de esos planteamientos, le mostró la imagen de esos ojos verdes, tan llenos de dolor, y se preguntó qué rayos le pasaba. ¿Por qué prestaba oídos a las ridículas palabras de Cindy? ¿Acaso más de veinte años de matrimonio no le habían enseñado la clase de persona que era su esposa?

Amy era una mujer sincera, de nobles sentimientos, incapaz de herir de forma premeditada a nadie. Su único delito había sido descuidarse, permitir que la rutina terminara por absorberla y acabar con la mujer atractiva y chispeante que lo sedujo años atrás, pero de eso a ser la criatura sin escrúpulos que Cindy le planteaba existía un abismo insoldable.

La certeza de que, a pesar de que le había lastimado y herido su orgullo de mujer, ella no haría nada indigno ni mezquino se afianzó en él. Amy no era así, ese no era su estilo.

En silencio terminó de vestirse, tomó el portafolio y las llaves del coche, antes de abandonar el despacho.

Cindy sintió el momento preciso en el que André se alejó emocionalmente de ella, por lo que siguió descargando veneno en contra de Amy, hasta que él se detuvo y la fulminó con la mirada.

—¿Quieres dejar de soltar esa sarta de tonterías? No estoy de humor para escucharte —apretó el botón del elevador—. Es obvio, por lo que dices, que no la conoces. Amy es toda una señora.

Cindy disimuló el fastidio que sentía. Satisfecha con los hechos del día, se dijo que esa había sido suficiente dosis de veneno por el momento, a fin de cuentas, el daño principal ya estaba hecho.

Las cosas no pudieron haberle salido mejor, ni aunque las hubiera planeado. El que Amy apareciera de improviso, y sin que ella tuviera que intervenir, le había solucionado el quebradero de cabeza que tenía desde hacía tiempo, pues no encontraba el modo de hacer que la bomba explotara sin delatar su implicación.

Aunque André entró en el ascensor sin decir nada y ni siquiera le dedicó una mirada, no le preocupó en lo más mínimo; estaba segura de que Amy no lo perdonaría. Entonces recordó que tenía que interpretar el papel de chica buena.

—¿A dónde vas? —preguntó con cara de preocupación y con el pie impidió que la puerta del ascensor se cerrara.

—Tengo que hablar con Amy, pedirle perdón por lo que vio y recoger mis cosas. No creo que después de lo ocurrido sea correcto quedarme bajo su mismo techo.

—¿Le vas a dejar la casa?

—Por supuesto, es lo menos que le corresponde.

Contrariada, Cindy luchó para no exteriorizar la rabia que la invadió. ¿Cómo podía ese

hombre ser tan diestro en leyes y, al mismo tiempo, idiota? Con una sonrisa falsa soltó la puerta que retenía.

—Suerte, cielo. —Movi6 la mano en despedida.

En cuanto se qued6 sola, hizo un berrinche digno de ovaci6n. Desde el d6a en que puso un pie en la espectacular mansi6n de Andr6, para llevarle unos papeles, se propuso ser la ama y se6ora. No hubo minuto en que dejara de fantasear con ello, incluso, cientos de veces se imagin6 que viv6a ah6, rodeada de lujos, con una tarjeta de cr6dito sin l6mite y fiestas con gente famosa. As6 que no estaba dispuesta a perder la oportunidad de alcanzar su anhelo.

No sab6a c6mo, pero jam6s permitir6a que esa mujer se quedara con la casa. Andr6 estaba muy susceptible y afectado, eso podr6a funcionar a su favor si aprovechaba las circunstancias. No hab6a nada m6s f6cil de manejar que un hombre vulnerable.

Sin perder tiempo, tom6 su bolso y sali6 con rumbo a la nueva tienda de lencer6a que reci6n hab6a abierto en el centro comercial.

«Pronto, querida. Pronto ser6s la nueva se6ora de Andr6 Rossetti y todos sus millones. Es momento de sacar la artiller6a pesada», se dijo.

Capítulo III

Amy no supo cómo fue que consiguió llegar al auto. El pecho le ardía y el aire parecía quemarle los pulmones. Nunca, respirar le había parecido tan difícil. En un arrebato, golpeó el volante al tiempo que, en un grito-chillido, maldecía al hombre que la traicionó.

Cuando la frustración remitió un poco, se percató de que André salía del edificio; al parecer él también la había visto, porque encaminó sus pasos hacia ella. Antes de dar oportunidad a nada, giró la llave y arrancó de forma violenta.

Aturdida, condujo sin rumbo fijo como autómata. Sin ser consciente de cómo, llegó hasta el viejo paraje donde su padre solía llevarla cuando era niña. Estacionó el auto y por primera vez en ese terrible día, dio rienda suelta al llanto sin reprimirse de nada.

—Despedida, traicionada y dejada por mi marido en un mismo día. ¡Solo a mí podría pasarme! —reclamó al cielo.

Los sollozos la sacudían cada vez con mayor fuerza. Reconoció que la situación la tenía rebasada, por mucho. Había momentos en que la sensación de sofoco, así como el dolor en el pecho, la mareaban. Otros, creía volverse loca. El *hubiera* y los *por qué* hacían de ella un trapo.

Después de acabar con la caja de pañuelos, por fin puso atención al lugar y no pudo evitar recordar su niñez y lo maravillosa que fue esa época. Su padre solía llevarla con suma frecuencia.

Sentados sobre el capote del viejo convertible, pasaban las horas contemplando la ciudad. Algunas veces al atardecer, otras al alba, e infinidad de ocasiones, en noches sin luna, porque, según decía su papá, esas eran las mejores para poder apreciar las estrellas.

—No sabes cómo te extraño, papá. —Se abrazó a sí misma e imaginó que eran los brazos paternos los que, como antaño, la rodeaban. Así, al arrullo de sus dulces recuerdos, se quedó dormida.

Un insistente sonido la despertó. Estaba aturdida, de pronto no captó la procedencia de ese constante repiquetear hasta que relacionó que se trataba del móvil. En su prisa por escapar de André, lo había aventado entre el asiento de copiloto. Ignoró el molesto ruido hasta que este la fastidió. Comprendió que, si no lo apagaba, seguiría sonando, así que lo mejor era cortar el problema de raíz.

Como para reafirmar sus pensamientos, el aparato volvió a inundar el auto con su sonsonete. Sin perder tiempo agudizó el oído y dio con él. Antes a apagarlo, miró en la pantalla que tenía incontables llamadas y mensajes de André. ¿Qué se creía ese hombre? ¿Qué después de lo que le había hecho le tomaría la llamada como si nada?

La rabia regresó con toda su fuerza. Para acrecentar su furia, el teléfono volvió a sonar y el nombre de André llenaba la pantalla. Con un grito parecido al que soltaban los guerreros antes de la batalla, estrelló el móvil varias veces contra el volante hasta que el molesto sonsonete remitió y los pedazos resquebrajados le hicieron daño en las manos.

La noche había caído y no tenía ni la menor idea de cuántas horas llevaba en ese sitio, ni pretendía saberlo. La opción de volver a «su casa» era impensable. Lo que menos deseaba era encontrarse con ese hombre que había matado, de la forma más cruel, a su André. A aquel cariñoso padre, al amante esposo, al compañero de tertulias, aventuras y risas.

Se recordó que ese hombre ya no existía, había muerto para dejar paso a un tipo arrogante, egoísta y, por demás, desconocido para ella. El André que dejó en la oficina en nada se parecía al hombre con el cual ella se había casado y había pasado los últimos años.

«¿Cómo pudiste ser tan ciega, Amy Parker? Las señales estaban ahí, solo que te negaste a verlas: las llegadas tarde, los viajes de trabajo, las citas de última hora, la renovación del guardarropa, la membresía al gimnasio, el cambio de *look*... Todo apuntaba a que él deseaba rejuvenecer y, obvio, no era por ti. Te preguntabas el porqué André quería verse más joven y atractivo, pues bien, ahora sabes el motivo».

—Veinte años juntos y ¿para qué? Bastó una peliteñida sin moral y todo se fue al diablo. —El soliloquio era cada vez más más intenso—. ¡Qué estúpida soy! ¿Cuánto tiempo llevarán riéndose de mí? ¿Revolvándose a mis espaldas?

Una vez más se reprochó por no haber prestado atención a las señales que, en ese instante de cruel lucidez, comprendía, siempre fueron bastante claras. No tenía caso mentirse; en el fondo lo sabía. No precisamente de la infidelidad con la secretaria, pero sí la falta de pasión, de chispa en la relación.

El hecho de que hacía tiempo que André no la buscara en la intimidad era motivo suficiente para encender todas sus alarmas, pero como ella estaba concentrada en llevar la casa, sacar el trabajo en Blue Moon y la escuela de sus hijos, en ocasiones terminaba tan cansada que solo quería irse a la cama.

¿Cómo pudo ser tan ingenua al pensar que un hombre tan pasional como André, podría conformarse con hacer el amor de vez en cuando?

«Ella nunca me dice que no». Las hirientes palabras resonaron en su cabeza.

Era evidente que su marido era un insaciable. ¿Entonces? ¿Si tanta necesidad de mujer tenía, por qué no expresarlo en voz alta? Si tan insatisfecho estaba, ¿por qué callarse? «Porque es hombre». Le dijo su voz interna. Lo más fácil para ellos era salir detrás de una falda corta y culpar a la esposa por la falta de fuego en la relación.

—¡Maldición, André! ¿Por qué no me dijiste cómo te sentías? ¿Por qué buscar fuera lo que solo a mí me correspondía darte? —La caja de pañuelos hacía rato que se había terminado, pero sus lágrimas parecían no tener fin.

Un nuevo ataque de llanto estremeció su ya desmadejado cuerpo. Los recuerdos buenos se mezclaban con los malos provocándole emociones contradictorias.

Las llegadas tarde no eran novedad. André, por su trabajo, llevaba una vida social muy activa, incluso ella era parte de todo eso cuando era más joven y no tenía tantos eventos en Blue Moon. Se preguntó en qué momento comenzó a conformarse con quedarse en casa mientras él se marchaba solo. ¿Cuándo él dejó de rogarle que lo acompañara? ¿De buscar pasar tiempo juntos, como pareja? ¿De invitarla al cine o al teatro? ¿A cuántas salidas, a cuántas noches de pasión se negó ella bajo el argumento de que estaba cansada?

La desconcertó el reconocer que no tenía ni idea de cuándo, cómo bien había dicho André, dejaron de ser amantes.

Pensó en los últimos «viajes de trabajo» —que daba la casualidad habían sido en fin de semana— que había pretextado André.

«En verdad soy una tonta; mientras estaba sumida en mi mundo absurdo de la mujer realizada, con un buen trabajo y una familia perfecta, mi marido pasaba románticos momentos y apasionados encuentros con esa... fulana».

—Es increíble cómo te cambia la vida en un instante —reflexionó.

Esa mañana cuando había salido de su hogar, lo hizo sintiéndose la mujer más afortunada del mundo por tener unos hijos maravillosos, un trabajo que le encantaba y un marido amoroso.

«¡Cretino hipócrita!». Pensó en el tierno beso con el que él la había despedido por la mañana, incluso le deseó suerte en el evento que ese fin de semana la mantendría lejos de casa.

Sintió rabia consigo misma al recordar la tonta sonrisa de satisfacción con la que se había dirigido rumbo a la oficina para recoger unos papeles que olvidó y eran necesarios. Una vez en el auto, había ajustado la radio con una canción noventera que le fascinaba, subió un poco el volumen y comenzó a cantar sin importarle que los demás automovilistas la escucharan.

Estaba de tan buen humor que sentía que podía comerse el mundo; grave error de su parte. Sabía que, después de que el exigente cliente de San Francisco viera lo que tenía preparado, no tendría objeción en subirlos de peldaño, pues el muy engreído había dejado en claro que recurría a ellos porque su primera opción no estaba disponible, así que lucirse era una obligación, por ello, la semana anterior trabajó como posea, incluso llegó a salir de la oficina pasada la medianoche, hizo incontables llamadas y movió cielo y tierra para que todo quedara como ella lo planeó, ¿y todo para qué? Para que sean otros los que se lleven la gloria, porque no dudaba ni por un instante que el evento sería todo un éxito; algo para recordar.

El rumbo que llevaban sus pensamientos la condujo una vez más al momento en que todo se echó a perder. Esa mañana al abrir los ojos jamás sospechó que, al llegar a su oficina, un juniorsete arrogante aguardaba en las sombras para destrozarla.

El amargo sabor de la traición le impregnó las entrañas con su peste. «En verdad que es para dar pena, despedida y reemplazada, tanto en el trabajo como en mi vida personal».

—¡Dios! ¿Qué voy a hacer?

Una vez más sollozó con dolor. La autocompasión se enfrentaba a duelo directo con el sentido de la supervivencia, el mismo que la urgía a sacar la casta y ponerse de pie.

Su cabeza era un lío, un nido de ideas contradictorias. En solo unas horas había pasado por todos los estados de ánimo: de la ira a la tristeza, de la nostalgia al odio...

Entre tanta confusión, solo una cosa tenía clara, André, su querido André, ya no la amaba, para él todo había acabado y, cuanto antes ella lo asimilara, mejor.

Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a él, sin embargo, en ese momento no quería ni verlo, mucho menos escuchar sus excusas. No quería nada que se lo recordara, por eso ni loca se pasaría por su casa. Se dijo que era una bendición que Eros estuviera en ese campamento juvenil y Alexia en casa de una amiga. Así podría quedarse en cualquier parte sin sentir preocupación o culpa. A parte de sus hijos, nadie la echaría de menos.

«Sí, lo mejor es pasar la noche en un motel. Necesito lamerme las heridas y recuperar un poco de fuerza antes de volver a dar la cara».

De pronto la urgencia de ir al cuarto de baño la sacó de sus pensamientos. Reconfortada con sus decisiones, salió del auto y se dirigió a la antigua cafetería de Rodney.

—¿Qué te pongo, linda? —le preguntó una mujer regordeta de aspecto maternal, al salir del *WC*.

—Yo...

—¿Estás bien, criatura? Mírate nada más, tan pálida y tienes los ojos hinchados. Ven, conozco un remedio perfecto para un corazón roto.

La mujer la tomó de los hombros y la llevó a una mesa apartada, minutos después regresó con una bebida de no muy buen sabor, pero que al instante le calentó las entrañas.

—¿Qué es esto?

—No preguntes, linda, y bébetelo todo.

—Gracias —la voz le salió ronca a causa del ardor que la bebida dejó en su garganta. Un instante después comprobó que era verdad lo que la señora le prometió; a pesar del horrible sabor y como por arte de magia, se sintió mejor.

—Vaya, parece ser que regresé al mundo de los vivos —comentó con una tímida sonrisa.

—Me alegro. Escucha bien, preciosa, ningún rufián merece que una criatura tan linda como tu llore. Si lo sabré yo, que he tenido tres maridos y mírame, aquí sigo.

Amy levantó los ojos para una vez más agradecer, sin embrago, un anuncio espectacular detrás de la señora llamó su atención.

Como una señal divina, el rostro dulce y alegre de Lizzy resaltaba en el centro de lo que anunciaba dos días de conferencias en la ciudad.

—¿Disculpe...?

—Llámame Ronda.

—Eh, Ronda, ¿tendrá un teléfono que pueda usar?

—Por supuesto, linda. Sígueme.

En un santiamén, Amy tenía en sus manos el aparato. Durante unos segundos vaciló en hacer la llamada. Se preguntó si sería sensato molestar a su amiga.

Elizabeth Tyler, a pesar del éxito en su carrera como psicóloga y de ser una famosa conferencista, no había perdido el piso. Eran amigas de toda la vida; «hermanas de amistad» decían, pues a ese acuerdo llegaron a la corta edad de ocho años. Desde entonces, siempre estuvieron juntas hasta que Lizzy quedó embarazada y abandonó por un tiempo la facultad, para después casarse con el amor de su vida, Bruce Tyler.

El matrimonio Tyler formó una familia sólida y estable, tenían dos hijos maravillosos: Vincent y Christopher.

Elizabeth, cuando sus hijos estuvieron en edad de asistir al colegio, había retomado sus estudios y tenía publicados varios libros de autoayuda. Era una conferencista con reconocimiento mundial, por eso viajaba con regularidad.

Amy colgó el auricular. El pensar en su amiga le dio el valor para afrontar sus problemas sola. Elizabeth, Lizzy para los amigos, era un claro ejemplo de fortaleza y dedicación. Desde pequeña se había sobrepuesto a la adversidad y, aunque parecía tener todo en contra, logró vencer sus tristes circunstancias para salir adelante.

Después de dar las gracias a Ronda, Amy regresó a su auto para ir en busca de un motel, más o menos decente, en el cual pasar la noche.

No sabía qué contenía la bebida que Ronda le dio, que, en cuanto su cabeza tocó la almohada, cayó rendida a un sueño profundo.

*

Amy abrió los ojos aturdida, pero al instante volvió a cerrarlos. No sabía cuánto tiempo pasó desde que se acostó, solo que sentía que la cabeza le iba a estallar. Un incesante martilleo en las sienes la torturaba sin piedad.

«Vaya momento para tener un episodio de migraña». Recordó que en el bolso tenía el frasco con los analgésicos. Sin perder tiempo intentó incorporarse. Tuvo que esperar unos segundos a que el vértigo, así como la fuerte náusea que siempre acompañaban al dolor, remitieran para poder ponerse en pie.

Tomó el bolso y hurgó en él hasta dar con el botecillo que, para su desgracia, se encontraba

vacío.

Las punzadas en su cabeza incrementaron al punto de ocasionarle el vómito. Después de vaciar el estómago, regresó a la cama.

—¡Dios! ¿Qué hago? —Como invocado, el nombre de Elizabeth apareció en su mente.

Con gran esfuerzo, pues la luz de la lámpara, aunque tenue, le calaba en los ojos, marcó el número personal de su amiga.

Elizabeth no reconoció el número del que la llamaban, sin embargo, sabía que solo unos cuantos tenían acceso a su móvil privado, entre ellos, Amy. Se preguntó si sería ella quien llamaba.

André la había llamado por la tarde para preguntarle si sabía algo de ella, luego de admitir que habían tenido una fuerte discusión. El abatido hombre le pidió que, en caso de que su esposa se llegase a comunicar con ella, le avisara.

—*Diga...*

—¿Lizzy?

—¿Amy? —El silencio al otro lado de la línea le puso los pelos de punta—. *¿Qué pasó? ¿Estás bien?*

—No. —Fue la escueta respuesta.

—¿*Dónde estás? ¿Qué pasa, Amy? ¿Dime qué tienes? ¡Por Dios, habla!*

—André... André está muerto, ese hombre ya no es mi marido, lo desconozco... Me mató, Lizzy, él me mató...

—¿*Qué? ¿De qué estás hablando, Amy? Por favor, explícate, ¿Cómo que André está muerto?*

—Me engañó, Lizzy. Se está acostando sabrá Dios desde cuándo con esa mujer.

—¿*Qué?*

—Los vi, los descubrí desnudos, revolcándose en su oficina... —No pudo continuar pues un nudo en la garganta, aunado al maldito dolor de cabeza, se lo impidió.

—¿*Qué hiciste, Amy?* —Miles de ideas cruzaban por su mente.

—Salí huyendo, no tengo fuerzas para volver. Ese ya no es mi hogar. Me mató Lizzy, estoy muerta...

Elizabeth sabía que lo que Amy decía no tenía sentido, a leguas se notaba que estaba mal, así que no fue difícil deducir que su amiga sufría un episodio postraumático, por eso tenía que encontrarla cuanto antes.

—¿*Dónde estás, Amy?*

—No lo sé, creo que en un motel.

—¿*Cómo llegaste allí? Espera, eso ahora no importa. Dime cómo se llama el lugar.*

—No, no lo sé. Creo que algo así como Green Apple.

Sin perder tiempo, Lizzy introdujo en el buscador de su laptop el nombre; segundos después, este le devolvió una dirección.

—*Espera ahí, yo no puedo ir por ti, estoy a punto de salir al escenario, tengo una rueda de prensa, pero enviaré a Tom, ¿de acuerdo?* —No hubo respuesta al otro lado de la línea—. *¿Amy, sigues ahí?*

—Sí.

—*Promete que lo esperarás, por favor...* —Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas—. *Prométemelo, Amy.* —suplicó.

—Habitación 304. —Colgó antes de que todo se volviera oscuridad.

Capítulo IV

Tom, el asistente personal de Elizabeth, llegó lo más rápido que el tráfico le permitió. Al no recibir respuesta luego de llamar en varias ocasiones a la puerta de la habitación que su jefa le había indicado, se dirigió a la administración. Minutos después, el jefe de mantenimiento le abrió.

Amy estaba tendida sobre la cama y con un frasco de pastillas en la mano, por lo que Tom se temió lo peor; comprobó que estaba viva y de inmediato llamó a los servicios de emergencia.

Los paramédicos trataron de volver en sí a Amy, pero ella no recuperaba la consciencia del todo. Sin perder tiempo, la trasladaron al hospital más cercano.

El joven asistente marcó el número del marido de su jefa.

—¿Bruce? Me temo que no tengo buenas noticias.

—¿Qué pasa? ¿Encontraste a Amy?

—Sí, pero...

—¿Qué? Anda, chico, habla.

—Ella... estaba inconsciente sobre la cama y tenía un frasco vacío de pastillas en la mano.

—¿Qué? ¿Crees que...?

—No lo sé. Aún no me dicen nada. Desde que la ingresaron, desconozco qué fue de ella.

—*Aguarda allí, ya veré como sacar a Lizzy de esta carnicería de reporteros. ¿En qué hospital están?*

—En el Saint John.

Media hora después, Tom permanecía en la sala de espera cuando el matrimonio Tyler apareció.

—¿Alguna novedad? —preguntó Elizabeth, abatida.

—Aún nada.

—Tom, si gustas, puedes retirarte.

—Gracias, Bruce, creo que les tomaré la palabra, estoy frito. Necesito un baño caliente y una cama con urgencia.

En ese momento un médico se acercó.

—¿Familiares de Amy Parker?

—Yo... soy su hermana —mintió Elizabeth.

—Amy se encuentra bien, solo sufrió una descompensación causada por estrés excesivo, falta de alimento, de dormir bien y, por lo que ella cuenta, también una fuerte migraña.

—¿Pero ella...? ¿El frasco?

—Amy asegura que nunca se le pasó por la cabeza el suicidio, dice que cuando la migraña le arremetió, buscó los analgésicos, pero que el frasco estaba vacío, entonces perdió el conocimiento. Los estudios que le hicimos cuando llegó avalan su versión, al menos en la parte de que no ingirió una sobredosis de medicamento. Su estómago estaba limpio.

—¡Gracias a Dios! Temí tanto por ella. —Lizzy se abrazó a su marido.

En ese momento, André apareció por la puerta.

—¿Dónde está Amy? ¿Qué pasó?

—¿Usted es? —cuestionó el médico ante la interrupción.

—Soy el marido de la paciente.

—Como les decía, logramos estabilizarla. La señora Parker...

—Rossetti.

—¿Qué?

—Su apellido de casada es Rossetti, no Parker —alegó André. No sabía por qué algo tan irrelevante como el que Amy comenzara a usar su apellido de soltera lo molestaba, pero así fue.

El galeno respiró hondo.

—La señora Rossetti presenta un ligero grado de anemia, a lo cual ha reconocido el haber descuidado su alimentación a causa del trabajo. En cuanto a su estado emocional, creo que necesita apoyo.

—Lo sé, yo me ocuparé de ello —se adelantó Lizzy.

—En general, ¿cómo la encuentra? —André no pudo evitar preguntar.

—Creo que la señora es fuerte y saldrá adelante. Solo tiene que preocuparse un poco más por su persona.

—¿Podemos pasar a verla? —Lizzy necesitaba hablar con su amiga con suma urgencia.

—Por supuesto, pero solo uno a la vez —concedió el doctor antes de marcharse.

—Ve tú —cedió André.

Elizabeth no se paró a pensar en los motivos por los cuales el marido de su amiga le otorgaba tal privilegio. Estaba tan preocupada por Amy que lo único que quería era cerciorarse de que ella se encontraba bien.

En cuanto sintió una presencia, Amy abrió los ojos; estos estaban llenos de dolor y tristeza. De inmediato, Elizabeth comprendió que su amiga se encontraba muy lejos del «está bien» que el médico indicó, por lo que se acercó a ella y la envolvió en un cálido abrazo.

Aquella conexión, que no necesitaba de palabras y que siempre las había unido, fluyó entre ellas. Al instante, Amy sollozó dejándose consolar por su hermana del alma.

Elizabeth la acunó en su pecho y la mimó como si se tratase de una muñeca rota.

—¿Quieres hablar? —preguntó cuando Amy, se calmó un poco.

—Lizzy, yo no... —Tragó saliva. Tenía la garganta seca— intenté...

—Lo sé. No te alteres. Será mejor que descanses. Mañana hablaremos, ¿de acuerdo? —Amy asintió—. Por cierto, André está aquí —Elizabeth sintió cómo su amiga se ponía tensa al solo escuchar nombrarlo.

—No quiero verlo. —Fue una reacción inmediata.

—Bien. Amy, no sé lo que pasó entre ustedes, pero André está muy preocupado. Te quiere, le importas.

Amy sopesó las palabras de su amiga. La esperanza, a pesar de su reticencia, se abrió paso y surgió con fuerza. «¿Y si lo ha pensado mejor? ¿Y si quiere regresar a casa? Ser lo que antes fuimos. ¡Aún me ama!», celebró.

—Está bien, dile que pase.

Elizabeth sonrió y abandonó la habitación para dar paso al siguiente visitante. Unos minutos después, un André un tanto desalineado cruzó la puerta.

—¿Qué se supone que buscabas al armar semejante alboroto? —André la fulminó con la mirada—. Jamás pensé que fueras de las que recurren al chantaje para salirse con la suya.

La tímida sonrisa, así como sus esperanzas, murieron en los labios de Amy, al instante.

—¿De qué estás hablando?

—¿De qué? De ese numerito de intento de suicidio que montaste en el cuarto de un motel X. Te

creía más sensata y madura. —Molesto, sacudió la cabeza—. A fin de cuentas, Cindy tiene razón. Te desconozco, Amy.

—¿Qué? ¿Cómo puedes pensar que yo haría algo así? ¡Tenía migraña! ¡Solo quería un maldito analgésico!

—El médico tiene razón, necesitas ayuda.

—¿Ahora me dices loca? —la indignación tiñó sus palabras.

Aferrada a la rabia, luchó para no llorar, ya bastante humillada estaba como para darle a ese insensible más armas para que siguiera creyendo lo peor de ella.

¿Chantajista? ¡Ja! ¿Cómo se atrevía a pensar eso de ella? Por mucho que todavía lo amara, jamás caería tan bajo. Se recriminó por ser tan tonta al suponer que había recapacitado. Estaba más que claro que esa mujer lo tenía comiendo de su mano y él no iba a volver.

—Lizzy se ha ofrecido para ocuparse de ti y, después de esto, comprendo que es lo mejor. Como ya lo dije, necesitas ayuda, Amy —su voz sonó un tanto dura—. Me haré cargo de los gastos...

—Vete, André. No necesito nada de ti.

—Amy, por favor, sé razonable.

—Te lo digo una vez más, vete.

—Amy, tienes...

—¡Que te largues! —gritó llena de rabia y frustración.

—Deja de comportarte como una niña caprichosa que hace berrinche cuando las cosas no salen como quiere.

—¡Yo me comporto como me da la gana! ¡Vete! ¡Lárgate con esa furcia! ¡No te necesito! —Entre gritos y sollozos, Amy perdió el control de sus emociones y, como André había mencionado, pataleó y berreó como una niña en plena rabieta.

Al escuchar el alboroto, la enfermera entró en la habitación, quiso calmar a Amy, pero, como esta reaccionó de forma un tanto agresiva, optó por sedarla.

—Será mejor que la deje descansar. No es conveniente que la paciente esté tan alterada.

—Lo sé. Iré a hablar con el médico.

El doctor recomendó internar a Amy en un centro de atención psiquiátrica, pero Elizabeth insistió en hacerse cargo de ella. Pidió a André que la dejara a solas con el galeno. Entonces, dada su trayectoria, no le fue difícil convencerlo en dejar a Amy en sus manos.

—Conozco a Amy de toda la vida y puedo asegurarle que su salud mental no está en riesgo. Esto es solo una crisis con un detonante muy específico.

—¿Cuál?

—Un divorcio a causa de la infidelidad por parte del marido.

—¿Está consciente de la responsabilidad que asume?

—Por supuesto. Si así lo desea, firmaré una responsiva; sin embargo, Amy se va conmigo.

—Bien. En este momento la paciente está sedada. Dada la crisis que presentó, fue necesario administrarle un calmante, así que dormirá por unas horas. En cuanto esté en condiciones, podrá llevársela.

—Gracias.

Al salir del consultorio del doctor, no le sorprendió que el todavía marido de su amiga estuviera aguardándola.

—André, no sé con exactitud qué pasó entre ustedes, aun así, me doy una idea. Amy no está bien y creo que no es aconsejable que la veas, al menos por un tiempo. Para mi está más que claro

que fuiste tú quien desató la crisis. Ella estaba triste, sí, pero tranquila cuando la dejé. ¿Qué le dijiste que la alteró tanto?

—Yo... Lo siento, Lizzy, me dio mucha rabia lo que hizo y no pude evitar reprenderla por su comportamiento tan inmaduro.

Elizabeth sacudió la cabeza con desaprobación.

—No puedo creer que hicieras eso, es obvio que está muy vulnerable. Reitero, lo mejor es que te mantengas alejado de ella.

—De acuerdo, pero con una condición: quiero que me mantengas al tanto de su salud.

—Cuenta con ello.

—¿A dónde la llevarás?

—Discúlpame, André, pero, a partir de este momento, Amy deja de ser tu responsabilidad. Te mantendré informado respecto a su estado de salud, sin embargo, lo que suceda con ella ya no te concierne.

Horas más tarde, cuando Amy despertó, estaba callada; su mirada vacía evidenciaba el aislamiento emocional en el cual se había encerrado.

Por más que intentó, Elizabeth solo consiguió de André respuestas muy ambiguas. Necesitaba saber qué fue lo que realmente pasó para que Amy se bloqueara al mundo de esa manera. En cuanto el alta estuvo disponible, Elizabeth se la llevó.

Después de instalar a su amiga en la habitación de invitados, Elizabeth le ofreció un refrigerio, el mismo que Amy rechazó.

—Está bien, te concederé un par de días de asueto, pero, en cuanto estos terminen, juntas afrontaremos lo que sea. —Abrazó a su amiga con ternura, después la arropó como si de una pequeña niña se tratara.

Amy se dejó hacer sin protestar, ni siquiera rechazó la pastilla para dormir que Lizzy le dio.

—Dormiré toda la noche. Espero que mañana esté en condiciones de hablar —dijo Elizabeth a su marido.

—Estará bien, ya lo veras. Amy es una mujer fuerte y no está sola, nos tiene a nosotros y a sus hijos —Bruce, amoroso, consoló a su esposa.

—Gracias, amor, tú sabes lo que Amy significa para mí; es mi hermana.

—Lo sé, cariño. Ordenaré que nos suban la cena a la habitación y entonces te consentiré para que puedas descansar y así poder estar mejor para ayudar a Amy.

Elizabeth se dejó llevar por su marido.

*

Amy abrió los ojos guiñándolos por la abundante luz. Recordó la terrible pesadilla que la había atormentado. Poco a poco su vista fue habituándose, de pronto no reconoció el lugar; en definitiva, esa no era su recámara. Se incorporó y, al tiempo que lo hacía, las vivencias del día anterior llegaron de golpe a su cabeza taladrándola con dolorosos recuerdos.

—No fue un mal sueño; esta es mi nueva realidad —se dijo y una vez más el llanto la embargó.

Elizabeth entró en la habitación con una bandeja llena de fruta, zumo de naranja, pan y leche.

—Antes de que digas que no tienes apetito, déjame advertirte que no me iré hasta que comas algo. Anoche hice una concesión, pero eso se acabó. Tienes que alimentarte bien. La descompensación que sufriste no es algo que se tenga que tomar a la ligera —expresó con voz autoritaria.

—Ya sueñas como mi madre —respondió Amy, en un murmullo cansado.

—Siempre ha sido así, ¿recuerdas? Ahora, come.

Minutos después, Amy había ingerido la mitad de los alimentos.

—¿Ahora sí me dirás lo que sucede? —Retiró la bandeja de las piernas de su amiga y la dejó sobre la mesilla de noche.

Tras un hondo suspiro, una resignada Amy contó con lujo de detalles todo lo acontecido el día anterior, al menos las partes que recordaba con claridad, porque, después de salir del despacho de André, todo era confuso, como un sueño distorsionado del cual solo tenía fragmentos de recuerdos.

—No puedo creer lo que me cuentas; ustedes parecían ser la pareja perfecta y su matrimonio se veía estable, pero como bien dicen: «Las grietas no siempre se ven desde afuera».

Juntas lloraron, Elizabeth la abrazó con fuerza durante un largo rato y permitió que Amy se desahogara todo lo que necesitara.

—Me siento vacía, fuera de lugar. Ya no sé ni quién soy, no sé nada; solo tengo esta sensación de pérdida que no se aleja —sollozó—. Lizzy, por favor ayúdame, siento que voy a morir de pena. Este dolor es tan grande que me ahoga, no puedo con esta situación. No puedo...

Elizabeth la escuchaba con el corazón encogido. Como psicóloga estaba acostumbrada a tratar pacientes con depresión, pero no a alguien que era de vital importancia en su vida. La impotencia por no poder remitir el dolor de Amy le carcomía las entrañas. Sin embargo, reconoció que, si en verdad quería ayudarla, tenía que ser imparcial.

—Amy, ¿en verdad quieres que yo te trate? Si gustas puedo recomendarte...

—¡No! —Fue rotunda su negativa—. ¿Acaso no comprendes que solo tú eres la indicada? Nadie me conoce mejor, de toda la vida. En este momento eres la única persona en la cual confío, no podría abrirme con nadie más.

—Está bien. Sabes que siempre contarás conmigo, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Si quieres que sea yo quien lleve tu tratamiento, vas a tener que obedecer en todo lo que te diga sin cuestionar mis métodos. Dejaremos la amistad a un lado, ¿de acuerdo? —Amy asintió—. Durante las sesiones, solo serás mi paciente y yo tu terapeuta. La amistad y el cariño quedarán fuera.

—Lo que tú digas, jefa.

El móvil de Elizabeth comenzó a sonar.

—Es André, seguro quiere preguntar cómo pasaste la noche.

—¡Bah! —escupió con amargura—. No le creas esa falsa preocupación. Lo único que quiere es asegurarse de que no le cause más problemas. Seguro que está demasiado ocupado revolcándose con esa sinvergüenza como para pensar en alguien más que en sí mismo.

—Si lo prefieres, tomaré la llamada en otro lugar.

—Sí, me parece bien. No quiero saber nada de él en lo que me reste de vida.

Elizabeth salió de la habitación, aun así, Amy alcanzó a escuchar que le decía que estaba bien y que pasó la noche tranquila.

—¿Qué sucede, Lizzy? ¿Te noto extraña?

—Escucha, André, sé que no soy nadie para recriminarte. Lo que suceda entre ustedes es un asunto de pareja, pero comprenderás que mi lealtad está con Amy.

—Lo sé y te lo agradezco. Aunque ya no estemos juntos como pareja, eso no significa que no me preocupe por ella.

—Bien, te mantendré informado.

—*Una cosa más, Lizzy, dile que no es necesario que se marche de casa, ese es su hogar y el de mis hijos, le corresponde por ley. El que tiene que irse soy yo, eso es lo correcto.*

—De acuerdo, le pasaré tu mensaje.

—*Gracias.*

Elizabeth cumplió con su palabra e informó a Amy de la disposición de André.

—Cuando vuelva a llamar, dile que no quiero nada de él, ni siquiera esa casa.

—¿Estás segura? Piensa en tus hijos, estamos hablando de su patrimonio.

—Lo sé. André se divorciará de mí, sin embargo, espero que no de ellos. Si no quiere vivir en esa casa, es cuestión suya. Puede ponerla a nombre de mis hijos y asunto arreglado. Cuando Eros cumpla la mayoría de edad, ya decidirán que hacen con ella.

—¿En verdad eso quieres?

—Sí. Jamás regresaré a ese lugar, está lleno de recuerdos que ahora me resultan por demás dolorosos. La verdad prefiero mudarme y empezar de cero. Creo que un entorno nuevo será lo más adecuado para mí.

—Estoy de acuerdo en que mudarse es una buena idea, pero ten en cuenta que los recuerdos se llevan aquí —señaló la sien—. No puedes dejarlos en tu antigua casa, así, como los muebles.

—Lo sé. Créeme que no espero que, al cambiar de casa, como por arte de magia, todo lo que ahora duele, se esfume.

Elizabeth informó a André sobre la decisión de Amy y, aunque él insistió en hablar con ella, la mujer profesional reiteró que lo más prudente era darle un tiempo, por lo que, derrotado, él terminó por aceptar.

Capítulo V

Amy intentaba leer un libro, lo cual le resultaba imposible; pareciera como si las letras realizaran una extraña danza ante sus ojos. Era media tarde cuando Elizabeth entró en su habitación.

—He arreglado mis compromisos para poder irnos de vacaciones a la finca campestre.

—¿Qué? ¿Cancelaste todo por mí?

—Por supuesto, ¿qué esperabas? Eres mi hermana y tengo que ocuparme de ti. A demás no cancelé nada, solo se pospuso.

—¡Oh, Lizzy! No debiste. Me da tanta pena el causarte tantas molestias.

—No digas tonterías, el tenerte conmigo no es ninguna molestia. Ya está decidido, vendrás a vivir con nosotros en lo que resta del verano y no aceptaré un no por respuesta.

—Pero...

Elizabeth movió la mano para acallar sus protestas.

—Estaremos en la finca Buena Ventura y durante ese tiempo estarás bajo mi tutela y resguardo. Me pediste ayuda, ahora te aguantas. Cuando el verano termine, decidirás que será de tu vida, pero mientras ese día llega yo mando. ¿Ok? —Miró con desaprobación el almuerzo sin tocar de Amy y le llamó la atención por no cuidar su salud, aunque en el fondo la entendía más de lo que, dada su posición, podía admitir.

—Está bien. ¿Pero qué pasara con Alexia? Eros está en su campamento de verano y regresará dentro de unas semanas; en cambio, ella está con Donna, su amiga. Fueron a pasar unos días con los abuelos de la chica en su granja en Kentucky; se supone que André y yo la recogeríamos en el aeropuerto el próximo lunes. —Calló al recordar a su esposo. Le dolía pensar en él; aún lo amaba, pero al viejo André, no al ser arrogante en el cual se había convertido.

—No te preocupes, hace un rato hablé con ella... Tranquila, no le comenté sobre lo que está pasando, eso te corresponde a ti —aclaró al ver la cara de espanto que puso su amiga. Comprendía su miedo, pues confrontar a sus hijos sería una de las cosas más difíciles por venir—. Solo le dije que las dos pasarían el verano en mi casa de campo, también le comenté que Bruce y Christopher irían a recogerla al otro aeropuerto. Tom ya se encargó de cambiar el boleto de avión y todo está listo, así que ahora descansa; estás agotada. —La miró a los ojos—. Amy, sé que es difícil, pero recuerda que Alexia y Eros te necesitan fuerte.

—Lo sé, aunque... ¿de dónde voy a sacar las fuerzas si ni siquiera puedo conmigo misma? —admitió derrumbada.

—Lo harás, ya lo verás. Ese es uno de los más grandes misterios de la humanidad, el cómo las mujeres siempre sacamos la casta cuando se trata de proteger a nuestros hijos.

—Eso espero.

—Aún es demasiado pronto, tiempo al tiempo, amiga. Cambiando de tema, me disculpo por invadir tu privacidad al revisar tu bolso, pero era necesario, ocupaba conseguir el número de Alexia, ya que me quedé con el anterior y Chris no me contestaba en su móvil. El caso es que mientras buscaba me encontré con esto. ¿Quieres hablar al respecto?

Extendió un trozo de papel. Amy lo abrió y comenzó a leer, no recordaba haberlo escrito, sin

embargo, sabía que sí lo había hecho al reconocer su caligrafía.

—Vaya. No sé qué decirte. Acepto que es mi letra, pero no recuerdo haberlo escrito. Me apena reconocer que no soy consciente de casi nada de lo que pasó ayer después de que salí del despacho de André. Es todo confuso, como si se tratase de un sueño.

—¿Es así como te sientes? —Señaló la hoja corrugada.

—Sí.

Elizabeth lo había leído varias veces y le resultaba abrumador. Ese pequeño trozo de papel había determinado el porvenir de su amiga, pues ya sabía, con toda certeza, qué terapia aplicaría con ella.

Sacó de un bolso de plástico un cuaderno de forma francesa a raya, un bolígrafo y se los entregó.

—Amy, a partir de ahora este cuaderno será tuyo, te pertenece. En él escribirás todo lo que quieras; si deseas mostrármelo antes de que finalice el plazo, bien, si no es así, respetaré la decisión que tomes, pero, cuando el verano llegue a su fin, tendrás que entregármelo.

—¿Tengo que llevar algún formato? Escribir...

—Solo hay una regla: Este cuaderno es un vínculo de comunicación contigo misma, por ello debes ser totalmente honesta con lo que en él plasmes. Te recomiendo que no te reserves nada, aunque duela.

Amy tomó el cuaderno y lo miró durante un momento. ¿Qué iba a hacer ella con eso? Escribir no era lo suyo, nunca lo había sido, sin embargo, se comprometió con Lizzy a que no cuestionaría sus métodos. Si ella decía que eso era lo tenía que hacer, bien, entonces así sería.

Resignada soltó el aire.

—¿Tienes alguna sugerencia en particular? —preguntó sin estar del todo convencida.

—No, solo tienes que ser tu misma —sonrió—. No te aflijas, estoy segura de que, en cuanto abras el cuaderno y comiences a escribir, no podrás parar. Sin que te des cuenta, se volverá tu voz interna, la de tu conciencia y será tu compañero en este proceso que emprendemos a partir de ahora. Por lo pronto, me gustaría que en la primera página comenzaras con esto. —Le regresó el papel, Amy lo tomó y volvió a leerlo. No podía estar más de acuerdo, era el inicio perfecto.

—Tengo que prepararme para mi conferencia de esta noche. Tom irá conmigo, sin embargo, Bruce se quedará por si necesitas algo. Estará en la habitación contigua, solo tienes que llamarlo. ¿De acuerdo?

—Gracias por todo, Lizzy. En verdad no sé qué haría sin ti. En estos momentos me siento tan sola...

—Sola nada, recuerda que estás rodeada de personas que te aman. —La besó con cariño en la frente—. Te dejo para que hagas tu tarea de hoy.

En cuanto Elizabeth abandonó la habitación, Amy abrió el cuaderno y transcribió lo que había escrito el día anterior en ese papel. Escribió, lloró y, tras un tiempo, agotada, se quedó dormida.

Hoy he sido asesinada.

Herida de muerte, mató mi espíritu de la manera más cruel el que se presumía mi complemento y apoyo.

El que prometió amarme y respetarme todos los días de su vida se marchó, dejando mi alma sumida en esta oscuridad infinita donde «nada» es lo único que se respira.

Él, el que se suponía mi héroe, el que daría todo por mí, acabó de tajo con mi vida, una

vida en la cual yo era una absurda cenicienta que, estúpidamente creía en el «vivieron felices para siempre».

Además, agregó:

Querida Yo:

Supongo ahora que solo puedo recurrir a ti. El problema es que no sé dónde estás. ¿Cómo encontrarte? Estoy tan vacía.

Lo peor de todo es que no tengo la menor idea de en qué momento del camino te perdí.

Amy

En cuanto regresó de la conferencia, Elizabeth subió a la habitación de Amy; al no recibir respuesta, abrió la puerta con sigilo y la encontró dormida. No quiso despertarla, por lo que, en silencio, se retiró.

A la mañana siguiente, Elizabeth se dispuso a organizar todo para el viaje a la finca. Estaba convencida de que en el rancho Buena Ventura Amy encontraría la paz necesaria para recuperarse, antes de regresar a lo que sería su vida normal.

—Es una pena que, para que te tomaras unas vacaciones, tuviera que suceder algo así — comentó Bruce, mientras subía las maletas al auto.

—No exageres...

—¿No? ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste un respiro, aparte de las fiestas decembrinas?

—Fue... ¡cielos! ¿Tanto tiempo ha pasado?

—Cinco años, linda —le recordó.

Elizabeth pensó en algo de lo que le había dicho André a Bruce para justificar su infidelidad. Aunque su marido no lo dijo en tono de reproche, comprendió que, en los últimos años, había dado mayor prioridad al trabajo, incluso por encima de su relación de pareja, e hijos.

—¿Sabes, amor? Tienes razón, esta pausa es una bendición para todos. Hablaré con mi agente para que reordene mis compromisos. A partir de ahora, organizaré mi agenda para poder pasar más tiempo contigo.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. —Lo besó—. Bruce, entiende una cosa, tú eres mi mayor prioridad, después están mis hijos, que ya han crecido y no me necesitan tanto. Al final, mi trabajo.

—No quiero que después sientas que te privaste, por mí.

—No tiene por qué ser así. Creo que una distribución inteligente de mi tiempo me permitirá estar bien en todos los ámbitos de mi vida.

—¿Tienes idea de cuanto te amo, Elizabeth Tyler? —La abrazó con ternura.

—No más que yo a usted, señor Tyler.

—No coman pan enfrente de los pobres —interrumpió Amy, con un amago de sonrisa.

Elizabeth soltó a su marido para abrazar a su amiga.

—Lo siento. Sé que en este momento te parece imposible, pero esta tormenta pronto pasará y verás cómo el sol sale de nuevo.

—Ojalá.

Sin perder más tiempo, los tres abordaron el auto. Elizabeth sabía que la finca sería el lugar ideal para pasar el verano. Ella descansaría de una larga temporada de conferencias y de publicitar su más reciente libro, y Amy tendría un oasis de paz en medio de una tempestad en el

desierto.

El viaje transcurrió tranquilo, el vuelo fue corto y el camino del pueblo a la finca, Amy lo pasó dormida. En los últimos días, solo le apetecía estar en el reino de Morfeo, pues así podía dejar de pensar y desconectarse del planeta, aunque fuera un momento.

Ya instalada en su habitación, Amy tomó el cuaderno. Sentía que tenía que escribir algo porque, de no hacerlo, seguro explotaría.

El recuerdo de su vida en común pesaba demasiado. Eran tantos los momentos compartidos que no existía lugar, gente, comida o cosa alguna que no le recordara lo que fue.

La viuda

Querida Yo:

¿Dónde estás? ¿Por qué me abandonaste justo cuando más te necesito?

No sé qué hacer, estoy tan perdida...

Llámalo cobardía, debilidad o qué sé yo. La verdad no sé cómo reaccionar y hacer frente a esta situación, a esta pérdida que me mata.

¿Está mal hacer de cuenta que mi André murió? Porque de alguna manera así fue. Él dice que su amor por mí ya no existe, que se extinguió, ¿entonces? A fin de cuentas, sí hay un difunto, ¿no?

Si lo que él sentía por mí está muerto, supongo que tengo derecho a un duelo, ¿no es así? Llámalo estupidez, pero siento que esta es una manera de canalizar la rabia y el dolor a un desenlace más sano para todos.

Creo que el pensar en él como un difunto, como algo que ya fue y no volverá, me permitirá mantener la cordura.

Dime loca, pero prefiero conservar su recuerdo intacto y hacer de cuenta que hasta el último momento él me amó. Lo sé, es tonto pretender engañarme, pero en cierto modo no es mentir, porque antes de que él se enredara con ella, todavía me quería. ¿Está mal el pretender quedarme solo con lo bueno que me dejó?

¿Qué se hace con todo este amor que aún tengo por él? ¿Qué hago con este amor ultrajado y desperdiciado?

Por eso me he declarado viuda.

En mi alma lastimada no debe haber lugar para dos enemigos acérrimos, por eso prefiero llorar al amor perdido que pudirme con el odio encontrado.

Seré una viuda resignada y con paz espiritual antes que una dejada amargada, resentida y rogon.

¿Sabes? Aunque parezca increíble, todavía me queda algo que ni Cindy ni nadie podrá quitarme si yo no lo permito: mi dignidad como persona.

Sí, lo sé, no será fácil avanzar. Sé que voy a llorar, y lo haré una y otra vez; caeré, me levantaré y volveré a caer; esa es la constante en esta vida, así funciona esto, ¿que no?

A partir de ahora para mí son dos personas distintas, así lo que el nuevo André haga, no tiene por qué lastimarme, a menos que yo se lo permita. Aún tiene poder sobre mí, es verdad,

pero eso solo será en lo que pasa la tormenta.

Sé que es más fácil decir que hacer, pero estoy decidida a aceptar mi pérdida, vivir mi duelo como viuda respetable, pues su amor por mí murió de infarto fulminante y no hay nada que hacer para revivirlo.

Querida Yo, te necesito tanto. Ayúdame a no caer en el papel de la típica mujer dejada, psicótica, histérica y rogona.

No sé cuánto tiempo pase, pero te prometo, querida Yo, que te recuperaré; eso ¡es una promesa!

—¿Amy, te sientes con ánimos para bajar al comedor o prefieres que te traigan la comida? — preguntó Elizabeth, con dulzura.

—Si no te importa, prefiero quedarme.

—Bien. Escucha, tienes siete días para hacer lo que te plazca; si quieres permanecer confinada en tu habitación, no bañarte, ni peinarte, por así decirlo, lo aceptaré; pero, a partir del día ocho, saldrás del exilio y te reincorporarás a la vida. Se acabarán las autolamentaciones y buscaremos una actividad. Además asistirás a terapia tres veces por semana; te ocuparás de ti misma y de Alexia, que, aunque ya no es una niña, te necesitará entera y fuerte.

—Mi pobre Alexia, ¿cómo voy a decirle? ¿Cómo hacerlo sin lastimarla? —Comenzó a llorar.

—Amy, por el momento, no tienes por qué contarles todo, solo di lo importante: que André y tú han decidido separarse.

—¿Qué? ¿Por qué? Sí yo no he decidido nada, fue él quien decidió, ¡y decidió dejarme! — gritó.

—Lo sé, Amy. —Le tomó las manos—. Tienes dos opciones: hacer las cosas menos complicadas para todos o arrastrarlos contigo a los resentimientos y a la amargura. Tú decides. ¿Qué vas a hacer?, ¿vas a cargarlos con la dura roca que es el rencor?

—Tienen derecho a saber la verdad. André está deslumbrado con esa mujer y no va a dejarla, al menos no en el corto plazo. Así que no pasará mucho antes de que los muchachos la vean con él.

—Si, es verdad, pero dime algo: ¿qué ganas al decirles, al menos ahora, lo que realmente pasó? ¿Los vas a poner en la difícil situación de elegir entre melón o sandía? Porque es obvio que, al conocer la verdad, los chicos tomaran partida y, siendo sincera, no creo que sea lo más conveniente para nadie.

—¿Entonces? ¿Qué sugieres? ¿Mentir?

—No, solo que expongas el problema, no los motivos. Dales un poco de tiempo y espacio para aceptar la separación. Los chicos no tienen por qué cargar con culpas ajenas. Ya no son unos niños, entenderán que lo que pasó es solo entre André y tú, que no tiene que ver con ellos.

—Sé que tienes razón, procuraré no escupir veneno cuando hable con ellos. Como bien dijiste, a pesar de todo, André es su padre y qué caso tiene intoxicarlos con rencor.

—¡Esa es la actitud!

— ¡Oh!, Lizzy, ¿cómo hago para no sentir todo esto que me ahoga?

—Ya te lo he dicho, amiga, tiempo al tiempo. Aprender a dejar fluir las cosas no es una tarea fácil ni se realiza en un día. Vamos a hacer algo. Cierra los ojos —pidió—. Imagina que estás dentro de un túnel largo, oscuro, donde el final apenas se distingue. Es una luz brillante que te insta a llegar allí.

—Pero en este momento está tan lejos —admitió.

—Quizá, sin embargo, lo importante es que allí está. Esa es la meta.

—Sí, pero para llegar falta tanto por recorrer.

—Es verdad, tienes que dar unos cuantos pasos más antes de alcanzarla.

—Y es aquí donde la desesperación me embarga, quisiera estar más cerca de la salida, no pensar más en lo ocurrido y no sentir todo esto que me atraviesa.

—Lo sé, por desgracia en este túnel no existen atajos ni pasadizos para llegar más rápido. Como lo hablamos hoy en la terapia, esto es un proceso y como tal debe llevarse. Recuerda que hay que cargarse de paciencia. Por cierto, ¿a que no sabes quién está por llegar?

—Supongo que Alexia no, puesto que ella llega en unos días más, y Chris ya está aquí... así que no, no sé.

—¡Vincent!

—Vaya.

—El hijo pródigo regresa a casa después de seis años de vivir en Inglaterra. Hace un momento habló con Bruce para darnos la noticia. —No podía ocultar su entusiasmo.

—Me alegro. Hace tanto tiempo que no lo veo, supongo que ya es todo un hombre.

—Sí, y no es porque sea mi hijo, pero la verdad es que es muy guapo.

—No me sorprende. Desde niño pintaba que sería un hombre atractivo. Imagino que, ahora a sus veinticinco, es todo un rompecorazones, ¿no? —comentó un poco más animada.

Elizabeth no pudo evitar la sonrisa de orgullosa mamá cuervo.

—En un rato más saldremos para ir a recibirlo al aeropuerto, ¿te gustaría acompañarnos? Por favor, Amy, te hace falta un poco de distracción. —La miró esperanzada.

—No lo sé, es un reencuentro familiar y yo... —comenzó, pero Lizzy la interrumpió molesta.

—¡Amy Parker! No me hagas perder la paciencia. De sobra sabes que tú no eres como de la familia, eres de mi familia, mi hermana, ¿recuerdas? «Siempre juntas» —Hizo la seña que solían hacer cuando eran niñas y mencionaban la singular frase—. Para mis hijos eres la tía Amy y siempre será así.

—Está bien, solo deja ponerme presentable. Soy consciente de que mi aspecto es deplorable.

—Todavía falta para que llegue, incluso puedes darte una ducha.

—Gracias, Lizzy.

—No agradezcas, que lo hago de corazón.

—Lo sé.

Capítulo VI

Dos cuartos de hora después, camino al aeropuerto, Amy tomó su cuaderno y se dispuso a escribir mientras Bruce, Christopher y Elizabeth hablaban sobre la llegada de Vincent.

—Tiempo, olvido... —Dentro de Amy, las palabras bullían, por lo que decidió plasmarlo en el papel: Oh, dulce y codiciado olvido,

cuánto te ansía mi triste alma,

cómo desea saborear la tranquilidad

de la dulce calma que contigo traes.

Oh, distante y anhelado olvido,

¿por qué te niegas en venir a mí?,

a esta alma atormentada y dolorida

que tan solo desea dejar de sentir.

Oh, inalcanzable y añorado olvido,

cuanto más te deseo, más te alejas;

ven de prisa en mi auxilio,

por favor, no evadas mis ruegos.

Oh, impredecible y reservado olvido,

¿cómo lograr encontrarte?

sí vienes cuando menos se te espera

y cuando más necesito te vas.

Oh, calmado y despreocupado olvido,

prometes persuasión, mas no acción.

Lenta es tu prosa, de pausas marcadas.

La impaciencia en ti no encaja.

Oh, sabio y reconfortante olvido,

¿por qué las personas buscamos olvidar?

¿Y no solo dejar de sentir?

¿Qué hay en ti que te hace tan indispensable?

Oh, emotivo y callado olvido,

al fin comprendo que he sido una tonta;

el ser sin memoria es como una silla rota,

como un estanque seco, sin patos en la orilla.

Oh, confuso y disparatado olvido,

¿qué es una persona sin sus recuerdos?

¿Cómo podría vivir sin recordar?

¡Pero cómo duele vivir recordando!
Oh, dulce y codiciado olvido,
¿cómo puedo seducirte para atraerte a mí?

Tu silencio lleva consigo el sello de la resignación y con cruel arrojo me dejas en manos de tu hermano.

Oh, desconocido y enigmático olvido,
¿qué es el tiempo a tu lado?
¿Un aliado que se queda en la trinchera?
¿O un lacayo que te cuida las espaldas?

Oh, dulce y codiciado tiempo,
ten compasión de mí,
enséñame a dejar de sentir
sin dejar de recordar.

Oh, incomprendible y misterioso tiempo, llévate contigo el dañino hubiera,
instaura paz en lo que no se puede cambiar
y dame la certeza de que en ti está la cura del todo.

—¿Amy? Ya llegamos —Elizabeth le dedicó una mirada satisfecha—. Veo que sí has usado tu cuaderno, y me alegro por ello. Vamos, muero por ver a Vince^[1].

Vincent bajó del avión con su caminar gallardo. A sus veinticinco años, se había convertido en todo un hombre: hombros anchos, cintura estrecha, largas y bien torneadas piernas. Su imponente porte y alta estatura lo hacían destacar de entre la gente. Con esos ojos azul profundo de mirada enigmática, más sus perfectas y varoniles facciones; en definitiva, era un ejemplar de Adán, digno de un monumento a la belleza masculina.

Mientras el joven abrazaba a su madre, Amy lo observó y tuvo que reconocer que era todo un peligro andante; dinamita para cualquier mujer con sangre en las venas. Solo esperaba que Alexia no siguiera con esa tontería adolescente de estar enamorada de él.

Aunque había pasado mucho tiempo desde entonces, seis años para ser exactos. Alexia tenía tan solo trece años cuando Vincent se marchó a estudiar a Inglaterra.

No pudo evitar recordar a la llorosa y sufrida chiquilla que moqueaba por todos los rincones. Él fue el primer amor de su hija, que al marcharse rompió su corazón; esto provocó que el mundo adolescente de la chica se viniera abajo. Sonrió al evocar el rostro resplandeciente de su niña cuando Vince le escribió un correo electrónico. Por desgracia, la euforia duró tan solo unos meses; después de un tiempo y sin motivo aparente, él dejó de contestarle, por lo que Alexia se deprimió bastante.

Un día sin más, Alexia no volvió a mencionar el tema y, durante los últimos años, jamás volvió a hablar de él.

Reconoció que, aunque Alexia a sus diecinueve años aún no tenía un novio formal y estaba dedicada a sus estudios, era una mujer con ojos en la cara, a la cual el atractivo de Vincent, que se había potencializado con los años, no le sería indiferente.

Se dijo que era absurdo creer que, con el paso de los años, Alexia siguiera prendada de él. Como toda chica de su edad, tenía muchos amigos e incontables pretendientes. Incluso había tenido un par de relaciones serias, lo cual solo llevaba a la conclusión de que el suyo no era un

caso de corazón roto.

Se tranquilizó ante tales deducciones. Se preguntó cómo reaccionarían los jóvenes ante su reencuentro. Sonrió al pensar en la sorpresa que se llevaría Vincent. Así como ella tuvo que reconocer que él se había transformado en un hombre muy atractivo, también él se llevaría una gran impresión al ver que su «Pecas», que era como solía llamar a Alexia, ya no era una niña larguirucha de trenzas pelirrojas, sino una hermosa mujer.

Mientras los Tyler seguían enfrascados en ponerse al corriente con sus vidas, ella mantenía el monólogo en si debía o no prevenir a Alexia. Se preguntó qué le gustaría a ella si estuviera en el lugar de su hija.

Solo había dos caminos posibles: primero, que le importara poco su presencia. Segundo, que, si aún quedaba algo pendiente entre los dos, le gustaría estar en ventaja para que no la tomaran con la guardia baja.

Decidió hablar con su hija y ponerla en antecedentes; cualquier precaución, no estaba de más.

—Tía Amy. ¡Qué gusto! —Vincent la estrechó con cariño entre sus brazos, sacándola así de sus pensamientos.

La alegre conversación de la familia Tyler fluía en armonía. Amy se disculpó con el pretexto de ir al cuarto de baño. Una vez allí sacó el móvil que Elizabeth amablemente le había repuesto.

—Ale, ¿cómo estás?

—*¡Genial, mamá! Tanto que no quisiera regresar. Don Gaspar tiene unos caballos maravillosos y las praderas son divinas. Aquí es todo tan bello.*

—Me alegro mucho, mi amor.

—*¿Pasa algo, mamá?* —preguntó ante el tono extraño que detectó en su madre.

—Vince ha regresado —soltó sin más. El prolongado silencio al otro lado de la línea le crispó los nervios; se preguntó si había hecho bien al hablarle—. Ale, ¿sigues ahí?

—*Sí, mamá... Es solo que... no me lo esperaba.*

Como Amy lo había temido, el cambio repentino en la voz de Alexia le indicó que aún quedaba algo. La euforia inicial en la chica se había apagado.

—¿Estás bien?

—*Sí, ¿por qué no habría de estarlo?* —Su falsa afirmación no engañó a nadie, ni siquiera a sí misma.

—Ale, soy tu madre, te conozco mejor de lo que crees y, aunque respeté tu deseo sobre nunca más tocar el tema, sé lo que sentiste o creíste sentir por él.

—*Eso es agua pasada.*

—¿En verdad?

—*No lo sé, mamá* —reconoció—, *para ser honesta, hace mucho que no pienso en él, pero mentiría si niego que el saber que regresó me trastocó un poco.*

—Por eso te llamé, preciosa. Mañana, Christopher y Vince van a ir conmigo a recibirte en el aeropuerto; supuse que te gustaría estar preparada para que no te tomara por sorpresa.

—*Gracias, mamá* —Alexia sonaba distante.

—Arriba esos ánimos, bonita. Es más, ponte lo más guapa y atractiva que puedas, si es que eso es posible, puesto que ya eres hermosa, y deslumbra a ese par de caballeros. —La suave risa de su hija le llegó del otro lado de la línea.

—*Eso dices porque eres mi mamá y me quieres.*

—Y es precisamente por eso que a mí no puedes engañarme. Atrévete a negar que no te atrae la idea de mostrarle a ese muchacho lo guapa que te has puesto.

—*Mamá, eres terrible, ¿sabías?* —dijo sin admitir que su madre tenía razón.

—¡Sí, claro! ¿Mira quién lo dice? Por cierto, tengo que advertirte que Vincent está hecho todo un casanova, así que toma tus precauciones.

—*Lo haré y gracias por avisarme, mamá. La verdad es que pensaba viajar en pants y chanclas...* —Bromeó.

—¡Ni se te ocurra!

—*Creo que estas más emocionada por este encuentro que yo* —se mofó Alexia.

—Me emociona verte. Te dejo porque los demás deben preguntarse por mí; nos vemos mañana entonces.

—*Hasta mañana, mami.*

Alexia se despidió y colgó el teléfono. Lo dicho por su madre no dejaba de darle vueltas por la cabeza. Reconoció que Amy tenía razón, la idea de mostrarle a ese engreído lo que se había perdido se le antojaba y se le antojaba cada vez más.

A la mañana siguiente, Elizabeth se cansó de esperar a que Amy bajara para el desayuno, por lo que decidió ir buscarla. Llamó varias veces a la puerta y, al no recibir respuesta, se alarmó; corrió a buscar la llave de repuesto y entró.

—¿Amy? —La recibió el silencio y eso solo sirvió para acrecentar su incertidumbre. Después de unos minutos, se percató del sonido de la ducha—. ¿Amy, estás bien? —Una vez más, no obtuvo respuesta—. Voy a pasar, ¿de acuerdo?

El corazón le dio un vuelco al ver a su amiga tendida en el piso, en posición fetal y abrazándose a sí misma.

—¡Oh, Amy! —Sin importarle quedar empapada, la abrazó.

—Solo quería no sentir más... —balbuceó entre sollozos.

Elizabeth se percató de que la piel de su amiga ardía, a pesar del agua fría. Cerró el grifo, tomó una toalla y comenzó a secarle el cuerpo y el cabello como si de una niña se tratara.

—Estás enferma, ¿por qué no me llamaste?

—Ya te he dado muchas molestias.

—Tienes fiebre, necesitamos bajar la temperatura de tu cuerpo. Mírate cómo estás, apenas si puedes sostenerte en pie. —La reprendió mientras caminaban hacia la cama.

—Lo... lo siento —dijo antes de caer en la inconsciencia.

—¡Amy!, ¡despierta por favor! ¡Dios mío! ¿Qué hago ahora?

Elizabeth era una mujer delgada y de estatura baja, por lo que le fue imposible llevar a Amy hasta la cama. La acomodó sobre la alfombra, sacó el móvil y pensó en llamar a los servicios de emergencia para pedir una ambulancia, entonces captó que la finca estaba lejos del pueblo con hospital, quizá tardarían más en llegar los paramédicos que si ellos la llevaban en el auto.

—¡Bruce! ¡Chris! ¡Vincent! ¡El que sea, necesito ayuda! —De inmediato aparecieron los susodichos. Bruce fue el primero en llegar.

—¿Qué sucedió? —preguntó alarmado.

—Le ha subido la fiebre.

—¿No tienes medicamento?

—No el adecuado. Creo que lo mejor es llevarla al hospital para que la recete el médico.

Sin perder tiempo, subieron al vehículo a una delirante Amy. Elizabeth le aplicaba compresas frías para evitar que la alta temperatura llegara al punto de provocar una convulsión.

Amy fue ingresada, el médico ordenó que pasara la noche allí, por si la fiebre regresaba.

—¿Cómo te sientes? —Elizabeth le tocó la frente y con alivio comprobó que la temperatura

había descendido.

—Como si me hubiera pasado un camión encima —su voz sonó ronca, apenas audible.

—Tienes una fuerte infección en la garganta y, como tus defensas están bajas, el microbio te ha atacado con mayor fuerza. Ya te han suministrado los antibióticos. El doctor recomienda que permanezcas aquí, al menos veinticuatro horas. Quiere ver cómo reacciona tu cuerpo ante los medicamentos que se te aplicaron.

—Me siento aturdida.

—Lo mejor será que descanses.

Amy cerró los ojos, entonces recordó que ese era el día de la llegada de su hija.

—¡Dios! ¡Alexia! Tengo que ir a recogerla.

—Tranquila, en estos momentos Chris y Vince están esperándola en el aeropuerto, después vendrán para acá. Uno de los medicamentos que te administraron causa somnolencia, así que déjate llevar al reino de Morfeo.

—Gracias.

Elizabeth la besó en la frente.

—Ahora, a dormir.

En cuanto Alexia lo vio, supo que era él, tenía que ser Vince. Esos ojos azules, el rostro atractivo y esa sonrisa con hoyuelos, que le daban un aspecto de niño bueno, habían torturado sus noches por más tiempo del que podía admitir.

Una vez más agradeció a su madre por advertirla, eso le permitió mentalizarse, poner en orden sus ideas y recomponer sus defensas. Aunque había pasado mucho tiempo, no esperaba sentir el batido de mariposas en el estómago cuando Amy le dio la noticia.

—Por tu bien, tienes que pasar página. —Se mentalizó para actuar indiferente ante ese hombre que la aguardaba. Su madre le había dicho que la edad le había sentado bien, sin embargo, se quedó corta en su descripción. Ese era el Adán más hermoso, magnífico y varonil que hubiera visto jamás.

Las manos le temblaron a causa de los nervios. Sintió deseos de correr y huir lo más lejos posible. Entonces recordó la forma tan cruel en que él la abandonó y eso le dio las fuerzas que necesitaba para recomponerse.

Vince había pasado de ella sin mayor problema; bien, le demostraría que, para ella, tampoco era importante.

Todo parecía indicar que él aún no la había visto; eso le daba una ventaja. Se permitió admirarlo a su entera satisfacción. La masculinidad que exudaba quitaba el aliento. «Viril y bello. Irresistible combinación».

Cayó en cuenta de que estaba solo. Se preguntó dónde estarían los demás. ¿Y su madre? ¿Por qué no estaba allí para recibirla?

Miró a los alrededores y nada, solo estaba él. Respiró hondo y se acomodó las gafas de sol. «Qué comience la función». Movié un poco las caderas al caminar y sacudió su espectacular cabellera con un toque de coquetería, justo como su madre le había enseñado: «La seducción más letal es sutil, suave e impredecible».

Con una ligera sonrisa, avanzó hacia su presa.

Capítulo VII

En cuanto Vincent vio a esa ágil diosa de largas piernas caminar en su dirección, no le pudo retirar la vista de encima. Como caballero que era, la miró a discreción, pero sin perder detalle. La observó sacudir confiada su hermosa cabellera de brillantes tonos como el amanecer y, entonces, el tiempo pareció detenerse.

Se dijo que esa mujer era un sueño. De pronto, ella pareció percatarse de su presencia, bajó las gafas de sol y sus ojos esmeralda se posaron sobre él. Al parecer, le gustó lo que vio, porque sonrió de forma instantánea.

La suya era una sonrisa deslumbrante, sexy a mas no poder. Vincent tragó saliva impresionado por la forma en que su cuerpo reaccionó a la chica que lo miraba con una mezcla de sorpresa y buen humor.

Poseedora de un rostro angelical de finísimas facciones y unos labios rojo fresa que clamaban ser besados, esa ninfa de cabellos de fuego movía cabezas por donde pasaba. El cruce de miradas fue eléctrico, abrumador y causó en él graves estragos. Sin poder evitarlo, correspondió al gesto con una sonrisa de medio lado, destinada a hacerle saber que la encontraba sumamente deseable.

En el pasado, Alexia le había visto mostrar a las chicas con las que coqueteaba esa sonrisa que tanto le gustaba y que, para su desgracia, recordaba muy bien. En más de una ocasión, deseó que la mirara así, con deseo; que esa sonrisa fuera solo para ella.

En ese momento, al comprender que era el centro de toda su atención, sintió un estremecimiento de anticipación recorrerle todo el cuerpo.

Ver de nuevo y tener cerca de ella a Vince removió sentimientos que creía enterrados. A fuerza de voluntad, disimuló de tal manera que su actuación merecía ser galardonada.

Él la había olvidado, por eso jamás le demostraría lo mucho que seguía afectándola y el poder que tenía sobre ella. No, no volvería a darle ese privilegio, al contrario, tenía que pagar por el dolor causado.

Vincent, como hechizado, observaba a su diosa de largas piernas. De pronto ella rompió el contacto visual, corrió a tirarse en brazos de un hombre que la alzó en volandas y, en un efusivo abrazo, comenzaron a girar.

Cuando el chico paró y la colocó en el piso, hundió la cabeza en la cabellera de la joven, por lo cual no podía ver el rostro del maldito afortunado.

Deseó ser él quien estuviera abrazándola, que ella lo envolviera en sus brazos y lo recibiera de esa forma tan cariñosa. Entonces, el hombre en cuestión levantó la cabeza y se puso erguido, por lo que Vincent pudo reconocerlo, ese tipo era... ¡era su hermano!

Consternado se preguntó qué hacía Christopher abrazando a esa chica. Entonces recordó que en las últimas charlas, él le había contado que había una chica, la cual lo traía loco.

Maldijo su suerte, de todas las féminas disponibles, tuvo que fijarse en la única que le estaba prohibida, porque, por mucho que le gustara la joven, jamás se involucraría con la mujer de su hermano. Apretó la mandíbula y los puños.

—¡Hey! ¡Estás espectacular! —dijo Christopher sonriendo.

—Tú siempre tan adulador. ¡Me alegre tanto de verte! ¿Dónde estabas? De pronto pensé que

me habían abandonado. ¿Y mamá? —preguntó Alexia, divertida.

Christopher colocó su mano en la cintura de la muchacha y la encaminó hacia Vincent, que los miraba con gesto adusto.

—Tuve que ir de urgencia al aseo de caballeros, pero no te dejé sola, Vince está aquí, ¿lo ves?

—Oh. No me había percatado, lo siento —mintió.

Vincent, mientras los veía avanzar hacia él, pensó en que quizá Christopher se citó ahí con su novia para recibir a Alexia. Deseó que llegara de una vez el maldito avión para recibir a «Pecas» y largarse de inmediato.

El verlos juntos le molestaba, se reprendió por ello. ¿Qué rayos le pasaba? El no conocía de nada a esa mujer y Chris era su hermano.

—¿Y mamá? ¿Por qué no vino?

—La tía Amy está en el hospital, pero no te alarmes, es una infección en la garganta. Como le subió mucho la fiebre, el médico pidió que se quedara en observación solo por precaución —explicó.

—¿Me estás diciendo la verdad? —lo cuestionó preocupada y paró su andar.

—¡Claro! Si quieres iremos directo al hospital para que te cerciores por ti misma de que todo está bien.

Chris y Alexia, abrazados por la cintura, terminaron de avanzar los pasos que los separaban de Vince.

—¿Y tú equipaje?

—Aún no lo he recogido.

—Dame el *ticket*, yo voy por él.

—Gracias, Chris, como siempre, eres un amor.

—Así soy yo, bombón.

Vincent los miró confundido. ¿*Ticket*? ¿Equipaje? «¡No puede ser!», pensó al comprender.

—¿Pecas? —atinó a preguntar.

Alexia celebró la conmoción que descubrió en los ojos de Vincent. Ese gesto le supo como el más exquisito de los platillos. Por el escrutinio visual al que la había sometido, era obvio que lo había impresionado.

«Gracias, mamá», pensó emocionada.

—No más Pecas, solo Alexia, por favor —con voz distante e impersonal, le tendió la mano.

—Lo siento, yo... —Aún le costaba creer que esa hada de los volcanes fuera Alexia. La miró con atención y pudo corroborar que, en efecto, era ella. Esos mismos ojos, que antaño lo miraban con adoración, en ese momento solo mostraban diversión. Al instante, supo que ella se había dado cuenta de su expectación, pero no le importó, siguió mirándola embelesado.

Alexia no era más una chiquilla de rojas trenzas. Las pecas habían desaparecido para dar paso a una piel suave y tersa como si fuese de porcelana, aunada a un cuerpo que ni en sus más salvajes sueños de adolescente imaginó posible.

La mujer en la que se había convertido era tentación en su estado más puro. Con esa cara y esas curvas de perdición absoluta, sin duda, era la criatura más femenina y hermosa que jamás hubiera contemplado.

Se reprendió a sí mismo por lo impropio de sus pensamientos, Alexia estaba prohibida para él, por el simple hecho de ser la mujer de su hermano, y para prueba bastaba ver que aún permanecían abrazados por la cintura, como si se tratase de dos tortolitos.

Chris soltó a la joven para ir en busca de su equipaje a la cinta, dejándolos unos minutos a

solas.

—¿Cómo estás, Vincent? —Alexia se alegró de que su voz sonara firme e impersonal.

«¿Vincent? ¿Ya no era Vince? Ahora solo un frío Vincent. ¡Cuánta formalidad! Como si no hubiera una historia entre los dos», pensó irritado.

El hecho de que Alexia no lo recibiera con tanta efusividad como a Chris lo molestó en demasía, porque, a fin de cuentas, no eran dos desconocidos. Sí, era verdad que se había ausentado un largo tiempo, pero antes de marcharse eran inseparables; era él, y no Chris, el objeto de su adoración.

Sin poder evitarlo, pensó en la chiquilla pecosa que pasaba los días pegada a él. Un cálido sentimiento lo embargó al evocar lo pasado, y se amargó al pensar que en la actualidad había dejado de quererlo.

Entonces se percató de que ella esperaba una respuesta.

—Estoy muy bien. ¿Qué tal tú?

—El viaje fue un tanto tedioso, lleno de turbulencias, pero aquí estoy, sana y salva.

La oportuna llegada de Chris sirvió para disipar la tensión que se había creado entre los dos.

—Conduce tú. —Chris aventó las llaves al aire para que su hermano las cogiera al vuelo.

Lo que menos esperaba Vincent era que el par de tortolitos se instalara en el asiento trasero y lo dejaran fuera de toda conversación, como si se tratara solo de un chofer.

—¡Mamá! ¿Estás bien? —preguntó Alexia, nada más entrar en la habitación. Al instante abrazó a su madre.

—¡Hija, qué alegría! No te preocupes, estoy bien, pero ya sabes cómo son estos matasanos, siempre quieren tenernos vigilados.

—Tía Lizzy, qué gusto. —Con cariño, Alexia abrazó a la mujer que estaba sentada junto a su madre.

—¿Y para mí no hay abrazo? —Bruce extendió las manos para recibirla.

—Por supuesto que sí, tío. —Alexia se acercó y lo besó en la mejilla.

Molesto y herido en el orgullo, Vincent comprobó que, para Alexia, todos eran dignos de muestras de afecto menos él, y eso le dolió en el alma. «¿Qué nos pasó, bonita? Quizá la distancia».

Elizabeth y Bruce aprovecharon la visita de los jóvenes para ir a comer.

—No puedo hablar mucho porque me duele la garganta, así que mejor cuéntame, ¿cómo te fue? —pidió Amy.

Alexia comenzó a relatar su estancia en la granja. Vincent la miraba hipnotizado, el sonido de esa sensual voz lo tenía cautivo sin remedio absoluto.

—Entonces Javier nos llevó al pueblo y...

—¿Quién es Javier? —cuestionó Chris enfadado.

—Oh, por favor, no vas a empezar otra vez con tus celos. —Alexia puso los ojos en blanco con gesto de fastidio—. Javier es el capataz del abuelo de Donna, está casado y tiene dos hijos preciosos. No tienes nada de qué preocuparte. Como decía... —Alexia siguió con el relato.

A Vincent, la mención del tal Javier tampoco le había caído en gracia, pero, a diferencia de Chris, él no tenía ningún derecho a preguntar.

Alexia se quedó con su madre toda la noche, a pesar de que el médico aseguró que no era necesario. Al día siguiente muy temprano, Chris y Vincent fueron a recogerlas para llevarlas de regreso a la finca, pues Amy había sido dada de alta.

En el camino de regreso, Vincent manejaba la lujosa camioneta y Amy iba a su lado, en el

lugar del copiloto. Alexia y Chris se colocaron en el asiento trasero y no paraban de conversar y de bromear; era evidente la camaradería entre los dos.

Cada vez que podía, Vincent los observaba por el espejo retrovisor. Alexia resplandecía y cuando sonreía parecía una ninfa traviesa.

Estaba embobado; tuvo que reconocer que estaba deslumbrado por ella. En su estancia en el extranjero, había salido con varias mujeres, pero ninguna lo trastocó como esa bruja de cabello rojizo.

Él, el que no se dejaba impresionar por muy bella que fuera la dama, había caído rendido ante un par de ojos esmeralda, que, para su mala suerte, lo miraban con indiferencia. El sentirse rechazado era algo nuevo que no sabía cómo asimilarlo ni cómo actuar con ella que, para colmo de males, era la novia de su hermano y, con su fría apatía, le había dejado más que claro que no estaba interesada en él.

Amy no pudo evitar espiar a Vincent. Lo miraba atenta y analizaba todas sus reacciones. No le quedaba duda de que el pobre muchacho había caído ante el hechizo de su hija; solo restaba dejar al tiempo correr.

Estaba segura de que harían buena pareja. Según lo que sabía de él, Vincent era un joven responsable y de buen corazón. Algo testarudo y quizás un poco arrogante, pero le gustaba para yerno.

Una vez en casa, Amy decidió dejar pasar unos días antes de hablar con Alexia. Necesitaba recuperar fuerzas, tanto física como emocional. Los medicamentos del tratamiento recetado le causaban un estado de soñolencia que la tenía aletargada.

Ante todos trataba de aparentar normalidad; a solas y en la intimidad de su habitación, daba rienda suelta al llanto y emociones.

Alexia no tenía ni idea de lo que sucedía con sus padres. Amy solo le dijo que su padre estaba de viaje y que al volver se quedaría en casa por asuntos de trabajo.

Los días siguientes, Alexia los pasó de maravilla al lado de Chris. Salían a montar, jugaban ajedrez, nadaban en la piscina... Estar con él era fácil, la divertía con sus locuras y ocurrencias.

Desde que Chris entró al mismo curso que ella en el instituto, se habían vuelto inseparables, además él era el novio de Donna, su mejor amiga.

Estaba orgullosa de poder decir que había fungido como cupido. En cuanto su amiga lo vio, quedó impresionada con él, así que Alexia no paró hasta que consiguió que sus mejores amigos terminaran juntos.

En cuanto a Vincent, apenas si cruzaban palabra. Ella lo evitaba a toda costa. La atracción que sentía por él era tan fuerte que siempre se ponía nerviosa ante su imponente presencia. Se recriminaba el ser tan patética por seguir prendada del que fue su amor de adolescencia. Eso la molestaba, no quería volver a enamorarse de él y pasar por el calvario que sufrió en el pasado al tener que presenciar el desfile de chicas con las que salía mientras a ella la trataba como a una hermana menor.

Si el Vincent del instituto estaba para comérselo a bocados, el hombre en que se había convertido, tan atractivo y seguro de sí, era para quitar el aliento y mojarse las bragas con tan solo una mirada.

Le resultaba desgastante el tener que fingir y cuidar sus actos, todo con el fin de que él jamás notara lo mucho que seguía afectándola. Una vez le entregó su corazón y él lo dejó de lado; pues bien, no volvería a cometer ese lamentable error, por eso optó por evadirlo y, cuando no le quedaba de otra, se mostraba indiferente.

Vincent, por primera vez en su vida, tenía que lidiar con el rechazo de una mujer y la frustración que eso ocasionaba. Alexia se había metido en su cabeza alterándolo como nunca en su vida nadie lo había hecho.

Le molestaba sobremanera que ella pasara el tiempo pegada a su hermano, lo cual era normal, dado el tipo de relación que llevaban, sin embargo, con él, parecía eludir todo contacto. Si no se tratara de la novia de su hermano, se habría lanzado al ataque sin pensarlo dos veces.

Para evitar volverse loco, trataba de convencerse de que Alexia era la misma chiquilla pecosa que consideraba como una hermana pequeña, la que, con lágrimas en los ojos, lo había despedido en el aeropuerto años atrás.

Durante su exilio, había momentos en que llegó a pensar que estaba curado de esa malsana obsesión; que la atracción sexual que sentía por ella era cosa superada, no obstante, bastaba que esa ninfa de mirada pícaro y sonrisa traviesa entrara en la misma habitación que él para darse cuenta de que todo el tiempo invertido en su autolavado de cerebro era un placebo y que el mal que padecía persistía y, al parecer, no tenía cura.

Esa mujer se había metido en su sangre como una droga y cada vez le costaba más trabajo mantenerse alejado del objeto de sus fantasías nocturnas.

Para Amy los días pasaban en torturante lentitud. La infección en su garganta poco a poco iba remitiendo. Físicamente se recuperaba, aunque, en el aspecto emocional, era otro cantar.

Días malos, otros no tanto; horas muertas, algunas sin sentido. A ratos lloraba como magdalena para luego quedarse dormida. Chris y Alexia hacían todo lo posible para animarla, incluso lograban arrancarle una que otra sonrisa.

La semana de tregua que Elizabeth le otorgó hacía un par de días que había finalizado, sin embargo, quizá a causa de la enfermedad que la había asolado, su amiga no la había presionado para salir del autoencierro.

Amy era consciente de que, de un momento a otro, Elizabeth aparecería en su habitación para comenzar con las actividades que tenía programadas para ella.

Esa mañana en particular, su estado emocional estaba más alterado que en días anteriores. Los recuerdos pesaban más que nunca. Extrañaba a su marido, sus besos, sus abrazos... No podía dejar de pensar en todo lo acontecido en su vida en común. Su cuerpo ansiaba fundirse con el de él, sentirse amada y deseada, aunque fuera solo una vez más.

A diario, la esperanza se batía a duelo con la realidad. Su corazón de mujer enamorada se aferraba a la idea de que lo de André con esa mujer era algo transitorio y que, antes o después, él regresaría arrepentido e imploraría su perdón. En cambio, su lado racional la obligaba a, de una buena vez, aceptar la verdad: André no volvería.

Bajo la ducha y acurrucada en el piso, sentía que era la más miserable de todas las criaturas sobre la tierra.

Perdida en el limbo

Querida Yo:

¿Acaso me has abandonado? No reconozco en mí nada de aquella apasionada mujer que alguna vez fui.

En estos momentos de oscuridad, no sé quién o qué soy. Me siento tan vacía y fuera de lugar.

Dime, querida Yo, ¿cómo fue que te permití alejarte tanto, al grado de no sentirte más?

Perdida en el limbo, sin rumbo ni dirección, a la deriva en este mar de tormentas, soy un cuerpo sin alma que busca con desesperación el camino hacia la redención.

¿Cómo recuperar a la Amy que vivía cada día con pasión? ¿Acaso no existe más? ¿Dónde quedó esa valiente guerrera capaz de vencer cualquier batalla?

Por favor, te lo suplico, querida Yo, líbrame de esta oscuridad espiritual; sácame de esta dimensión desconocida, donde nada es, y lo que es ya fue.

Capítulo VIII

Elizabeth, después de llamar a la puerta de la habitación de su amiga, tomó asiento a su lado en la cama. La preocupación en su rostro enterneció el corazón de Amy.

—¿Cómo te sientes?

—¿Supongo que te refieres a mi evolución en cuanto a la infección en la garganta?

—En general.

Amy lo pensó un instante.

—En el aspecto físico, recuperada. En lo emocional —hizo una pausa—, ¿caos cabe como definición?

Elizabeth sonrió.

—Sí, claro que cabe. Bien, entonces comenzaremos de lleno con tu terapia. El primer paso es hablar con Alexia...

—¡No! Por favor, Lizzy, no me hagas esto; aún no estoy lista.

—Amy, lo siento, pero es necesario; tu hija está preocupada; no deja de acribillarme con preguntas. Ale es demasiado inteligente, ¿acaso crees que puedes engañarla? El estado de ánimo que tienes, tu deteriorado aspecto físico, aunado a la continua hinchazón e irritación de los ojos, te delatan. Hasta ahora he logrado persuadirla, sin embargo, en cualquier momento puede hablar con André y ¿qué crees que sucederá? Si hay algo que el ser humano detesta, es que se le encubra la verdad.

—Tienes razón. La comunicación entre nosotras siempre ha sido estupenda. Sentirá que la he traicionado al ocultarle las cosas.

—Entonces, es mejor que se entere por ti.

—Lo sé. —respiró hondo. Uno de los momentos que más temía había llegado y, para su mala fortuna, era ineludible—. Solo dame un par de días.

—Tienes tres; ni uno más.

Amy comenzó a incorporarse a la convivencia y dinámicas familiares. Bajaba a tomar las comidas en el comedor, daba paseos por el jardín y cada vez pasaba menos tiempo recluida en su habitación.

—Ale, ¿tienes un minuto? Tengo que hablar contigo.

Alexia regresaba de su cabalgata diaria. La joven se veía feliz. Las mejillas sonrosadas y el cabello despeinado delataban que había participado en otra de esas locas carreras que solía jugar con Chris.

—¿Qué pasa, mamá? Me asustas... —La sonrisa murió en sus labios.

—Será mejor que demos un paseo.

—Está bien, dejaré a Starlight en su cuadra y te busco.

Amy tomó asiento en una banquilla de madera que estaba bajo la sombra de un frondoso árbol.

—Ya estoy aquí. —La seriedad en el rostro de su madre, así como el tono escueto que había usado, tenían a la chica al borde del colapso, pero no quería hacer conjeturas hasta saber con certeza qué le ocultaba.

—Siéntate, por favor, hija, lo que voy a decirte es muy difícil para mí.

—¿Tan grave es?

—Depende del cristal con que se mire. —Lo último que quería era lastimar a su hija. Había tomado una decisión, haría caso a Elizabeth. Les hablaría a sus hijos de la situación, más no de la traición, eso lo dejaría para después.

Esperaba que André tuviera el suficiente sentido común para no exhibir de forma descarada a esa mujer. Se dijo que, aunque no le apetecía en lo más mínimo, tendría que hablar con él para asegurarse de que entendía que, por el momento, lo más sensato era mantener su romance con Cindy en secreto.

Lo primordial era darles oportunidad de digerir y aceptar que sus padres ya no eran pareja.

Mientras hablaba con Alexia, se obligó a no envenenarla. El que André fallara como marido y hombre no significaba que lo hiciera como padre, por ello había que darle el beneficio de la duda.

—Y por eso tu padre y yo hemos decidido separarnos; quizá nos divorciemos. —Terminó.

—¿Qué? ¿Cómo es que...? ¿Cuándo? —Alexia se puso de pie en un salto.

—Hace mucho tiempo que las cosas entre tu padre y yo no andaban bien. Tratamos de mantener a flote un barco que estaba destinado a hundirse, hasta el punto en que ya no fue posible negar lo evidente —mintió, pues ni ella tenía idea de que su matrimonio estaba derrumbándose hasta que fue demasiado tarde—. La verdad no es culpa de nadie, estas cosas pasan. Tu padre me pidió un tiempo y yo acepté dárselo.

—¿Por qué? ¡Eso no es posible! Ustedes son la pareja perfecta, todo el mundo lo dice.

—Quizá lo fuimos, pero eso se terminó.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Tu padre ha dejado la casa.

—¿Qué? ¿Así, sin más? ¿Por qué aceptaste que se marchara? —Sacudió la cabeza—. ¿Por eso me mandaron con Donna? —Alexia estaba molesta.

—No. —Se acercó a ella—. Ale, sé que esta decisión te sorprende y duele, pero tienes que aceptarlo porque ya no hay vuelta de hoja —dijo conteniendo el llanto.

—¡No! ¿Por qué te das por vencida tan fácil? Cuando se ama todo se perdona, todo se puede. Eso es lo que toda la vida nos han dicho. —Comenzó a caminar como gato encerrado, de un lado a otro.

—En esta ocasión no es así, tu padre y yo hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos por remediarlo, pero no funcionó. Así es la vida y solo queda aceptarlo. Nunca hay que dar nada por hecho —lo dijo más para sí que para Alexia.

«Una más para agregar a la lista de reformas: nunca dar nada por hecho», tomó nota mental.

—No, mamá, esto no tiene sentido. Un amor como el de ustedes no se muere de la noche a la mañana, tiene que haber algo, un causal, un motivo... —Levantó la cabeza y miró a su madre a los ojos—. Hay alguien más, ¿no es así?

A Amy no le sorprendió la suspicacia de su hija. Alexia siempre demostró un coeficiente intelectual por encima a los niños de su edad. Se debatió por un minuto entre decir o no la verdad; se decidió por esto último.

—Sí. —No agregó más, pues admitirlo lo hacía más real y le dejaba ese sabor amargo en la boca. La manera en que el rostro de su hija se transformó le causó un frío estremecimiento.

—¿Es en serio, mamá? ¿Cómo pudiste?

—¿Qué?

—¡Ya me extrañaba tanta tranquilidad de tu parte!

—Alexia, escucha...

—¡No! Papá es un buen hombre, ¿cómo pudiste hacerle algo así? ¿Es que no sientes la más mínima culpa? ¿Qué demonios te pasa? —cuestionó Alexia, con marcada indignación. Amy intentó tomarla del brazo, pero ella retrocedió para evitar que la tocara—. Te desconozco, Amy Parker. —Levantó la mano para impedir el avance de su madre—. No quiero escucharte, ah, y por favor, no me sigas. —Se alejó de prisa.

Aunque hubiera querido, le fue imposible ir tras Alexia. El que su propia hija la creyera capaz de semejante bajeza la dejó en completo estado de choque.

André cometía el delito ¿y a ella la incriminaban solo porque decidió no ponerse en el plan de la histérica despechada? ¿Qué demonios le pasaba al mundo? ¿Cuándo todo se volvió de cabeza? De víctima a victimario en un santiamén.

Creyó que no era posible sentir más dolor del que ya la aquejaba; pronto se dio cuenta de cuan equivocada estaba. La inesperada reacción de su hija fue una nueva daga con acerado filo, que le atravesó el alma.

Alexia, su niña preciosa, había crecido, para transformarse en una joven sensata capaz de entender. Se dijo que solo tenía que esperar el momento apropiado para abordarla y contarle la verdad.

Desolada, Amy se derrumbó en el piso porque no tenía fuerzas para permanecer en pie. Con las manos se cubrió el rostro y dejó que el llanto, una vez más, azotara su cuerpo y alma. Así, en ese estado de miseria, fue que la encontró Elizabeth.

—¡Dios, mío! ¿Qué haces en el piso? ¿Qué ha pasado?

Amy levantó el rostro.

—Nada, que te hice caso, intenté hablar con ella lo más controlada y ecuánime, ¿y sabes qué resultó? ¿Alexia cree que soy yo quien tiene un amante!

—¿Qué? ¿Cómo es eso posible?

—Ni siquiera me dejó explicarle.

—¿Cómo pudo llegar a tan equivocada deducción?

—Al parecer, el hecho de que no me pusiera histérica y a despotricar en contra de todos los hombres, en especial de su padre, la hizo pensar que era yo, y no él, quien cometió la traición.

—Hablaré con ella.

—Te lo agradezco, Lizzy, pero hablar con mi hija es algo que tengo que afrontar sola.

—De acuerdo. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Darle un tiempo para que se tranquilice, después abordarla otra vez. Tarde o temprano tendrá que escuchar mis argumentos.

En la soledad de su cuarto, Amy decidió que no quería llorar más. André le había arrancado tantas lágrimas, inmerecidas, que era injusto brindarle más.

—No voy a llorar igual que ayer; cada vez será menos, hasta que llegue el día en que mis ojos estén secos —se prometió.

Mientras buscaba su cuaderno, pensó en la ironía de las palabras de Alexia; ¡claro que sentía culpa!, pero esta era causada por algo muy distinto a lo que su hija suponía.

Rebuscó en el cajón de su mesilla de noche y, bajo un montón de papeles, encontró la pluma y, una vez más, dejó que las palabras fluyeran.

La atormentada

Querida Yo:

Esta pena me consume día a día y atenta contra ti, no me deja verte ni escucharte. Sé que

estás aquí, abandonada en algún lugar dentro de este cuerpo, al que no tengo ni idea de cómo acceder.

El saber que te encuentras lejana me hace flaquear, perder la fe en que algún día podré salir de este abismo.

Son muchos los demonios que hoy me atormentan: angustia, pánico, frustración, ira, reproches, culpas... Culpa.

Hoy toca al demonio de la culpa el machacarme. Siento todo el peso de esa piedra que aplasta todo mi ser sin piedad alguna.

¿Cómo evitar padecer algo que tú mismo provocaste? ¿Cómo luchar contra uno mismo sin perderse en batalla?

Él me amaba y yo lo sabía, por eso me confié. Decidí creer que su amor era a prueba de todo, resistente incluso al descuido, y me atuve a ello. No regué lo suficiente nuestra plantita, y esta simplemente murió.

En algo tiene razón André; en alguna parte del trayecto dejamos de ser amantes. ¿Cómo pude estar tan ciega para no darme cuenta? La comunicación se desvaneció; el fuego, la pasión, que tantas veces incineró nuestras sábanas, poco a poco se extinguió y, como resultado, se acabó el amor; al menos de su parte.

Por ello el demonio de la culpa hiere tanto. Descuidé no solo al amigo y compañero, sino también al hombre, al amante apasionado que tantas veces en mi cuerpo renació.

Tengo que reconocer mi contribución a este holocausto; es inútil negar lo evidente. Propicié de manera directa, aunque involuntaria, la muerte de mi querido André, el que fue, el que era aquel maravilloso esposo que tanto me quiso; claro, hasta antes de que la enfermedad de la rutina lo atacara y terminara por arrebatármelo todo.

Culpa, descuido y ceguera; enemigos mortíferos que, por desgracia, siempre van de la mano.

Dejé para después la intimidad, abandoné las sorpresas y el seducirlo día a día con pequeños detalles. Desatendí, incluso, la forma de buscarlo en el amor.

¡Dios! Fueron tantas cosas en las que fallé. Como cita el dicho popular: «En el pecado llevé la penitencia».

Por desgracia, jamás podré resarcir el daño. André dejó muy claro que no habrá «segundas oportunidades». Me es imposible desandar el camino para regresar al punto en que todo se torció y enmendar el rumbo.

Tengo que cargar con las consecuencias de mis actos, aceptar mi nueva realidad y entender que, a partir de ahora, caminaremos por senderos distintos, en vidas separadas.

No debo permitir que el dolor por la traición destruya el recuerdo de mi amor perdido, de mí André, (el que sí fue mío). Perdí su cuerpo, sin embargo, las memorias de lo vivido con él son algo que me pertenece y nadie, ni Cindy, puede quitarme.

Y ya que hablamos de culpas, la que más me pesa es la de haberte perdido.

Querida Yo, sufro y lloro la traición de André, sin percatarme de que también yo fallé. Te traicioné de tantas maneras y en diversas ocasiones; te mandé al final de la lista.

Acallé tu voz una y otra vez; te obligué a esconderte en las profundidades más recónditas de mi ser y. cada vez que me advertías que estaba perdiéndote, me justificaba con la consigna: estoy cansada, mañana será.

¡Necesito perdonarme!

Querida Yo, ¿acaso es muy tarde para intentar recuperarte? Necesito con urgencia a la Amy aguerrida, valiente, optimista y llena de chispa que desbordaba creatividad. A esa mujer que le apasionaba la vida.

Querida Yo, ¡regresa a mí! ¡Te lo suplico!

Capítulo IX

Alexia estaba furiosa. Caminaba por el pasillo a grandes zancadas y con los puños apretados. Sentía la necesidad de llegar a su habitación, gritar, cualquier cosa que sirviera para sacar la rabia que le recorría las venas, quizá tomar el teléfono y hablar con su padre para reiterarle su apoyo.

Aún le costaba asimilar la desfachatez de su madre. ¿Cómo se atrevía a engañar a su papá?

Hundida en sus pensamientos, no se percató de que Vincent caminaba hacia ella. Él, al notar el evidente estado de alteración de la chica, de inmediato comprendió que la tía Amy ya había hablado con ella.

Días atrás, su madre le había contado lo que pasaba en la familia Rossetti, además de pedir su apoyo y paciencia para las dos mujeres; por eso estaba enterado del polémico tema.

Alexia sintió que no estaba sola, detuvo sus pasos, levantó el rostro y se encontró frente al hombre que perturbaba sus pensamientos día y noche.

Vincent no pudo resistir ver el brillo de lágrimas contenidas en esos ojos del color de las esmeraldas. Sin decir palabras, salvó el espacio que los separaba, la rodeó con sus brazos, la atrajo hacia sí y depositó un suave beso en la pelirroja cabeza.

«¡Cielos! Esto sí que es gloria». Alexia olía de maravilla y la sensación de tenerla así, tan cerca de su corazón, era magnífica, abrumadora, tanto que su masculinidad reaccionó de inmediato ante el contacto de ese cuerpo cálido y de suaves formas. Se reprendió por comportarse como un chaval hormonal, cuando en ese momento ella solo necesitaba de su consuelo.

Alexia, conmocionada por todo lo acontecido, se dejó hacer sin oponer resistencia alguna. Al estar en los brazos de Vincent, el cerrojo con el cual mantuvo encerrados tanto sus recuerdos como los sentimientos por él se rompió. La ola de calor que embargó su pecho fue tan intensa que la asustó.

No quería quererlo. No, no podía cometer la misma estupidez dos veces. Entregar su corazón a ese hombre, una vez más, sería su perdición, por eso, a fuerza de voluntad, se apartó.

Él la miraba con ternura y comprensión; eso solo sirvió para acrecentar su frustración. No conforme con alterarla al grado de perder la cordura, el muy ladino mostró esa seductora sonrisa que le había regalado en el aeropuerto el día que llegó.

—¿Estás bien? —Vincent se recriminó por permitir que ella lo afectara al grado de comportarse como un chaval sin experiencia que, ante la chica que le gusta, solo atina a decir incoherencias, porque sin duda eso era la pregunta que acababa de hacerle. Era obvio que ella no estaba bien, saltaba a la vista.

—Yo... —Tragó saliva—. Necesito estar sola.

—Lo entiendo. —Levantó la mano para limpiar de ese bello rostro una lágrima fugitiva, sin embargo, ella se apartó como si él portara la peste y eso le dolió. Aun así, reiteró—: Si me necesitas, aquí estoy.

«Tu ofrecimiento llega seis años tarde». Alexia estaba tan molesta consigo misma, con su madre, con él y con todo el mundo que optó por callarse lo que pensaba. Sin decir palabra, se alejó.

Encerrarse en su habitación, le pareció una mala idea; sentía ahogarse entre esas cuatro paredes, por ello, salió al jardín.

«¡Dios! ¿Qué me pasa?». Bajo el gran árbol, tomó asiento sobre el verde pasto, se abrazó por las rodillas y, como no hacía desde que era una niña, lloró.

Lloró por la traición, tanto por la de su madre como por la de Vincent. Comprendió dos cosas fundamentales: primera: que, a pesar del tiempo transcurrido, aún no había perdonado a Vincent por dejarla atrás con la facilidad que lo hizo.

Segundo; que nunca se terminaba de conocer a las personas, ya que estas podían apuñalarte en cualquier momento.

Hundida en la amargura, fue como la encontró Chris. Él se acercó a ella, se colocó a su lado y la rodeó en un reconfortante abrazo. La amistad entre ellos era tan sólida que no hicieron falta las palabras.

Ella se acurrucó en el pecho de su mejor amigo y dejó que la consolara. Aunque nunca lo pretendió, Christopher Tyler ocupó, en parte, el vacío que Vincent, con su abandono, dejó. Ese chico de sonrisa fácil se había convertido en su protector y desempeñaba a la perfección el trabajo de un hermano mayor.

A pesar de ser de la misma edad, él cuidaba de ella y siempre estaba al pendiente e incluso la celaba como perro guardián. A diferencia de Vince, Chris siempre había estado ahí, y sabía con toda certeza que podía contar con él.

A través de la ventana corrediza de la biblioteca, Vincent los observaba. La furia caliente que recorría sus venas no le sorprendió. Hacía días que había aceptado que lo que sentía por Alexia iba más allá de una reacción química y hormonal. La tensión sexual llevaba consigo emociones primarias como el sentido de posesión y pertenencia e, inevitablemente, los celos. No podía soportar el verla en brazos de otro hombre, aun cuando se tratara de su propio hermano.

El que ella permitiera a Chris consolarla y abrazarla incrementaba en él las ganas de ceder ante el impulso de salir, reclamarla como suya para después echársela al hombro y recluirla en su cueva, donde no la dejaría salir del lecho en semanas. Sin duda, esas ideas arcaicas sacaban a la luz al cavernícola primitivo que todo hombre lleva dentro.

Antes de ceder el control a la irracionalidad, se recordó que, le gustase o no, Chris era su novio y, por ende, tenía derechos sobre ella.

Apretó fuerte la mandíbula y, en un impulso, descargó parte de su frustración al estrellar un puño contra la pared.

Se suponía que Alexia debería ser para él como una hermana pequeña, sin embargo, todo su ser reaccionaba a ella como hombre y, para su desgracia, uno enamorado.

No era ningún santo, había disfrutado de las mujeres, pero ninguna le había provocado lo que ella: Un deseo tan intenso que amenazaba con volverlo loco.

—Chris lo siento, te manché la camisa con mis lágrimas. —Alexia hizo una mueca al ver el estropicio.

—Toma. —El chico sacó un pañuelo.

—Debo parecer La llorona[2] —hipeó Alexia reincorporándose.

—Eres la mujer más linda del planeta y lo sabes. —Contestó amoroso, acunó con sus manos el rostro sonrojado de Alexia, se acercó y, mirándola a los ojos, le dio un cariñoso beso en la frente.

Vincent vio cómo su hermano tomaba el rostro de Alexia; era evidente que iba a besarla y eso fue más de lo que era capaz de soportar. Por mucho que luchara contra sí para que no le importara,

no podía evitar sentir.

Hecho una fiera, se giró y caminó hacia el interior de la biblioteca para buscar algo que beber; necesitaba un whisky o algo igual de fuerte. No se quedó lo suficiente para ver que el beso fue de tipo fraternal.

—Eres un adulator, Christopher Tyler —expresó Alexia con una tímida sonrisa—. Seguro que eso le dices a todas las chicas. —Lo acusó, sin sospechar que, desde el interior de la casa, un par de ojos, inyectados en sangre, habían estado al pendiente de sus movimientos.

—¿Me ofendes! —Chris fingió estar indignado.

—Por supuesto que no. Eres un tipo caradura y lo sabes.

—Cambiano de tema, ¿ahora sí vas a contarme qué te sucede?

Alexia le contó solo la parte que tenía que ver con sus padres, por ningún motivo aceptaría que era una estúpida por volver a tropezar con la misma piedra.

—¿No te parece que estás siendo demasiado dura con tu madre?

—¿A qué te refieres? ¡Engañó a papá! ¡Van a divorciarse por su culpa!

—¿De dónde sacas semejante disparate?

—¿Qué? ¿Cómo que de dónde? ¡Ella misma me lo contó!

—¿Estás segura? Yo tengo entendida otra cosa.

—¿De qué estás hablando?

—Lo siento, linda, pero a mí no me corresponde, así que, aunque no quieras, vas a tener que ir con tu mamá, discúlpate con ella y, sobre todo, escucharla.

—¿Qué no me estás diciendo, Chris?

—Te regreso tu pregunta. Es lógico que la separación de tus padres te duela, pero somos adultos, de sobra sabemos que las relaciones, en especial las amorosas, son complicadas. Así que suelta la sopa, ¿qué más te tiene mal? —Chris la observó con sus penetrantes ojos azules. Alexia desvió la mirada, pues ese chico tenía la facultad de hurgar por su alma hasta el rincón más recóndito—. Déjame adivinar; tiene que ver con un tipo recién llegado del extranjero, el mismo que, por cierto, no te ha quitado la vista de encima.

—No sé de qué hablas.

—Sí, claro. ¿Olvidas que te conozco desde siempre?

—Está bien, sí, la llegada de Vincent me tiene descolocada. ¿Contento?

—No. ¿Algún día me dirás lo que realmente pasó entre ustedes?

—Ese es el problema, Chris, que no hay nada que contar ¡por la simple razón de que no pasó nada! —descargó su rabia—. Lo siento, estoy pagando contigo mis frustraciones.

«Eres una bruja», se reprendió. Chris solo buscaba consolarla, además, le hizo ver que quizás estaba siendo muy dura con su madre al juzgarla. ¡y ella le agradecía el gesto gritándole como una loca!

Aceptó que el chico tenía razón; la situación de sus padres era un asunto de pareja y el hecho de que ellos no estuvieran juntos no significaba que ya no fueran una familia.

Después de hablar con Chris, estaba más tranquila y comenzaba a ver el asunto de sus padres con mayor objetividad, incluso sintió remordimientos por las palabras tan hirientes que le dijo a su mamá.

—Gracias por tu apoyo, Chris, no sé qué haría sin ti. —Le dio un sonoro beso en la mejilla, al tiempo que, abrazados por la cintura, entraban en la biblioteca.

Vincent los miró y la rabia regresó. ¿Por qué no podía ser él el receptor de su afecto? Una vez más no pudo evitar sentir envidia por su hermano.

—Me alegra que Chris haya logrado confortarte, ya que, al parecer, yo fallé de forma estrepitosa —soltó con tono amargo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Chris al tiempo que alzaba la ceja. Le extrañó el tono arrogante de su hermano.

—De nada —Vincent alzó el vaso y bebió el contenido de un solo trago—. Ese es el problema, hermano, no hay nada. —Se incorporó del sofá en el cual había estado sentado. Le resultaba imposible permanecer en la misma habitación que Alexia y no desearla, por eso, sin decir más abandonó el lugar.

—¿No sé qué le pasa? Desde hace días esta de un humor... que mejor no te cuento. —Chris permaneció serio, con la mirada fija hacia la puerta por la cual su hermano había salido. El que Vincent repitiera, casi textual, las palabras de Alexia disparó todas sus alarmas—. Está de lo más extraño, aunque comienzo a sospechar por qué. —Sonrió al ver la curiosidad pintada en el rostro de Alexia, aun así, decidió guardarse sus pensamientos para sí y dejarla con la incertidumbre—. Más tarde hablaré con él. Ahora, ¿no tienes una disculpa que ofrecer?

Alexia lo fulminó con la mirada, aun así, se dirigió a la habitación de su madre.

—¿Mamá? ¿Puedo pasar?

—Adelante, hija.

—Antes que nada, quiero disculparme por haber reaccionado como una chiquilla.

—Esto es muy difícil para todos.

Alexia se permitió analizarla a detalle y descubrió en ella cambios que la hicieron sentir un nudo en el estómago. En una relación, por lo regular, el que deja está más entero que el que se queda. Su madre estaba demacrada, con los ojos hundidos, llorosos y había perdido peso. Eso sin contar con la evidente tristeza y dolor que denotaba su mirada. Lo cual en nada correspondía a una persona que está dispuesta a dejarlo todo por amor. Sin pensarlo más se apresuró a abrazarla.

—Perdóname, mamá, fui muy dura contigo y dije palabras hirientes. Te juzgué sin antes escucharte. Hablé con Chris y...

—Lo sé, los vi por la ventana.

—Supongo que, si hay un tercero en discordia, no es por tu parte, ¿verdad?

—No.

—¿Qué pasó? ¿Quién es esa mujer?

—Hija, yo creo...

—Mamá, si no me lo dices tú, hablaré con papá. Me parece inaudito que haya dejado de quererte.

—Al parecer, sí.

—¿Y tú? ¿No vas a hacer algo al respecto? ¿Vas a dejar que se vaya con... esa? ¿Así nomás, sin luchar?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Tu padre dejó muy claro que no va a volver.

—¿Le crees? Quizá solo está deslumbrado...

—Quizá, sin embargo, él está convencido de que ha dejado de amarme y que no hay nada que hacer para recuperar lo que fue.

—No puedo creer que papá te haga esto. ¿Quién es esa mujer, mamá? Quien se relaciona con un hombre casado no puede ser buena persona.

—Ale, no creo que sea necesario que lo sepas...

—Mamá, no seas ingenua; si papá está tan endiosado como dices, se exhibirá y tarde o temprano me enteraré.

Amy meditó sus opciones y comprendió que Alexia tenía razón. André estaba tan deslumbrado por su secretaria que no dudaba que se fueran a vivir juntos, así que lo mejor era decir la verdad.

—Es Cindy.

—Lo sabía. Desde que esa mujer llegó, no me dio buena espina. Nunca me gustó la forma como te miraba. Se notaba que la envidia le corroía las entrañas.

—Alexia, no quiero que esto cambie lo que sientes por tu padre. El que no sea el mejor marido no significa que sea mal padre. Son dos cosas distintas. Quizá te haga bien hablar con él...

—Necesito tiempo, mamá. Ahora no sería capaz de verlo de frente sin desear arrancarle los ojos.

—Comprendo.

—¡Dios! ¿Cómo pudo dejarte? Eres la mejor mujer del mundo. Si mi papá no es capaz de verlo, entonces es un tonto y no te merece. —Trató de sonreír.

—Gracias.

—No agradezcas. Ahora lo que tienes que hacer es levantarte de esa cama y demostrarle al mundo que hay Amy Parker para rato. Eros y yo te ayudaremos a superarlo, ya lo verás, saldremos adelante, juntos.

—Tú hermano y tú son lo que me mantiene en pie. —Besó a su hija en la cabeza mientras la abrazaba con ternura. Alexia permanecía acurrucada junto a su madre como cuando era niña.

—Perdón, soy una egoísta, ni siquiera te he preguntado cómo te sientes con todo esto. ¿Quieres hablar al respecto? —preguntó con dulzura.

—Estoy en el proceso de asimilar y aceptar mi nueva realidad, así como los cambios por venir.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Vamos?

—Mamá, somos un equipo y jamás te dejaré. Te seguiré a donde tú vayas.

—Alexia, no se si sea lo más conveniente. No sé ni lo que haré con mi vida. Ah, es que no te he contado que Justin me despidió.

—¿Qué?

«Al igual que tu padre, me reemplazó por una mujer más joven». Sin embargo, explicó:

—Esthella va a retirarse y Justin ha asumido la presidencia. Cree que hay que llenarse de gente nueva, así que me despidió.

—¿Qué demonios les pasa a los hombres? Ese Justin es un bruto, pero él se lo pierde. Eres la mejor organizadora de eventos y cualquier otra empresa sabrá apreciarlo. Cuando regresemos a casa...

—No voy a regresar.

—¿De qué estás hablando?

—No puedo vivir en esa casa, lo siento. —Aunque lo intentó, no pudo evitar derrumbarse. Un sollozo la traicionó.

Alexia la abrazó con mayor fuerza.

—Bien, entonces, ¿dónde vamos a vivir?

—Eros y tú no tienen por qué seguirme.

—¿Estás de broma? Ni loca me quedaría bajo el mismo techo que esa mujer. Y te puedo asegurar que Eros opinará igual.

—Como dice Lizzy, una cosa a la vez. Tengo unos ahorros, así que podremos buscar un piso decente. No será como la casa de tu padre, pero ten por seguro que será un hogar.

—Esa es la actitud. ¿Sabes? Te admiro, mamá, no sé cómo puedes permanecer fuerte. Yo, en tu lugar, desearía matar a papá y a esa mujer.

—Aunque esta situación me duele mucho, aún quiero a tu padre. André ha sido parte primordial en mi vida, mi primer amor, mi compañero; por eso siempre le tendré un cariño muy especial. —Se incorporó un poco para que Alexia la mirara a los ojos—. Él me regaló lo más valioso que tengo: a ti y a tu hermano, y solo por eso es digno de mi agradecimiento eterno.

—No sé qué pensar, ni qué sentir mamá. —Le pasó la caja de los pañuelos—. Papá y tu parecían ser la pareja perfecta; nuestra familia era una familia perfecta, como en un cuento de hadas.

—Ale, ya no eres una niña, de sobra sabes que los cuentos de princesas no existen.

—Sí, tienes razón, pero así me sentía respecto a nosotros.

«En cierto modo yo también, hija», pensó con amargura.

—Cambiano un poco de tema, ¿es por todo lo que está pasando que tía Lizzy nos trajo para acá?

—Sí. Lizzy ha sido muy amable al invitarme a pasar un tiempo aquí. Además, está ayudándome de manera profesional. Aún no sé qué vendrá después, pero tengo fe en que los cambios serán para bien.

—Mamá, lo siento tanto, debe ser muy duro para ti tener que lidiar con la separación al mismo tiempo que con el desempleo.

—Sí, lo es, sin embargo, estoy en la mejor disposición de sobreponerme y salir adelante. Con la ayuda de la gente que me quiere, sé que lo haré.

—¿Cómo puedes estar tan segura? La verdad, estoy aterrada ante los cambios...

—Es normal sentir miedo ante lo desconocido, también lo tengo. Aún no sé qué haré con mi vida personal ni laboral. Fueron muchos años casada con tu padre, y al lado de Esthella —reconoció—. Pero ya no quiero hablar de mí, mejor cuéntame, ¿cómo van las cosas con Vince?

—¿No sé de qué...?

—Hija, soy tu madre.

—¿No sé qué hacer mamá! —Alexia decidió que no tenía caso seguir con la farsa, a fin de cuentas, como bien había dicho Amy, era su madre y la conocía mejor que nadie. Reconoció que solo con ella podía hablarlo—. Vince es tan apuesto y me gusta demasiado, me pongo tan nerviosa. No sé cómo comportarme con él y me siento una estúpida por eso.

—Es normal cuando una está enamorada. Creí que lo que sentías por él era cosa pasada.

—Yo también; por desgracia, bastó verlo para comprender que no. —Por primera vez en años, aceptó de forma tan abierta su sentir—. Me aterra la posibilidad de que él pueda notar lo mucho que me afecta. —Sacudió la cabeza—. Por eso prefiero evitarlo. No quiero amarlo.

—Cariño, eres una mujer muy inteligente, solo tienes que ser tú misma, y ya verás como todo estará bien. En cuanto a eso de que no quieres amarlo, ¿tiene algo que ver lo de tu papá y yo?

—En parte, sí. Supongo que así es más seguro. —Suspiró—. Tengo miedo del amor.

—Alexia, no digas tonterías; tu padre y yo cometimos errores, tomamos malas decisiones, pero fueron «nuestras». Eso nada tiene que ver con Eros o contigo, así que no seas fatalista. No están condenados a repetir la historia. En cuanto a Vince, ¿cómo sabes que no le importas? ¿Acaso él te lo dijo?

—No hizo falta. Si en verdad tuviera interés en mí, habría dado al menos alguna señal. ¿No crees? Como dice el dicho: «El interés tiene pies».

—Yo digo que ese muchacho está más que interesado en ti, pero los dos están en la misma

postura; ninguno quiere dar el primer paso. Mientras sigan montados en su orgullo, nadie podrá hacer nada por ustedes.

—Tienes razón, mamá, al menos en cuanto a mí respecta; me aterra hacer el ridículo otra vez —reconoció consternada—. Con los chicos de la escuela no me siento así, sé cómo comportarme y mantenerlos a raya, pero con Vincent no. Por ejemplo, con Chris, puedo ser yo misma sin reservas.

—Es normal que te sientas así, esos chicos no te importan y Chris es como tu hermano. —La miró con infinita ternura—. Solo sé tú misma y no te presiones por querer agradar, ni a Vincent, ni a nadie. Escucha bien, Ale, la persona que te quiera, tiene que hacerlo tal y como eres. Piénsalo, preciosa; si te muestras ante él como una Alexia que no eres, lo estarás engañando, pero sobre todo a ti misma. Pase lo que pase, jamás te traiciones. No comentas el mismo error que yo.

—¿De qué hablas?

—Me traicioné a mí misma en tantas formas que ahora estoy pagando las consecuencias. Y créeme, hija, esa ha sido una de las cosas más difíciles de admitir.

—Gracias, mamá, eres la mejor mami del mundo. —La abrazó con efusividad—. Me hace tanto bien hablar contigo.

—Igual a mí, hija. —Y era verdad, hablar con Alexia era como un rayito de luz en medio de tanta oscuridad. Con su confianza y cariño, su niña restauraba un poco su casi extinta autoestima.

—Mamá, ¿qué puedo hacer por ti?

—Querermte y tener mucha paciencia. Tú eres mi mejor medicina. —La besó en la frente. — No te preocupes tanto, estaré bien.

—¿Lo prometes?

Amy alzó la mano como juramento.

—Lo juro, solo dame tiempo para digerir todo esto. ¿De acuerdo?

—Bien.

—¿Bien? No te hagas la tonta, ahora te toca a ti. Prométeme que harás algo respecto a Vincent, ¿no crees que ya es tiempo de que lo perdones?

—No lo sé.

—Dale a ese muchacho la oportunidad de explicarse, quizá te lleves una grata sorpresa. Créeme, el instinto de una madre nunca se equivoca, es más, podría apostar mis ahorros a que este asunto termina en boda —bromeó y Alexia sonrió.

—Está bien, trataré de acercarme a él. —Se puso en pie y se dispuso a salir de la habitación.

—Hija, pon tu afecto en un hombre con el cual puedas ser tú misma, que no te reprima ni reste libertad —aconsejó antes de verla salir.

Capítulo X

En cuanto se vio sola, Amy dejó salir el llanto que reprimió durante la conversación con su hija. Tomó el cuaderno y comenzó a escribir:

La negación

Querida Yo:

La conversación con mi hija fue un dulce bálsamo para esta oscuridad espiritual en la cual me encuentro.

Es curioso, esta mañana Lizzy me habló de la etapa que estoy pasando, dice que es normal pasar de la culpa a la euforia y de la negación al fatalismo. Al parecer, el caos es inevitable.

Lo confieso, me siento aturdida, mis sentimientos y emociones han sido apaleados. Es angustiante y agotador.

¿Sabes? por más que lo intento, no logro dar con el momento exacto en que deje de ser Tú para convertirme en el Yo, que soy ahora. Un Yo apagado, sin ilusiones, ni sueños, sin metas, y lo más perturbador, sin esperanza.

La terapia con Lizzy es dura e implacable, me hace admitir y confrontar cosas que, en otras circunstancias, jamás lo haría; tanto es así que no había caído en cuenta de que me he victimizado. Sí, sin ser consciente tomé el papel de «la pobre Amy, víctima del mundo y las circunstancias». ¡Dios! ¿qué rayos pasa conmigo?

Si las personas me dedican palabras de consuelo, estas provocan hastío; en cambio, si no lo hacen, me siento ignorada y eso prende mi enojo. ¿Quién demonios me entiende?

A ratos ocupo un «siento tanto por lo que estás pasando». «Ánimo, pronto pasará». Otros, solo quiero gritar y despotricar: «¡Por Dios! ¿Qué saben estas personas de mi dolor, si este es solo mío?».

Esta gama de colores me tiene exhausta; un instante es azul y el siguiente gris.

Querida Yo, ven cuanto antes en mi auxilio, por favor, no huyas más de mí, extraño ver en mi cara tu sonrisa, aquella con la que, casi a diario, solías adornar mi rostro.

En estos momentos me hace tanta falta tu fortaleza y sentido del humor. Si tan solo me dieras un poco de tu actitud positiva, una gota de tu pasión...

—¿Puedo pasar? —preguntó Chris ante la puerta de la recámara de su hermano.

—Adelante —respondió Vincent, acababa de salir de la ducha y estaba terminado de ponerse los pantalones.

—Vince, acaba de surgir un problema con la empacadora. Mañana voy con papá, trataremos de resolverlo lo antes posible.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—Esa es la cuestión, te quedas a cargo, como el hombre de la casa.

—Dalo por hecho, ni siquiera tienes que pedirlo.

—Gracias, hermano. Sabía que podía contar contigo, pero hay algo más.

—Tú dirás.

—Es Ale, me preocupa mucho, ya sabe la verdad y está muy vulnerable. No la dejes sola, cuídala mientras no estoy.

Vincent apretó los labios.

—Ve tranquilo. Sabes que siempre estaré para ella.

El tono impersonal y un tanto distante de su hermano irritó a Chris, el cual no se aguantó más en preguntar:

—¿Qué pasa, Vince? ¿Hice algo que te molestó?

—No, ¿por qué lo dices?

—Los últimos días has actuado extraño; ahora que lo pienso, los dos han estado de los más raro...

—¿Los dos? —Vincent, frunció el ceño.

—¿Qué pasó entre Ale y tú? —fue directo al grano.

Vincent lo miró en silencio durante un segundo. La posibilidad de que su hermano descubriera su interés por Alexia lo perturbaba. No era así como se acortaba la distancia impuesta por seis años de ausencia. Se obligó a mantener la calma; analizó las palabras de Chris, él había dicho «pasó» no «pasa». Hablaba en pasado, así que, por el momento, su secreto estaba a salvo.

—No sé de qué hablas. —Optó por salirse de la tangente.

—¡Por favor, Vince! De sobra lo sabes. Ale y tú eran inseparables, hasta ella decía estar enamorada de ti y, ahora, apenas si se hablan. Parecen dos extraños obligados a una convivencia cordial.

Vincent lo meditó un instante. ¿Alexia enamorada de él? El corazón le dio un vuelco. Pensó en que sería maravilloso que ella lo amara, pero tenía que ser realista, Chris había dicho «decía estar», tiempo pasado. En el presente, era la mujer de su hermano y él no podía interferir.

—Supongo que la distancia y el tiempo terminaron por separarnos —trató de sonar calmado.

—¿Sabes? es curioso. Ale dijo algo parecido. —Lo miró de frente—. ¿Te ocuparás de ella para que yo pueda irme tranquilo?

—Sí. —Muy a su pesar, Vincent tuvo que aceptar. Lo que menos le apetecía era tenerla cerca y saber que era fruto prohibido—. ¿No crees que exageras un poco? Alexia ya no es una niña, supongo que es capaz de cuidar de sí misma. —Se apartó para sacar una camisa del vestidor.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo, además es culpa tuya. —Vincent, sorprendido, alzó una ceja, entonces, Chris rio—. Solo me he dedicado a cumplir el juramento que te hice, ¿recuerdas? —Ante el silencio de su hermano, continuó—: El día que te fuiste a Inglaterra me hiciste prometer que cuidaría de ella como todo un hermano mayor. Eso es a lo que me he dedicado todos estos años.

«¡Sí, claro! Hermano mayor», ironizó, Vincent.

—Entonces, ¿tengo que agradecerte por respetar el pacto de caballeros que hicimos ese día? —El sarcasmo le supo amargo.

—No, lo habría hecho igual, aunque no me lo pidieras. Ale es maravillosa, de no ser por ella yo no habría conocido el amor...

Vince apretó la mandíbula hasta hacer rechinar los dientes. Reconoció que, si no se tratara de Chris, le habría saltado encima a los puños. Su hermano todavía hablaba, pero él había dejado de escucharlo, no le apetecía oír cursilerías de amor por la mujer que a él lo tenía perdido.

—Sé que son las mejores amigas, sin embargo, no pude evitar caer rendido a los pies de mi

dama. Donna es apasionada, única y me trae loco de remate.

«¿Qué? ¿Donna? ¿Cómo se atreve a mencionar a otra, cuando es pareja de Alexia? A menos que...». Vincent reflexionó que Chris era un chico honesto, por lo tanto, no lo creía capaz de engatusar a dos buenas chicas a la vez.

Se arrepintió de no haber escuchado la conversación completa. Decidió poner atención y esperar un poco más, antes de sacar conclusiones.

—¿Donna? ¿Por qué no me habías contado nada de ella?

—Lo nuestro es algo reciente y no quería precipitarme. No estaba seguro de si ella me aceptaría, pero, gracias a la intervención de Ale, que fungió como cupido al organizar encuentros «casuales», esa morenaza es mía.

—Me alegro por ti.

—Gracias, hermano. Donna es maravillosa. Cuando la conozcas, verás por qué me trae de un ala. Pero no se lo digas, después me creará seguro y, aunque es verdad, prefiero que piense que aún tiene que ganarme.

—¿Entonces? ¿Qué hay de Alexia?

—¿Qué hay de qué? No te entiendo. —Chris lo miró con el ceño fruncido.

—Olvidado, es una tontería.

—¿Qué te pasa, viejo? Suelta lo que traes.

—Cómo los dos han estado de los más cariñosos, me confundí, pensé que quizá...

—¡No! ¿Acaso te has vuelto loco? Ella es como nuestra hermana. —La reacción indignada de Chris hizo sentir a Vincent como un depravado—. En tu ausencia me he convertido en el hermano mayor, pero eso es todo. A mí la única mujer que me interesa es Donna...

—¡Dios! —El lamento escapó de sus labios sin que pudiera evitarlo.

—¿Vince? ¿Estás bien? ¿Qué te sucede? —Lo encaró impaciente—. ¿Acaso ya no confías en mí? Antes que tu hermano soy tu amigo, y no digas que no pasa nada, te conozco demasiado bien para reconocer cuando traes algo atravesado.

Vincent sospesó por unos segundos la posibilidad de abrir su alma, sin embargo, la reacción indignada de Chris, cuando sugirió que su relación con Alexia fuese de otra índole, le reiteró lo inadecuado de sus sentimientos. Una vez más se sintió sucio, mezquino.

Cómo bien había expresado Chris, ellos no deberían ver a Alexia como mujer, sino como a una hermana.

—Por favor, Vince, me preocupas. Nunca te había visto así, tan amargado. —Chris, meditó por unos segundos—. ¿Es por una mujer?

—¡Sí! ¡Diablos, sí! El deseo que siento por ella es tan insoportable que me desquicia. —Admitió con pesar y se dejó caer en la cama hundiendo la cara entre las manos.

—¿Lo sabía! —expresó Chris triunfante—. ¿Y? ¿Quién es ella?

—No preguntes, no querrás saberlo. —Respondió con tono agónico.

—¿Por qué?

—Solo diré que ella está prohibida para mí, punto, no quiero hablar más del tema, ¿de acuerdo?

—¡Vaya! —Chris alzó las cejas incrédulo—. Debe ser una mujer muy especial para no haber caído a los pies del conquistador más experimentado de Europa. Ahora sí que me interesa conocerla. Esa chica merece un altar —se mofó.

—No estoy de humor, Chris.

—Ya lo veo, pero no me importa, no te dejaré hasta que me hables de ella, así que suelta la

sopa. ¿Por qué dices que está prohibida? El Vincent que conozco no se amilana ante nada, a menos que... ¿Es casada?

—¿Es Alexia! —Por fin lo había sacado.

Chris soltó una carcajada.

—Bien.

—¿Bien? —Cuestionó Vicent irritado—. ¿Qué demonios significa eso?

—¿Qué más quieres que diga? Ale es una gran mujer, me alegro tanto por ti, mejor elección no pudiste hacer, aunque ¿no entiendo por qué tendría que estar prohibida? Ni siquiera tiene novio.

—Ella es Pecas, ¿recuerdas?

—¿Y?

—Se supone que deberíamos considerarla como nuestra hermana pequeña.

—En teoría, sí, pero...

—Pero nada, esto es mezquino, yo... no debería verla como mujer.

—Vamos, Vince, no seas tan drástico.

—¿Que no sea...? —Se llevó la mano al cabello—. Si hace un momento estabas escandalizado, indignado cuando mencioné la posibilidad de que tuvieras una relación con ella de otra índole a la fraternal.

—Sí, reaccioné así, pero no por lo que estás pensando. Supongo que, en el fondo, siempre la he considerado tu chica y me indignó el que creyeras que me interpondría entre ustedes.

—¿Mi chica?

—Ahora entiendo por qué cada perdedor que se le acercaba no era de mi agrado —reconoció Chris, al tiempo que rascaba su barbilla con aire pensativo—. Al parecer, sin ser mi intención, he desempeñado el papel de perro guardián hasta que volvieras.

—Aun así, no es correcto. Alexia...

—Déjate de tonterías y ve a por ella. No debes culparte por lo que sientes, por fortuna, no compartimos su sangre ni genes.

—No lo sé. —Volvió al armario por un cinturón—. Estás dando por hecho que Alexia me aceptará, cuando la realidad es que ni siquiera deja que me le acerque dos pasos.

Las carcajadas fuertes y sonoras de Chris inundaron la habitación.

—¿Por qué no hablaste conmigo desde el principio? Te habrías ahorrado toda esta angustia inútil. En lugar de acapararla, te habría ayudado.

—¡Muy gracioso! ¿Y qué querías que te dijera? ¿Chris, creo que estoy interesado en tu novia?

—Vamos, Vince, no seas niño, pudiste preguntar de frente qué había entre ella y yo.

Vincent lo miró y sonrió con esa sonrisa de medio lado que lo hacía verse como todo un seductor.

—Supongo que he sido un tonto, ¿no?

—La verdad, sí; pero, ahora que hemos aclarado las cosas, ¿qué vas a hacer al respecto?

—No lo sé. No sé cómo acercarme, ella evita mi compañía y eso me desquicia. —Se rascó la cabeza. Con el orgullo herido tuvo que reconocer que jamás se había visto en situación semejante.

—¿Estás hablando en serio? ¿Tú, el seductor, pidiéndome consejo? —se mofó.

—Búrlate cuanto quieras. —Aventó una almohada contra el rostro de su hermano—. Pero ahora tú la conoces mejor que yo. Sabes qué le gusta, cuáles son sus aficiones; por eso tienes que ayudarme. Necesito que Alexia vuelva a mí.

—Eso va a estar difícil, Ale sigue resentida porque, a su forma de ver las cosas, tú la abandonaste.

—¿Qué?

—Sí, como ya no le escribiste, ella dio por hecho que no te importaba.

—¿Qué no...? ¡Fue ella quien dejó de contestarme! En cuanto salí de aquel maldito campamento lo primero que hice fue mandarle un *e-mail* tras otro, los mismos que nunca respondió, así que dejé de intentarlo.

—Esto no es más que un malentendido. ¿Ves cómo toda esta absurda situación es por un grave problema de comunicación? No cabe duda que son el uno para el otro, un par de orgullosos. Si alguno hubiera preguntado, nada de esto habría pasado y quizás ahora estarían juntos como pareja.

—Quizá fue lo mejor. No creo en las relaciones a distancia.

—Sí, eso rara vez funciona.

—¿Cómo crees que lo tomen papá y mamá? —preguntó consternado.

—Papá no sé, no creo que le moleste, pero mamá estará encantada; en un santiamén tendrá montada la boda, eso tenlo por seguro.

Vince sonrió, por fin se había liberado. Su único problema era cómo acercarse a Alexia.

—¿Cómo puedo hacer para ganarme nuevamente su confianza?

—Déjame pensar; Ale no es de las que se deja impresionar con flores, poemas cursis y chocolates. En la escuela es bastante popular y tiene incontables pretendientes dispuestos a cualquier cosa con tal de halagarla. Está acostumbrada a todas esas tretas gastadas.

—¿Muchos?

—Oh, sí. En especial, Rick, el atractivo capitán del equipo de fútbol. En él sí que tienes competencia, Vince —sonrió al ver el rostro contrariado de su hermano—. Te recomiendo que aproveches el verano. Si te aplicas, puedes tenerla solo para ti, porque, una vez que regresemos a clase, comenzará el desfile de caballeros...

—Sobre mi cadáver.

—Acércate a ella de forma gradual. Antes de buscar ser su amante, juégatela por la amistad que alguna vez tuvieron; de otra manera, dudo mucho que te acepte.

—Gracias, hermano, no sabes el bien que me has hecho.

—Con solo ver que recuperaste tu buen humor, me doy por bien servido. —Palmeó a su hermano en el hombro—. Los días pasados...

—Lo sé. Merecía estar encerrado en la mazmorra, ¿que no?

—Una cosa más: si le haces daño...

—Si ya sé, me partirás la cara —respondió con una amplia sonrisa.

Chris se encaminó a la puerta, antes de salir quedó pensativo un momento y luego añadió:

—Mañana comienzan las festividades del pueblo; eso es un buen pretexto para acercarte a tu amorcito. Piénsalo, hermano, yo que tu no desaprovecharía esa oportunidad, porque, como dije, en cuanto termine el verano y comiencen las clases, tendrás mucha testosterona rondando a tu damisela. —Salió de la habitación.

Capítulo XI

Vincent meditó lo dicho por su hermano y llegó a la conclusión de que él tenía razón. Las fiestas del pueblo eran un excelente pretexto para romper el hielo con Alexia y así lograr arreglar los malos entendidos.

Con renovados ánimos, se acercó al computador. Gracias a la recomendación de un superior, tenía la oportunidad de laborar en un despacho fiscal de renombre. Pensaba aprovecharlo al máximo para adquirir el prestigio y experiencia necesarios para, cuando llegara el momento, emigrar y emprender por su cuenta.

Después de un par de horas, le dolía la espalda por permanecer tanto tiempo sentado frente a la pantalla. Apagó el ordenador portátil, se estiró con pereza y de pronto escuchó risas que parecían provenir de la piscina. Su balcón daba a ella, así que se puso en pie, salió a tomar un poco de aire para despejarse y casi le da un infarto al ver a Alexia quitarse el pareo.

Madre e hija tomaban el sol en las tumbonas junto a la piscina, acompañadas de esas bebidas de colores propias de las mujeres.

En un momento dado, Alexia se puso en pie, apartó el trozo de tela que cubría su casi desnudo cuerpo de hermosa Venus, apenas cubierto por un diminuto bikini rojo fresa a lunares blancos.

«¡Cielos! ¡Esa mujer va a matarme!».

Alexia se disponía a tirarse de cabeza cuando a lo lejos distinguió a Martín, el joven caballerango de los Tyler.

—¡Martín! ¡Martín! —Sacudió la mano para llamar la atención del muchacho, el cual cambió su rumbo y dirigió sus pasos hacia ella.

—¿Qué bueno que te veo? ¿Pudiste arreglar los herrajes de Starlight?

—Hay una de las herraduras que está mala, mañana sin falta la cambio.

Una rabia incontenible se apoderó del celoso espectador del balcón. Sin perder tiempo, Vincent entró en su habitación, se quitó la ropa, se puso el traje de baño, unas bermudas y, más rápido que un rayo, estaba en la piscina junto a Alexia y Amy, colocándoles una margarita de fresa en la mano.

—Oh, gracias, Vincent. —Alexia dio un sorbo—. ¿Cómo supiste...?

—Nunca pidas a un mago que revele sus trucos. —Mostró la más letal de las sonrisas de su repertorio.

La joven rio y la suya fue una risa suave, armónica, que sacudió a Vincent hasta las entrañas.

—Ya no te entretengo, Martín. —Alexia mostró una tímida sonrisa—. Gracias por ocuparte de ella.

—No agradezca, señorita Ale. Mañana Starlight, estará como nueva —contestó alegre el muchacho. No todos los días se tenía la oportunidad de disfrutar de un espectáculo como el que, frente a él, lucía un coqueto bikini.

Para Vincent no pasó desapercibido el arrobamiento con el que el mozo observaba a su chica, por lo que decidió despedirlo con sutileza.

—Entonces no pierdas más el tiempo, Martín, y encárgate de que la yegua esté disponible para Alexia.

—Claro, joven Vincent. —El muchacho se marchó a los establos para seguir con sus labores del día.

Alexia miró al motivo de sus desvelos de frente y preguntó:

—¿Qué haces aquí? Cuando mamá te invitó a pasar la tarde con nosotras en la piscina dijiste que no podías porque tenías demasiado trabajo en el ordenador. —Sus comentarios fueron con un cierto grado de burla, pues se había dado perfecta cuenta de que él estaba celoso de Martín y eso le llenó el corazón de esperanza.

—Digamos que terminé antes de tiempo. —Le guiñó un ojo con gesto arrogante. No veía el caso a negar lo evidente; estaba allí por ella, porque no soportaba la idea de que Alexia pusiera sus ojos en otro hombre. Tenía que ser solo para él y no descansaría hasta conseguirlo.

—Por cierto, gracias por la margarita. —Si bien Vincent era un seductor consagrado, ella también sabía utilizar el flirteo, por lo que, con una sonrisa a la altura de las circunstancias, siguió el juego, colocó la bebida en la mesita junto a la tumbona para, acto seguido, tirarse de lleno a la piscina—. Ven, el agua está deliciosa... —La invitación estaba hecha, solo era cuestión de esperar que el pez picara el anzuelo, y así fue, Vincent se quitó la playera mostrando su perfecto torso, se tiró al agua y en unas cuantas brazadas estaba junto a ella.

«¡Dios! ¡Qué brazos! ¡Qué cuerpo!», pensó Alexia al tiempo que, en un tic nervioso, mordía sus labios. Se preguntó por qué ese hombre tenía que ser endemoniadamente bello.

Cada uno estaba tan inmerso en calientes pensamientos respecto al otro que ni siquiera se percataron de que Amy se había marchado.

Vincent fue el primero en reaccionar, se acercó a ella y comenzó a jugar como cuando eran niños. Alexia le siguió encantada hasta que Amy regresó para pedirles que se alistaran para la cena.

Cuando entró en su habitación, Alexia estaba rebosante de alegría. El compartir con Vincent esos momentos en los cuales rieron y disfrutaron la compañía del otro la tenía de lleno en la luna.

—Tienes la cara y la sonrisa de la boba más grande del mundo —dijo a su reflejo antes de entrar a la ducha.

Al día siguiente, Alexia se disponía a montar como lo hacía todas las mañanas. Estaba mentalizada de que lo haría sola, Chris se había marchado con su padre y no regresaría en un par de días.

—¡Hola, Martín! ¿Está lista Starlight? —preguntó con esa sonrisa que mostraba siempre que quería conseguir algo.

—Justo como lo prometí, señorita. Además, el joven Vincent me pidió que la tuviera lista para su paseo.

—¿Vince te pidió...? —Pestañó incrédula.

—¿Acaso pensaste que te dejaría ir sola? —la voz ronca y sensual de Vincent, retumbó en el establo.

Alexia se volvió y quedó fascinada. Vincent, vestido sin tanta formalidad, solo con jeans y camisa a cuadros, se le antojaba irresistible. Rogó al cielo no tener la boca abierta mientras lo miraba embelesada.

Él le sonrió de esa forma que le ablandaba las piernas. Era obvio que se había dado cuenta de que lo miraba embobada, por eso desvió el rostro. Lo que menos quería era que se percatara de su evidente sonrojo. Esa sensación de sentirse estúpida ante él se estaba haciendo algo cotidiano y le molestaba bastante.

Vincent se colocó frente a ella, le encantaba verla sonrojar como cuando era niña; levantó con

ternura el mentón de la joven para, así, obligarla a mirarlo. El indisimulado deseo que vio brillando en la profundidad de ese místico jade le dio esperanza. No supo cómo logró contener las terribles ganas de besarla.

—¿Nos vamos?

Alexia apenas si podía pensar. La cercanía de él la abrumaba, por lo que, desesperada, tomó una bocanada de aire para calmar el calor que se apoderó de su cuerpo. «Mala idea», se dijo cuando el aroma de él le impregnó los pulmones. Una exótica mezcla maderada, olor a limpio y algo más, que identificó como el propio Vincent, le trastornó los sentidos.

Habría querido agarrarlo de las solapas de la camisa y besarlo hasta quedarse sin aliento, pero, para su buena suerte, Vincent se había retirado del peligro y hablaba con Martín.

Acomodada en su montura, Alexia siguió a Vincent. Después de un tiempo a trote ligero, se sintió emocionada al comprender hacia dónde se dirigía él.

Ese lugar especial era su refugio, el escondite secreto que solo ellos dos conocían y frecuentaban cuando ella aún era una niña.

El tronco de un gran árbol a las orillas del río fue testigo de incontables aventuras y sueños infantiles. Al parecer un rayo le había caído y eso causó que quedara hueco; tenía una abertura por donde solían meterse.

El que Vincent la llevara a ese lugar provocó en ella sentimientos encontrados. Sin demostrar su desconcierto, mantuvo una aparente calma. No sabía cómo actuar con él; el día anterior en la piscina, todo fue diversión y risas. En ese, apenas si hablaron durante el camino.

Vincent bajó del caballo y se apresuró a ayudarla, pero Alexia se adelantó, desmontó sola, después lo miró con esos ojos que lo volvían loco y sin más ella preguntó:

—¿Por qué me trajiste aquí?

Sin perder tiempo, él se acercó hasta quedar frente a frente.

—¿Acaso no te lo imaginas? —Ella negó con la cabeza—. Quiero recuperarte, Alexia. ¿Qué nos pasó? ¿Cómo fue que llegamos a esto? Apenas si me hablas y eso me desquicia. Necesito que confíes nuevamente en mí, ser tu cómplice, tu compañero...

—Solíamos venir aquí y pasábamos las horas jugando.

—Sí, ¿recuerdas cuando me obligabas a tomar el té acompañado de Suzy y Tamara? —preguntó él con intención y la miró a los ojos para así saber qué terreno pisaba con ella.

¡Claro que lo recordaba! Siempre deseó que ese inocente juego de la casita, papá y mamá se hiciera realidad cuando fueran adultos.

El que él recordara con tanta claridad los nombres de sus muñecas de trapo le llenó el corazón de esperanza.

Se preguntó si Vincent solo quería recuperar a su amiga, a la incansable compañera de travesuras y juegos, por lo que se sintió un tanto decepcionada.

¿Cómo podía creer que él podía tener otro tipo de interés en ella? Por lo visto, Pecas siempre se interpondría entre ellos. Tenía que ser realista, los demás chicos, a la primera oportunidad, le ponían mano encima o buscaban un beso; él, fuera del abrazo que le dio el día que se enteró de los de sus padres, ni siquiera había intentado tocarla, menos aún besarla.

—Éramos solamente unos chiquillos —respondió como quitándole importancia y desvió la mirada—. En cuanto a tu pregunta; no lo sé, quizá la distancia y el tiempo. Las personas cambian, sus intereses también y solo resta seguir adelante. —Caminó hacia el tronco para alejarse de él, pues de pronto sentía deseos de llorar.

Vincent recordó lo que su hermano le había dicho; Alexia lo acusaba de haberla abandonado y,

en ese instante, al verla tan afectada, comprendió que era cierto. Si quería una oportunidad con ella, tenía que decir la verdad.

—Nunca te abandoné, bonita. Durante el tiempo que estuve en el campamento de la marina, me mantuvieron incomunicado, teníamos prohibidas las cartas, los móviles, los emails y todo aquello que pudiera representar un peligro para la infiltración de información. Apenas si me permitían ver a mis padres. Por eso, en cuanto salí de ese horrible lugar, lo primero que hice fue escribirte, como nunca recibí respuesta, di por hecho que no te interesaba saber de mí. —Se colocó detrás de ella.

Alexia sintió su cercanía y un nudo en la boca del estómago le impedía respirar, entonces, Vincent la hizo girar hasta quedar de frente.

—Por favor, Alexia. ¡Habla conmigo! Enójate, grita; lo que sea, pero no sigas ignorándome.

Alexia no pudo decir palabras, un par de lágrimas escaparon de sus ojos jade; Vincent la abrazó y la estrechó contra sí. Le partía el alma verla sufrir.

Durante años, Alexia se obligó a no llorar por él; en ese momento no podía evitarlo, por lo que dio rienda suelta a lo que tanto había reprimido.

Vincent la consoló en silencio. Solo quería compensarla por el dolor que, sin querer, le había causado. Con ternura levantó el mentón de ella para que lo mirara y con sentimiento confesó:

—¡Te extrañé tanto!

—Y yo a ti. No tienes ni idea de lo mal que lo pasé. Creí que me habías olvidado y que no te importó dejarme.

—Eres muy importante para mí, siempre lo has sido; por eso, el sentirte tan distante estaba matándome. Por favor, no vuelvas a ignorarme. ¿Lo prometes? —Levantó la mano en juramento, ella hizo lo mismo y así sellaron el pacto.

—Lo prometo —respondió Alexia al tiempo que limpiaba sus ojos—. Debo parecer un adefesio.

—Eres preciosa y lo sabes. Con toda seguridad puedo afirmar que eres la mujer más linda que conozco. —En verdad pensaba eso.

—Seguro que eso le dices a todas las chicas para salirte con la tuya. —Sonrió.

—¿Funciona? —Preguntó pícaro y guiñó un ojo.

Alexia sintió el corazón paralizarse en su pecho para después latir desbocado, ¿Por qué tenía que ser tan devastadoramente irresistible?

—¿Te han dicho que te pasas de arrogante? —Evadió con una coqueta sonrisa. Él podría ser un donjuán, pero ella también tenía encanto y un arsenal de tretas femeninas para hacerle ver que ya no era una niña.

Vincent tuvo que tragar saliva. «¡Cielos!». Se preguntó que había hecho esa mujer con Pecas. La Alexia adulta era fuego puro. Lograba encenderlo con solo sonreír.

¿Sería consciente de lo sensual que resultaba? ¿Sabría ya del dominio que tenía sobre él y lo estaba utilizando en su contra? «No», se dijo. El encanto en ella era natural y no un artificio para manipular. De eso estaba seguro.

—En alguna ocasión sí, alguien lo ha comentado —alegó con cinismo—. Ven, sentémonos aquí, quiero que me cuentes sobre ti.

—¿Qué quieres saber? —Obediente, la joven se colocó junto a él.

—Todo. —Le rodeó los hombros y la instó a descansar en su pecho.

El ambiente de tensión quedó atrás para dar paso a la misma camaradería que compartieran años atrás. Recordaron viejos tiempos, reían de sus travesuras y aventuras juntos. Alexia le habló

de sus estudios y de Donna, su mejor amiga y novia de Chris.

Vincent estaba fascinado con ella. La armoniosa risa de Alexia le inundaba el alma con una cálida sensación. Para compensar la charla, él contó sobre sus años de universitario, el campamento militar y lo hermosa que es Inglaterra.

—Me encantaría conocer Londres.

—¿Algún sitio en especial?

—Sí. Me encantaría visitar el lugar donde nació Jane Austen. ¿Sabías que hay un festival de ella en Bath? Es el 22 de junio. Se clausura con un espectacular baile en el que todo el mundo se viste de época. Además, hacen visitas guiadas a varias locaciones de las películas *Orgullo y prejuicio*, así como *Sensatez y sentimiento*.

—¿Eso es todo?

—¡Por supuesto que no! Para recorrer todo lo que quiero ver, necesitaría meses.

—Londres es hermoso; estoy seguro de que te encantará. Es más, cuando tengamos oportunidad, yo mismo te llevaré.

—Papá prometió que para cuando termine mi carrera... —Guardó silencio al recordar que la situación familiar, había cambiado.

Vincent por un momento odió a André por ser tan insensible al dolor causado y se sintió impotente al ver cómo el brillo en los ojos de su amada se apagó. El entusiasmo de unos segundos atrás, había desaparecido.

—Yo te llevaré.

—Vamos, Vincent. No hagas promesas que no piensas cumplir.

—¿Quién dice que no?

—¿En verdad estarías dispuesto a ir conmigo solo para ser mi guía turístico personal? —Lo miró coqueta. La chispa volvió a sus ojos.

—¿Acaso lo dudas? No demerites tu poder de persuasión. —Esa mujer gozaba provocándolo y a él le encantaba.

«¡Diablos! Qué tortura tan deliciosa». La idea de besarla pasó por su cabeza, pero la desechó al recordar la advertencia de Chris. Tenía que ir poco a poco. El primer paso era recuperar su confianza, lo demás, vendría después. Por lo pronto, se conformaría con tenerla entre sus brazos.

—¿Sabes? Por la noche comienzan las fiestas en el pueblo. ¿Te gustaría ir?

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Cuando éramos unos chiquillos, nuestros padres solían llevarnos. ¿Recuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo?

—¿Eso es un sí?

—Por supuesto, no me lo perdería por nada.

—Entonces ya quedamos. Ahora, señorita, creo que es tiempo de regresar; hemos tardado demasiado y deben estar extrañándonos.

Capítulo XII

Amy paseaba de un lado a otro de la habitación. Había visto salir a Alexia con Vincent, no dudaba de que en cualquier momento ese par anunciara su noviazgo.

Aún con teléfono en mano, se debatía entre renunciar a su orgullo y llamar o seguir aguantando la tortura.

«Tú puedes, Amy, un día a la vez». Repetía sin cesar.

Al final, quitó la pila al aparato y, desarmado, lo encerró en el cajón de la mesilla de noche. La llave la aventó dentro del bolso de viaje.

La absurda cenicienta

Érase una vez una joven alegre y enamorada del romance, que encontró al amor de su vida en un intrépido italiano que llegó de intercambio a la universidad del reino. Desde el momento en que lo vio, quedó prendada de él; era tan guapo y atento, con un sentido del humor sin igual y tan encantador, que era imposible no caer ante tan magnífico Adán.

Él quedó fascinado con la chica dulce de los ojos verdes. Decía que eran tan hermosos como dos esmeraldas.

Desde el principio, su relación fue emocionante, apasionada y única. Dar el «sí, acepto», ante el altar, fue inevitable.

Formaron una hermosa familia, tuvieron dos maravillosos hijos y su felicidad era absoluta, plena. Digna de envidiarse.

Ella tenía a su príncipe azul, un trabajo que la llenaba de satisfacciones y unos estupendos hijos. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Simple: que no se rompiera el hechizo...

Querida Yo:

No cabe duda de que la única que creyó esta historia, fui yo. La Monotonía y la Mediocridad se instalaron en mi habitación como amos y señores. ¡Ay, tonta de mí, que ni siquiera lo vi venir!

Mi príncipe azul murió, ya no existe. Solo queda esta absurda cenicienta, desterrada por la bruja, recluida en las barracas, donde solo le resta lamer sus heridas y aceptar que, en esta realidad, el «vivieron felices para siempre» no es más que un eufemismo.

Alexia regresó a la finca Tyler rebotante de alegría, pero esta se evaporó en cuanto Elizabeth le contó que Amy había recaído en la depresión, al grado de que no quiso bajar a comer.

—Ve con ella —sugirió Vincent con una sonrisa de comprensión.

Alexia no perdió tiempo y subió a paso rápido las escaleras.

—¿Mamá? ¿Qué pasó? Llevabas días muy bien.

—No te preocupes, recuerda que así es esto, días buenos, otros no tanto. Hoy simplemente no me apetecía salir de la cama.

—No puedo evitar preocuparme por ti.

—Estoy bien. Mejor cuéntame cómo te fue con Vince.

—¿Cómo...?

—Los vi por la ventana cuando se alejaban rumbo a las praderas.

—Quiere que vaya con él a las fiestas del pueblo.

—¿Supongo que aceptaste?

—Sí, pero le diré que he cambiado de opinión. No quiero dejarte sola.

—Ni se te ocurra.

—¿Por qué no vienes con nosotros? Estoy segura de que el paseo te servirá. Un poco de distracción no está de más.

—Agradezco tu invitación, pero no, hija. Tu relación con Vince empieza a consolidarse, lo menos que necesitan es un chaperón. Además estoy cansada y quiero quedarme en casa. Ve tranquila, estaré bien, lo prometo.

—¿Segura? No quisiera dejarte sola.

—No estaré sola, Lizzy está conmigo. Como no está Bruce, nos haremos compañía una a la otra.

—Así es, yo me quedaré con ella —entró Elizabeth con su sempiterna sonrisa—. Llamé a la puerta, pero como no respondieron, pasé.

—No digas tonterías, Lizzy, esta es tu casa.

—¿Así que vas con Vince al pueblo?

Para Alexia no pasó desapercibido el intercambio de miradas entre las mujeres. Era evidente que la idea de que sus hijos terminaran juntos les encantaba.

—Sí, tu hijo la invitó, pero no quiere ir por no dejarme, a pesar de que le digo que estoy bien.

—Ve tranquila, que yo me ocupo de tu madre. ¿Hace cuánto que no tenemos una noche de chicas, Amy?

—¡Dios! Ha pasado tanto tiempo que no recuerdo cuándo fue la última vez.

Alexia se marchó a su habitación en paz, sabía que su mamá estaba en buenas manos. No tenía palabras para agradecer todo lo que la tía Lizzy y su familia hacían por ellas.

—Ahora, solo resta el eterno dilema de una chica: ¿qué me voy a poner?

En sus maletas no había nada espectacular, solo jeans, una falda vaquera y un par de jerséis.

—¡Hermosa! —exclamó Vincent en cuanto ella apareció al pie de la escalera.

Alexia sonrió con un poco de timidez. Se odió por sonrojarse como una adolescente, pues esa no era la mejor forma de mostrarle que ya era toda una mujer. Aunque la manera en que él la devoró con la mirada, en nada contribuía a calmar el calor que se extendió por todo su cuerpo.

—Gracias por el cumplido. ¿Nos vamos?

Amy los vio partir con una sonrisa. En verdad se alegraba por su hija. Al parecer, en ese aspecto eran iguales: mujer de un solo hombre.

No pudo evitar pensar en las ironías de la vida; mientras Alexia rebotaba de júbilo por haber recuperado a su amor, ella luchaba contra la pérdida del suyo.

Al observar cómo Vince abría la puerta de la camioneta para que Alexia subiera, los recuerdos la asaltaron como un mazo demoledor. La añoranza se fortaleció a base de memorias agradables de ese tiempo en el que todo era felicidad.

Anhelaba hasta la desesperación la presencia y las caricias de su esposo. Eso la tenía en un constante síndrome de abstinencia.

La adicta

Querida Yo:

¿Cómo se hace para no sucumbir ante el malsano deseo de llamarlo? ¿De rogarle?

Jamás creí que el evitarlo tomaría toda la fuerza que hay dentro de mí. ¡Estoy agotada! No hay lucha más sanguinaria que la que es en contra de uno mismo.

Me hace falta mi dosis de André, ¡la necesito con desesperada urgencia! Es tan difícil prescindir de un sentimiento tan profundo de la noche a la mañana. ¿Cómo se borran veinte años de vida en común?

Me cuesta dejar ir lo que no volverá. Sigo aferrada al deseo de verlo a diario, de tocarlo, dormir junto a su cuerpo tibio y rodeada por sus brazos. Ver su sonrisa, sentir sus caricias y besos. ¡Cómo duele vivir sin todo ello!

¡Oh, querida Yo!, te necesito más que nunca. Soy adicta al cariño de un hombre que ya no existe y el síndrome de abstinencia está matándome.

—¿Amy? ¿Puedo pasar?

—Adelante, Lizzy.

—Hoy no hemos tenido oportunidad de hablar. ¿Cómo dormiste anoche?

—Mal, apenas si lo conseguí un par de horas.

—El origen de tu trastorno del sueño, como bien dijo el especialista, es psicológico, por lo tanto, hay que atacar la raíz. Mañana vendrá a verte Joseph, es un amigo mío y un excelente psiquiatra, él te recetará algo adecuado.

—No quiero pastillas.

—A veces no solo es cuestión de medicamento, hay casos en que el trastorno obedece a deficiencias hormonales, minerales o falta de alguna vitamina.

—Si así lo consideras conveniente, no pongo ninguna objeción.

—Es triste cómo los apegos llevan a las personas a soportar cosas terribles, como violencia física, psicológica, económica, malos tratos, infidelidades... y la lista sigue. Las relaciones destructivas son, en muchas ocasiones, una adicción emocional, tan peligrosa como las físicas.

»La codependencia o dependencia emocional, según sea el caso, también requiere de terapia. La mayoría de las veces, la persona afectada se niega a desprenderse, ya sea por miedo a la soledad u a otras causas, y eso solo conduce a un deterioro como individuo, que, por desgracia, en algunas ocasiones, termina en tragedia. Es necesaria la desintoxicación para lograr una exitosa rehabilitación.

—Lo entiendo, hay veces en que llega una desesperación tan terrible que trastorna.

—Así es. Son esos momentos de vulnerabilidad los más peligrosos, pues pasan por tu cabeza miles de ideas, las emociones se vuelven un caos y, para rematar, si no te controlas, sobreviene una crisis o ataque de pánico.

—No sé qué haría sin tu apoyo.

—Eres una mujer fuerte, Amy.

—Ya no.

—Claro que sí. ¿Por qué buscar fuera lo que siempre ha estado aquí? —Le señaló el pecho—. La Amy que tanto añoras sigue ahí, solo que está aletargada. Tienes que darle oportunidad de resurgir, y, como el ave Fénix, levantarte de las cenizas.

—Qué cosas tan lindas dices.

—Es verdad, Amy. El carácter y la templanza no desaparecen así porque sí, solo pasan por periodos de prueba. Esto es solo una tormenta que pronto acabará y, una vez que pase, dará paso a

un cielo azul, despejado y con un radiante sol. Pero cambiemos de tema, no vine aquí para terminar sacando la caja de los pañuelos, sino para divertirnos.

Durante un tiempo hablaron de sus hijos y bromearon con la posibilidad de planear una boda. Lizzy le llevó un té relajante después de la cena y vieron televisión un rato. A Elizabeth le gustaban esos programas que transforman a las personas, con un cambio radical en su apariencia.

—¿Sabes? No estaría mal hacer algo como eso. ¿Viste cómo le quitaron diez años de encima a esa mujer?

—Si, Lizzy, tienes razón. Es increíble cómo un cambio de apariencia puede contar tanto.

—¿Qué dices? ¿Lo hacemos?

—No lo sé...

—Está decidido, tú deja todo en mis manos.

—¿Tienes idea de lo peligrosa que me resulta esa frase? Cuando algo se te mete en la cabeza, Dios nos ampare...

La esperanza en tiempo de caos

Querida Yo:

Hoy, por primera vez en días, te he visto. Después de evitar pararme frente al espejo, gracias a Lizzy y sus alentadoras palabras lo hice.

¿Será posible para mí ser un ave Fénix? ¿Son mis cenizas suficientes para lograr tal hazaña?

Al mirarme en tus ojos, comprendí que mi adorada amiga tiene razón: estás aquí dentro, siempre ha sido así. Y ¿sabes? en tu mirada descubrí algo que antes no estaba: esperanza.

Con esta nueva determinación, por ti y por mis hijos, que son el respirador que me mantiene con vida mientras logro hacerlo por mí misma, prometo que me levantaré...

Querida Yo, quizá cuestiones mi cordura, más no te culpo, yo lo he hecho todo el tiempo, los últimos días, a todas horas.

Durante el camino al pueblo, Vincent y Alexia hablaron de los viejos tiempos. Al llegar, como todo un caballero, él abrió la puerta de la camioneta y la ayudó a bajar. Sin esperar su consentimiento, la tomó de la mano y enlazó sus dedos.

Alexia no opuso objeción alguna, al contrario, le gustó que Vincent se tomara esas libertades, así que se dejó conducir en silencio hasta el gentío.

Bailaron, rieron y volvieron a bailar. Vincent no se alejó de ella ni un segundo, todo el tiempo tomándola de la mano.

—Voy por unas bebidas, no te muevas, preciosa —susurró al oído.

Alexia se estremeció al sentir el cálido aliento sobre su oreja y cuello.

—¿A dónde más podría ir? —respondió al tiempo que se mordía el labio inferior, mientras un delicioso escalofrío de anticipación recorría su cuerpo.

Ese gesto inocente provocó en Vincent un tumulto de emociones; quien más afectado resultó fue su masculinidad. Tuvo que contenerse para no tomarla en brazos y devorar a besos ese fruto rojo que prometía deleite divino. La carnosa boca de esa jovencita era tentación absoluta y él se estaba cansando de permanecer pasivo.

Alexia aprovechó el que Vincent le diera la espalda mientras se alejaba para contemplarlo a su total antojo: los anchos hombros, la estrecha cintura, las musculosas piernas y ese trasero apretado que se moría por pellizcar.

—¡Señorita, Ale! —la voz de Martín la sacó de sus pecaminosos pensamientos—. ¿Viene sola?

—No, estoy con Vince, solo que fue a por unas bebidas.

—Entonces no creo que le moleste que la invite a bailar en lo que él regresa. ¿qué dice?

Alexia conocía a Martín desde siempre y le caía bien, era agradable con todos, así que aceptó.

—Está bien, pero solo esta pieza. No quiero que Magui me reclame por acaparar a su marido.
—Sonrió a la aludida que se acercó para saludar.

—¡Qué bah! Solo ten cuidado con los pisotones —mencionó con ese acento sureño tan característico en el pueblo.

—Yo no pisoteo —se quejó indignado el hombre.

—Sí, claro, y yo estoy flaca. —Señaló su vientre abultado de seis meses—. No te preocupes, niña, mientras tú soportas sus dos pies izquierdos, aprovecharé para quitar a mi hermano Roger de la barra, creo que se está pasando con las cervezas y aún es temprano para que ya esté perdido.

Vincent regresó y le extrañó no ver a Alexia donde la había dejado minutos antes. La buscó con la mirada; una rabia incontenible se apoderó de él cuando la descubrió bailando con un tipo de tejana. A grandes zancadas se dirigió hasta ellos.

—Me permites, ella viene conmigo —dijo al tiempo que jalaba a una aturdida Alexia.

—Claro que sí, joven Vincent, solo estaba... —Guardó silencio al comprender que ya no lo escuchaba, pues, en un santiamén, la pareja había desaparecido entre el gentío.

—¿Por qué hiciste eso? Fuiste muy grosero con Martín —reclamó Alexia con fuego en los ojos—. Me invitó a bailar en lo que tú regresabas para que no estuviera sola.

—¡Uy, qué amable! ¿Ahora tengo que agradecerérselo? —Siguió avanzando.

—¿Qué?

—Por favor, Alexia, a leguas se nota que le encantas. —Vince la tenía ceñida del brazo y caminaba hacia el parque, ahí nadie los molestaría y podrían hablar—. No puedes ser tan tonta para no darte cuenta de lo que provocas en los hombres. —Estaba furioso y los celos lo dominaban.

—¡Suéltame! ¡Estás lastimándome! —pidió enfadada—. No necesito que me cuides, ya es bastante con un hermano protector y celoso y créeme, de eso se encarga Chris, a la perfección.

—¿Qué te molesta tanto? ¿Que te cuide y me preocupe por ti o que te aparté de ese imbécil? ¿Acaso Martín te gusta? ¿Es eso? ¿Eh? ¿Te gusta? ¡Maldición, contesta! —La sacudió de los hombros con fuerza.

—Vince, estás asustándome. ¿Qué te pasa? —Un par de lágrimas escaparon de sus ojos verde atormentado—. Estamos hablando de Martín, lo conocemos de toda la vida, por eso no vi nada de malo en aceptar bailar. Jamás pensé que te molestaría tanto. —Un sollozo la estremeció—. Por si no lo sabes, él está casado y nunca le faltaría a Margaret; de hecho, ella estaba allí, al lado nuestro, bailaba con su hermano Roger antes de que tú llegaras y me dejaras en ridículo.

—Alexia... —Por fin la soltó.

—¡No! Ya dejaste en claro lo que piensas de mí, así que no veo caso a seguir con explicaciones que no servirán de nada. Pediré a alguien que me lleve a casa. —Giró y caminó de regreso al gentío.

—¡Alexia, espera! —la voz de Vincent sonó autoritaria—. Lo siento mucho.

«Eres un estúpido», se dijo al tiempo que pasaba la mano por su rostro. Era inadmisibles que se comportara como un chaval inseguro y celoso, cuando se suponía que era un hombre hecho y derecho. Ella lo ignoró y siguió su camino; de unas cuantas zancadas la alcanzó.

—Alexia, por favor, perdóname. Es la primera vez en mi vida que siento celos y no sé cómo manejarlos. Te juro que nunca antes me había pasado —rogó arrepentido.

—Pues dile a Chris que te dé unas clasicas de cómo ser el perfecto hermano protector, él ya aprendió a dominarse y no se comporta como un troglodita —expresó con marcado sarcasmo.

—No creo que pueda ayudarme.

—¿Ah, no? Yo creo que sí. —Vincent guardó silencio, ella siguió con su retahíla—. Te desconozco. Ya no sé quién eres. —Lo miró con pena, giró para volver a su marcha, pero él la detuvo al sujetarle el brazo.

Alexia se alejaba de él, no solo de forma física, sino también emocional. Eso no podía permitirlo, tenía que jugarse su última carta: «la verdad».

—Chris no puede ayudarme porque mis celos no son de hermano, son los que siente un hombre por la mujer que quiere, que lo trae loco... —La moneda estaba al aire; la decisión era solo de ella.

Alexia paró sus pasos. ¿En verdad, Vincent acababa de confesar que sentía celos de hombre? Se giró y lo miró incrédula.

Vincent no pudo más, sin esperar respuesta, se acercó a ella y la besó consumido por toda la rabia y frustración contenida por días, por años. Con la lengua recorrió los tiernos labios y atrapó con los dientes el inferior.

Por un momento ella permaneció quieta, le costó asimilar que él devoraba su boca; una vez que lo hizo, correspondió sin reservas y concedió el acceso que la lengua masculina exigía. Embriagada, sintió las rodillas débiles y el cuerpo enfebrecido.

Vincent la acercó más, hasta que no hubo parte de sus cuerpos que no estuvieran en contacto.

—Lo siento tanto, bonita. ¿Crees que podrás perdonarme? —Volvió a mordisquear los labios de rosada tentación. Quería compensarla por el mal rato.

Alexia gimió ante aquel pasional asalto del que era objeto. Cuando él dejó su boca, protestó de inmediato.

Vincent hundió la cabeza en el pelo de la joven y aspiró el sutil aroma a jazmín y vainilla.

—¿Dios! No tienes idea de cómo deseaba hacer esto desde que te vi en el aeropuerto —confesó.

—Y yo deseaba que lo hicieras. —Cerró los ojos y disfrutó las suaves caricias que él daba a su espalda.

Reconoció que estaba loca e irremediabilmente enamorada. Le encantaba ese hombre, adoraba todo de él: su estatura, la forma en cómo la acomodaba en su pecho y la rodeaba con sus fuertes brazos, el latir de su corazón, esa sonrisa de medio lado, el brillo de sus ojos azules...

—¿Me perdonas, corazón? —Vincent colocó su frente en la de ella y la miró a los ojos.

Alexia descubrió auténtico arrepentimiento en los iris color cielo.

—Solo si no vuelves a comportarte así.

—Lo prometo. —Levantó la mano en juramento.

—Tienes que confiar en mí, de lo contrario, te vas de paseo —sentenció.

—De acuerdo, pero tienes que comprender...

—¿Comprender?

—Eres tan hermosa, Alexia. Es imposible no mirarte y desear comerte entera.

—Pero yo solo tengo ojos para ti, tonto.

Vincent sonrió de esa forma que la hacía sentir las piernas de gelatina y un millar de mariposas revolotear en el estómago.

—¿Nos vamos ya?

—Pero si la fiesta apenas comienza —se quejó él.

—Lo sé. Estaba pensando en una reunión privada, solo tú y yo... —susurró ella con un tono de voz cargado de sensualidad. Estaba convencida de que su momento había llegado, y la espera había valido la pena.

Vincent entendió sus deseos de inmediato.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Bien. Conozco el lugar perfecto.

Capítulo XIII

Vincent llevó a Alexia al viejo árbol. Ese sitio era su edén personal, les pertenecía solo a ellos dos, era su escondite y estaba cargado de hermosos recuerdos. La ayudó a descender del vehículo, tomó una manta del maletero y de la mano caminaron a la orilla del río. Juntos extendieron la tela sobre el pasto.

Alexia se recostó y lo invitó a tumbarse a su lado.

—Adoro este lugar. En la ciudad no se puede apreciar de este modo las estrellas.

—Es verdad —aceptó Vincent—. ¿Recuerdas cómo solíamos pasar horas contemplándolas?

—Sí. Es gracias a ti que conozco el nombre de varias constelaciones. —Alexia desvió sus ojos del cielo para posarlos en él y descubrió que la observaba embelesado.

Vincent no apartó la mirada, tocó la mejilla sonrosada y acercó su rostro al de ella para besarla.

—Si no deseas esto, más vale que me detengas ahora; más delante, no sé si podré...

—No pares.

Y no lo hizo, sus manos recorrían ese cuerpo que lo tenía loco desde que la vio en el aeropuerto, con ese caminar como si se tratase de una modelo de pasarela.

Nunca se había sentido tan excitado. Durante un momento paró el asalto de caricias solo para contemplarla. Tenía ante sí una visión divina, esa exquisita Venus se mostraba en todo su esplendor solo para él.

La desnudez de Alexia era un espectáculo digno de homenaje, tal y como lo corroboró su miembro, el cual no perdió la oportunidad de rendirle ovación.

—¡Dios! Eres preciosa. —Pasó la lengua por el suave valle entre los senos y se dirigió al santuario de su feminidad.

No se cansaba de saborear el néctar agridulce de esa ninfa que tenía atrapados los colores del amanecer en su larga cabellera. Sintió cómo los espasmos comenzaban y bebió su orgasmo como un sediento a mitad del desierto.

—Alexia, vas a matarme. —Regresó a saquear su boca y ella lo recibió encantada.

Fue en ese instante que Alexia comprendió el porqué nunca se permitió llegar a más con cualquiera de sus novios. Algo dentro de ella siempre supo que Vincent era el único, el indicado, el dueño de sus primicias. Recordó que fue él quien le dio su primer beso y, aunque fue en el juego absurdo de la botella, para ella había sido algo inolvidable. También le enseñó a nadar, a jugar ajedrez, a andar en bicicleta...

Vincent se colocó entre sus piernas y estaba a medio camino del paraíso cuando sintió que una barrera se interponía.

—Alexia, yo...

—No pares, por favor. Siempre supe que serías tú.

Bastó empujar un poco para que la niña quedara enterrada para siempre y diera paso a la mujer.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Se quedó quieto, tenía que darle oportunidad a su cuerpo para que se adecuara a él, a su tamaño.

Alexia lo miró expectante.

—No creí que te importara. Quizá esperabas a alguien con más experiencia... Siento decepcionarte —expresó a punto de llorar.

—Claro que me importa, belleza, pero no por lo que piensas. —Le acarició el rostro con ternura; ya no tenía duda alguna: se había enamorado de ella desde que era tan solo una adolescente—. ¿Cómo podría estar decepcionado? Aún me cuesta creer que me agasajaras con el regalo de tu pureza. Alexia yo... —Estaba emocionado al grado que su voz se quebró—. ¡Dios! Esto que siento es tan... No hay palabras que puedan describirlo con exactitud.

—Entonces deja que tu cuerpo hable por ti. —Alexia movió su cadera con provocadora invitación a seguir con la danza del amor.

—Alexia, mi Alexia. Te amo tanto —susurró entre besos al tiempo que aceleraba el ritmo.

Ella gritó su nombre, él bebió sus gemidos uno a uno hasta que un clímax devastador los dejó exhaustos.

Envueltos en la manta, contemplaban las estrellas.

—Debiste advertirme. De haberlo sabido habría esperado para hacer de tu primera vez algo especial, en un sitio más apropiado. —La besó con ternura, al tiempo que la apretó más contra sí—. Alexia, me importas demasiado. Te amo, pequeña, siempre ha sido así, sin embargo, tuve que verte convertida en toda una mujer para comprender que la naturaleza de mis sentimientos cambió.

—Ya has hecho que sea especial. —Lo miró con emoción—. No pudiste elegir un lugar más apropiado. Este sitio está lleno de recuerdos invaluable que solo son de los dos. Ahora tengo uno más para atesorar.

—Tienes razón, este viejo árbol ha sido testigo de nuestro amor desde que era solo un sentimiento infantil.

—Lo sé. —Se incorporó un poco y apoyó su cabeza en el brazo derecho para mirarlo a su antojo—. ¿Vincent?

—Mm.

—¿Podemos...? ¿Ya sabes... otra vez?

Él soltó una carcajada.

—¡He creado un monstruo! —Sin perder tiempo, sus manos recorrieron el cuerpo femenino que tanto placer le había proporcionado—. ¿Segura? ¿No estás un poco adolorida?

—Un poco, pero esta cosa, necesidad, o qué sé yo, que siento por ti está a punto de volverme loca de frustración.

—Se llama deseo.

—Entonces, te deseo, Vincent Tyler.

—Lo dicho, he abierto la caja de Pandora. —Con suavidad entró en ella—. ¡Que Dios tenga piedad de mí! —Fue lo último que dijo antes de perderse en el éxtasis al que ella lo conducía a pasos agigantados.

Durmieron un par de horas. Alexia fue la primera en abrir los ojos, se incorporó un poco y observó a su amante a placer.

—Siempre supe que serías el primero —murmuró—. Aunque traté, nunca pude sacarte de mí. Algo aquí dentro —tocó su pecho a la altura de corazón— no me permitía entregar a otro lo que desde siempre te ha pertenecido.

Vincent estaba conmovido hasta la médula. Hacía un par de minutos que estaba despierto, sin embargo, no abrió los ojos, pues estaba maravillado con el toque de los dedos de Alexia, que con amor masajeaba su cabellera.

Nunca imaginó que se pudiera sentir con tal intensidad. Alexia despertaba en él emociones y sentimientos que no había experimentado con nadie más. Y, cuando ella admitió que le pertenecía, algo dentro de él explotó desarmándolo por completo.

—Aunque necesité reencontrarnos para aceptar la verdad, soy tuyo desde el instante en que posaste esos ojitos del color del jade en mí.

—¿Estás de broma? ¡Si la primera vez que te vi era solo un bebé! —exclamó incrédula.

—Solo puedo concluir que estábamos destinados el uno para el otro.

—¡Bendito destino!

—Entonces, bella dama, permítame reclamar de nueva cuenta lo que me pertenece —dijo solemne, al tiempo que sus manos recorrían las curvas femeninas.

—¿Otra vez?

—Y las que sean necesarias...

Abrazados, los amantes contemplaban en silencio las estrellas. Alexia descansaba la cabeza en el pecho masculino. El latir de su corazón la relajaba al punto de casi quedarse dormida. Vincent acariciaba su espalda con devoción y, de vez en cuando, depositaba uno que otro beso en la coronilla de su pelo.

—Sé que es una tontería, pero hay algo que me intriga. —Alexia levantó el rostro para verlo a los ojos.

—Suelta, ¿qué es eso que te tortura? —Sonrió.

—¿Por qué no me dices Ale, como todos los demás? Siempre me llamas Alexia, de hecho, eres el único que lo hace, aparte de mamá, claro. Cabe mencionar que eso solo sucede cuando está enfadada conmigo.

—¿Te molesta?

—No lo sé, es extraño, diferente.

—Me gusta Alexia, porque Ale me recuerda a Pecas que, aunque fue una etapa muy bella, eso ya fue. Prefiero a la mujer en la que te has convertido: apasionada, y, sobre todo, mía. Si te molesta, puedo cambiar...

—No, me encanta como suena mi nombre en tus labios.

—Y a mí tus labios me encantan, así que creo que estamos parejos.

Vincent se acercó a ella con una sonrisa pícaro, que mostraba sin tapujos que pensaba besarla; Alexia lo recibió gustosa. Por un momento se sintió culpable de ser tan feliz mientras su madre lo estaba pasando fatal. Vince notó el cambio en su semblante.

—¿Qué pasa preciosa?

—Es... pensé en mis papás, en mamá; ella lo está pasando fatal y yo...

—Te sientes culpable. —La besó con ternura.

—Sí. Tengo miedo de que esta felicidad sea efímera y se me escape de las manos en un parpadeo —reconoció y se aferró al pecho de su Adán.

—Alexia, la historia de tus padres no tiene por qué ser la nuestra. Somos adultos y, por ende, los únicos responsables de lo que suceda —explicó amoroso.

—Tienes razón, es solo que esta situación es tan reciente que aún no logro digerir la separación de mis padres. No puedo creer que un amor como el suyo se haya terminado así como así.

—Lo sé. Tus padres se veían bien juntos, parecían de esos matrimonios que ni la muerte separa. Pero dejemos de hablar de ellos; tú y yo somos harina de otro costal, eso nunca lo olvidas, hermosa. —La besó con pasión.

Alexia deseó quedarse allí toda la noche, en brazos de Vincent, sin embargo, conocía a su madre y sabía que estaría preocupada.

—Será mejor que regresemos a casa, es tarde y no quiero dar a mamá más angustias de las que ya tiene.

—Odio cuando tienes razón. Me habría encantado pasar la noche contigo y despertar a tu lado y, aunque nuestras madres están coludidas en emparejarnos, no creo que les agrade el que no llegemos a casa después de la primera cita.

*

Amy, como le sucedía a menudo, no podía dormir. Cansada de recorrer todos los canales en la televisión, terminó por apagarla. De vez en cuando se asomaba por la ventana en espera de su hija. Era consciente de que Alexia ya era una mujer, sin embargo, eso no evitaba el que se preocupara por ella.

Respiró con alivio cuando vio la camioneta acercarse. No le sorprendió el efusivo beso que Vincent le plantó a Alexia en los labios. Se alegró en lo más profundo de su corazón, pues ese por fin se había arreglado y las cosas entre ellos comenzaban a tomar su cauce.

Se dirigió a la cama, sin embargo, el sueño seguía evadiéndola. No pudo evitar pensar en André y preguntarse cómo estaría. ¿La echaría de menos, aunque fuera un poco?

Como solía sucederle cada vez que lo evocaba, con él venían de la mano otros tantos recuerdos: las noches de pasión, la infinidad de veces que durmió en sus brazos y el amanecer los encontró abrazados, las duchas compartidas, aquella época en la que no podía mantener las manos lejos de ella... ¿Entonces? ¿Cómo había podido echarla de su cama con tanta facilidad?

El ver a su hija con Vincent removió en ella todo lo vivido con su marido. No pudo evitar pensar en André y ella misma cuando tenían más o menos esa edad.

Su amor había sido intenso desde el comienzo, tan excitante y lleno de pasión. Juntos soñaban con comerse el mundo...

Por enésima vez se preguntó cómo había podido André reemplazarla, si le había entregado todo: su juventud y su vida. ¿Por qué no decir lo que sentía? ¿Por qué no dar la oportunidad de enmendarse y salvar su relación en lugar de refugiarse en otra?

El dilema «llamar o no llamar» la atormentaba sin piedad, las veinticuatro horas, los siete días de la semana.

Presa de la ansiedad se puso en pie, se dirigió al cuarto de baño y, mientras el llanto se desbordaba, dejó que el agua caliente de la regadera la reconfortara un poco.

Derrumbada sobre el piso, no supo cuánto tiempo estuvo bajo el chorro del agua. Fue hasta que esta comenzó a salir helada que salió de la ducha y regresó a la cama.

«Vamos, Amy, deja de llorar», pidió su voz interna.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —masculló.

Era cerca del amanecer y, cansada del debate, intentó abrir el cajón de la mesilla de noche para dejar en libertad el desterrado teléfono móvil.

—¿Dónde rayos dejé la llave? —Días atrás había desarmado el aparato y lo encerró para evitar la tentación. En su momento le pareció una decisión acertada; en ese instante, solo le importaba encontrar esa pequeña cosa de metal que, sabía, abriría la caja de Pandora.

—¡Bingo! —Sin parar a pensar en la hora que era y si André tomaría la llamada, colocó la batería en el teléfono y, segundos después, marcó el número del móvil de su esposo. Mientras este daba tono, esperaba con ansia oír su voz, en verdad necesitaba escucharlo.

—Amy, lo siento, pero André no puede contestarte; terminó exhausto después de hacerme el amor como un salvaje durante toda la noche y ahora duerme plácidamente.

La venenosa voz de Cindy la dejó helada. ¡Estaba con ella! ¿Cómo pudo pensar que lo de ellos era una simple aventura? Era obvio que esa arribista no se conformaría solo con eso.

«¡Eres una estúpida, Amy Parker!». se reprochó por ser tan débil, pues las lágrimas no tardaron en aflorar.

—Amy, ¿estás ahí? —El tono de burla era más que evidente—. Te aconsejo que no lo llates más tarde, ni en varios días; estamos en Cancún disfrutando de unas merecidas vacaciones...

Amy colgó de inmediato y aventó el teléfono sobre la cama, como si este fuera un animal ponzoñoso que acababa de picarla, y así había sido. Sucumbir a la tentación la había dañado no solo a ella, sino también a los avances conseguidos con Lizzy. En un santiamén, esa mujer, aparte de humillarla, había conseguido regresarla al día cero.

La desesperación comenzó a alterar su ritmo cardiaco, las manos le sudaban frío y la respiración parecía ser toda una misión imposible. No tuvo ninguna duda al respecto, estaba en medio de una crisis de pánico.

De pronto, como si de una luz se tratase, llegó a su memoria, aturdida y apaleada por las emociones desbordadas, la descripción gráfica de un ataque de pánico y cómo contrarrestarlo.

«Respira, Amy. Solo respira». Se obligó a tomar lentas y profundas bocanadas de aire, por lo que la taquicardia poco a poco fue dando paso a pulsaciones dentro del rango normal y, con ello, el dolor en el pecho, el mareo, la falta de aire y el miedo a morir en ese instante fueron perdiendo fuerza. La calma se impuso ante el terror.

Pasada la crisis, se sintió otra vez dueña de sí. El miedo y el dolor perdieron color ante la rabia que, a pasos agigantados se abría paso. Se reprendió con severidad por haberle dado a esa mala mujer el privilegio de mofarse de ella a su antojo. Entre más lo pensaba, más crecía su furia por dar a esa víbora semejante satisfacción.

¿Hasta cuándo entendería? ¿Acaso nunca tendría suficiente? «Te lo tienes bien merecido por estúpida. De sobra sabes que ese hombre ya no es tu André, él murió en el instante en que posó sus ojos en otra. ¿Entonces? ¿Por qué insistir? ¿Por qué aferrarse en algo que no es, que no existe más? Eso tiene nombre y lo sabes, se llama «masoquismo». Así que no te quejes de quemaduras si eres tú solita la que sigue empeñada en meter las manos al fuego...».

Estaba por retirar la batería del móvil cuando llegó un mensaje: era de André. Vaciló durante unos segundos, se dijo que quizá él se dio cuenta de la llamada y solo se reportaba. ¡Grave error! Ante sus ojos se abrió una *selfie* de Cindy besándose con André y, con esa imagen, la maldita bruja dejaba muy en claro que besarse no fue lo único que hicieron.

¿Cómo se atrevía esa bruja a mandarle ese tipo de fotografías? ¿Acaso era una pervertida? Obvio, sí, solo una persona retorcida era capaz de disfrutar del dolor ajeno.

Herida, frustrada y amargada, Amy estrelló el aparato contra la pared hasta hacerlo añicos. No le importó dañarse las manos en el proceso, al contrario, pensó en lo irónico de la situación: ella, la que antes se cortaría la cabeza que cambiar de móvil si no era absolutamente necesario, había destrozado dos en menos de una quincena.

Entre sollozo y sollozo, sintió pena por André, pues, en ese instante de lucidez, comprendió que esa mala mujer sería su perdición.

«Por fortuna, ese ya no es tu problema. André tendrá que lidiar con ella solo y, cuando esa víbora acabe con él, no estarás ahí para recoger las sobras», se consoló mientras se deslizaba al piso en un rincón de la habitación; se abrazó las piernas, colocó la cabeza en las rodillas y, al

tiempo en que vaciaba su alma por medio del liberador llanto, se prometió que esa sería la última vez que derramaba una lágrima por ese ingrato. Ni siquiera fue consciente en qué momento se quedó dormida.

Capítulo XIV

Un suave llamado a la puerta de su habitación sacó a Amy del mundo de los sueños para volverla de golpe a su cruel realidad.

—¿Amy? ¿Te encuentras bien? —preguntó Elizabeth alarmada al ver el semblante demacrado de su amiga—. Como no bajaste a desayunar, me preocupé.

—Estoy bien, solo fue una noche de insomnio. Nada de lo cual alarmarse.

«Mentirosa, te crecerá la nariz como a pinocho», reprochó la voz de su consciencia.

—Creí que ya dormías mejor. —Elizabeth la observó con cautela.

—Ya sabes cómo es esto; días buenos, otros no tanto.

—Amy, ¿hay algo que no me estás diciendo?

—Nop. —Desvió la mirada.

Aún no estaba preparada para ver la decepción pintada en el rostro de su amiga. Elizabeth se estaba portando con ella como un ángel y lo que menos deseaba era preocuparla de más. Durante las angustiantes y largas horas transcurridas, había llegado la determinación que, hasta antes de la fatídica llamada, no lograba encontrar.

Elizabeth pudo vislumbrar la resolución en los gestos de Amy y se alegró por ello. Esa chispa de arrojo en sus ojos no estaba allí antes, o quizá sí y no se había percatado. Se propuso poner más atención a su amiga.

—¿Quieres salir a dar un paseo por el jardín?

—Sí, me parece bien, solo dame unos minutos para tomar una ducha.

Elizabeth la miró con un tanto de inquietud. Como terapeuta sabía de sobra que los cambios bruscos en la actitud de los pacientes depresivos no siempre auguraban algo bueno. Había siempre un cataclismo de trasfondo.

—Está bien, te espero en la banca bajo el viejo roble. —Elizabeth abandonó la habitación con la firme determinación de que entraría sin previo aviso unos minutos después. La actitud beligerante en Amy la tenía alarmada.

En cuanto se quedó a solas, Amy buscó su cuaderno; ese era su único amigo y paño de lágrimas, solo con él podía ser brutalmente honesta sin avergonzarse.

La recaída

Querida Yo:

Una vez más te he traicionado y eso en verdad me duele. Recaí en mi maldito vicio de quererlo a pesar de todo.

La cruda moral me está matando al grado que ni siquiera puedo mirar a Lizzy a la cara sin sentir vergüenza.

Sé que le fallé a todos al tirar por la borda estas semanas de avances. ¿Y todo para qué? Bastó que esa mujer se mofara de su triunfo sobre mí para dejarme hecha esta piltrafa humana.

Sí, lo sé, soy culpable de todo cargo por permitir que ella sembrara más caos donde comenzaba a florecer la calma.

Querida Yo, este será nuestro pecaminoso secreto. Aunque, si nos enfocamos en el lado positivo, entre todo el dolor y destrucción de las horas pasadas, esa maldita fotografía me dejó una valiosa enseñanza: aún estoy de pie.

Como reza el dicho popular: «Lo que no te mata, te hace más fuerte», y es verdad. A lo largo de esta agónica noche, pude entender que la única forma de salir avante es dejar de victimizarme. Mientras siga sumergida en la protección de Lizzy y Alexia, no podré exorcizar mis demonios. Es momento de afrontar al toro por los cuernos.

Querida Yo, ahora te necesito más que nunca, ayúdame, por favor; el síndrome de abstinencia es espantoso y, la verdad, le tengo miedo. Temo volver al inicio, a esos días en que el dolor no da tregua, a las crisis, a esos ataques de pánico que acaban con la cordura de cualquiera.

El puñal de la traición aún traspasa mi alma, pero, a diferencia de otros días, hoy estoy de pie; supongo que eso significa que Lizzy tiene razón y que la cura poco a poco está llegando. Quiero creer que es así, necesito aferrarme a esa posibilidad para no desfallecer.

¡Por favor, querida Yo, no me abandones nunca más!

—Mamá ¿quieres salir al jardín? Hace un día perfecto —preguntó Alexia atenta.

Amy la observó y notó algo diferente en ella, un brillo especial en su mirada. Como madre sintió pesar, pero como su congénere supo reconocer que la niña era solo un dulce recuerdo. No le quedaba duda, su hija se había convertido en toda una mujer y una muy enamorada.

—Qué coincidencia, justo acabo de pedirle lo mismo. —Elizabeth entró en la habitación.

Después de la ducha, notaba a Amy diferente, más entera, resuelta. Rogó al cielo que eso no fuera preludio de una mala acción, sin embargo, sus temores quedaron en el olvido conforme la mañana transcurría. Comprendió que Amy seguía dolida, la diferencia era que comenzaba a aceptar sus nuevas circunstancias y estaba implicada en resolverlo.

Una llamada requirió que Elizabeth se ausentara unos minutos, los mismos que aprovechó Amy para hablar con su hija.

—¿Cómo están las cosas con Vince? Aclaro que no estaba espiándote, pero ayer cuando regresaron del pueblo... digamos que lo que observé desde mi ventana fue bastante revelador.

—¿Nos viste? —No pudo evitar sonrojarse.

—Sabes que no podría dormir hasta saberte a salvo en tu cama, soy tu madre, ¿recuerdas? ¿Alma de celadora? —Ambas rieron.

—Vince es maravilloso y lo amo tanto. —Al recordar los momentos vividos la noche anterior, el color rosado en sus mejillas se volvió casi carmín.

—Lo sé y me alegro tanto por los dos. Lizzy está encantada con la idea de que serás su nuera...

—¡Mamá! ¡No te adelantes tanto! La tía Lizzy y tú ya están preparando la boda, cuando, la verdad es que apenas nos estamos acoplando como pareja.

—Es solo que, aunque sabemos que aún es muy pronto para pensar en campanillas, eso no quita la ilusión del vestido, el banquete y el baile —interrumpió Elizabeth, que recién se incorporaba.

—¿Alguien les había dicho que juntas son terribles, señoras? —Alexia no pudo evitar adorar a ese par de mujeres que eran tan importantes en su vida.

Estuvieron un rato más entre risas y bromas por los novios. El estado de ánimo de Amy cambió en positivo y la mañana se fue en un respiro. Por la tarde, Donna, la amiga de Alexia, llegó acompañando a Chris y, a partir de ese momento, los cuatro jóvenes pasaban el tiempo juntos.

Amy los observaba y no podía evitar pensar en ella y André cuando tenían casi su edad. Recordaba lo bien que lo pasaban los cuatro: Lizzy y Bruce, André y ella. Eran algo así como el cuarteto de los inseparables.

—Es imposible verlos y no evocar a los cuatro fantásticos. —Que era así como les decían en la facultad, pues siempre estaban juntos.

Elizabeth tomó asiento a su lado en las tumbonas de la piscina. Era una magnífica tarde de verano, por lo que había que aprovechar el sol.

—Acabas de poner en palabras mis pensamientos —reconoció Amy, quien recibió con agrado la margarita de fresa que su amiga le colocó en la mano.

—Amy, sé que esto es muy duro para ti, sin embargo, no puedo dejar pasar la ocasión para decirte que estoy muy contenta con los avances que has tenido...

—Le hablé... —confesó de pronto—. Anoche... le marqué al móvil y contestó esa... mujer.

—Lo sé. —Cuando Amy la miró estupefacta, sonrió—. No soy adivina, pero sí terapeuta, por ello aprendí a leer entre líneas. No supe con exactitud qué hiciste, solo que algo cambió.

—Debí suponer que no se te escapa ni una.

—Es parte de mi trabajo, linda.

—¿Puedes creer que se la llevó a México? ¡Están en Cancún, como si fuera una luna de miel! —despotricó furiosa—. ¿Tienes idea de cuánto tiempo llevaba rogándole que nos tomáramos unas vacaciones en familia? ¡Años, Lizzy! y siempre respondía que estaba en medio de un caso importante, que cuando este finalizara quizá sí, pero de ese seguía otro y otro...

—Lo siento tanto, amiga.

—No va a regresar, ¿verdad? Creí que lo suyo sería una calentura pasajera...

—Amy, no puedes basar tu vida en los actos y decisiones de otra persona. Dejar en pausa tu existencia en espera de que el hijo pródigo regrese, no es sano para nadie.

—Sé que tienes razón, sin embargo, no sé cómo aniquilar todo lo que siento.

—Ya lo hemos hablado, linda. Tiempo al tiempo. —Le tomó la mano—. Cuando menos lo esperes, mirarás hacia atrás y te darás cuenta de que los recuerdos ya no duelen.

—Solo espero que no falte mucho para ello.

—Paciencia, linda, esa es la clave. Por cierto, y cambiando de tema, ¿recuerdas a Mark?

—Sí, es tu entrenador personal

—Nuestro entrenador profesional. A partir de ahora, las dos estaremos bajo su supervisión.

—¿Qué? ¿Quieres que...? No, Lizzy, de sobra sabes que las pesas y yo no nos llevamos bien.

—Quedamos que sin cuestionar —reiteró Elizabeth—. Comenzamos mañana, así que ve mentalizándote para ello. Amy Parker, vamos a hacer de ti una nueva mujer.

—Lizzy, creo que ves demasiados programas de cambios de *look*.

—Lo sé, ¡y me encanta!

Amy no pudo decir nada más y solo se dejó llevar.

Entre Mark y Elizabeth organizaron una agenda llena de actividades, que no dejaba lugar al ocio. Parte fundamental de la terapia consistía en mantener el cuerpo y la mente ocupados.

Los primeros días fueron un infierno para Amy. Sus agarrotados músculos protestaron por el ejercicio impuesto, pues tenía años sin pisar un gimnasio, por lo que terminaba las rutinas

exhausta. Aunque, si se enfocaba en el lado positivo, quedaba tan cansada de las actividades del día que por la noche caía rendida y ni se acordaba del insomnio.

Un fin de semana, los cuatro jóvenes se fueron de excursión al lago; la mañana del domingo, Elizabeth entró en la habitación de Amy.

—¿Se puede saber qué hiciste con tu móvil? —preguntó Elizabeth con semblante adusto.

—Yo...

—Espero que destrozarse teléfonos móviles no se te convierta en un hábito.

—¡No! —La miró horrorizada ante esa idea—. Prometo que no volverá a pasar.

—Bien. Y ahora a lo que vine, acaba de llamar Vincent...

—¿Alexia está bien?

—Sí, solo quería avisarte que se quedaran un día más, pero, como tu móvil marca que está inoperativo, se preocupó y ya sabrás... Se armó la de Dios es padre.

—Lo siento.

—No te preocupes, me has dado un pretexto genial ¡para ir de compras!

—Dios tenga piedad de mí —murmuró Amy al tiempo que reprimía una sonrisa, pues ir de tiendas con Elizabeth era toda una odisea.

—Te veré en la puerta en veinte minutos.

Amy contempló a su amiga mientras esta abandonaba la habitación. Elizabeth tenía tanta energía y positivismo que era imposible no contagiarse de su innata alegría.

Después de una tarde ajetreada, de tienda en tienda y una malteada de fresa, como cuando eran adolescentes, Amy, una vez en su habitación, tomó el cuaderno; este se había convertido en su conciencia y, una vez más, dejó a su alma hablar:

Mujer devaluada, mujer despreciada

Querida Yo:

Mi autoestima ha sido ultrajada; la confianza y la fe en el amor, terriblemente devaluadas, por ello, en estos momentos me siento como una vela sin mecha; inútil, vacía, sin luz propia.

Me intimidan la juventud y belleza de otras mujeres, en especial de aquella que está con él, y esto mengua mi seguridad haciéndome sentir menos en todo: menos guapa, menos inteligente, menos capaz... menos, menos, menos. Esa es la descripción exacta de mí en estos momentos.

El haber sido sustituida con tanta facilidad en mi empleo y relación de pareja ha marcado en mí un precedente, no sé cómo lograr no sentirme así: devaluada, despreciada y, sobre todo, usada.

De golpe, mi creatividad y luz propia parecieron apagarse; es como si el fuego interior hubiese sido extinguido, arrebatándome mi esencia, mi ser. (Tú).

Soy un autómatas que hace lo que le ordenan, alguien sin identidad, un alma de tapete más...

Lo que más duele es comprender que me he convertido en algo que siempre repudí: un ser digno de lástima.

¡Qué horror!

Por fortuna, hoy, mientras aguardaba por Lizzy, apareciste en el reflejo del aparador de la tienda y, como un rayo de luz en medio de un día nublado, me salvaste.

Y, por primera vez desde que inicié este trayecto, te he visto en mi reflejo. Con mirada

dura, me hiciste prometer que no buscaría inspirar lástima, sino admiración. Tu voz fue clara cuando expresaste: «No quiero compasión, quiero respeto. No más, nunca más».

Y tienes razón, no más lástima, no más autocompasión, no más reclamos...

Ahora, con este papel como testigo, juro solemnemente, querida Yo, escucharte y jamás volver a ignorar tu voz, aunque lo que tengas que decir duela o moleste.

Reconozco que aceptar mis errores es una de las cosas que más trabajo me cuesta, sin embargo, esto que estoy viviendo me ha hecho recapacitar. Eso es algo, ¿no?

Lizzy dice que la siguiente lección es una de las más difíciles: el perdón.

Mi paciente amiga alega que esta experiencia me ayudará a aprender y a crecer como persona. El caso es que estoy en el proceso de reencontrarme o reencontrarte, no sé, llámalo como quieras, solo sé que cada vez estoy más cerca de recuperar a la Amy que perdí.

Por eso, prometo luchar para dejar atrás esta devaluación personal que tanto me afecta en estos momentos. Trae a mi vela tu luz, volvamos a brillar juntas como lo hacíamos cuando todavía estabas en mí, cuando tú eras yo, y yo era feliz siendo tú.

Querida Yo, juro que a partir de ahora jamás volveré a descuidarte y pondré todo de mi parte para salir de este estado y no volver a ser jamás *una mujer devaluada*.

Los días pasaban llenos de actividades como la terapia, el gimnasio, el *spa* y sus tratamientos de belleza, el invernadero con sus hermosas flores, los paseos y las charlas con Elizabeth y Alexia. Todo ello contribuía a mantener ocupada la mente de Amy.

Cultivar y cuidar de las plantas había sido parte de lo que Elizabeth denominaba «la terapia ocupacional».

—Jamás pensé que esto se me daría bien, pero es maravilloso verlas florecer, llenar todo de color y deliciosos aromas —comentó a Elizabeth, al tiempo que regaba una cala negra.

—Sí, es verdad. Las plantas son como las personas, hay que hablarles bonito y tratarlas bien para que prosperen.

—Ya sé que acordamos que no lo diría más, pero... —tomó la mano de su entrañable amiga—, gracias, Lizzy.

Elizabeth, conmovida hasta la médula, la abrazó con cariño, luego se apartó para evitar que las emociones las condujeran a las inevitables lágrimas.

—Tienes buena mano, Amy. Las rosas nunca estuvieron tan bellas. Estoy segura de que don Cosme está fascinado contigo.

Amy sonrió ante la mención del jardinero de los Tyler. El hombre de avanzada edad había sido muy amable con ella mientras la aleccionaba sobre los secretos de la horticultura.

La venda en los ojos

Dicen que no hay peor ciego que el que no quiere ver y, por desgracia, tuve que vivirlo en carne propia para constatar que es verdad.

Mi venda en los ojos era tan cómoda que no molestaba, tan liviana que por años estuvo allí sin crear conflicto, hasta que ella llegó.

Es tan fácil cegarse ante lo que nos asusta, lo que molesta o simplemente no queremos ver. Dar por hecho las cosas y pensar que lo que ahora se tiene nunca cambiará es uno de los errores más comunes.

La realidad estaba frente a mí, las señales eran más que claras y, aun así, las ignoré de manera magistral. Las llegadas tarde, excusas absurdas, falta de interés, falta de entrega, falta de todo, incluso de mí misma.

Triste, ¿no crees?

Un día, André dejó de mirarme a los ojos y sus besos, caricias y cercanía sabían a culpabilidad. Los besos en los labios cambiaron a residir en la frente; la relación amorosa y pasional se volvió solo tolerancia.

¡Dios mío! ¿Cómo fui tan estúpida y ciega?

Me aferré a la rutina como pretexto para no ver lo que pasaba en mi matrimonio. No quise aceptar que todo se estaba derrumbando y, lo más grave, mi hombre ya no era mío.

La relación de pareja se fue desvaneciendo ante mis ojos y ¿qué hice? Seguir inmersa en la rutina.

Lo más triste es que mi ceguera era tal que tuvieron que arrancarme de golpe y de la manera más cruel la venda en los ojos, porque ni siquiera la perdí por voluntad propia.

Es increíble cómo, una vez que abres los ojos a la verdad, todo lo que ves a tu alrededor son ruinas y desolación.

En lo que fue una espléndida relación, solo quedan lastimosos hubieras y quizás, que impregnan el ambiente con su peste.

Querida Yo, la venda ha sido retirada y eso es lo más doloroso y difícil que he pasado hasta ahora.

Este proceso de saneamiento es muy duro e implacable, no da tregua; aquí es todo o nada, pero, a cambio del sufrimiento, este viaje promete recompensas invaluable que con cada paso voy guardando en mi caja de tesoros: Experiencia, fortaleza, entereza, carácter, precaución, crecimiento personal, amor incondicional por mí misma...

La verdad duele, sin embargo, ignorarla daña aún más.

Capítulo XV

Amy leía un libro en la biblioteca, era un hábito que había adquirido en los últimos días. Los Tyler tenían una estupenda colección de ejemplares de todo tipo, sobre todo, uno de lo más excitante.

—Amy, tengo una sorpresa para ti. —Vestida de brillantes colores, como una tromba y con esa alegría que la caracterizaba, Elizabeth, se acercó.

—¿Otra?

—Ella es Laura, mi asesora de imagen.

Amy no se había percatado de que su amiga iba acompañada; analizó a la mujer que iba con ella y le gustó al instante. Laura sonreía con calidez y denotaba gran profesionalismo, eso sin contar con el aura de empatía que irradiaba.

—Un gusto conocerte, Laura. —Extendió la mano.

—Lo mismo digo. Lizzy me ha hablado mucho de ti.

—Amiga, prepárate...

—¡Oh, no! No me gusta cómo suena eso —interrumpió Amy y Elizabeth la ignoró.

—Te haremos una remodelación total, así que alístate porque ¡vamos de compras!

Lizzy la llevó a un exclusivo centro comercial en una gran ciudad que quedaba a un par de horas de camino. En el salón de belleza So sexy, las esperaba Chessy, que era una experta en el uso del maquillaje y las tijeras.

El cambio de imagen que le realizaron los expertos era muy favorecedor, al grado que Amy tuvo que reconocer que, tanto Laura como Elizabeth, sabían lo que hacían.

Una vez que Chessy la giró en la silla y quedó frente al gran espejo, Amy se miró atónita, ¡le habían quitado diez años de encima!

Reconoció que el verse bien por fuera, en definitiva, la hacía sentirse bien por dentro.

Llevaba años con el mismo estilo: una melena corta, algunas veces recogida sin ninguna gracia y un maquillaje hecho a la carrera.

El vivir siempre con prisas la instó a optar por lo fácil. En ese momento, al ver el maravilloso trabajo que había realizado la estilista, pensó en que lo «sencillo» no siempre tenía que ser lo más fácil.

Chessy le hizo unas cuantas mechas más claras que su tono para dar luz, brillo y una interesante gama de matices rojizos a su cabellera. Después la moldeó con un corte moderno y, para su buena fortuna, muy favorecedor.

Amy hizo de su conocimiento que no era muy adepta a los maquillajes cargados. La maquillista, como si le hubiera leído la mente, usó colores cálidos, que resaltaban de manera sutil pero adecuada cada uno de sus rasgos.

Ante su nueva imagen, Amy tuvo que reconocer que el problema no era la edad ni el que no fuera atractiva. La raíz de todo radicaba en que había descuidado su aspecto, punto.

En su afán por cumplir con la empresa y el hogar, quitaba tiempo a su arreglo personal para anteponer las necesidades y requerimientos de todos a las de ella misma. En ese instante de fría lucidez, al fin lo comprendió.

«Por muy ocupada que estés, siempre hay que dedicar tiempo a ti misma».

—Eso, querida Yo, es una promesa —murmuró para sí.

No se cansaba de mirarse al espejo, estaba encantada con su nuevo aspecto. Entre cada cambio de ropa, salía del probador de esa exclusiva tienda a una salita llena de espejos donde, tanto Laura como Elizabeth, daban su punto de vista.

—Aún no puedo creer que la mujer del espejo sea yo. —Rejuvenecida y entusiasta, esa era la constante en la imagen que devolvía su doble opuesto. Le gustó, en demasía, para ser precisos.

En sus ojos brilló la chispa que creyó perdida. Ante ese espejo, estaba una mujer fresca, determinada, atractiva y segura de sí misma.

Comprendió que la transformación quedaría solo en el exterior si no hacía algo respecto a su caos personal. De inmediato, su voz interna se alzó para reiterarle que, mientras la sanación se completaba, la gente no tenía por qué saber las batallas que en ella día a día se libraban.

Para desgracia o fortuna, no lo sabía con exactitud, en el mundo en el que se desenvolvía, las personas se dejaban guiar por las apariencias. La primera impresión era decisiva, así que, si quería que la tomaran en cuenta, tendría que valerse de la mujer que el espejo le mostraba.

¡Sí! Tomaría prestada esa imagen hasta sentirla suya. A partir de ese momento, sería su coraza ante el mundo; una armadura con la cual salir a la batalla.

«A partir de ahora, ya nada nos detendrá, querida Yo. Como dice Lizzy: “Al salir, los problemas se quedan en casa”».

Como suele suceder en casi todo en esta vida, el plazo se cumplió, el verano terminó y con ello llegó el tiempo de tomar decisiones y emprender acciones.

Despertar a la realidad

Abrir los ojos y sentirte en una dimensión desconocida, donde nada es lo que parece y lo que parece ser no es, es aterrador. El miedo a lo desconocido es una constante en el ser humano, algo tan común como respirar, sin embargo, es requisito indispensable para sobrevivir a esta guerra carroñera, vencerse a sí mismo y con ello a los demonios bajo la cama.

Por días me sentí como si estuviera en medio de una película de terror, donde todos conocen su papel, excepto yo.

Caminar a oscuras entre personas frívolas, desleales, manipuladoras, llenas de maldad y avaricia. Lobos disfrazados de amistad y lealtad; enemigos que asechan tras las sombras a la espera de una oportunidad, una sola, para asesinar el alma, por desgracia, es inevitable.

Duele reconocer que se ha vivido en un espejismo creado por tu imaginación. Una parodia absurda del país de las maravillas, donde, al caer la reina de corazones, todo se desmoronó.

Querida Yo, sé que Lizzy tiene razón: por cada persona mala, hay cien buenas. Por cada desilusión, hay cientos de ilusiones a la espera de su turno para florecer. Por cada tristeza, mil alegrías. Por su desamor, está el amor de mis hijos y el de todas aquellas personas a las que sí les importo.

¿Entonces? ¿Por qué aferrarse a lo que no puede ser?, ¿a lo que ya no tiene remedio? Es tiempo de volar, porque, como bien dice mi genial terapeuta: «una mariposa siempre lo será y conservará sus bellos colores, aunque tenga las alas rotas».

¡Dios, amo a esa mujer! Es magnífica y me ha ayudado tanto. Aunque las sesiones en el *gym* son cada vez más extremas y extenuantes, estoy comenzando a tomarles sabor.

Sí, lo sé, para alguien que tenía años sin realizar una actividad física rutinaria, es difícil acostumbrarse, aun así, mientras mi cuerpo, molido por el dolor físico del ejercicio, se va acondicionando, mi alma es sanada y rescatada de la oscuridad.

Eso es un gané, ¿no? Mi cuerpo se va moldeando y mi espíritu fortaleciéndose. El cansancio físico es grande, pero la satisfacción por los resultados lo es más todavía.

Las sesiones de belleza, los masajes, el *spa*... Todos aquellos mimos que muchas veces nos negamos por vivir aprisa, poco a poco, me han devuelto la vanidad y las ganas de ser mujer, pero una renovada.

¡Cielos! Recuperar mi feminidad se siente genial. Al verte en el espejo del salón de belleza, me recordaste quien puedo ser: Tú.

Gracias por aceptar volver, cada vez te vas adueñando de mis pensamientos y voluntad. Primero Dios, todo saldrá bien...

¡Te quiero, Yo!

—¿Amy? —Elizabeth llamó con suavidad a la puerta.

—Adelante. —Cerró con fuerza la maleta.

Era tiempo de incorporarse a la vida. Con renovadas energías, Amy estaba decidida a enfrentar lo que viniera, o al menos eso creía hasta que Elizabeth le pasó el teléfono.

—Es André, quiere ponerse de acuerdo contigo para recoger a Eros en el aeropuerto —explicó su amiga con una mueca.

Durante unos segundos, Amy se debatió entre contestar o no. «Hace unos minutos alegabas que estabas lista para comerte el mundo, pues bien, aquí comienza la verdadera prueba». Decidida tomó el aparato.

—Hola, André. —Se alegró que su voz sonara impersonal, serena.

—Amy, yo...

—Me dijo Lizzy que deseas hablar sobre la llegada de Eros. —Al grano, cuanto antes terminara todo, mejor.

—¿Te parece que lo recojamos juntos? Me gustaría que habláramos con ellos, los dos.

—Alexia ya está al tanto; quizá, si contestaras tú el móvil, lo sabrías.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuándo me llamó?

—Olvidalo, no tiene importancia. Te veo el lunes en el aeropuerto. —Sin más, colgó.

—¿Estás bien? —Elizabeth la tomó de la mano.

—Creí que sería más difícil. —En verdad estaba sorprendida por lo que sintió o, mejor dicho, por lo que no sintió.

—Suele suceder cuando mitificamos nuestros miedos. —Elizabeth sonrió al tiempo que guardaba el móvil—. Por cierto, tenemos que comprarte uno nuevo.

—No corro prisa. No te preocupes por ello.

El lunes por la mañana, la residencia oficial de los Tyler bullía de actividad. Cerca del mediodía, la comitiva puso rumbo al aeropuerto para recibir al hijo viajero.

—Gracias por estar a mi lado, amiga. —Amy abrazó a Elizabeth cuando bajaron del auto—. No es lo mismo hablar por teléfono que verlo en persona.

Amy temblaba de los pies a la cabeza ante la expectativa que volver a ver a André le causaba.

—Tranquila, no estás sola.

—Lo sé. —Amy cuadró los hombros, alzó la barbilla y, con la dignidad de una reina, entró al recinto.

Eros arribó, recogió su equipaje, recibió besos y abrazos, así como apretones de mano de la comitiva. André no se presentó.

Amy no sabía si sentirse aliviada o decepcionada, quizá ambas.

—¿Y papá? —preguntó un ignorante y sonriente, Eros.

—La pregunta del millón —masculló Alexia.

—¿Qué? ¿Y a ti qué te pasa? —rezongó molesto.

—Habla de ello en casa de la tía Lizzy —intervino Amy.

—¿Por qué...? —Eros no comprendía el cambio de festivo y relajado a esa tensión tan palpable.

—No hagas preguntas y sube al auto —ordenó molesta Alexia.

—Fue lo mejor —comentó Elizabeth a Amy antes de abordar el vehículo.

Amy habló con Eros, aguantó estoica el estallido de emociones y los cambios de humor ante las novedades.

—Espero que comprendas que necesito estar solo. Hay demasiadas cosas en las cuales tengo que pensar.

—Lo sé. Te prometo que respetaré cualquier decisión que tomes.

Eros subió a la habitación que Elizabeth le había asignado. Cuando regresó del campamento de verano, jamás esperó enfrentarse a tantos cambios: Sus padres separados, Alexia de novia con Vincent...

A sus dieciséis años, tenía que decidir si quería vivir con su padre y la nueva pareja de este o, al igual que Alexia, seguir a su madre y asumir el rol del hombre de la casa, que su padre acababa de abandonar.

*

La relación de Alexia y Vincent iba viento en popa; la ira de Eros contra el mundo, en especial con su madre, había mermado.

Amy buscaba en los clasificados un apartamento, concertaba cita y, cuando le era posible, Elizabeth la acompañaba.

Esa mañana, la comitiva de damas acudió a la cita. Elizabeth comprendía la necesidad de su amiga y familia de tener su propio espacio.

La noche anterior, Amy analizó al detalle los balances de la cuenta que mantenía en el banco. Con alegría comprobó que se podía permitir pagar la renta de un lugar más o menos amplio y en una zona de regular a bien.

En cuanto vio el ático, se enamoró de ese sitio espacioso y de grandes ventanales. La vista de la ciudad era inigualable.

—¡Me encanta! —expresó con entusiasmo.

—¿Estás segura, mamá? Recuerda que necesitas un despacho y... —Alexia no estaba del todo convencida de que esa fuera la mejor opción.

—¡Claro! Sé que la primera impresión no es agradable, pero créeme, mi lado creativo ha sido inspirado. —Giró treientos sesenta grados con los brazos extendidos, como si estuviera en un ritual—. Con un poco de pintura y unos cuantos detalles, estará genial, lo sé. —No tardó en

visualizar el sitio a través de su imaginación.

Aunque Elizabeth y Alexia no estaban de acuerdo, aceptaron la decisión y se mantuvieron en silencio mientras ella cerraba trato con el administrador del lugar.

En cuanto le fue posible, puso en marcha la remodelación del ático. Aunque, Elizabeth y Bruce habían sido muy amables al ofrecerles su casa por tiempo indefinido, tanto ella como sus hijos tenían que retomar su vida y adecuarse a sus nuevas circunstancias.

Elizabeth ofreció que se encargara de organizar las conferencias y presentaciones que haría en la ciudad y pagó por adelantado. Amy aprovechó el dinero para pactar con un contratista que la ayudaría con el acondicionamiento del ático.

Los eventos que organizó para Elizabeth solo fueron el prelude, pues su amiga no perdía oportunidad de presentarla y recomendar sus servicios con sus conocidos y amistades, por lo que poco a poco Amy fue adquiriendo más trabajo y clientes satisfechos.

André había llamado en unas cuantas ocasiones para pedirle que se reunieran para hablar sobre los términos del divorcio, sin embargo, Amy se negaba. Sabía que tarde o temprano tendría que afrontar la firma de los papeles, pero eso no significaba que tuvieran que verse antes. Por eso insistió en que cualquier asunto que quisiera tratar lo viera con su abogado.

No permitió a nadie ver el ático hasta que este estuviera terminado. Cuando el gran día de mostrar su nuevo hogar llegó, todos quedaron sorprendidos. Alexia y Elizabeth eran las más afectadas, pues ellas habían visto el lugar antes de recibir el toque mágico de Amy. La esencia de ella estaba en todas partes.

—Es increíble lo que has hecho, mamá. Has convertido este sitio en un lugar hermoso, lleno de vida y armonía. Los colores, las telas, la decoración, todo es estupendo. ¡Me encanta! —alabó Alexia con entusiasmo.

—Es verdad, tu madre supo aprovechar los espacios y la excelente iluminación para crear un hogar acogedor —secundó Elizabeth.

Cuando salieron a la terraza, Amy declaró que ese era su lugar favorito, por ello puso especial énfasis en él. Ese sería su rincón de paz y descanso.

Con una perfecta combinación de plantas de ornato, muebles, texturas, color y buen gusto, era como un oasis en medio del gris asfaltado de la ciudad.

*

Alexia estaba feliz con Vincent, y eso se notaba a leguas, por ello no era de extrañar que luciera radiante en su primer día de clases. Después de un verano bajo el sol, había adquirido un bronceado envidiable.

—Hola, preciosa, las vacaciones ten sentaron de maravilla. —Rick la recorrió de forma descarada con la mirada—. ¿Me extrañaste? —remató con esa sonrisa arrogante.

—¡Por supuesto que no! —Alexia intentó ignorarlo, pero él le cerró el paso.

—No te creo, solo te haces la difícil.

—Piensa lo que quieras. La verdad es que estuve lo bastante ocupada como para prestar tiempo y atención a pequeñeces. —Sonrió de manera inocente mientras guardaba unos libros en el casillero.

Sabía que Rick la pretendía desde el ciclo anterior, sin embargo, el muy soberbio nunca tuvo la decencia de pedirle algo formal. Era el típico chico popular que solo busca una amigovía y, en definitiva, ella no era esa clase de chica. Eso sin contar con que estaba enamorada de Vincent.

—¿Pequeñeces? —Rick no se preocupó por disimular su enfado—. No hay una sola chica en

este lugar que no mataría por salir conmigo...

—Lo sé, por eso espero que encuentres pronto a la «afortunada» —alegó con marcado sarcasmo.

Mientras tanto, Vincent llegaba puntual a la hora que Chris le había dicho que salían de la facultad. Quería darle una sorpresa a Alexia y el sorprendido fue él al verla tan cerca de un tipo que se pegaba a ella como una lapa. Solo tuvo que sumar dos más dos para llegar a la conclusión de que ese era el famoso capitán de fútbol, que su hermano le había contado que pretendía a su damisela.

Los celos lo invadieron y por un instante pensó en acelerar el deportivo al máximo y salir de ese lugar como alma que lleva el diablo, pero recapacitó a tiempo. Alexia le había demostrado que lo amaba.

Recordó la escena de celos que hizo con Martín y se sintió avergonzado. No sería lo más sensato cometer el mismo error. Ella le había advertido que no estaba dispuesta a soportar un machito celoso y justamente así era como se estaba comportando.

Era la primera vez en su vida que le sucedía algo así y por lo mismo no sabía cómo afrontarlo. Pensó en que lo mejor sería hablar con su padre, quién mejor que él. No solo había aprendido a lidiar con la belleza de su mujer, sino también con la fama y lo que ella conllevaba.

Reconfortado, bajó del automóvil y con paso seguro avanzó hasta su chica.

—Alexia, creo que no estás entendiendo —masculló Rick enfadado—. Tengo mucho de donde escoger y...

Un murmullo colectivo llamó la atención de los jóvenes. Alexia miró hacia el frente y casi se infarta al ver a ese dios griego que caminaba con paso confiado hacia ella.

Vestido con jeans y una playera negra, que se ajustaba a su magnífica anatomía, Vincent parecía un modelo sacado de las revistas de moda para caballeros.

Por donde pasaba, causaba conmoción y movía cabezas. Nadie en su sano juicio podría negar que la genética había sido bastante generosa con él.

—Me disculpas, Rick, mi novio aguarda por mí. —Sin perder tiempo, Alexia se apartó y llegó hasta Vincent, lo besó con descaro en los labios para dejar en claro que ese magnífico ejemplar de Adán tenía dueña.

Vincent se dejó hacer, feliz de la vida. Por caballerosidad tuvo que interrumpir ese beso que estaba logrando alterar. Alexia tenía el poder de ponerlo a mil, incluso sin llegar a tocarlo.

—No esperaba que vinieras por mí, pensaba ir a casa como siempre, con Donna y Chris.

—Quise sorprenderte, pero no vine para llevarte a casa.

—¿Ah, no?

—Llama a tu madre y dile que llegarás a tiempo para la cena. —Le extendió el móvil.

—¡Wow! ¿Cuánto misterio?

—Y aún no has visto nada, nena. —Sonrió pícaro mientras abría la puerta del deportivo para que ella subiera.

—No cabe duda de que las mujeres son unas interesadas. A la primera cambiaste mi austero vehículo por el deportivo de mi hermano —bromeó Chris que se había acercado en compañía de Donna.

—¿Acaso tenía opción? —replicó Alexia.

—Ninguna —reiteró Vincent con esa sonrisa que a Alexia le derretía las piernas.

—Que se diviertan —deseó Donna y se llevó a su novio de allí.

Una vez a solas, Alexia no pudo evitar preguntar:

—¿A dónde vamos?

—Ten paciencia, bonita.

Capítulo XVI

Vincent llevó a su novia al cine y a comer a un lugar sencillo donde servían una estupenda comida mexicana. Después pasearon por el parque y al anochecer Alexia ya estaba en el ático.

Amy los recibió un tanto conmocionada; acababa de recibir la confirmación para organizar un evento para el ayuntamiento. Ese era el primer evento masivo que realizaría desde que comenzó a trabajar por su cuenta y eso la tenía con los nervios a flor de piel.

—¡Eso es maravilloso, mamá! —Alexia le dio un efusivo abrazo.

—¡Felicidades, tía Amy! —Vincent la estrechó con sincero afecto.

Celebraron la buena noticia con una deliciosa cena. La conversación fue amena y divertida por lo que Amy logró relajarse un poco.

Al finalizar, lavaba los trastos de la cena cuando su hija entró en la cocina.

—Sigues dando vueltas al asunto del ayuntamiento —preguntó Alexia tras despedir a su novio.

—Mentiría si digo que no. —El asunto de la separación y el divorcio las había unido al grado que no solo eran madre e hija, sino también amigas—. Creo que tengo una minicrisis de confianza en mí misma —confesó algo consternada.

—¿Por qué? No temas, madre, en Blue Moon eras el mago detrás del sombrero, así que la magia es solo tuya, y eso es algo que ni el junior de Justin ni nadie puede quitarte.

—Gracias.

—Deja de preocuparte. Estoy segura de que, como todos los eventos que organizas, este será uno para recordar.

—Ojalá, hija, ojalá.

Poco a poco los integrantes de la familia fueron adecuándose a su nueva vida. André invitó a sus hijos a comer con él; Alexia se negó, en cambio, Eros, sí aceptó ver a su padre.

—Te agradezco el que hayas venido —expresó André tras tomar asiento en el restaurante.

—Ya se le pasará —dijo Eros en referencia a su hermana.

—Tú eres hombre, sé que me entenderás —comenzó a dar su versión de los hechos.

Eros lo escuchó sin interrumpir. Conforme su padre hablaba, se reiteró que tomó la decisión correcta al seguir a su madre.

—Entiendo tus motivos, pero ¿por qué dejar a mamá por una cara bonita? Es obvio que Cindy cumple con el perfil de «la otra» y, mientras le compres regalos caros y le des una buena tarjeta de crédito, la tendrás feliz. —Como hombre entendía que las hormonas a veces juegan malas pasadas, pero se suponía que su padre era lo bastante maduro e inteligente para reconocer a una «zorra causa problemas».

—Te equivocas, ella no es esa clase de persona.

—¿Estás seguro de que no va tras tus millones? —Eros no las tenía todas consigo. Algo le decía que esa mujer sería la perdición de su padre. Sintió pena por él, saltaba a la vista que estaba deslumbrado con su zorrita personal, que no era capaz de ver lo evidente.

—Cuando la conozcas, te darás cuenta de que es una buena chica.

—Si tú lo dices. —Eros optó por no decir más. Si su padre decidió mandar lo verdaderamente importante al caño para dar rienda suelta a sus pasiones, tarde o temprano tendría que afrontar las

consecuencias.

La vida después de él

Querida Yo:

¿Sabes?, después de todo, no se está tan mal sola, hasta podría decirte que, de un tiempo para acá, lo disfruto. Es tan deliciosa la soledad cuando sé que quien me espera en ella eres tú.

Esos momentos en que conectamos no los cambiaría por nada y, aunque Lizzy dio por terminada la terapia del cuaderno, me he quedado con la costumbre de escribirte, así que espero no aburrirte.

No tengo que enumerar lo que hemos logrado, pues conoces todo de sobra. Mis hijos se acoplan a esta nueva dinámica que se ha instaurado. Ahora solo somos tres, y quizá dentro de poco, dos, pues estoy convencida de que Alexia no tardará en emigrar.

Es maravilloso tener un espacio propio; ese lugar en el cual puedes ser tú misma sin temores ni reservas. Mi nuevo hogar transmite paz, me motiva y siento que la creatividad ha regresado. ¡Mi cabeza está rebosante de ideas! Ahora sí me creo capaz de comerme el mundo, y sé que eso es obra tuya.

Gracias, querida Yo, por alentarme a seguir cosechando triunfos, a buscar siempre más y no conformarme, a vivir, pero vivir de verdad.

¿Sabes? Lizzy siempre tuvo razón. ¡Sí hay vida después de él!

¡Dios! Es magnífico respirar sin esa opresión en el pecho. Los recuerdos duelen cada vez menos. El dilema ahora es ¿renovarse o morir?

Yo decido ¡renovación!

Los días pasaban inexorables. Amy comenzaba a tener cada vez más trabajo, al grado de que no daba abasto sola, por lo cual decidió contratar personal.

Una mañana, atareada por las prisas, tropezó con una chica que lloraba desconsolada sobre la acera, a las afueras de un café. Conmovida, le ofreció un pañuelo.

—Gracias —contestó la joven entre hipidos.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—A menos que tenga un trabajo, lo dudo.

—Sí, resulta que tengo uno, pero, antes, cuéntame el porqué del llanto. —Su instinto le dijo que esa chica era una persona de confianza.

La joven le relató cómo acababa de ser echada de su empleo por derramar un poco de café sobre el jersey de una cliente, aún más soberbia y grosera que el dueño del lugar.

—¿Eso fue todo? ¿Derramar un café? —Amy no podía creerlo.

—En realidad eso fue solo un pretexto, pues don Félix es un tipo bastante mano larga y, como la última vez que intentó sobrepasarse amenacé con denunciarlo por acoso sexual, vio la oportunidad perfecta para deshacerse de mí sin pagar y la aprovechó.

—¿Por qué aguantaste algo así...?

—Marlene. Mi nombre es Marlene Gutiérrez. Y, en cuanto a lo de soportar tipos mañosos, tengo un hermano enfermo. Mamá trabaja como esclavo y aun así no alcanza para pagar las facturas y sus medicamentos. Por eso necesito trabajar, para apoyarla.

—Bien, preséntate mañana en este domicilio con dos referencias.

—¿En verdad va a contratarme?

—Si cumples con los requisitos y te convence lo que ofrecemos, no veo inconveniente.

—Allí estaré sin falta.

La chica no tardó en acoplarse al trabajo y demostró gran capacidad para aprender. Amy y Alexia, que ayudaba en sus ratos libres, estaban encantadas con ella.

Vincent iba por Alexia a la facultad todos los días y la dejaba en casa, pues le quedaba de camino al despacho. Ella sabía que era la envidia de todas las chicas de la universidad, las cuales estaban más que encantadas con él.

Una tarde, cuando Amy trabajaba en la terraza, inmersa en la organización de un evento, Marlene entró con una nota. La leyó con calma e hizo una pausa para tomar un sorbo de su naranjada.

Tenía varios días dando vueltas en su cabeza el inevitable encuentro con su ex. Sabía que no tenía caso postergarlo más, incluso su abogado así se lo había reiterado la tarde anterior cuando le mostró el convenio que André proponía, el mismo que ella rechazó.

Su exmarido llevaba varios días llamándola y, por lo visto, ese día no fue la excepción. Había instruido a Marlene para que, por ningún motivo, le pasara las llamadas de André.

Lo meditó por unos minutos y decidió tomar al toro por los cuernos. Por fortuna, su empresa comenzaba a despegar y tenía encima la realización de dos eventos de suma importancia, por lo que no se podía permitir distracción alguna, y finiquitar el divorcio, en definitiva, era algo ineludible.

—Hola, André, ¿puedes recibirme mañana? —fue directo al grano.

—¡Claro! ¿Cómo has estado? Amy, tenemos que hablar...

—Perfecto, ¿te viene bien a las diez?

—A la hora que puedas, sabes que eres prioridad para mí y nunca has necesitado cita.

—Bien, nos vemos mañana. —Amy cortó la llamada. Las últimas palabras de André lograron enfurecerla. Cómo se atrevía a decir que ella era prioridad ¡cuando la estaba citando para firmar el divorcio!

Tomó una bocanada de aire para calmar los nervios. Se adentró una vez más en el trabajo, pues esa era la mejor manera de distraer la mente.

Al día siguiente, se presentó puntual a la cita. La mujer que la recibió en nada se parecía a Cindy, era una señora de mediana edad y poco atractivo físico.

«El león cree que todos son de su condición». Era obvio que Cindy no quería arriesgarse a que una igual, o peor que ella, ocupara su vacante de la secretaria-amante del jefe.

—Buenas días, soy Amy Ro... Amy Parker —se corrigió. Después de llevar el apellido de André por más de veinte años, aún le resultaba difícil acostumbrarse a no usarlo más—. El abogado Rossetti me espera.

La mujer la anunció y, al recibir confirmación de parte de su jefe, la hizo pasar.

—Gracias. No es necesario que me acompañe, de sobra conozco el camino. —Algo en esa dama le agradó, su instinto le decía que se trataba de una buena persona.

En cuanto entró al privado, acudieron a su mente los desagradables recuerdos de ese fatídico día; para su sorpresa, descubrió que ese hecho tan lamentable no la afectó como ella esperaba y eso la tranquilizó.

Levantó el rostro y una vez más se cubrió con la coraza a la que recurría para enfrentarse al mundo.

André trabajaba en un escrito en el ordenador; en cuanto la sintió entrar, quitó los ojos de la

pantalla para posarlos en Amy y se quedó con la boca abierta. La miró de arriba abajo, estupefacto con el cambio tan radical en ella. Se veía joven, atractiva ¡y sus curvas habían vuelto!

Se preguntó qué había hecho esos meses lejos de él. Entonces reparó en que ella no estaba sola; eso le molestó, aunque no quiso admitirlo.

—Buenos días, colega. ¿Ya tiene el nuevo convenio? —preguntó el abogado de Amy, sin preámbulos y ofreció la mano en saludo.

André entrecerró los ojos, molesto. Reconoció que Amy fue muy lista al presentarse acompañada de su abogado, así evitaba quedarse a solas con él.

En cuanto el abogado leyó el convenio que André había redactado, lo aprobó. No así Amy. Aunque su exmarido se había portado bastante generoso con la pensión que ofrecía, ella no quería nada de él, menos aún su dinero.

—Sí, está muy bien el convenio, sin embargo, creo que fui lo bastante clara la última vez que hablamos.

—¡Amy, por Dios! Deja tu maldito orgullo de lado y acepta lo que te ofrezco. —André la fulminó con la mirada.

—Lo siento, André, pero mi postura es la misma: no quiero nada de ti. Como ya te dije, si quieres hacerte cargo de las colegiaturas, gastos y asignación mensual de tus hijos, por mí no hay inconveniente. Es lo menos que espero de ti...

—¡Amy, basta!

Ella lo ignoró y siguió con su retahíla:

—Repito, por mí, no te preocupes, puedo arreglármelas sola. —Lo miró de frente y se puso de pie—. En cuanto tengas listo el nuevo convenio, avisa a mi abogado y lo firmaré. Como no hay más asuntos pendientes entre nosotros, me despido. Espero que te vaya bien en tu nueva vida, André. —Se encaminó a la salida y se marchó sin mirar atrás.

André la miró partir conmocionado. Sabía que su mujer, «exmujer», se corrigió, era un tanto orgullosa, aun así, jamás esperó que rechazara el convenio, pues había sido bastante generoso, sin embargo, sin la menor duda, ella lo mandó de paseo.

Una vez fuera del edificio del bufete de André, Amy tomó una profunda bocanada de aire.

—¿Estás bien? —preguntó Antonio, el abogado.

—Sí, mejor de lo que esperaba.

—Sabes que lo que acabas de hacer es una reverenda estupidez, ¿verdad? Tu exmarido ofreció una buena suma, eso sin contar con los bienes, la casa...

—Sí, y no espero que me comprendas —fue tajante—. Por fortuna, sé valerme por mí misma. Con que André cumpla con mis hijos, para mí eso es más que suficiente.

—Ni hablar, eres tú quien paga, así que...

—Gracias por todo, Antonio.

—Estamos en contacto. —El hombre se despidió y subió a su lujoso automóvil.

Sin miedo al mañana

Querida Yo:

Sé que últimamente casi no te escribo, sobra decir que me he mantenido bastante ocupada.

El ver hoy a André removió en mí demasiadas cosas, mentiría si digo lo contrario, ¡por supuesto que me afectó!

Si se trata de ser honesta, también he de reconocer que ese dolor pulsante en el pecho, que

esperaba sentir, no llegó. Ahora, con certeza, puedo afirmar que ya no causa estragos en mí, al menos, no como antes.

No quiero clavarme en el pasado, con el futuro desplegándose ante mí como un mundo de posibilidades. Lo que tengo bastante claro es que ese hombre con el que hoy hablé ya no es mi André. Su mirada, su actitud, no son las mismas. Quizá declararme viuda para superar mi pérdida no fue tan mala idea después de todo.

Al salir del despacho, sentí que algo de mí se quedaba ahí, pero también sé que ese algo ya no lo necesito.

Ahora sí, el adiós es definitivo; André Rossetti solo es un bonito recuerdo de algo que ya fue y que siempre será parte de mí.

No sé qué me depara el mañana, sin embargo, ya no me asusta, al contrario, el horizonte se abre y lo veo como una oportunidad de hacer y eso me entusiasma, pone en marcha el engranaje de la creatividad; las ideas revolotean en mi cabeza como mil mariposas. Colores, texturas, diseños...

Estoy emocionada, se nota, ¿y cómo no estarlo? Ha llegado a mi puerta el catalizador que tanto ansiaba: voy a organizar la clausura del torneo para la liga de fútbol. ¡Eso sí que son las ligas mayores!

¡Cuidado, chicos! ¡Amy Parker está de regreso!

Capítulo XVII

El tiempo seguía su curso. Amy cada vez tenía más y más trabajo, el espacio en casa no era suficiente, eso sin contar con que, a pesar de que Alexia las apoyaba en su tiempo libre, Marlene y ella no daban abasto con la demanda.

—Chicas, durante los últimos días he meditado sobre el negocio y los pasos que debemos seguir, por ello creo que es necesario ampliarnos, crecer, de lo contrario, estaremos condenadas al fracaso.

—¡Cielos! Por la seriedad de tu cara, de pronto creí que ibas a despedirme —bromeó Marlene.

—Al contrario, necesitamos buscar un lugar en cual montar las oficinas como Dios manda y contratar más personal.

Alexia estuvo de acuerdo. A partir de ese día, dedicaban algo del tiempo libre para buscar un lugar adecuado a su presupuesto, gustos y necesidades.

En la mañana del lunes, Amy tomó el periódico para revisar los clasificados, pues seguía con la búsqueda de un local para su empresa, cuando sin buscarlo, se topó con la sección de sociales. El titular hablaba sobre el divorcio y la inminente boda del prestigioso y reconocido abogado, André Rossetti, en Las Vegas con la que fuera su secretaria.

Amy estuvo a punto de tirar la taza del café. Se suponía que no debería importarle, menos aún, doler, sin embargo, esa noticia causó estragos en ella.

—Supongo que ya lo sabes. —Alexia levantó el periódico del piso.

—Era de esperarse, ¿no? —Reprimió las molestas lágrimas.

—No necesariamente, esa mujer es de las que tienen precio; papá pudo tenerla sin amarrarse de forma legal y permanente. Qué tonto de su parte, ¿no crees?

Amy tuvo una recaída, pero esta no fue nada en comparación con lo que sufrió en el pasado. Solo pasó un par de días deprimida, sin embargo, una vez asimilada la noticia, las lágrimas se negaron a salir, era como si la cantidad de ellas destinadas para André se hubiera agotado.

Gracias al arduo trabajo del evento de la clausura del torneo de fútbol y uno más, que el ayuntamiento le dio para organizar las fiestas del aniversario de la ciudad, Amy estaba lo bastante ocupada como para pensar en nada más.

La mujer frente al espejo

Querida Yo:

Esta es la última vez que te escribo. Lizzy ha dado por terminada esta terapia, ya lo sabes y, como habíamos acordado, tendré que entregarle este diario-cuaderno.

Reconozco que ya no lo necesito, tampoco niego que sirvió mucho en su momento, sin embargo, como bien dijo Lizzy, es momento de cerrar ciclos.

La guerra ha terminado y caminaremos juntas por siempre. Con toda seguridad puedo afirmar que somos una, te he recuperado y no pienso dejarte ir.

La mujer frente al espejo cambió; ahora es fuerte, decidida, segura de sí y llena de ganas

de vivir. En paz y en armonía consigo misma.

Soy esa mujer que tuvo que perderte para valorarte, y tú tuviste que dejarme ir para así poder crecer y aprender de mis errores.

Tuve que cruzar un mar de tormentos y tempestades para poder llegar a ti, para recuperarte.

Es increíble cómo va cambiando el panorama a lo largo del viaje. Cuando inicié este trayecto, estaba destruida. Después de la terrible explosión, los pedazos de mí quedaron esparcidos lejos unos de otros.

Aparte del dolor por el desmembramiento, tuve que iniciar la búsqueda de cada fragmento y, uno a uno, juntarlos hasta estar completa.

Comprendo que el recorrido no fue en vano, pues fui recolectando incontables tesoros de un valor incalculable: el dolor me hizo fuerte; la experiencia, cauta; la adversidad, guerrera; el sufrimiento, noble; y las lágrimas, libre.

El rencor es el cáncer del alma y no deseo morir de tan cruel agonía. A veces pasamos minutos, horas, días, hasta años, en pensar en personas que nos hicieron daño, cuando la realidad es que ese ser, objeto de nuestro rencor, a veces ni se acuerda de lo que hizo y sigue adelante con su vida, sin darse por enterado de la magnitud del daño causado.

¿Por qué enfermar el alma por alguien que no destina ni un segundo de su tiempo en pensar en mí? ¿Por qué vivir alimentando rencores hacia alguien que ni en el mundo nos hace?

El perdón es la libertad para el alma cautiva. Por lo tanto, hay que dejar fluir, deshacerse de todo aquello que impide ser feliz y llegar a la plenitud.

Tuve que sufrir hasta agonizar, llorar hasta quedar seca, gritar hasta quedar sin aliento, y todo esto para alcanzar el premio recibido: «Tú».

Eres parte de mí y yo de ti. Soy tu espíritu y tú eres mi esencia. La nueva Amy es una versión mejorada y renovada de nosotras. La mujer frente al espejo es libre, segura en sí misma, sabe lo que quiere y hacia donde va.

A partir de ahora ya puedo hablar en primera persona para referirme a nosotras; solo somos Amy.

Amy Rossetti quedo atrás, es un bonito recuerdo que siempre me acompañará. En cambio, Amy Parker, mujer y madre ¡está viva!

Soy una sobreviviente, una guerrera dispuesta a luchar por alcanzar la plenitud. ¡Mírenme, a pesar de todo, estoy de pie!

A mis cuarenta y tantos puedo decir con orgullo: Amy Parker, ¡bienvenida a la revancha de los cuarenta!

El lugar tenía mucho potencial, aunque requería bastante trabajo para dejarlo como Amy lo imaginó. Los Jonhson, una pareja de ancianos que eran los dueños del edificio de dos plantas, se portaron de lo más accesibles en cuanto a las remodelaciones, pues eran conscientes del deterioro que su finca tenía.

En un santiamén, la inauguración de Soireé Eventos se les vino encima. Amy tuvo unas semanas de pánico, pues las obras no terminaban por quedar y el tiempo se las comía a pasos

agigantados. A pesar de los contratiempos, todo salió a pedir de boca y estaba feliz por ello. Por fin su sueño se había cristalizado: ¡tenía su propia empresa!

El nuevo reto de ser jefa le resultaba de lo más interesante; le encantaba ser ella misma sin reservas. Cada vez se iba haciendo de más y más prestigio, por lo que el nombre de su empresa, poco a poco, fue tomando fuerza.

Todo lo contrario a la vida de André, pues los pleitos entre Cindy y él eran cada vez más frecuentes e intensos. Discutían por casi todo, pues la chica era demasiado alocada y caprichosa. Lo que en un principio tanto le gustó de ella comenzaba a cansarlo. El ritmo de vida al cual su esposa quería someterlo no era el adecuado para su trabajo y posición social, por ello le exigía que se comportara como la señora que debía ser, a lo que ella le respondía que era joven y bella, por tanto, tenía derecho a disfrutar de la vida y lo que esta podía ofrecer.

Ante cada discusión, Cindy lo acusaba de ser un amargado, lo cual sulfuraba a André de inmediato, desatándose entre ellos una riña campal.

Eros y Alexia de vez en cuando comían con él. Su hija había tardado, pero al final pudo perdonarlo. Cuando se reunían, hablaban de cosas superficiales, la escuela, los pasatiempos, los exámenes...

Amy había insistido para que no hicieran a su padre a un lado, a pesar de que su nueva esposa no fuera de su agrado. Eros no tuvo inconveniente, en cambio, a Alexia le llevó un tiempo asimilarlo. Al fin accedió a seguir la relación con su él, siempre y cuando Cindy no estuviera presente en sus reuniones.

*

En la oficina de presidencia de Blue Moon, Justin Novak paseaba como león enjaulado. Durante los últimos meses, su empresa había tenido pérdidas alarmantes. Su cartelera de clientes había sufrido graves afectaciones, tal y como constataba el último reporte que tenía sobre su escritorio de cristal.

Se detuvo ante el ventanal para admirar la vista de la ciudad al atardecer. El comité de la liga de fútbol, uno de sus mejores clientes desde hacía más de diez años, le estaba dando largas desde hacía semanas para la firma del contrato, y eso le daba mala espina.

De pronto recordó que Jonathan Sanders, el presidente del comité, jugaba al golf todos los martes y jueves en el club; miró su agenda, era jueves, no podía estar más de suerte. Decidido a finiquitar ese asunto, salió de su oficina y, una hora más tarde, bajo el ardid de un encuentro casual, lo saludó.

—¡Jonathan! ¿Cómo estás? ¿Qué tal te ha ido hoy?

El gesto de Jonathan Sanders al verlo denotó incomodidad, sin embargo, con modales impecables, le devolvió el saludo.

—De maravilla, hijo. ¿Qué haces por acá a estas horas? Normalmente no vienes a jugar golf y menos entre semana.

—Digamos que me gusta ser impredecible, la rutina no es para mí. —Sonrió.

Después de un tiempo de aburrida y ligera conversación, Justin encontró su oportunidad y pudo preguntar:

—¿Cuándo me vas a mandar los pormenores de la clausura del torneo? No quiero que el tiempo se nos venga encima...

Jonathan, sin dejarse amedrentar, lo miró de frente.

—Justin, me apena mucho, pero este año no recurriremos a Blue Moon. Los últimos eventos,

sobre todo el del torneo anterior, han dejado mucho que desear. No te voy a mentir, recibimos una propuesta muy interesante de otra compañía y nos apostaremos por ella.

—¿Qué? —Justin no podía creerlo.

—No es cosa mía, los directivos dicen que tu empresa ya no es la misma, que perdieron ese toque mágico que los caracterizaba.

—Dame una cita y me encargaré de convencerlos de lo contrario.

—En verdad lo siento, chico, pero no hay vuelta de hoja, hace un par de semanas que firmamos con la otra compañía. Quizá para el siguiente torneo puedas traer algo bueno y entonces...

—Comprendo. —Justin, como buen contrincante, sabía cuándo retirarse.

—No es personal. Lo entiendes, ¿verdad? —Jonathan se alejó sin mirar atrás.

Justin quedó hecho una fiera. Alguien se estaba apoderado de sus clientes, de su mercado y tenía que averiguar cuanto antes de quién se trataba.

De camino a la oficina, no podía evitar dar vueltas a la misma pregunta: ¿quién estaba detrás de todos esos contratos fallidos?

—¡Adelle! —Gritó a su muy atractiva pero ineficiente nueva asistente.

—Quiero que averigües quién demonios se está robando a los clientes.

—¿Cómo se supone que haga eso? —preguntó la chica asustada.

—Me importa un carajo lo que tengas que hacer, pero quiero esa información en mi mesa a más tardar el lunes. ¿Queda claro? —gritó enfadado.

—Sí, Justin.

En ese momento extrañó a Silvie, la antigua asistente de su madre. Aunque era una mujer algo mayor, tenía más capacidad que la interminable fila de chicas que había desfilado por su oficina en el último año.

Por primera vez desde que asumió la presidencia, se cuestionó si habría hecho lo correcto al deshacerse de todo el personal con mayor antigüedad.

«Si quieres que las cosas se hagan bien, hazlas tú mismo». Sin perder tiempo movilizó sus contactos y descubrió que una empresa de reciente apertura estaba causando gran auge y ganaba terreno a pasos agigantados. Las ideas innovadoras y originalidad eran el distintivo de esta nueva compañía. Soirée Eventos se llamaba.

Después de un fin de semana de perros, se presentó en su oficina con un humor de lo más negro.

—Justin, Adelle renunció, aunque supongo que eso no te sorprende. —Inda, la que fuera secretaria de Amy, era la única que había permanecido en su puesto a pesar del genio de su jefa —. Florance te manda esto. —Entregó la carpeta.

Justin la abrió y su humor empeoró aún más.

—¡Esto es basura! ¿Qué demonios le pasa? ¿Alguien le ha enseñado a tu jefa el significado de la palabra creatividad?

—Ahora veo lo que les haces a esas chicas. ¿Estamos de buenas? —ironizó—. Por Dios, Justin, esta batió el récord, ¡duró solo tres días!

—¿Te gustaría un aumento de sueldo? —La miró como si fuera la primera vez que la veía.

—¿Estás de broma? —Inda no creía en la buena suerte, así que de inmediato desconfió—. ¿A quién hay que matar? —bromeó.

—Si seguimos por el mismo camino, a mí.

—¿Qué sucede? Ahora sí que lograste asustarme.

—La empresa está teniendo pérdidas importantes y la junta de accionistas está inquieta con ello. Después de ver el dossier de Florance, también yo lo estoy.

—¿Puedo ayudar en algo?

—¿Qué sabes sobre el puesto de asistente de presidencia?

—Supongo que podré arreglármelas. Por lo que veo no estás enterado de que era yo quien hacía las suplencias de Silvie cuando enfermaba o salía de vacaciones.

—Bien, cambia tus cosas al escritorio del asistente de presidencia. Lo primero que quiero que hagas es que averigües todo lo que sepas sobre una compañía llamada Soirée Eventos.

—A la orden, jefe.

En menos de treinta minutos, tenía sobre su mesa un extenso reporte. Miró por largo rato el papel en el que Inda había anotado la dirección de esa «empresa» que le estaba robando los clientes. Sin pensarlo más, se dirigió hacia la salida.

—¿Inda?

—¿Sí? —La chica levantó los ojos del ordenador.

Justin, pensó en que, al parecer, esa joven era la excepción a la regla de asistentes bonitas pero sin cerebro. Por primera vez en meses, sintió que al fin había dado con la indicada.

—¿Dónde estudiaste? ¿O...?

—Si me preguntas por la carrera, no, aún no la termino, pero te aseguro que no me falta mucho. —Apartó la mirada apenada—. Tuve que abandonar por la enfermedad de mi madre. Amy me contrató sin experiencia alguna, sin embargo, me enseñó bien; lo juro. No te defraudaré.

La mención de Amy Rossetti removió algo en su estómago, mas lo ignoró de inmediato.

—Eso espero, Inda. Cancela mis citas de la tarde, no pienso regresar —informó antes de partir rumbo a esa empresa que tantos dolores de cabeza le estaba causando.

Mientras conducía hacia su destino, pensó en que era hora de conocer al genio detrás de tanta magia y, por qué no, persuadirlo para integrarse a Blue Moon; así mataría dos pájaros de un tiro.

En cuanto llegó, lo impresionó la decoración del lugar, esta era cálida y agradable a la vista, original y creativa. Aunque el espacio era pequeño comparado con Blue Moon, reconoció que tenía mucho potencial. Quizá era momento de pensar en algunas remodelaciones a su empresa, empezando por la recepción y las oficinas que, a comparación con ese sitio, parecían impersonales y frías.

Se presentó ante la recepcionista y, como todo hombre acostumbrado a mandar, supuso que sería recibido de inmediato, por lo que le sorprendió que la chica, la cual no se dejó amedrentar por él, de manera muy educada, lo mandara sentarse y hacer algo a lo cual no estaba acostumbrado: esperar.

Mientras disfrutaba de un rico café y unas deliciosas pastas finas, prestó atención a los detalles. El contraste de los colores, a pesar de ser marcado, era armonioso con todo el entorno.

Amy conversaba por teléfono con el presidente de la liga de fútbol cuando Lía, la chica de recepción, le avisó que Justin Novak pedía hablar con ella.

—Jonathan, me disculpas un momento. —Tapó el auricular—. ¿Decías? —Dedicó su atención a la chica.

—Justin Novak está en la sala y parece que está impacientándose.

—Lía, ese es el estado permanente de él, créeme, así que no te dejes impresionar por sus modos. Ahora estoy con el director del comité de fútbol. Ese muchacho puede esperar.

Por más que intentó concentrarse en lo que el directivo le decía, no podía evitar preguntarse qué querría Justin de ella, si la última vez que se habían visto no quedaron en buenos términos,

pues fue cuando, sin contemplaciones, él la echó de la manera más humillante.

Los amargos recuerdos llegaron de forma inevitable. Sacudió la cabeza para deshacerse de ellos. A más de un año de los tristes acontecimientos, no iba a permitir que el pasado volviera a fastidiar su presente.

—Espera, Lía, ¿Justin preguntó por mí, por Amy Parker? —Al ver el gesto de negación de la chica recapacitó—. Perdón, olvidé que él me conoce como Amy Rossetti.

—No, ni como una ni la otra, solo pidió hablar con el director general de la empresa.

—Entiendo. Ve y di lo que te he pedido, por favor —ordenó.

La chica asintió y salió de la oficina. Amy, mientras tanto, hizo un par de llamadas más. Sabía que Justin era un joven impaciente, por ello no quiso desperdiciar la oportunidad de molestarlo, aunque fuera solo un poco.

Con una gran bocanada de aire, se mentalizó para el encuentro.

Justin comenzaba a desesperarse, aunque el café era muy bueno y las pastas deliciosas, estaba con los nervios de punta. No entendía el porqué de tanto secretismo por parte de la chica de recepción.

Tuvo tiempo de sobra para analizar los detalles y comprender que todo en ese sitio era de primer nivel, quizá careciera de lujos, pero era precisamente la cálida sencillez y el trato humano, de inmejorable calidad, lo que lo hacía único.

En ese momento entendió el verdadero significado de aquel dicho que reza: «No hay rival pequeño».

Un escalofrío le recorrió la espalda; si así de pequeña esa empresa estaba causándole grandes problemas, no quería ni imaginar lo que podría pasar si llegaba a crecer...

—Señor Novak, pasó por favor —la voz agradable de la recepcionista lo sacó de sus pensamientos, se puso de pie y la siguió expectante.

Capítulo XVIII

En cuanto Justin vio a la mujer detrás del escritorio, su rostro pasó de la sorpresa al enojo. No sabía si reír o soltar maldiciones, por lo irónico de la situación.

Amy celebró a lo grande ese triunfo. Pocas eran las personas que podían presumir de haber descolocado al impasible e implacable Justin Novak.

—¿Así que eres tú quien está robando mis clientes? —preguntó furioso.

—Buenas tardes, Justin, ¿gustas tomar asiento? —ofreció en un tono de voz despreocupado, lo cual a él le hizo hervir la sangre.

—Debí suponer que...

—Justin, deja los berrinches para después. Entiende que no estoy robando nada. Es simple, a las personas les gusta mi trabajo y comienzan a recomendarme, así funciona esto, ¿recuerdas? ¿Publicidad de boca a boca? —Lo miró con una espléndida sonrisa, se puso en pie y salió a su encuentro.

Justin quedó impresionado ante los cambios en ella. En un principio, a causa de la impresión de enterarse de que era Amy quien estaba detrás de las pérdidas importantes en su empresa, no se percató de ello.

Al tenerla de frente, quedó anonadado por la sutil belleza y ese cuerpo esbelto, de curvas impresionantes, soportados en unas largas y bien torneadas piernas, que prometían el camino a la gloria.

Justin era fiel admirador de la belleza femenina y, sin duda, tenía frente a sí a una auténtica Eva. Por lo regular, no le gustaban las mujeres mayores que él, en cambio, con ella siempre hubo algo.

En su momento no lo supo descifrar como atracción sexual, sin embargo, en ese instante tuvo claro el porqué cuando era solo un chico de dieciséis años se ponía nervioso cuando la veía. La deseaba, por eso había sido tan desagradable con ella, porque esa era su manera, aunque un tanto infantil, de llamar su atención; con razón ella lo veía y trataba como a un crío.

La nueva Amy estaba más guapa y atractiva que nunca; irresistible. No pudo evitar que sus reacciones de hombre se hicieran presentes ante tan exquisito majar.

La recorrió con la mirada. Le gustó el bonito vestido azul marino a grandes lunares blancos, sin mangas, de escote cuadrado al frente y entallado hasta la cintura, adornado con un cinturón rojo sangre, el cual solo acentuaba la perfección de sus curvas que ella llevaba. La falda en corte A llegaba justo arriba de la rodilla, lo cual dejaba apreciar unas piernas que cualquier hombre con sangre en las venas desearía que le rodearan las caderas.

«Vestida para matar», pensó al apreciar esos tacones de infarto, en charol rojo.

El cabello cobrizo, que en infinidad de ocasiones él deseó acariciar para comprobar si era tan sedoso como se veía, ella lo tenía recogido en una coleta alta, que caía como una cascada de fuego sobre su espalda y hombros. En nada se parecía a la melena corta e insulsa que solía llevar durante años.

Amy no se inmutó ante el escrutinio visual del cual era objeto. En los últimos meses se había acostumbrado a que la gente la observara; eso ya no le causaba conflicto alguno. Ser pelirroja

natural era ya de por sí motivo suficiente para que voltearan a verla, por ello poco le importaba lo que las personas opinaran sobre ella.

—¿Cuánto quieres por regresar? —preguntó sin más tomándola por sorpresa.

—No estás hablando en serio, ¿verdad? —Optó por el buen sentido del humor.

—Muy en serio —respondió él con la sonrisa que mostraba a las mujeres cuando quería salirse con la suya.

—Te agradezco la oferta, aunque dadas las circunstancias, me parece irónico que vengas a mi oficina a ofrecerme regresar, cuando me echaste de la tuya de la manera más humillante. Si mal no recuerdo, hasta te atreviste a llamarme vieja.

Justin tuvo la decencia de sonrojarse un poco, pero se recuperó al instante y volvió a ese gesto arrogante que a ella tanto le irritaba.

A Amy le pareció divertida la situación. ¿Justin coqueteando con ella? ¡Absurdo! ¿Quién demonios se creía? Decidida a darle una lección, lo miró a los ojos; ella también sabía jugar al juego de seducir y, para su fortuna, contaba con un arma letal e irresistible: la experiencia.

Indignada por su descaro al pedirle que regresara, como si nada hubiera pasado, se preguntó cómo se atrevía ese crío a querer ponerse a su nivel.

Mostró la mejor sonrisa de su repertorio, esa que había pasado horas frente al espejo para perfeccionarla.

—Justin, en verdad no sé a qué estás jugando, de sobra sabemos que ni siquiera me soportas. ¿Acaso vas a negarlo?

Se acercó a él provocativa, segura de sí. Justin se sintió intimidado por primera vez en su vida de hombre adulto y no le gustó. Esa mujer era fuego líquido, dinamita pura que estallaría a la menor chispa. Emanaba una sensualidad de la cual carecían las jovencitas con las cuales solía divertirse. En nada se parecía a la Amy manejable que conoció.

—¿Es por venganza, entonces? ¿Quieres verme destruido? —preguntó sin quitar los ojos de esa boca rojo fresa que estaba comenzando a volverse una dulce tortura.

—¿Venganza? ¡Claro que no! —rezongó indignada—. A diferencia de ti y de tu madre, sí soy leal; peleo de frente. Aunque lo dudes, no me he valido de ningún ardid ni nada que no sea trabajo duro y creatividad al cien por cien para conseguir captar la atención del público.

—No te creo. —Sus rostros estaban muy juntos, tanto que sus alientos comenzaron a fundirse.

—Piensa lo que quieras, la verdad no me interesa vengarme de nadie, gracias a Dios tengo trabajo suficiente para mantenerme ocupada en cosas más importantes. —Le guiñó un ojo con coquetería y giró con la intención de regresar a su escritorio—. Estoy muy por encima de eso.

Justin estaba excitado como nunca en su vida y eso lo enfureció; no era tonto y al instante captó que ella lo provocaba con deliberación, se estaba divirtiendo a costa suya y eso era algo que no podía permitir. Ella siempre lo había tratado como un jovencito; pues bien, era el momento idóneo de mostrarle que ya era todo un hombre, uno capaz de domar una potra, por muy rejeja que esta se mostrara.

—Estás robándote a mis clientes —la acusó frustrado; el deseo por ella se estaba volviendo doloroso, pero tenía que mantener la cabeza fría si quería salir adelante.

—Nada de eso, lo que yo hago se llama competencia empresarial; es legal y honesto. Me extraña que reacciones así, de sobra sabes cómo funciona esto: tú presentas un proyecto, yo el mío, y al final es el cliente quien decide. No hay nada oscuro ni mezquino en eso.

Justin sabía que ella tenía razón, no podía culparla porque los clientes la prefirieran. Después de ver el último dossier que le presentó Florance, comprendió el porqué la migración.

Le molestaba en el orgullo tener que admitir que se equivocó al prescindir de sus servicios; Amy no solo era una mujer atractiva hasta la muerte, sino que tenía ese toque de Midas, que todo lo volvía oro.

—Amy, piénsalo. Si vuelves conmigo estarás en lo más alto, en una compañía de renombre y no en una oficinita jugando a ser empresaria. Además, podríamos hacer un excelente equipo, no solo en los negocios...

Se acercó a ella y, sin que Amy lo esperara, la tomó por la cintura y besó a desquite esos antojables labios sabor a frutos rojos de la pasión, que lo habían estado volviendo loco desde que la vio.

La sorpresa de Amy poco a poco fue sustituida por ardiente necesidad. Su cuerpo despertó ante los estímulos; llevaba demasiado tiempo sin tener intimidad con un hombre, sin sentir caricias sobre su piel, sin ser besada con ese fiero deseo con el cual Justin la tentaba. Cuando él posó las manos en su trasero para acercarla a su masculinidad, la sangre le hirvió en las venas y algo explotó en su interior. Hacía años que no sentía esa fuerza salvaje, ese llamado primitivo a aparearse con un macho alfa, solo por el placer de hacerlo.

Abrió los labios para darle paso a la lengua masculina que saqueó su boca sin miramientos.

Justin le soltó la coleta del cabello y enterró los dedos entre los sedosos rizos. Amy sabía a dulce y café, aderezado con algo más, algo que identificó como su esencia. No se cansaba de besarla, pero eso ya no era suficiente, tenía que poseerla o se volvería loco de frustración.

«¡Dios! ¿Qué estoy haciendo? ¡Es el hijo de Esthella! ¡No es más que un jovencuelo!», se recordó Amy.

—¡Basta! —Se apartó de inmediato—. Esto no está bien, es mezquino...

—No, se me ocurren muchas palabras para definirlo, y mezquino no es una de ellas.

—Eres el hijo de Esthella, te conozco desde que eras un chiquillo.

—¡Deja de tratarme como si fuera un crío! —gritó molestó y se pasó la mano por el cabello—. Ese fue uno de los motivos por los cuales no te quería cerca de mí, por esta maldita necesidad de demostrarte que ya soy un hombre, uno que te desea a rabiar.

Volvió a besarla, pero, a diferencia de la vez anterior, en esta ocasión lo hizo con una pasión avasalladora. Sin darle oportunidad de reacción, la tomó de las caderas y la cargó hasta colocarla sobre el escritorio.

Entre besos, levantó la falda del vestido, le separó las piernas y se acomodó en el centro de su feminidad, mientras, sus manos recorrían ese cuerpo de exquisita Eva, que lo hacían perder el control como ninguna otra lo había conseguido.

No era un santo y tenía una larga lista de mujeres en su haber, pero ninguna como esa pelirroja de fuego que lo tenía reducido a un simple animal salvaje en busca de poseer a su hembra, hasta dejarla exhausta de plena satisfacción.

—¡Dios, Amy! Eres ardiente. —Le bajó la cremallera del vestido lo suficiente para dejarla desnuda de la cintura hacia arriba.

El cerebro de Amy le gritaba que parara esa locura, le recordó que él era menor que ella, y por mucho. Lo que hacían no era correcto, sin embargo, cuando él le acarició los senos desnudos y se metió uno de ellos a la boca, todo raciocinio quedó fuera de combate.

Justin se frotaba contra ella, lanzándole descargas de placer por todo el cuerpo, ese cuerpo traicionero que exigía recibir lo que se le negaba desde hacía mucho tiempo.

Justin paseó sus dedos por el paraíso de húmedo néctar agridulce bajo las braguitas. Ella estaba tan mojada y caliente que no lo soportó más, tenía que poseerla cuanto antes. Como si

leyera sus pensamientos, ella lo acarició por encima de la ropa y estuvo a punto de venirse como un inexperto colegial.

—¡Maldición, mujer! Vas a provocar que me corra en tus manos —exclamó cuando ella le abrió los pantalones y lo tomó con versados movimientos.

De pronto, el sonido de sus agitadas respiraciones fue interrumpido por el repiquetear de un teléfono; eso los devolvió de golpe a la realidad.

Amy lo apartó de sí con violencia y en un santiamén se acomodó el vestido lo mejor que pudo. Estaba tan avergonzada de su promiscuo actuar que le costaba mirarlo a los ojos. ¿Qué rayos le pasaba? Estaba comportándose como una mujerzuela y, lo peor del caso, con un hombre ¡doce años menor!

—¡Vete, por favor! —rogó al tiempo que levantaba el auricular—. ¿Sí? —Se alegró de que su voz sonara normal.

Marlene le recordó que tenían una cita para comer con unos posibles clientes, algo relacionado con los concursos de belleza.

—Gracias, Marlene, no le he olvidado, te veré en unos minutos. —Colgó.

—Amy, no, por favor, no me eches así, tenemos que hablar. —Justin se acercó. Mientras ella conversaba por teléfono, él también se había acomodado las ropas.

—¡No me toques! —Levantó la mano para detenerlo.

—Esto que ha surgido entre nosotros es muy fuerte...

—Para empezar, no hay un «nosotros» —lo interrumpió—. Desde que te conozco, lo único que has demostrado sentir por mí es antagonismo...

—Créeme, lo que me haces sentir nada tiene que ver con ello y sí con lo que acaba de pasar. Qué más prueba quieres, ¿eh? Con solo verte así, con los labios hinchados y la cabellera suelta, sigo duro como un poste de metal.

Amy se sonrojó hasta las uñas de los pies. Justin, a pesar de mantener cierta distancia, la miraba con tal intensidad que le causaba un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo.

—Justin, te lo suplico, vete. Yo... no acostumbro a hacer esto y... Por favor, necesito estar sola.

—Está bien. Comprendo que este no es el lugar adecuado para —tragó saliva, nervioso—, hablar. —Pasó la mano por su despeinada cabellera, en un claro gesto de frustración—. Amy, entiendo que esta situación te tome por sorpresa, para mí también ha sido así, pero no puedo ignorar lo que me haces sentir. Lo que ha pasado en esta oficina es algo importante, ambos lo sabemos y por ello no se debe tomar a la ligera.

Amy no dijo más, solo lo miró con súplica.

—Bien, me voy, pero no pienses ni por asomo que esto ha terminado. Te quiero en mi empresa y en mi cama, así que volveré. —Salió de la oficina con el andar de un hombre que está acostumbrado a conseguir lo que desea.

En cuanto Amy estuvo segura de que se había ido, se dejó caer en su silla y se tapó el rostro con las manos. Avergonzada, aturdida y fuera de lugar, era así como se encontraba en esos momentos.

Capítulo XIX

Amy aún trataba de asimilar lo que había sucedido con Justin minutos antes, cuando Marlene, al verla tan aturdida, se le acercó y le tocó el hombro para llamar su atención.

—¿Estás bien?

—No.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién era ese hombre?

—Es el hijo de mi exjefa.

—¿El junior que te despidió sin más?

—Ese mismo.

—¿Qué quería?

«Aparte de darme un superrevolcón en el escritorio». El sonrojo regresó a sus mejillas.

—Me pidió que regrese a trabajar con él.

—¿Lo harás?

—¡Ni loca! Después de probar la libertad, no quiero estar sometida a los designios de nadie.

—¡Esa es la actitud!

—Dame unos minutos y nos vamos. —Amy se alegró el tener un cuarto de baño en su privado.

Después de refrescarse el rostro, recomponer el maquillaje y el peinado, salió dispuesta a olvidar lo ocurrido, sin embargo, le fue imposible, su conciencia le recriminaba hasta aturdirla.

Sonrió todo el tiempo y en modo automático contestó a las preguntas e inquietudes de los clientes. La mujer profesional no se dejó apabullar por el caos que Justin, con sus besos, había provocado.

Logró mantener a raya sus emociones por el resto de la tarde, pero, en cuanto llegó a su casa, no pudo más, así que llamó a Elizabeth. Tenía que hablar con alguien o se volvería loca.

—*¡Hola, amiga! ¿Qué tal tu día?* —la jovial voz de Lizzy la reconfortó al instante.

—Fatal, Lizzy, fatal.

—*¿Qué? ¿Acaso André...?*

—¿André? —Se sorprendió al caer en cuenta de que hacía bastante tiempo que no pensaba en él—. No, es algo aún peor —soltó de manera brusca el aire—. Justin, el hijo de Esthella, estuvo en la oficina y, si no es por la intervención de Marlene, por poco y lo hacemos sobre mi escritorio.

Elizabeth quedó muda y se hizo un largo silencio al otro lado de la línea, lo cual solo sirvió para crispar aún más los nervios de Amy.

—¿Lo ves? ¡Es algo tan horrible que te has quedado sin palabras! Soy una zorra, una asaltacunas... —se quejó avergonzada.

—*No digas más, Amy. Sí, me ha sorprendido lo que me cuentas, sería absurdo negarlo, sin embargo, de eso a que seas una zorra o una asaltacunas hay un abismo de diferencia. Cuéntame con exactitud qué pasó, para así poder entender cuál es tu pesar.*

—Ni yo misma lo sé. Todo fue tan precipitado. Creo que nos tomó por sorpresa a los dos. —Tomó una bocanada de aire—. Solo hablábamos y de pronto él estaba besándome. ¿Puedes creerlo? ¡Es un crío!

—*Por lo que sé, ya está casi en los treinta, así que un crío no es.*

—Algo parecido alegó.

—*Cuéntame. Muero de la curiosidad.*

—En un momento dado, lo aparté y le recordé que era el hijo de Esthella.

—*¿Y? ¿qué dijo?*

—Se molestó por mi comentario y me soltó algo así como que estaba harto de tener esa necesidad de mostrarme que ya era todo un hombre.

—*¿Y qué pasó?* —la voz de Elizabeth sonaba impaciente.

—Aún no lo comprendo; sin darme cuenta, estaba sentada sobre el escritorio con él entre mis piernas. Si no es porque Marlene llamó, habría terminado por acostarme con Justin, ¡en mi propia oficina! ¿Puedes creerlo? Soy la peor de las mujeres, ¿cómo me pude comportar así?

—*¿Y? ¿cuál es el problema? Los dos son adultos, se desean...*

—Se supone que ya no soy una jovencita tonta que se deja llevar por las hormonas. ¡Estoy por cumplir cuarenta y dos!

—*Amy, no debes sentirte mal por reaccionar como cualquier mujer sana. Recuerda que no estamos hechas de hielo; necesitamos caricias, besos, sentirnos deseadas, amadas y protegidas. Desde antes de que te divorciaras de André, te has anulado para dedicarte a ser todo menos mujer. ¿Qué hay de Amy?*

—No lo sé. Esta cruda moral es terrible, me siento patética...

—*¿Por qué?*

—¡Es el hijo de Esthella! —rezongó—. ¡Lo conozco desde que era un niño! Cuando iba a la oficina a ver a su madre, era tan solo un jovencito y ahora... ¡Dios! ¡No puedo creer lo que pasó! Pienso en ello y me siento una depravada.

Elizabeth rio ante las ocurrencias de su amiga.

—*Basta de recriminarte, Amy —ordenó—. Lo que pasó entre ustedes es lo normal entre un hombre y una mujer que tienen química. Sí, quizá fue precipitado, en eso te doy la razón. Justin te tomó por sorpresa, con las defensas bajas y con un tiempo de abstinencia bastante largo, así que no te culpes, al contrario, disfruta del momento. Del aquí y ahora.*

—*¿Te has vuelto loca?*

—*Depende, ¿qué tal besa?*

—¡Elizabeth Tyler!

—*Deja de escandalizarte y sé sincera.*

—No voy a contestar a eso.

—*¡Ja! Desde que éramos unas crías nos contábamos todo, así que deja de hacerte la puritana y suelta. Supongo que, si estás tan afectada, es porque te encantó.*

Amy pensó en que no tenía caso negar lo evidente. Elizabeth la conocía más que nadie, además era su única y mejor amiga y, aunque existiera la remota posibilidad de que pudiera engañarla, ¿podría hacerlo consigo misma? La respuesta era sencilla: no.

—Sí, tienes razón, me gustó, en demasía.

—*Escucha, Amy, si vas a mandar a Justin al diablo, que sea por lo que sea, menos por prejuicios absurdos como la edad y que es hijo de tu exjefa.*

—Ese es otro asunto, quiere que vuelva a Blue Moon.

—*¿Lo harás?*

—¡No! ¿Cómo puedes preguntarlo siquiera?

—*Bueno, Blue Moon es una gran empresa...*

—Sí, pero no volvería allí ni loca. Una vez que pruebas la libertad, es imposible volver a enjaularte.

—¿Entonces? ¿Qué piensas hacer?

—Nada.

—¿A caso no te gusta el hombre? Por las fotografías que he visto de él, en las revistas del corazón, está hecho un Adonis. ¿Sabías que aparece en la lista de los solteros más codiciados?

—No voy a preguntar si has perdido el juicio, porque es obvio que sí. Además, en el supuesto caso de que aceptara tener algo con él, seríamos competencia, porque diga lo que diga, no renunciaré a Soireé. Eso, tarde o temprano, terminaría por dañar la relación, y tú, mejor que nadie, sabes que no estoy hecha para las aventuras de una noche.

—Tienes razón, hay varios puntos en contra. Lo que te recomiendo es que lo medites con calma y pongas sobre la balanza los pros y los contras.

—No hay nada que meditar. Justin es un arrogante que cambia de mujer como de calcetines. ¿Puedes creer que amenazó con regresar? Y no solo eso, sino que admitió de forma descarada que me desea en su cama.

—¿Qué de raro tendría? Eres una mujer muy atractiva. ¿Tan picado lo dejaste que no quiere prescindir de ti, de tus experimentados servicios? —la provocó.

—¿Deja de mofarte! De sobra sé que la situación es para reírse; una mujer de mi edad con un joven como él...

—¿Otra vez con la misma cantaleta? Es más común de lo que crees que hombres jóvenes se interesen en mujeres como nosotras. Ellos alegan que somos una irresistible mezcla entre experiencia y juventud —dijo seria.

—Gracias por escuchar, Lizzy, pero mi decisión está tomada.

—Para eso estamos las amigas. Y en cuanto a Justin, no te precipites...

—Créeme, no lo haré.

A la mañana siguiente, Amy trabajaba en un dossier para la presentación que tenían con el comité de concursos de belleza. Contaban con poco tiempo para organizarse, la presión era bastante ya que no eran la única empresa en la disputa de esa cuenta.

—¿Puedo pasar? —Lía pidió permiso para entrar, abrió la puerta con el pie, pues en las manos llevaba un enorme ramo de flores. Amy la miró expectante—. Son para ti, acaban de llegar.

—¿Qué? ¿Para mí? —Confundida, sacudió la cabeza. Se preguntó quién pudo haberlas enviado. De pronto, un presentimiento se hizo presente. Con el estómago encogido, tomó la tarjeta solo para corroborar lo que se temía.

Este obsequio es para que no olvides lo que juntos podemos hacer...

J. N.

Amy percibió cómo sus mejillas adquirían el color de las fresas maduras. El pulso se le aceleró y su vientre era un batir de mariposas que revoloteaban frenéticas. ¡Qué tontería! A su edad, emocionarse como una colegiala le parecía ridículo.

—¿Dónde quieres que las ponga? —preguntó Lía con voz alegre, sin percatarse del bochorno de su jefa.

—Llévatelas fuera. No quiero tenerlas a la vista, así que haz con ellas lo que te plazca —dijo decidida.

—¿Estás segura?

—Por supuesto.

—Siendo así, las colocaré en la salita de espera.

—Lo que sea, solo llévatelas cuanto antes.

La joven obedeció y se retiró sin hacer más preguntas, cosa que Amy agradeció. Ese día tenía demasiado trabajo, por lo que no podía distraerse con necesidades.

El día pasó casi sin sentirlo y aún le quedaban cosas por resolver, por ello decidió quedarse un tiempo más.

—Me voy, ¿se te ofrece algo?

—No, Lía, puedes irte.

—Que descanses —deseó la joven antes de marcharse.

—Igual tú.

Un par de minutos después, llamaron a su puerta, dio el pase sin levantar la vista del ordenador, pues tenía la certeza de que se trataba de su secretaria, que quizá había olvidado algo.

—No cabe duda que las mujeres, al igual que el vino, con los años están mejor.

Amy pegó un brinco al escuchar el tono ronco de Justin.

—¡Dios! Me asustaste. —Se llevó una mano al pecho.

—¿Por qué? ¿Acaso no me esperabas? —Se acercó hasta donde estaba ella, giró la silla, colocó las manos en los descansabrazos aprisionándola y se agachó para que sus rostros quedaran a la misma altura—. Te advertí que volvería.

Un tanto nerviosa, Amy tragó saliva. Era verdad que Justin provocaba su libido, pero de eso a querer una relación con él, ya fuese afectiva o sexual, había un abismo de diferencia, por ello tenía que dejárselo en claro.

—Escucha, lo reconozco, con lo de ayer quedó más que claro que no eres un crío, sin embargo, creo que no entendiste lo de que no volveré a trabajar para ti. —Lo empujó con sutileza, se puso en pie, caminó lo suficiente para guardar las distancias, le dio la espalda y guardó unas carpetas en el archivador.

—Vamos, Amy, ¿a qué estás jugando? ¿Acaso quieres volverme loco? Sabemos que somos compatibles en todos los sentidos. —Se colocó tras ella, la tomó por la cintura y la apretó contra sí.

Amy ni siquiera lo escuchó acercarse. En ese instante maldijo el momento en que decidió poner alfombra, pero sus pensamientos se desordenaron cuando Justin restregó su miembro contra las nalgas respingonas de ella. Con manos expertas, él torturaba sus senos por encima de la blusa de seda, al tiempo que dejaba un rastro de besos ardientes por su cuello.

—¿Qué me has hecho que, desde ayer, no puedo pensar en otra cosa que no sea tenerte?

Amy tembló de anticipación. El diablillo posado en su hombro izquierdo le aconsejaba mandar todo al infierno y entregarse a lo que su cuerpo pedía. En cambio, su contraparte, insistía en que recuperara la cordura y, al parecer, se impuso la razón, pues como pudo, se zafó de él y se alejó unos pasos.

—Justin, por favor, está mal, eres el hijo de Esthella, y tú...

—¿Otra vez con eso? —preguntó exasperado.

—Eso es algo que nunca olvidaré —aseguró.

—Amy, sé que el echarte ha sido el mayor error que he cometido, pero estoy arrepentido. Regresa a Blue Moon y veamos a dónde nos lleva esto.

—Mi respuesta sigue siendo, no.

—Sabes que, por mucho que me gustes, no voy a rogarte, ¿verdad? —soltó exasperado.

—Créeme, no es lo que pretendo. Te conozco y sé que, en tres días a lo mucho, se te pasará y

centrarás toda tu arrogancia en otra conquista.

—¿Qué quieres, entonces?

—De ti, nada —fue tajante—. Aunque no lo creas, no les guardo rencor, al contrario, de no haberme echado, no habría afrontado mis miedos y esto —señaló a su alrededor— no sería una realidad. Como veras, aquí no dependo de la opinión de nadie, puedo ser yo misma; soy libre. — Su rostro resplandecía cuando hablaba de su trabajo—. Espero que entiendas que ni todo el dinero del mundo puede pagar lo que ahora tengo. Mientras me sea posible, no volveré a trabajar para nadie. Así que no lo tomes personal.

Justin sonrió.

—¿Prefieres que seamos amantes y rivales? —preguntó excitado ante la situación. Ese jueguito sexual y de poder entre ellos lo tenía a mil.

—Encantada de que me consideres tu rival y, en cuanto a lo otro, la respuesta es negativa para ambas cuestiones.

—Sabes que, una vez que salga de aquí, no volveré a insistir ni en lo uno ni en lo otro, y que no tendré piedad a la hora de competir, ¿verdad?

—No esperaré menos de ti. —Sonrió complacida, tomó asiento para evitar el contacto con él.

Justin la miró consternado, era la primera vez en su vida que una mujer se le negaba, y no sabía cómo manejar el rechazo.

—¿Es tu última palabra?

—Sí, y puedes estar seguro de que no cambiaré de opinión. —Extendió la mano en señal de despedida y fin de la reunión.

Justin entendió el mensaje y se dispuso a salir; en un momento dado, se volvió y le comentó:

—Cuando dijiste que sabríamos de ti, honestamente pensé que enviarías a tu abogado a pelear la liquidación conforme a la ley. Jamás esperé algo así. Como hombre y empresario, tienes mi absoluto respeto. —Se fue sin mirar atrás.

Amy lo vio alejarse, satisfecha. Sabía que había tomado la mejor decisión.

Capítulo XX

Justin Novak llevaba días de un humor de perros. El comité de fútbol no fue el único cliente importante en seguir a Amy, después ellos fue otro y otro más. Tenía que hacer algo o esa bruja escarlata acabaría con su empresa.

Estaba herido en su orgullo por el rechazo, era verdad. Amy se había dado el lujo de despreciarlo por partida doble y, aunque no era su estilo, decidió jugar sucio. La desesperación era mala consejera y la junta de accionistas contribuía bastante al presionarlo demasiado.

Un amigo que trabajaba en la auditoría fiscal del gobierno le debía un favor y quizás por ese lado podía hacer algo. Si no lograba que clausuraran Soireé, para obligar a Amy a regresar a Blue Moon, al menos esperaba mantenerla ocupada mientras él cerraba el trato con su cliente más importante: el comité organizador de los concursos de belleza, nacionales e internacionales. No podía darse el lujo de perder otro cliente más.

Un par de días después de la visita de Justin, y sin previo aviso, se presentó un auditor en la empresa de Amy, con la orden de realizar una investigación inmediata.

Para ella la noticia fue como una bomba. Después de que el auditor se marchara, no sin antes amenazar con volver en dos días, caminaba de un lado a otro en su oficina cuando Alexia entró.

—¿Es verdad lo que me dijo Marlene? ¿Nos van a auditar?

—Así es. Acúsame de mal pensada, pero mi instinto me dice que Justin Novak está detrás de todo esto. ¡Dios! ¿Y ahora qué va a pasar? —Se desplomó en su silla presidencial.

—Déjame llamar a Vince, seguro él sabrá qué hacer. —Enseguida marcó al móvil de su novio —. ¡Hola, amor! Tenemos un problema, acaba de irse un auditor y amenazó con regresar en dos días. Alega que si no tenemos todo en orden nos podrían multar o clausurar.

—¿Está todo en orden? ¿El contable lleva bien sus asuntos?

—Sí, amor, en ese aspecto, no hay problema; el asunto es que ese hombre nos pide formatos y habla de cosas que no entendemos, es como si pretendiera infundirnos pánico.

—Y al parecer lo está logrando. —Rio—. Amor, escucha, tú tranquila, no permitiré que nadie les cause daño. Sabes que por el momento estoy fuera de la ciudad y los asuntos que me retienen lejos aún no concluyen. —Vincent hizo una pausa—. Acaba de llegar al despacho un nuevo colega que viene de Los Ángeles, los socios dicen que es muy bueno. Déjame hablar con él; si Will se encarga del caso, podré estar al pendiente desde aquí y me sentiré tranquilo porque somos del mismo equipo.

—Gracias, hijo —expresó Amy, aliviada. Alexia había activado el altavoz para que pudieran hablar los tres sin problema.

—De nada, tía Amy. Ahora las dejo para hablar con Will; en seguida les regreso la llamada.

Amy recibió con agrado el anuncio de que, al día siguiente, un tal William Harper se presentaría a ayudarlas con el asunto de la auditoría.

*

William Harper, en cuanto llegó a su nuevo empleo en una ciudad desconocida, se había comunicado con su hermana que, por fortuna, vivía allí con su esposo. Ella lo ayudó a encontrar el apartamento en el que se estaba quedando.

El lugar era acogedor, algo cargado para su gusto, pero contaba con lo que precisaba para vivir cómodo, en lo que encontraba un sitio más adecuado a sus necesidades.

Mientras se anudaba la corbata, recordó la promesa hecha a su madre en el lecho de muerte. Ella le hizo jurar que cuidaría de su hermana pequeña, que era hija de su segundo matrimonio.

Aunque su hermana era un tanto alocada y difícil de carácter, él siempre estaba al pendiente. No hablaban mucho, solo cuando ella ocupaba dinero, lo cual sucedía con bastante frecuencia antes de que se casara. Después de ello, de vez en cuando, él la llamaba solo para saber cómo estaba. La relación entre ellos no era estrecha ni fraternal, sin embargo, él procuraba cumplir con su deber.

—¡Buenos días! Soy William Harper, vengo por encargo de Vincent Tyler, tengo cita con Amy Parker —se presentó con una espléndida sonrisa.

—Sí, claro. —La chica de recepción se la devolvió sonrojándose—. Amy lo espera, pase por aquí, por favor.

En cuanto William vio a la ninfa de cabellos cobrizos y largas piernas, que segundos antes hurgaba en un archivero, quedó hechizado. Aunque ella no estaba vestida de manera espectacular, llamaba la atención. El porte sofisticado, su seguridad y elegante belleza terminaron por fascinarlo. Se recordó el porqué estaba allí y comprendió que tenía que comportarse como todo un profesional.

—¡Buenos días! Soy William Harper, vengo...

—Qué bueno que llegas —lo interrumpió ella sin prestarle del todo su atención y sin despegar los ojos de un mar de papeles—. La verdad es que estamos muy nerviosas. Lauren, nuestra contable, dice que todo está en orden, sin embargo, ese hombre se comportó de tal manera que... —Entonces levantó la mirada del cajón del archivero donde rebuscaba y enmudeció ante el impacto que le causó ese hombre tan atractivo y mirada penetrante.

Su cuerpo de inmediato reaccionó ante la presencia de tan magnífico ejemplar de Adán. Molesta consigo por dejarse distraer en momentos de crisis, se dio una sacudida mental.

«Diablos, Amy, ¿qué pasa últimamente? Primero Justin y ahora él. Mantén tu libido a raya y encerrado en la mazmorra».

Sintió cómo sus mejillas se teñían de rosado y se reprochó por comportarse como una tonta.

—Pero qué grosera soy, perdón. —Se aliso el vestido, nerviosa y extendió la mano para saludar—. Amy Parker. —Forzó una sonrisa para disimular la tribulación que la embargaba.

—Un gusto, señora Parker. —William estrechó la mano que ella le ofreció y, en cuanto se tocaron, un fuerte impulso eléctrico recorrió su cuerpo.

—Solo Amy, por favor —pidió un poco más compuesta.

Después de la sorpresa inicial, se había obligado a dejar de lado a la mujer para ser la empresaria que, por su trabajo, está acostumbrada a verse rodeada por hombres atractivos de todas las edades: atletas, actores, políticos, celebridades...

—De acuerdo, Amy. —William mostró una estupenda y seductora sonrisa que a ella le ablandó las piernas.

—Y bien, ¿por dónde sugieres que hay que empezar? —Amy no encontró una mejor manera de salir al paso que recurrir a lo que sí se le daba de maravilla: el trabajo.

William estaba impresionado con Amy; conforme más tiempo pasaba con ella, más deseaba conocerla fuera de lo laboral. Hacía años que ninguna mujer lo ponía duro con solo mirarla o escucharla reír, pero no solo era la atracción por su físico, le gustaba su inteligencia, su sentido del humor; toda ella le fascinaba.

Por ética profesional, mientras existiera una relación de trabajo entre ellos, no podría intentar nada, así que tendría que comportarse.

No era la primera vez que una clienta le resultaba atractiva, sin embargo, lo que Amy le provocaba iba más allá de su control; cada vez le costaba más no ponerle las manos encima y robarle el aliento con sus besos.

Jamás había estado atrapado entre una fuerte atracción y una relación laboral y eso lo tenía desconcertado. Cada roce «accidental», cada sonrisa, cada gesto elevaba su temperatura a grados insoportables.

Las duchas heladas eran una constante desde que la conoció, y lo peor del caso era que ella parecía ni enterarse. Estaba acostumbrado al acoso femenino, por lo tanto, el que ella lo ignorase también era una novedad. Se dijo que quizá ahí radicaba el enigma del misterio, pero, en cuanto la tenía enfrente, comprendía que lo suyo estaba por encima de eso.

Amy, por su parte, evitaba lo más posible a William; cada vez le costaba más trabajo mantener sus hormonas quietas. Ese hombre era un trastorno constante para su cuerpo y, sobre todo, para su paz mental. Pedía al cielo que la auditoria finalizara pronto, para así perderlo de vista y recuperar la normalidad.

Aunque el auditor insistió en hacer una búsqueda exhaustiva, no se encontraron anomalías. Después de varios días, el hombre comentó que había llegado un reporte donde decían haber detectado irregularidades en esa empresa y que él tenía la obligación de revisar que todo estuviera en regla. Amy no se opuso a que hurgara, como dicen, hasta en la cocina.

—Hasta el momento, no he encontrado nada que amerite una sanción, sin embargo, faltan algunos asuntos por concluir. Si todo sigue como va, espero entregar mi dictamen a más tardar el martes.

Era viernes, el auditor se despidió de mano y con una sonrisa. Aunque el primer encuentro fue algo tenso, la relación entre ellos era más cordial.

—Espero que esa pesadilla por fin termine —expresó Alexia con cierto enfado.

—Por el momento, todo lo que podemos hacer es tener paciencia.

—Tienes razón, mamá, como no hay nada más que hacer en cuanto a ese respecto hasta el lunes y muero de hambre, sugiero que vayamos a comer esas ricas hamburguesas que prepara Max. ¿Gustas acompañarnos, Will?

—Me encantaría, pero ya quedé.

Amy no supo por qué eso le causó malestar. Se preguntó qué rayos le pasaba; William era libre de salir con quien le diera la gana y eso a ella no tenía por qué importarle. Se tragó la bilis junto con esa sensación de incomodidad.

William notó un cambio en el semblante de Amy; aunque solo fueron unos segundos, se percató de que su negativa le molestó y eso le dio esperanzas, por lo que se aventuró a decir.

—He quedado con mi hermana, está recién casada y va a presentarme a su esposo, por ello no puedo cancelar, pero, para la otra, no me lo perderé; es más, yo invito.

—Te lo recordaré, eh —señaló Alexia con una radiante sonrisa. Para ella no pasaba desapercibida la tensión sexual entre ellos; era tan fuerte que hasta cargaba el ambiente.

En cuanto William llegó al restaurante, su hermana le hizo señas para que se acercara. Simpatizó de inmediato con el marido de ella, descubrió con agrado que era un hombre sensato y de conversación agradable, además de un excelente abogado penalista.

Lo que se suponía un encuentro tenso fue una tarde amena.

Los días siguientes, William se encargaba del auditor mientras Amy se dedicaba al proyecto

de planeación para el comité de concursos de belleza. Por las tardes se tomaban un tiempo para ponerse al día con los avances en la auditoria y el aspecto contable.

Alexia ayudaba cuanto podía y Vincent, aun en la distancia, también estaba al pendiente.

William ansiaba que la auditoria terminase para poder lanzarse a la conquista de esa ninfa de cabellos de fuego, pues esa mujer se había adueñado de sus sueños más íntimos y por eso aprovechaba cada momento para seducirla, pero Amy parecía ignorarlo y eso lo tenía al borde del colapso.

—Amy, ¿tienes un minuto?

—Por supuesto, Will, ¿qué necesitas?

«A ti». Sin embargo, dijo:

—Tengo que salir, quedé otra vez con mi hermana y su esposo. Tal vez no regrese después; si se te ofrece algo, ya tienes mi número.

—Gracias, Will. Que te diviertas.

Entre tapas y entremeses, Will y su cuñado se enfrascaron en una conversación sobre deportes. Aburrida, su hermana se disculpó para ir al tocador de señoras y la plática derivó en uno de los temas favoritos de los hombres: las mujeres.

—¿Acabas de llegar y ya tienes a una en la mira? —Su cuñado dio un trago a su cerveza con una sonrisa cómplice.

—Esa mujer es una explosión de sensualidad, me vuelve loco, amigo, y créeme, para que yo admita que una fémica me trae de un ala, está difícil —aceptó William y bebió de su cerveza; pensar en ella con esa falda de tubo, negra, pegada a sus curvas y ese trasero de infarto lo había alterado.

—Entonces sí que te pegó duro —se burló su cuñado.

—Estoy seguro de que, si la conocieras, me darías la razón. Ella es ardiente. Qué puedo decir, me tiene hechizado.

—Yo diría idiotizado —se mofó.

—Quizá, pero esa mujer bien lo vale y no descansaré hasta que sea mía, eso te lo juro. —Sonrió pícaro.

—¿Supongo que nada tiene que ver que sea la única que no ha caído a tus pies? ¿No será más bien un capricho?

—No lo sé, no creo. Es una mujer de esas que dejan huella. Es fresca y natural, no necesita grandes escotes o alzar la voz para hacerse notar; es una mezcla perfecta entre experiencia y juventud, que se me antoja deliciosa. Irresistible.

—¡Oh! Pues ya lograste intrigarme. Ahora más que nunca deseo conocer a la dueña de todas esas cualidades y atributos. ¿Cómo dices que se llama? —preguntó su cuñado con interés.

—¿Otra vez hablando de tu jefa? —Su hermana tomó asiento al lado de su esposo.

—¿Se puede saber por qué tardaste tanto? —cuestionó su cuñado un tanto molesto.

—¿Perdón? —Ella tomó aire para calmar su mal carácter. Cada día le resultaba más difícil soportar a su marido—. No sabía que para ir al tocador tenía que ajustarme a un tiempo definido. —Lo fulminó con la mirada.

Su cuñado torció la boca y William, incomodo, optó por desviar la mirada. Notó una tensión entre ambos que no percibió en su primer encuentro. Analizó las últimas llamadas de su hermana y, uno que otro comentario que le había hecho cobró sentido. Era obvio que el matrimonio de ellos no era miel sobre hojuelas...

Los días pasaron y William terminó con su trabajo, ya no tenía motivos para seguir asistiendo

a Soireé, por consiguiente, tendría que dejar de ver a Amy con regularidad, sin embargo, era la oportunidad que había estado esperando para poder acercarse a ella como hombre.

En los últimos días, decidió ir preparando el terreno y, entre bromas, le decía que estaba loco por ella y le pedía salir con él. Amy reía de sus ocurrencias, pero no lo tomaba en serio, pues creía que era parte de la charada.

—¿Cuándo me vas a decir que sí, Amy? —La miró con intensidad y esa sonrisa de niño malo tan peculiar en él.

Amy tragó saliva, a pesar de sus intentos por ignorarlo, ese hombre lograba ponerla nerviosa y algo más.

—Sabes que no mezclo mi vida privada con el trabajo, sin excepciones. —Era el pretexto al que siempre recurría.

—Sí, lo sé, pero te recuerdo que hoy termina mi labor aquí, así que, a partir de las cinco de esta tarde, ya no trabajamos juntos. No tienes pretextos para negarte a aceptar mi invitación a cenar y a tomar una copa.

Se acercó a ella hasta rozar sus cuerpos; bajó el rostro, estaban tan cerca que sus alientos se fundían en uno solo.

—Di que sí. No me hagas esperar más.

Amy sintió cómo se le aceleraba el pulso y se calentaba la sangre en su cuerpo. «Control, Amy». Pero era más fácil decir que hacer. Si ya le era casi imposible no reaccionar ante esa sonrisa con unos traviosos hoyuelos y esos ojos del color de la miel que la miraban como si se tratase de una pantera al asecho de su presa, resistirse a su cercanía era impensable.

Esos ojos que en ese momento despedían fuego la sacaban de balance. Él la tomó por la cintura y la acercó a su indisimulada erección.

«¿Y por qué no, Amy?», le preguntó su voz interna. «¿Acaso no eres libre y él también? A diferencia de Justin, no hay piedras en el camino; Will ha demostrado ser un caballero, merece al menos una oportunidad».

William la apretó más contra sí y, sin darle tiempo a nada, la besó.

Amy pensó en rechazarlo, sin embargo, su cuerpo respondió de forma desmedida. Si con Justin se sorprendió por sus reacciones, lo que William provocaba en ella era mil veces más intenso y explosivo. Lo que comenzó como un beso suave, de reconocimiento, pronto se convirtió en una tormenta salvaje que arrasó a los dos.

Le pasó los brazos por los hombros y se amoldó a él. William le dio besos húmedos y ardientes en el cuello y escote, la tomó por las nalgas y la aprisionó contra la pared.

—¡Dios! Sabía que besarte sería una experiencia divina, pero la realidad superó todas mis expectativas —confesó al tiempo que, con una pierna, le separaba los muslos.

Amy recuperó un poco la cordura.

—Will, este no es el lugar apropiado.

Sin saber de dónde sacó fuerzas para apartarse, William reconoció que ella tenía razón. La emoción de un revolcón en plena oficina no era lo más adecuado para una primera cita.

—Di que sí y terminemos con esta agonía. —La miró con tal intensidad que Amy sintió arder.

Con ese cuerpo esbelto y atlético, de estatura alta, facciones perfectas y masculinas, cabello castaño un poco largo, el cual peinaba hacía atrás de forma muy sexy, aunado a esa mirada felina y ese aspecto de chico malo, Will era un hombre peligroso, tentación pura.

Una vez más entró en conflicto con sus inseguridades. Su desatendido cuerpo le exigía un poco de consideración, por no decir otra cosa. Aunque, por otro lado, él era más joven que ella. Se

preguntó qué pasaba, de un tiempo acá, la buscaban hombres más jóvenes. ¿Acaso tenía un letrado que solo ellos podían leer? Algo así como «Divorciada que necesita un hombre».

«No lo pienses más, la verdad es que te mueres por aceptar». Hacía tanto tiempo que no tenía una cita romántica que no sabía qué hacer. Aunque quiso engañarse al decirse que el salir con él no significaba que terminaran acostándose, en el fondo, sabía que eso era un desenlace inevitable. Lo que había entre ellos era demasiado fuerte para ignorarlo.

Reconoció que, a diferencia de Justin, William sí le gustaba, en todos los sentidos.

«Salvada por la campana». El teléfono sonó y ella se apresuró a contestar.

—¿Amy?

—¿Sí?

—Soy Graham, del comité de concursos de belleza.

—¿Qué tal, Graham?

William se tensó al escuchar el nombre en masculino.

—Solo llamo para darte la buena nueva: *Soirée* ganó la licitación.

—¿Qué? ¡Eso es magnífico! —Lanzó un puño al aire.

—*Te esperamos esta noche en la cena de celebración, será en el hotel Cuatro estaciones, sobre las ocho.*

Amy, tomó pluma y papel y rápido anotó.

—Perfecto, ahí estaré. Gracias, Graham. —Colgó.

Emocionada hasta la medula, se abalanzó sobre William y le llenó el rostro de besos.

—Lo hicimos, Will, el contrato es nuestro. —En cuanto cayó en cuenta de lo efusivo de su reacción, se sonrojó e intentó apartarse, pero él la tenía bien sujeta por la cintura y no se lo permitió.

—Me alegro, esa es una gran noticia y hay que celebrarla, así que no tienes pretexto. Paso por ti sobre las siete.

—Oh, lo siento, pero no puedo. —Hizo una mueca apenada—. Es la cena de presentación. — Lo pensó un segundo—. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Será un placer. ¿A qué hora te recojo?

—Como habías dicho, sobre las siete.

—Bien. Creo que lo mejor es que me vaya, de lo contrario, llegaremos tarde a esa cena. — Restregó su hombría en el sexo de Amy para hacerle saber a qué se refería. Después le dio un beso en los labios y se marchó.

Capítulo XXI

Amy estaba nerviosa, esa era su primera cita desde que se divorció de André. «Dios, parezco una colegiala». Cualquier superficie de su habitación estaba cubierta por ropa. No se decidía, quería verse atractiva sin verse pretenciosa o descarada.

—¿Mamá, qué es todo esto? —preguntó Alexia impresionada.

—Es la cena de celebración del comité de belleza y...

—¿Y?

—También tengo una cita y no sé qué ponerme —admitió abochornada.

—¿Una cita? —Alexia estaba boquiabierta.

—¿Te molesta? ¿Crees que ya estoy...?

—Ni se te ocurra decir que ya estás vieja, madre. —Levantó la mano para detener el flujo de palabras—. Y no, no me molesta, al contrario, creo que ya te habías tardado. ¿Quién es el afortunado?

Amy la miró unos segundos. Le apenaba reconocer que saldría con un hombre más joven que ella. ¿Cómo lo tomaría? ¿Tendría caso mentirle? William era compañero de Vincent, así que tarde o temprano todos se enterarían; además, era una mujer madura que tenía el control de su vida y decisiones.

—Es William Harper —confesó.

—¿Will? ¿El bombón de ojos felinos? ¡Mamá, no andas tan perdida! Es muy simpático y atractivo. Me gusta, hacen bonita pareja.

—¿Tú crees? Recuerda que él es menor que yo.

—Solo por unos cuantos, nada de importancia. Me alegro tanto de que por fin hayas aceptado rehacer tu vida amorosa. Mereces ser feliz. —Se abrazaron con emoción—. Bien, veamos qué tienes aquí —dijo Alexia, al tiempo que revolvía entre la ropa.

Amy ya no llevaba el cabello corto; su melena cobriza le llegaba a poco más de media espalda. Siempre que estaba en la oficina, lo usaba atado en un apretado moño o alguna coleta, aun así, de vez en cuando, un rizo rebelde escapaba de su cautiverio para colocarse travieso alrededor de su bello rostro.

Alexia decidió dejarlo suelto para que esas ondas cobrizas cayeran de manera sensual sobre sus hombros.

Un sexy vestido de encaje negro con fondo color carne, que daba la impresión de desnudez, ajustado en los lugares exactos, que resaltaba con total descaro las curvas y la estrecha cintura, era el atuendo escogido por Alexia. Estaba segura de que con ese escote, que dejaba dar un pequeño vistazo a la gloria que se guardaba dentro, William estaría perdido.

—¡Wow! ¡Estás radiante! —expresó Alexia, satisfecha de su creación—. Eres una mujer bellísima.

Amy sonrió. La imagen que le devolvía el espejo le gustó; en él veía a una mujer atractiva, con una chispa especial en la mirada.

—Will, se irá de espaldas cuando te vea —aseguró Alexia divertida.

Varios minutos antes de la hora acordada, William llegó a la dirección que Amy le señaló.

Estaba nervioso como si fuera un chaval que va a buscar a su chica para llevarla al baile escolar.

Aunque hubiera preferido una cita para ellos dos solos, por nada del mundo se perdería la oportunidad que se le había dado. Tenía trazado su plan de seducción; uno lento pero efectivo. La noche era joven y no había por qué apresurarse.

Llamó a la puerta; una sonriente Alexia lo recibió y lo hizo pasar. Estaba metido en sus reflexiones y todos sus planes se fueron al caño al ver a su diosa bajar la escalera.

Su cuerpo se tensó de inmediato por el deseo que lo embargó. Esa mujer era deslumbrante y no dejaba de sorprenderlo; siempre se superaba a sí misma. Se preguntó cómo podía estar más atractiva cada vez.

Se puso de pie como todo un caballero y colocó las manos al frente para disimular su excitación. Amy lo volvía loco; ella le dedicó una cálida sonrisa y eso solo consiguió aumentar su ardor.

La mirada apreciativa que William le dedicó hizo sentir a Amy la mujer más bella sobre el planeta. Aceptó el brazo que él le ofrecía y juntos partieron.

Una vez en el auto deportivo de William, Amy se preguntó qué tenía de especial ese hombre, que lograba hacer que todo a su alrededor fuera excitante.

Al llegar al recinto, William se percató de que, a su paso por las mesas, la gente la admiraba. Sabía de antemano que Amy era una mujer que no pasaba desapercibida.

—Amy, tan bella como siempre. —Un hombre de unos cincuenta y tantos se acercó a ellos, tomó la mano de ella y le depositó un suave beso.

—Gracias, Graham, tú siempre tan caballeroso. —Amy aceptó la copa que un camarero le ofreció.

William carraspeó para hacer notar su presencia.

—Oh, pero que tonta soy, no los he presentado —reconoció apenada—. William, el señor es Graham Matterson, el director del comité de concursos de belleza.

Los hombres estrecharon las manos y cruzaron un par de palabras antes de que los dirigieran a su mesa.

La cena transcurrió tranquila, la conversación fluía con naturalidad y Amy se relajó. William era un conversador excelente que no tardó en acoplarse a sus compañeros de mesa. Reconoció que se sentía cómoda con él y, con la ayuda de un par de copas de champaña, los prejuicios fueron perdiendo color hasta desvanecerse.

Una suave melodía interpretada por un cuarteto inundó de romanticismo el lugar. William la invitó a bailar, la tomó por la cintura y pegó sus cuerpos hasta que no quedó espacio alguno entre ellos.

Amy lo estimulaba en todos los sentidos, física, intelectual y emocionalmente. Su deseo por ella era cada vez más intenso, más difícil de controlar.

Compenetrados con el suave contoneo de sus cuerpos, en armonía con la música, Amy recargó la cabeza en el mentón de William. En ese instante decidió abandonarse a él y se dedicó a disfrutar de la suave seducción del hombre más apuesto de la fiesta.

La melodía terminó y, sin avisar ni perder tiempo, William la besó. Él pretendía darle un beso rápido, pero cuando ella correspondió se perdió por completo.

El plan de seducirla poco a poco le pareció absurdo; la necesitaba con urgencia. Acercó su hombría al vientre femenino, sin escrúpulos ni pudor alguno. No tenía caso negar lo evidente.

—Te deseo, Amy.

—Y o a ti. —Una vez despojada de todo aquello que le impedía entregarse al placer, no le fue

difícil reconocer su sentir.

—¿Podemos marcharnos ya? —William no se esforzó en disimular su impaciencia.

Amy siempre había sido una mujer sensata y pocas veces se había atrevido a desafiar las normas. ¿Y eso a qué la había conducido? Decidió dejar de lado la razón y guiarse por sus instintos. Envalentonada por sus pensamientos, se puso de puntillas y lo besó en muda respuesta a la insinuación de él.

—Vámonos de aquí —fue lo único que dijo William, después de ese beso que, por caballerosidad, había tenido que interrumpir.

Sin perder tiempo, se despidieron de los anfitriones y salieron del recinto tomados de la mano.

Will dio gracias al cielo por que la cena fuese celebrada en el salón de un hotel. Se dirigieron a la recepción y él reservó una habitación.

Como unos recién casados, impacientes por estar a solas, entraron en el ascensor. William no dio tregua alguna y la devoró con besos mortíferos que anularon toda capacidad de raciocinio en ambos.

Una vez dentro de la habitación, William volvió al ataque y la acorraló contra la puerta.

Las inseguridades más arraigadas de Amy tomaron fuerza. Su primera vez había sido con André. Su marido era el único hombre con el que había estado, por eso no sabía cómo comportarse.

Sabía coquetear y jugar a la mujer de mundo, pues en su trabajo era necesario un tanto de ello, pero esa experiencia en manejar al sexo opuesto que le habían conseguido los años era a un grado superficial. Nunca pasaba de un flirteo ingenioso. En la intimidad, era una historia totalmente opuesta.

Siempre fue una mujer amable y dócil, y esa parte de su personalidad se reflejaba hasta en la cama. André era quien llevaba la voz cantante, ella solo lo seguía. Su marido era un hombre muy pasional, de eso no tenía queja, siempre consiguió dejarla satisfecha, sin embrago, a diferencia de su vida laboral, en la intimidad, ella no era desinhibida ni atrevida, se limitaba a hacer lo que se consideraba adecuado para una dama, pues él, que era un tanto machista, pregonaba que una mujer tenía que conservar su dignidad hasta en el sexo.

«Hipócrita». El enojo y la rabia contra él regresaron. Cómo se atrevió a pedirle contención y recato si fue precisamente eso lo que, al final, lo alejó de ella.

Fue el pudor y su falta de pericia en esos menesteres los que habían conducido al desastre. Sin el menor miramiento, él decidió cambiarla por una mujer que, por lo visto, no tenía inconveniente en romper los convencionalismos.

Sin ser consciente de ello, se tensó y William lo notó.

—¿Qué sucede? —La miró con la preocupación derramándose en esos ojos del color de la miel.

Amy deseó ser una mujer libre, sin prejuicios ni inhibiciones. «¿Qué te detiene? Solo tú misma», le dijo su voz interna. Decidió ser honesta con él.

—Will, hay algo que tienes que saber. A diferencia de lo que el mundo cree, en la cama no soy extrovertida. No soy buena en... ¿tú sabes?

—Por lo que he alcanzado a vislumbrar, permíteme que difiera.

—André ha sido el único hombre con el que he estado, no conozco nada más, y quizá por ello te decepcione.

—¿Qué te hizo ese hombre para minar así tu seguridad?

Esa pregunta le cayó como un balde de agua fría. «Sé honesta», exigió su consciencia.

—No me permitió salir de la zona de confort, explorar, arriesgarme.

—En pocas palabras, no te dejó aventurarte a ser tú misma.

—Sí, podría decirse que fue así.

—Conmigo no tienes que temer ni avergonzarte de nada. Créeme, linda, yo no tengo inconveniente alguno en que mi chica sea una dama ante la sociedad y una puta en la cama. Al contrario, solo un idiota frena la naturaleza apasionada de una mujer.

—Oh, Will. —Lo abrazó con fuerza.

—No se diga más. La intimidad es un asunto de dos y lo que suceda en esta habitación se queda entre estas cuatro paredes. ¿De acuerdo?

Amy asintió con la cabeza y él reclamó una vez más sus labios. Mientras William la besaba con una pasión que tenía años sin sentir, las inseguridades, que quisieron hacer acto de presencia, se diluyeron hasta desaparecer por completo.

¿Qué importaba si su cuerpo no era perfecto? Las estrías de los embarazos y los estragos de la edad eran marcas de guerra, pruebas fehacientes de su lucha en la vida. Algo que, lejos de avergonzarla, le debería recordar quién era.

Como intuyendo su sentir, William la besó con extrema dulzura. Sus manos ansiosas recorrían cada parte de ella. Le desabrochó el cierre del vestido y este cayó a sus pies.

—¡Dios, Amy! Vas a matarme. —Contempló encantado la fina lencería que estaba de locura, al igual que ella.

Amy lo tenía a mil. Nunca antes había sentido tanto deseo y urgencia. La besó en los hombros y con lentitud bajó a los reinos de encaje negro y listones rosados que guardaban solo para él la gloria de los blancos montes. Los adoró con labios y dientes hasta que de ella escapó la aprobación que buscaba. Ese sutil gemido le llenó el alma de gozo y acrecentó su necesitada hombría, la cual exigía atención inmediata.

Amy colocó la mano en el bulto de sus pantalones y eso bastó para desatar al animal salvaje que Will llevaba dentro.

Libre de toda atadura, lo desnudó y exploró ese magnífico cuerpo a placer. William la dejó hacer, encantado de ser para ella como un parque de diversiones o un campo de nuevos horizontes.

Jugaron, se aventuraron a probar nuevas posiciones y todo aquello que se les ocurriera. El resultado fue la experiencia más placentera y excitante de sus vidas.

Satisfecha como nunca antes, Amy descansaba en brazos de William. Se permitió contemplarlo mientras él dormía. No se arrepentía de nada de lo que había hecho, al contrario, estaba más que feliz con el desenlace.

Sabía que comparar era de mal gusto, sin embargo, había sido inevitable. André era un amante apasionado, sin duda, pero nunca había logrado sacar a la superficie a la Amy desinhibida y salvaje que ni ella misma conocía.

En cambio, William era magnífico como amante, nada egoísta y generoso en atenciones. La dejó ser y hacer. La hizo sentir una mujer capaz de provocar y de volver loco a un hombre, solo con su cuerpo.

Con él era libre, podía ser ella misma. Esos fueron sus últimos pensamientos antes de quedarse dormida.

—Hola, preciosa, ¿cómo amaneciste? —preguntó William con una sonrisa pícaro.

—Muy bien, joven caballero, ¿y usted? —Lo miró provocativa.

—Muy hambriento. —La devoró con la mirada y comenzó a despertar su cuerpo con caricias íntimas.

—Entonces pidamos servicio al cuarto —respondió con fingida inocencia.

—Me temo que el platillo que apetezco no está en el menú del hotel.

Se colocó encima de ella y la locura volvió a resurgir...

A partir de ese día, William y Amy mantenían una relación que ninguno de los dos quería etiquetar. No se complicaban la vida en buscar poner nombre a lo que sentían, solo se dejaban llevar y disfrutaban del momento.

En un principio, para William, esa falta de compromiso era estupendo, era el paraíso para un hombre como él, que no deseaba algo permanente, sin embargo, entre más tiempo pasaba con Amy, comenzó a cambiar de parecer y aún no sabía cómo planteárselo.

Amy, por su parte, era feliz así, libre y realizada en su profesión, con unos hijos maravillosos y un hombre magnifico que no limitaba sus alas. ¿Qué más podía pedirle a la vida?

Por desgracia esa era una pregunta demasiado peligrosa, pues no estaba preparada para afrontar la respuesta.

—¿Dónde te parece bien que instalemos la barra de postres? —le preguntó Lía a su jefa.

—Di a los meseros que la coloquen a la derecha, junto a la mesa de las ensaladas.

Amy verificaba que todo estuviera en su lugar. En un par de horas daría inicio el evento y todo tenía que ser perfecto.

Elizabeth había sugerido al comité de la fundación Juntos podemos que contrataran los servicios de Amy para la organización de la cena benéfica, que cada año se llevaba a cabo para recaudar fondos para los niños de calle.

Concertaron una cita y Amy realizó una presentación. Los directivos quedaron más que conformes con su proyecto y le dieron luz verde.

Amy entró en el tocador para damas para cambiarse. En un momento más comenzarían a llegar los invitados y tenía que lucir radiante. Se miró al espejo de cuerpo entero con aprobación.

Un par de días antes, Alexia y ella habían ido de compras para escoger el vestido que llevarían a la cena. El de Amy era en lentejuela azul marino, sin un hombro. La tela tenía una caída tan espectacular sobre sus caderas que la hacía parecer una sirena. El largo apenas si dejaba ver sus elegantes zapatillas de alto tacón y sus bonitos pies.

El maquillaje y el peinado que le había hecho la estilista le sentaron de maravilla. A riesgo de parecer soberbia, reconoció que estaba muy atractiva. Se dijo que ni en sus veinte se veía así de guapa.

La noche transcurría perfecta. Recibió a sus hijos, que venían acompañados de la familia Tyler y los llevó a su mesa.

Después de las subastas, las personas comenzaron a disfrutar de la cena tipo bufet que había preparado.

—¿Dónde prefiere que coloque esto? —le preguntó uno de los meseros.

Amy estaba en un rincón desde el cual observaba todo a su alrededor.

—En un costado de los pasteles.

El trabajador se marchó a cumplir sus indicaciones, entonces, escuchó una voz conocida que le habló al oído.

—Estás hermosa esta noche, apenas si pude reconocerte.

Se volvió para encarar al hombre.

—Hola, André. No sabía que te gustaba participar de este tipo de eventos.

—Estoy aquí por petición de un cliente. Tú sabes que estas cenas en particular no son de mi predilección. Soy de la idea de que, para hacer un donativo, no se necesita tener presente a cientos

de personas y a la prensa.

Amy sabía que tenía razón, él era generoso con los más desprotegidos y no hacía alarde de eso.

—A veces es un mal necesario para que los más bendecidos suelten un poco de lo que tienen, ¿no crees? —Se sintió incomoda.

Estar con él después de varios meses le pareció una situación extraña; era una desconcertante mezcla entre lo familiar y lo desconocido. Era como si André fuera otra persona, una a la cual ella conocía, pero no del todo.

—Debo felicitarte, todo está perfecto. Aunque no me extraña, siempre has sido la mejor. No sé cómo Justin fue tan tonto para prescindir de ti. —De pronto guardó silencio al comprender lo que había dicho.

Amy lo miró con desaprobación, no hizo falta que dijera nada para que André comprendiera lo obvio. La respuesta era simple: por la misma razón que él, por estúpidos.

Ambos habían lastimado a la mujer más maravillosa sobre el planeta. Justin la había perdido como elemento crucial en su empresa y él como la magnífica esposa que era.

—Fue un gusto charlar contigo, André, sin embargo, tengo que ocuparme del evento. —Se valió de su trabajo para escapar del incómodo momento.

André no podía dejarla ir y por eso la tomó por el brazo.

—Amy, tenemos que hablar...

—Creí que eso hacíamos.

—Sabes a qué me refiero.

—En realidad, no. —Prefirió salirse por la tangente.

—Por favor, Amy, necesito que me escuches, estoy arrepentido...

—¡Basta, André! Regresa con tu mujer que nos mira con cara de pocos amigos. No le faltes el respeto a ella y mucho menos a mí. —Se alejó hecha una furia.

¿Qué demonios le sucedía a ese hombre? ¿Qué pretendía? ¿Rogar por la oportunidad que él mismo le negó? ¿Acaso estaba loco?

Capítulo XXII

William, en cuanto llegó al recinto, buscó a su adorado tormento, pero no lograba localizarla, entonces sintió un suave toque en el hombro.

—¿Will? ¿Qué haces aquí? —le preguntó su hermana nada más verlo.

—Vengo acompañando a alguien. —Sonrió mientras buscaba a Amy entre los presentes.

—En verdad te desconozco, hermano, pareces un perrito faldero —se burló ella.

¿Perrito faldero? ¿Él?

Reconoció que lo que su hermana decía tenía toda lógica. No tenía caso seguir negándose algo que era visible hasta para los demás. Estaba loca y perdidamente enamorado de Amy Parker, y esa noche le pediría que formalizaran su relación.

—¿Y tu marido dónde está? —preguntó sin dejar de buscar a su ninfa de cabellos de fuego.

—Buscado la expiación de sus pecados —respondió hastiada.

En ese instante, William divisó a la causa de sus desvelos que caminaba con la elegancia de una reina.

—¿Me disculpas, hermana? Tengo algo que hacer.

William la abrazó por la espalda y le besó el cuello en clara señal de posesión. Esa mujer era suya y, cuanto antes el mundo lo supiera, mejor.

—¿Qué haces? —Amy se giró para mirarlo de frente y se le aceleró el pulso. «¡Cielos! ¡Cuánto me gusta este hombre!», reconoció.

—¿Que no es evidente? Le muestro a todos estos caballeros que la mujer más hermosa de la fiesta es solo mía. —Mostró la sonrisa más seductora de su repertorio.

Amy le correspondió con una igual de provocativa.

—Eso es muy de hombre de las cavernas, ¿no crees?

—Sí, lo sé, pero no puedo evitarlo. —Volvió a besarla, luego la llevó a un rincón donde las sombras y unas cuantas macetas les daban un poco de privacidad.

André buscaba a Amy, estaba decidido a hacerse escuchar cuando la vio en una de las esquinas cerca de la terraza. Su vestido apenas se distinguía entre las hojas de las plantas que la rodeaban. Conforme se acercaba, descubrió que no estaba sola; un hombre, el cual le daba la espalda, besaba a su esposa.

«¿Qué esperabas?», le recriminó su voz interna. Sabía de primera mano que Amy era una mujer excepcional, no solo hermosa en el exterior, brillaba con luz propia. Era más que obvio que alguien más lo vería.

—¿Nos vamos ya? Estoy bastante aburrida. —Cindy lo tomó del brazo, sacándolo así de sus pensamientos.

Cindy echaba humo por la rabia que sentía. Para ella no pasó desapercibido el repentino interés de su marido por su exmujer.

En el auto, de camino a casa, Cindy reconoció que, aunque en un primer instante no le gustó que su marido saliera tras su ex, quizá era lo más conveniente. Su ego herido sufrió un revés al ver lo bella que Amy lucía; sí, pero luego comprendió que, si ese par se arreglaba, André tendría que divorciarse de ella para volver con Amy. Si se ponía lista, podía sacarle mucho jugo a la

situación.

André aún seguía descolocado por lo que acababa de ver. En su egoísmo nunca se permitió pensar que, al igual que él, Amy tenía derecho a rehacer su vida. El solo pensarla con otro le carcomía las entrañas.

En cuanto llegaron a la mansión, él se escabulló a su despacho. Necesitaba pensar, poner en orden sus ideas y tomar acciones al respecto. Porque era un hecho que no podía seguir así.

Tomó una botella de whisky del mueble bar y se dejó caer en la silla de cuero tras su escritorio. Agarró los sobres de la correspondencia y uno a uno los abrió.

No tenía por costumbre fiscalizar las cuentas de su mujer, con Amy nunca lo hizo, sin embargo, su contador le había informado sobre la preocupante manera de gastar de su nueva esposa.

Se recriminó por creer que el hombre exageraba, pero, al ver el estado de cuenta bancario, entendió la preocupación de su contable.

Hecho una fiera, subió los escalones de dos en dos.

—¿Me puedes decir en qué demonios has estado gastando tanto? —Le tiró a la cara el papel con los movimientos bancarios.

Cindy, que salía del cuarto de baño, se quedó paralizada al verlo tan furioso. Pero el susto solo le duró unos segundos, pues su carácter salió a relucir.

—Creí que era mi dinero y que podría hacer con él lo que me diera la gana. ¿No fue eso lo que me dijiste? ¿O acaso ya se te olvidó? Lo cual no me extrañaría, a tu edad es común que la memoria falle. —Con toda la tranquilidad del mundo, tomó asiento frente al tocador para cepillarse el cabello.

—¡Maldita la hora en la que me casé contigo! —gritó André arrepentido.

—Eso dices ahora, pero bien que lo has pasado conmigo en la cama —le dijo cínica.

—¡Pues claro! ¡Si es para lo único que sirves! —le espetó asqueado.

Una vez más se preguntó qué pudo encontrar de atractivo en unos pechos de silicona y una mueca plástica. Entre más la observaba, más decadente y fría le parecía.

Cindy se levantó furiosa, André nunca la había visto así, siempre le mostraba una cara angelical y le hablaba en un tono dulce.

—Y tú solo me servías para conseguir lujos y dinero. Ahora resulta que ya ni para eso. Mírate, André, eres un viejo decrepito. ¿En verdad crees que estaba enamorada de ti? ¡Por favor! Yo solo buscaba lo que tu prestigio y tu posición social podían darme. Porque ni en la cama eres bueno, he tenido mejores que tú y no van por ahí sintiéndose Casanova. No sé cómo es que la estúpida de Amy te aguantó tantos años...

—¡Cállate, maldita zorra! —André le dio tremendo empujón, que Cindy cayó al piso.

Nunca le había pegado a una mujer y, aunque sentía ganas de asesinarla, no le daría esa arma para que la usara en su contra. Esa víbora era capaz de hundirlo en la cárcel con tal de quedarse con lo suyo.

Cindy al fin se había descarado y se mostraba ante él como era: una mujer de belleza superficial manipuladora y sin sentimientos, capaz de venderse al mejor postor. Por desgracia, él había sido el estúpido que la compró.

Salió de la habitación porque temía que, de no hacerlo, sería capaz de cometer una locura.

Con un fuerte azote de puerta, salió de la mansión, subió a su auto y arrancó a toda velocidad. Necesitaba pensar.

¿Qué había hecho? ¿Cómo dejó que la calentura por esa víbora lo perdiera tanto? Él, uno de los abogados más cotizados por su agudeza y pericia, había sido burlado por una mujerzuela.

Recordó lo hermosa que lucía Amy esa noche. Tenía poco más de un año que no la veía. Había pensado en ella a menudo y la extrañaba, pero no se permitió ir más allá. En un sinfín de ocasiones estuvo a punto de llamarla, de buscarla, sin embargo, terminaba por claudicar.

Sabía de ella por sus hijos. Estaba enterado de que tenía su propia empresa organizadora de eventos y que le iba de maravilla. Nunca se le ocurrió pensar que, al igual que él, su exmujer hubiese encontrado a alguien más.

Lo que más le dolía era comprender que ella estaba mejor sin él. A diferencia suya que cada vez estaba más hundido y vacío.

Recordó aquella época en la que volvía a casa y ella estaba allí. Cuando llegaba tarde, lo esperaba despierta para preguntarle por su día, siempre al pendiente de sus necesidades. ¿Y él qué hizo por ella? Tenía una familia y decidió perderla.

Manejaba sin rumbo fijo cuando su móvil comenzó a sonar, lo ignoró, no deseaba hablar con nadie, y menos aún con la zorra que había cometido la estupidez de convertir en su esposa.

El aparato volvió a timbrar, lo sacó del bolsillo de su chaqueta para apagarlo; cuando reconoció el número, se orilló y estacionó el vehículo para atender la llamada que llevaba días esperando.

—*Señor Rossetti, tengo la información que me pidió. ¿Dónde puedo verlo?* —preguntó el hombre con un tono que no auguraba nada bueno.

—Dígame lo que descubrió —ordenó impaciente.

—*Señor, no creo que sea correcto decirle por teléfono...*

—¡Habla de una maldita vez! —masculló.

El hombre tras la línea suspiró resignado.

—*En efecto, tenía usted razón para desconfiar. Su esposa se ha estado viendo con un hombre joven en diferentes hoteles de la ciudad. Primero, van a los cajeros bancarios para realizar el retiro, de allí al lugar destinado. Siempre paga en efectivo para que no se pueda rastrear el cobro.*

—¿Tiene modo de comprobar lo que dice?

—*No del todo, solo los videos de los cajeros y de la recepción de algunos de los hoteles. Su esposa es muy lista, como ya le dije, paga en efectivo y se ha estado registrando como Amy Parker.*

André quedó impactado, sentía que el aire le faltaba; la muy cínica se atrevía a usar el nombre de Amy para tapar sus porquerías.

—*Señor Rossetti, ¿sigue ahí?*

—Sí, dígame qué más descubrió, ¿quién es el tipo?

—*Es un excompañero de la escuela. Tiene antecedentes por robo con arma de fuego, posesión de drogas, etc. Al parecer han llevado relación los últimos diez años y, por lo que he podido averiguar, lo han estado pasando de maravilla con el dinero que usted le daba a la señora Rossetti.*

—Eso ya me quedó claro, ¿qué más?

—*Esta última vez que usted viajó al congreso internacional de negocios, en la ciudad de New York, ella y ese joven pasaron unas excelentes vacaciones en un hotel de lujo en la Riviera maya mexicana. Y así, como esa, le puedo enumerar varias ocasiones más, pero, como ya le dije, preferiría hacerlo en persona. Para entonces tendré fotografías para avalar en lo posible el caso.*

André dejó de escuchar al detective; le hervía la sangre. ¿Cómo pudo estar tan ciego? Esa

arpía se había burlado de él desde el primer día y por estúpido cayó redondo en su juego.

La dejaría sin nada y se encargaría de hundirla en el fango. Se le hacía tarde para llegar a su casa y correrla como lo que era: una ramera.

—Mañana pase a mi despacho por su pago —fue todo lo que dijo, colgó el teléfono y arrancó el auto.

Manejaba como alma que lleva el diablo; estaba tan loco de ira que no se percató que, al pasarse la luz roja, un tráiler lo impactó en su costado. Su último pensamiento: Amy.

Amy observaba todo a su alrededor, satisfecha. Los meseros comenzaban a recoger los utensilios del bufet y el personal del *catering* a desmontar. Todo había sido perfecto y las felicitaciones y halagos que recibió por su organización la llenaban de gozo.

—Otro cliente satisfecho —expresó Lía.

—Sí. Ya puedes retirarte, no es necesario que me esperes.

—¿Estás segura?

—Por supuesto, me voy con Alexia y Vincent. ¿Lo ves? No me quedo sola. —La tranquilizó.

William se había marchado temprano porque al día siguiente tenía que viajar para ocuparse del caso de un cliente que residía en otro estado.

Alexia y Vincent aguardaban por ella en el sofá de un rincón. Tomó el bolso y sacó su móvil para ver qué hora era. El corazón por un momento se le detuvo al ver incontables llamadas perdidas, tanto del número fijo de su casa como del celular de Eros. Comprendió que algo grave debió pasar para que su hijo insistiera tanto.

—¿Eros? ¿Todo está bien?

—*No, es papá. —El chico hizo una pausa—. Sufrió un accidente, estoy en el hospital, pero nadie me dice nada, solo que está en quirófanos y eso es todo.*

Amy sintió cómo se le helaba la sangre en el cuerpo.

—¿Qué? ¿Cómo pasó? Si hace un rato andaba por aquí.

—*No lo sé, la policía también está esperando el parte médico para saber si pueden interrogar a papá* —respondió con tono apagado.

—Tranquilo, corazón, vamos para allá. Todo estará bien, hay que tener fe.

Alexia, al ver que su madre se desplomaba sobre la silla, pálida como muerto, se preocupó. Sin perder tiempo, se acercó.

—¿Sucede algo?

—Es tu padre. Está en el hospital.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

—No sé mucho, solo que sufrió un accidente y que lo están atendiendo. Eros ya está allá, será mejor que nos demos prisa.

André fue llevado en estado crítico al hospital más cercano. El doctor Sullivan, su médico de cabecera desde hacía más de veinte años, se hizo cargo de él en cuanto fue notificado. No estaba enterado del nuevo matrimonio de su paciente hasta que una jovencita se presentó como la esposa de André Rossetti.

Cindy acudió a la clínica con la esperanza de que su marido por fin se muriera, así ella podría disfrutar de su herencia sin tener que pasar por el engorroso trámite del divorcio.

Cuando entró en el cuarto donde lo tenían, no se inmutó ante un André inconsciente, lleno de tubos, vendajes, sondas.

Instalada en su papel de esposa sufrida y abnegada, se acercó, dio un beso en la mejilla descubierta y le susurró al oído:

—Por qué no te largas al infierno de una buena vez, ¡maldito vejete!

En ese momento el doctor Sullivan entró para hablar con ella y darle el parte médico, el cual no era en absoluto alentador.

—No voy a mentirle, señora Rossetti, su marido está muy grave. Se encuentra en coma, por lo que aún no puedo darle un diagnóstico exacto del daño recibido, puesto que es muy pronto para saber si habrá secuelas...

—¿Secuelas? —preguntó de inmediato.

—Su marido ha sufrido una embolia a causa de un coágulo que se formó después del impacto. Este evento paralizó el lado derecho de su cuerpo; por ahora no puedo decir si la condición de su esposo es permanente o temporal.

Así que, si André sobrevivía, tendría que cuidar de un vejete inválido. ¡Qué horror! «Primero muerta».

—Gracias por todo, doctor. —Se permitió soltar un par de lágrimas.

—Señora, le recomiendo que avise a sus hijos. En las condiciones en las que se encuentra el señor Rossetti, debemos estar preparados para todo.

—Pierda cuidado, doctor. Así lo haré. —Ahogó un supuesto sollozo.

Una vez a solas, se replanteó los pasos por seguir. André no había tenido tiempo de cancelar sus tarjetas ni la cuenta, era obvio. En unas horas los bancos abrirían, así que aprovecharía para retirar lo más posible.

El médico tenía razón, había que estar preparados para todo. Si el vejete se moría, eso sería lo ideal; pero, si por mala suerte sobrevivía, tenía que vaciar las cuentas y huir antes de que pudiera detenerla.

Capítulo XXIII

Amy y comitiva llegaron lo más rápido que les fue posible al hospital. En cuanto Alexia vio a Eros, corrió a su encuentro en busca de respuestas.

Amy vio cómo su hijo negaba con la cabeza, señal de que todavía no sabía nada de André. El tiempo pasaba y no les daban información concreta, solo que lo estaban interviniendo.

Cindy no aparecía por ningún lado, por lo que Amy se preguntó si también ella resultó herida en el percance. En ese momento el doctor Sullivan salió de un pasillo y, sin perder tiempo, los chicos lo abordaron.

En un instante el médico los puso en antecedentes sobre la condición de su padre y no dio muchas esperanzas. El pronóstico era reservado, aunque, como André era un hombre fuerte y sano, esperaban que eso actuara en su favor.

Desconsolada, Alexia se aferró a los brazos de Vincent mientras él la confortaba.

—¿Podemos verlo? —preguntó Eros al médico cuando este terminó de hablar.

—Por el momento está la señora Rossetti con él, en cuanto salga podrán pasar a verlo; solo uno a la vez —advirtió.

Amy se mantenía cerca de sus hijos, pero con perfil bajo. A fin de cuentas, André ya no era su responsabilidad. ¿Entonces por qué le dolió que el doctor Sullivan nombrara a esa bruja como señora Rossetti? ¿Sería solo cuestión de orgullo o habría algo más? No quiso ahondar en ello. Era demasiado complicado. En esos momentos sus hijos la necesitaban entera y no podía permitirse adentrar en temas escabrosos.

Estaba sumida en sus pensamientos cuando la bruja en cuestión apareció. Amy creyó que esta le haría una escena o la correría, pero, para su sorpresa, Cindy se mostró de lo más amable con sus hijos y a ella la saludó de manera cortés.

Le pareció extraña la actitud dócil y abnegada. No confiaba en ella, la amabilidad de esa mujer no auguraba nada bueno, de eso estaba segura.

Pasaron varios días en los cuales André seguía luchando por su vida. Cindy apenas si se aparecía y, cuando la hacía, era con la esperanza de que su marido hubiera muerto.

Amy se daba sus vueltas para estar cerca de sus hijos, pues Alexia y Eros se turnaban para estar con él, porque su esposa no lo procuraba.

Esa tarde, cuando llegó al hospital, se encontró con que Alexia y Cindy discutían. Su hija reclamaba a esa bruja la falta de atenciones hacia su marido.

—Pues, si tanto te importa, dile a la tonta de tu madre que se haga cargo. Estoy segura de que lo hará encantada. Por eso viene tanto a pesar de que ya no le concierne estar aquí. ¿No es así? —Cindy escupía su veneno sin darse cuenta de que la aludida estaba justo detrás.

Amy no se dejó apabullar por esa mujer, hacía mucho tiempo que había dejado de ser importante para ella, por lo tanto, ya no podía dañarla.

—Hasta donde tengo entendido, le corresponde a la esposa cuidar de su marido. Es una de las responsabilidades que vienen en el paquete. En las buenas y en las malas, ¿recuerdas? —respondió con una amable sonrisa. Jamás le daría el gusto a esa mala mujer de verla herida o lastimada.

Cindy se volvió hacia ella con la cara descompuesta por la rabia. Después de unos segundos, se recompuso y dijo:

—Me importa poco lo que opinen de mí. Soy la única dueña de mis actos y haré lo que me dé la gana. —Dicho eso, se marchó furiosa.

Entró en el auto echando pestes y maldiciones. Todo estaba complicándose. Esa mañana la había llamado el doctor para decirle que André evolucionaba. Aunque aún no recuperaba la consciencia, ya le habían quitado el respirador artificial. El peligro de muerte había pasado.

Su móvil timbró y de mala gana contestó.

—*Señora Rossetti, perdón que la moleste, pero desde hace unos días el detective Johns viene a preguntar por el licenciado y ya no sé qué más decirle, así como a los clientes. No me parece pertinente seguir mintiendo* —expuso Rouse, la secretaria que ella misma le había endosado a André.

—Se te paga para seguir órdenes, no para opinar. Diles que mi marido extendió su viaje y que no sabes cuándo regresa.

—*Pero...*

—Haz lo que tengas que hacer y no molestes, para eso te paga mi esposo, ¿no? En cuanto a ese detective, ¿qué quiere? —preguntó alarmada; si André la había mandado investigar, estaba perdida.

—*No lo sé, señora. Trae unos documentos y dice que solo se los entregará al licenciado Rossetti, a nadie más.*

—Dígale que venga a hablar conmigo, por favor —pidió nerviosa.

Unas horas después, Cindy comprobó que sus sospechas eran reales; André lo sabía todo. El detective acababa de marcharse; fue su actitud hosca y el que se negara a entregarle el informe lo que hizo que ella leyera entre líneas que su marido estaba enterado de sus andanzas.

Tenía que tomar todo lo de valor y hacer maletas. Lo único que quedaba era huir y llevarse lo más que pudiera.

El caprichoso destino se empeñaba en jugar con los miembros de la familia Rossetti como si fueran marionetas...

En cuanto regresó de su viaje, William pasó por el hospital para apoyar a Amy y sus hijos. En ocasiones anteriores había escuchado a Alexia quejarse de la repulsiva mujer que se había casado con su padre, pero, hasta ese momento, él no la conocía.

Alexia y Eros estaban más que indignados porque la susodicha tenía días sin aparecer.

—¿Ya le hablaste? —masculló Eros molesto.

—Sí, y no me contesta el teléfono. —Alexia no disimuló su desagrado.

Como cosa hecha adrede, el aparato comenzó a sonarle.

—Hola, amor.

—*Ya tengo la información que pediste* —Vincent no sabía cómo lo tomarían, pero no tenía caso negar la verdad, sería tan absurdo como querer tapar el sol con el dedo—. *Estabas en lo cierto en desconfiar, linda. Esa mujer vació las cuentas a las que tenía acceso y se fugó con su amante.*

—¿Qué? —Estaba tan furiosa que por un momento se olvidó de que estaba en un hospital—. Esa maldita hija de p... —Tomó aire para calmarse—. Gracias, amor.

—*Siento ser portador de tan malas noticias.*

—No te preocupes, Vince. Te veo más tarde. —Colgó.

—¿Qué pasó? —Eros externó la pregunta que todos se hacían.

—Esa... mujer vació las cuentas de papá y se largó con su amante.

—¿Qué? —Eros apretó los puños y rechinó los dientes hasta que la mandíbula le dolió.

Amy quedó pasmada. Aunque André le había hecho mucho daño con su traición, no se alegraba de verlo en desgracia. Su lado oscuro hubiera podido decir: «Te lo dije». Sin embargo, era mayor la pena por él.

Postrado en una cama, sin saber si despertaría algún día ni qué secuelas quedarían después del accidente y con una situación financiera incierta. Eso era más que castigo suficiente como para deseárselo algún mal.

—Alexia, Eros —tomó la mano a cada uno—, deben ser fuertes. Cuando su padre tome conciencia, porque tengan fe en que lo hará, los va a necesitar más que nunca.

—Siento tanta rabia —expresó Alexia con lágrimas en los ojos.

—Lo sé. Es ahora cuando él más requerirá de su apoyo. El viaje que le espera es muy duro, yo ya lo recorrí. A diferencia mía, él aún tiene que enfrentarse a pruebas todavía más duras. No es solo la traición de esa mujer, también son los cambios físicos que el accidente pueda dejarle. Su padre los necesita enteros.

—¿Cómo pudo dejarte si eres la mujer más buena del mundo? —Eros se abrazó a ella.

—No soy perfecta, hijo.

—No, pero eres una gran mujer, un ejemplo a seguir. Cualquiera en tu lugar estaría feliz porque la vida se encargó de darle la revancha, sin embargo, estás aquí con él, le brindas tu apoyo desinteresado y te preocupas por su bienestar. Te admiro, mamá —dijo Eros y la besó en la frente.

Amy se dispuso a acompañar a William a la salida; cuando regresaba a la sala de espera, se encontró con el doctor Sullivan.

—¡Señora Rossetti! —saludó el galeno con cariño.

—No más señora Rossetti, solo Amy; André ya no es mi marido.

El médico se sonrojó y juntos avanzaron por el pasillo.

—Perdóneme, señora Parker, la costumbre de tantos años.

—Lo sé y en verdad le agradezco todo lo que ha estado haciendo por él.

—He intentado localizar a la —hizo una mueca— señora Rossetti. No me ha sido posible.

—Esa mujer se fue. Abandonó a mi padre a su suerte, justo ahora, cuando más ayuda necesita —respondió Alexia, aún furiosa.

El médico los miró consternado. Esa mujer se veía tan dulce e inocente, pero como reza el dicho popular: «Caras vemos, corazones no sabemos».

—Les traigo buenas noticias. —Optó por cambiar el tema—. André está fuera de peligro. Hace unos minutos despertó del coma.

—¡Genial!

—¡Excelente!

—En estos momentos lo están trasladando al laboratorio para hacerle unos estudios y poder valorar el daño en su cuerpo. Aún sigue sin mover su lado derecho. Las pruebas nos revelarán si su condición puede ser reversible con medicamentos y terapias. Aunque en estos casos, no se sabe con exactitud, pueden quedar secuelas para toda su vida y quizá no recupere del todo la movilidad, o puede volver a ser el mismo; solo el tiempo y Dios lo dirán.

Los hermanos se miraron emocionados.

—¿Podemos pasar a verlo? —preguntó Alexia.

—No creo que exista inconveniente; en cuanto terminen de hacerle los estudios, les informaré.

Cuando André abrió los ojos, un terrible martilleo atormentaba sus sienas, intentó moverse,

pero no le fue posible. Estaba aturdido, no recordaba nada en absoluto, estaba en blanco.

Una enfermera le dijo que se llamaba André Rossetti, que había sufrido un accidente y que por eso estaba hospitalizado. Por más que trató, su mente seguía en brumas. No tenía la más mínima idea de quién era, ni antes ni después del accidente.

El médico indicó que se trataba de una amnesia temporal y que era normal en los pacientes que habían sufrido un trauma cerebral y un posterior coma. Para su fortuna, los estudios revelaron resultados favorables y muy prometedores.

Pasó varios días más en el hospital, aún no podía hablar del todo bien; su cara, al igual que su cuerpo del lado derecho, permanecía paralizada. Su mundo era un caos, gente a su alrededor que no recordaba. Unos jóvenes que decían ser sus hijos lo visitaban con frecuencia. Junto a ellos, fuera de la habitación, había visto a una mujer hermosa, como si de un ángel se tratara.

Un día no aguantó más la curiosidad y preguntó quién era ella. Los jóvenes le dijeron que era su exesposa y la madre de ellos.

¿Cómo podía ser eso posible? ¿Cómo había podido ser tan estúpido para haberla dejado? o ¿lo había dejado ella a él?

Inquietantes preguntas y miles de dudas eran lo único que había en su cabeza amnésica. Algo dentro de él le indicaba que quizá la respuesta no sería de su agrado. Solo sabía que le emocionaba el solo verla, por ello pidió que pasara.

Amy no tuvo corazón para negarse a su petición. Desde que lo internaron, esa era la primera vez que entraba a la habitación.

—¿Cómo te sientes?

André no le contestó, se limitó a tomar su mano con la que sí podía mover y se la llevó a los labios.

Amy decidió darle una tregua. No rechazó su contacto y permaneció con él hasta que se quedó dormido.

Él comenzó a solicitar su presencia con más frecuencia, por lo que ella se unió al rol para cuidarlo. A veces leía para él en voz alta, otras, solo le hacía compañía.

Mientras más la observaba, más le gustaba todo de ella. El dulce tono de esa sensual voz cuando leía para él. Esa franca y cálida sonrisa tenía el poder de iluminarle el día. Cuando ella se marchaba, se llevaba consigo toda la luz y alegría que irradiaba, dejándolo con una sensación de pérdida que lo hundía en un profundo y negro abismo.

Una tarde, cuando Amy acudió a su visita diaria, sus hijos la interceptaron. Al ver sus gestos tan serios, se preocupó.

—Mamá, necesitamos hablar contigo —pidió Alexia un tanto cauta.

—¿Qué sucede? ¿Su padre está bien? ¿Acaso...?

—No, papá está bien, dentro de lo que cabe. —Alexia decidió abordar el tema de lleno—. El doctor dice que ya se hizo todo lo que la medicina puede aportar para la recuperación de mi papá.

—Eso es maravilloso, ¿entonces por qué esas caras largas?

—Van a darle de alta mañana —informó Eros.

—¿Y? —Amy no entendía por qué tanto misterio.

—El doctor dice que podemos llevarlo a casa, que ahí estará mejor que aquí.

Amy los miró confusa.

—En pocas palabras, sugirió que lo llevemos con nosotros —Alexia decidió ir al grano.

—¿Podemos llevarlo a casa? ¡Por favor, di que sí! Solo será en lo que se recupera. ¡Por favor, mamá!

Sus hijos la miraban con gesto suplicante.

—Si no aceptas, tendremos que llevar a papá a esa casa —Alexia habló con tanto desprecio del que siempre fue su hogar que Amy sintió una punzada de dolor en su corazón—. Esa mujer no solo destruyó su matrimonio, mamá, también todo lo bueno que había en la mansión. Esa bruja con su peste mancilló ese templo que siempre perteneció a nuestra familia. Si lo vieras... Ayer, que fui por ropa para papá, apenas si lo reconocí. Parece un mausoleo de lujo, frío y de mal gusto. Esa... se encargó de borrarlos de ahí. No hay fotografías, recuerdos, no queda nada de nosotros, de lo que fue.

—Aunque papá no está al tanto de lo que sucede con su vida privada, no creo que le haga bien estar allí —reiteró Eros.

Amy estaba consternada, una cosa era atenderlo en el hospital e incluso relevar a sus hijos en las guardias, y otra muy distinta el llevarlo a vivir a su casa. Ese era su nuevo hogar, su refugio. Le había costado mucho conseguir la armonía y paz que en él se respiraba.

De pronto sintió que las sienes le punzaban. ¿Llevar a André a vivir con ellos? ¡Eso era demasiado!

Aunque también tenía que reconocer que, si se negaba, sus hijos serían capaces de irse a la mansión con él, solo para cuidarlo, y ella quedaría como una rencorosa y egoísta.

Después de mucho meditarlo y de un inevitable dolor de cabeza, aceptó.

Capítulo XXIV

William estaba más que ansioso por ver a Amy; durante los días de ausencia, no había podido dejar de pensar en ella y extrañarla como un loco. Por eso, nada más volver a la ciudad, la citó en el mismo café de siempre.

—Amy, hace semanas que apenas si nos vemos y ahora me dices que tu ex se irá a vivir a tu casa. ¿Cómo quieres que esté tranquilo? —explotó.

—No tengo alternativa.

—Por supuesto que la tienes. Simple, di que no.

—No puedo, mis hijos se irán y... no es ese el comportamiento que quiero que aprendan.

—¿Cuál comportamiento?

—Ser egoístas y rencorosos.

—Amy, te pasas de generosa; tu ex ya no es tu responsabilidad.

—Lo sé. Créeme que lo hago por mis hijos.

Durante los tres meses transcurridos desde el accidente, William había tenido que viajar en varias ocasiones por el caso de su cliente fuera de la ciudad. Eso y las múltiples ocupaciones de ella apenas si les permitían verse, ni qué decir de estar juntos en intimidad.

William tomó una gran bocanada de aire para calmarse. Reconoció que su relación con Amy no era del todo formal; ella bien podría mandarlo a volar.

—Will, no ha sido fácil tomar esa decisión. Mis hijos necesitan a su padre y André los necesita a ellos, más aún, ahora que Cindy se marchó.

—¿André has dicho? —William sintió un sudor frío recorrer su frente.

Había estado tan enfrascado en su trabajo y la relación con Amy que se había olvidado de su hermana y su cuñado. Se dijo que de seguro se trataba de una maldita coincidencia, aunque ¿cuántos André casados con una Cindy podría haber por la ciudad? Soltó una maldición en voz baja.

—¿Tu exmarido es André Rossetti? —En el fondo, ya sabía la respuesta.

—Sí, ¿lo conoces?

—Sí, digo no..., bueno, sí. —Respiró hondo—. Hace tiempo trabajé con él —mintió porque aún no podía decirle la verdad. ¿Cómo reaccionaría Amy cuando supiera que él era el hermano de la mujer que le arrebató al marido?

Necesitaba pensar en la forma de salir lo mejor librado posible. Las cosas estaban demasiado tensas entre ellos como para agregar más leña al fuego. Decidió que lo mejor era esperar el momento preciso y, obvio, ese no lo era.

—Perdona que me comporte como un cavernícola, pero me pone celoso que tu exmarido esté cerca de ti. ¿Qué tal y quiera recuperarte?

—Eso no pasará. Ahora estoy contigo. —Le acarició la mejilla—. André es parte de mi vida, nos guste o no.

—Eso en nada me consuela, bonita.

—Para mí, es solo el padre de mis hijos, no más. —Lo besó en los labios sin importarle que estuvieran en un lugar público, como lo era esa mesa de aquel café—. ¿Por qué perdemos el

tiempo hablando de lo que no tiene remedio cuando podemos aprovechar el tiempo de una manera más placentera?

—Esa voz me agrada. Larguémonos de aquí.

—Por supuesto, Will.

Con una sonrisa, él pagó la cuenta y se dirigieron a su apartamento. Amy pasó la noche con él, cosa que, por lo regular, no hacía, pues con el hecho de tener a André bajo su mismo techo, le resultaba más difícil escaparse y explicar su ausencia.

No estaba de acuerdo en mentir, sin embargo, el doctor había insistido en que al principio era necesario omitir la verdad.

A la mañana siguiente, William tuvo que salir de la ciudad otra vez. Mientras iba en el avión, no podía dejar de pensar en lo complicado de su situación. En ese momento sentía deseos de patear, romper y desbaratar todo a su alrededor.

Había llamado al móvil de Cindy en varias ocasiones y el resultado era el mismo, la operadora marcaba que estaba inoperativo, lo cual no le extrañaba dada la forma en que su atolondrada hermanita había huido con un supuesto amante y el dinero de André.

—¿Qué hiciste, Cindy? —masculló molesto.

Por más que le daba vueltas a la situación, no encontraba la forma para amortiguar el golpe. Concluyó que no había manera suave de soltar una bomba como aquella.

Confiaba en la bondad de Amy, ella era una mujer sensata, lo cual a él le constaba, por ello esperaba que comprendiera que él nada tenía que ver con las acciones de su hermana. Ambos eran adultos, por ende, responsables de sus actos.

¿A quién diablos quería engañar? Cindy era su responsabilidad. Nadie más que él debió tener mano dura con ella cuando su madre faltó. Era una criatura consentida y acostumbrada a salirse con la suya sin importarle las consecuencias o el daño causado.

De pronto una risa histeria resonó en su cabeza. «Esto es, en definitiva, una mala jugarreta del destino».

Se preguntó si una relación que apenas estaba en pleno proceso de formación, en la etapa en la que se establecen la confianza y el respeto, podría superar los lazos de sangre, el pasado, el dolor y el rencor.

Los días pasaban y William no encontraba el momento adecuado para hablar con Amy. André se había instalado en el ático y avanzaba en su terapia a pasos agigantados, cada vez estaba mejor.

Debido a las circunstancias y al espacio, Amy le cedió su recámara y ella se instaló con Alexia.

André no recordaba su vida pasada. Tanto sus hijos como Amy eran muy generosos en sus respuestas, siempre y cuando no tocara lo que, le quedaba claro, era un tema tabú: el divorcio.

No podía dejar de preguntarse qué había pasado entre ellos. ¿Por qué estaban separados? ¿Qué fue lo que sucedió para terminar con esa hermosa familia?

En ese tiempo transcurrido, se había percatado de lo bien que se llevaban entre ellos. Alexia y Eros eran excelentes hijos, Amy era una madre excepcional; el único que parecía no encajar ahí era él y eso le dolía.

Cada día que pasaba estaba más convencido de querer recuperar a Amy. No recordaba la causa de su separación, pero estaba seguro de que podría reconquistarla. Ella no se había vuelto a casar y, al parecer, no tenía pareja, eso le daba esperanzas.

Pondría todo de su parte para reestablecerse y volver a ser un hombre normal, uno completo. Tenía que hacerlo si quería recuperar a su Amy.

William estaba desesperado, los días pasaban y aún no podía hablar con Amy respecto a su hermana. Nunca parecía ser el momento adecuado o, cuando por fin comenzaba, algo o alguien los interrumpía. Eso lo tenía en constante estado de estrés y ansiedad.

Alexia y Eros se habían marchado como todas las mañanas. Amy se encontraba en el despacho que había montado en el ático. Para estar al pendiente de André, mientras sus hijos estaban en la escuela, se había llevado el trabajo a casa.

Por fortuna, él comenzaba a moverse más. Era asombrosa su fuerza de voluntad. En poco tiempo había hecho grandes avances, al grado de que ya podía caminar con la ayuda de un bastón. Esperaba que pronto recuperaran cada uno sus vidas.

Tomó un legajo de papeles para revisar los presupuestos de sus proveedores. Estaba de pie, al lado del escritorio y sumida en sus pensamientos. Así fue como la encontró André cuando se paró junto a la puerta. La observó a detalle y le pareció la mujer más hermosa del universo.

Poco a poco estaba recuperándose. Aunque la terapia era bastante dolorosa, no se daba por vencido, se decía que todo bien lo valía con tal de volver a ser un hombre completo. Quería recuperar a su familia y nada lo detendría.

Ella no había notado que la observaba, seguía trabajando ausente del escrutinio visual al cual era sometida. El vestido blanco le marcaba de maravilla las curvas y su estrecha cintura. Sus bien torneadas y largas piernas lucían debajo de la suave prenda. El escote en corte V llegaba justo a la gloria. Gloria que él conocía, puesto que ella había sido su esposa; fue su mujer, la madre de sus hijos, por lo tanto, esa belleza de infarto había sido suya incontables veces. El solo pensar en ello lo excitó en un instante. Su hombría reaccionó de inmediato ante sus reflexiones. Al parecer, su mente no la recordaba, pero su cuerpo sí.

Carraspeó la garganta incomodo, Amy levantó la vista y lo vio. Se preguntó cuánto tiempo llevaría ahí, observándola.

—André, ¿necesitas algo? ¿Te sientes bien?

—Todo bien, nada más que estaba harto de estar solo.

Amy sintió su presencia magnética, su voz ronca y sensual era inconfundible. Se sorprendió al verlo tan entero; no cabía duda de que André era un roble. Ese hombre frente a ella estuvo al borde de la muerte y en ese momento no había rastro de ello, a excepción del bastón que utilizaba para caminar y unos cuantos detalles que solo los que convivían a diario con él podían notar.

Apartó la mirada, tenía tantas cosas por hacer que no podía entretenerse con él.

—Me alegra que te encuentres mejor y tan recuperado —dijo sin mirarlo y en tono impersonal.

André avanzó hasta ella y se colocó a su lado; Amy permanecía ausente, concentrada en lo suyo, al tiempo que se mordisqueaba el labio inferior sin ser consciente de lo sensual que eso resultaba.

Para él no pasó desapercibido lo fácil que era para ella ignorarlo. Entonces una sospecha se instaló en su cabeza, pero todas sus dudas se fueron al caño cuando ella se giró y chocó de frente con él.

Su libido se prendió como una antorcha en plena procesión. Ella despertaba su lado primitivo, lo estimulaba, encendía en él el deseo de tomarla y perderse en su piel hasta quedar sin aliento.

Sin pensarlo, bajó la cabeza y la besó. Al principio con ternura, luego, dejó salir todo aquel torrente que llevaba reprimido desde que la había visto en el hospital.

Amy estaba consternada. No quería corresponder, pero André seguía teniendo poder sobre ella y eso le molestó. Intentó apartarlo, sin embargo, él la atacó con toda su experta masculinidad, hasta que terminó por rendirla ante ese apabullante beso.

Sin darse cuenta, de pronto estaba acostada en el sofá con él encima. Entre besos, André recorría su cuerpo con manos, labios y dientes, deleitándose de sus curvas, de su aroma y de su dulce sabor.

Estaba fuera de control, el deseo por ella era tal que podría hacerle el amor allí mismo, diez mil veces y no quedaría satisfecho.

Amy estaba hundida en el encanto de André, entonces el rostro alegre de William apareció en su mente y se tensó al instante. Reconoció que las caricias de su ex provocaban en ella algo, pero eso en nada se parecía a lo que sentía con Will.

Como para protegerse del enemigo, en su cabeza, la imagen de Cindy y André haciendo el amor en el despacho de él la trajo de porrazo a la realidad.

Sí, André era un hombre muy atractivo, tenía el candor propio de los hombres del mediterráneo, sin embargo, fuera de la atracción física, no quedaba nada más. Solo la nostalgia de algo bonito que ya fue.

Decidida a poner los puntos sobre las íes, lo apartó de sí, se puso en pie y se alejó al otro extremo de la habitación.

—Sin segundas oportunidades.

—¿Qué?

—Lo que oíste. Se acabó, André, no queda nada.

Las palabras de Amy lo enfriaron como si le hubiesen echado un cubo con agua helada. La seguridad con que fueron pronunciadas no dejaba lugar a réplicas.

Estaba harto de no saber, de esas malditas brumas en su cabeza que lo tenían en blanco.

—¿Qué pasó entre nosotros? ¿Por qué nos separamos? Quiero la verdad, Amy.

—André, no creo que sea el momento...

—Por supuesto que los es. Ahora que no están nuestros hijos en casa, podemos hablar sin tapujos. Te exijo que me cuentes qué es lo que realmente pasó entre nosotros.

Amy se debatió unos minutos.

—No creo que estés en condiciones de saber la verdad, al menos hasta que estés recuperado del todo.

—¡Por Dios, Amy! ¡Habla de una maldita vez! ¿Por qué me dejaste? —Estaba furioso ante su evidente rechazo.

—¿Qué? ¿de dónde sacas semejante disparate? ¡Yo no te dejé! —Amy fue rotunda.

—¿Entonces? ¿Qué pasó? No entiendo nada —respiró hondo para tranquilizarse—. Escucha, amor, sea lo que sea podemos arreglarlo. Quiero recuperarte. En este tiempo junto a ti, me he dado cuenta de que te amo, quizás nunca dejé de hacerlo. Si lo que tú sientes, porque me ha quedado claro que no te soy del todo indiferente, es la mitad de lo que yo, vale la pena intentarlo. Por favor, di que me aceptas y casémonos de nuevo.

Amy no podía creer el cinismo de André. Con memoria o sin ella, era insultante el que pretendiera retornar a donde lo habían dejado. La rabia acumulada explotó. ¿Decirle que la amaba? ¿Pedirle que se casaran? ¡Eso era demasiado! Tenía que ponerle un alto a ese hombre cuanto antes.

—André, tú y yo no podemos casarnos, ni ahora ni nunca.

—¿Por qué? ¡Dame una buena razón! —gritó exasperado.

—¿Te parece suficiente el que estés casado con otra? —estalló.

Capítulo XXV

Aunque aún no recordaba, a André, la sola idea de no estar cerca de ella le parecía de lo más absurda e increíble.

—¿Qué? ¿Yo no...? —No podía aceptar que hubiera sido capaz de cambiarla.

—Solo porque sé que no estás bien y por respeto a mis hijos, te he dejado permanecer en mi casa, pero escúchame bien, André, si quieres continuar aquí y que todo siga en armonía, no vuelvas a tocarme y, menos aún, besarme. ¿Entendiste?

Amy lo fulminaba con la mirada y eso lo hería de muerte.

—Amy, en verdad lo siento —intentó salvar la distancia que los separaba, pero ella dio un paso atrás para dejarle claro que no deseaba su cercanía—. Al menos explícame qué hice para llegar a esto, para que dejaras de quererme. ¡Dímelo! Necesito entender —pidió casi a gritos.

Amy lo miró con frialdad. Las heridas de guerra que creía cerradas habían vuelto a sangrar, recordándole el cruel camino de espinas recorrido.

No, no quería que regresara el pasado a atormentarla, era verdad; ella lo había perdonado, incluso no le guardaba rencor, pero, de ahí a volver con él, había un abismo de diferencia; el motivo era simple: ya no se visualizaba junto a él.

—No veo caso hablar de lo que ya pasó y no tiene remedio. De corazón, te he perdonado, eso es lo que en verdad importa, pero no me pidas que vuelva contigo porque no puedo.

—¿Por qué? ¿Dame un motivo de peso?

—Simple, ya no me visualizo junto a ti en ninguno de los sentidos.

—¿Estás segura? Hace un momento, tu cuerpo me dijo lo contrario.

—La química entre nosotros siempre fue buena, sin embargo, no basta. El amor que tenía por ti lo mataste. Ahora es solo un bonito recuerdo de algo que ya fue.

—No te creo.

—Piensa lo que quieras. Con el tiempo te convencerás de que es verdad.

André sintió como si le clavaran un puñal en el pecho. Amy, su Amy lo había olvidado. Ella lo miraba con frialdad y lo trataba con educada cortesía. No se necesitaba ser un genio para ver que solo era tolerancia la amabilidad que tenía con él.

De pronto sus ojos del color del jade, tan puros, tan llenos de amor por él, aparecieron en su mente. Como si ese recuerdo trajera a otro y este a otro y a otro, el lienzo comenzó a tomar color.

Se dejó caer de golpe en el sillón porque un mareo, acompañado de un insoportable martilleo en las sienes, lo atacó. Se tocaba con los dedos las cicatrices en su cabeza, como si así pudiera recordarlo todo.

Miles de imágenes, emociones, todo poco a poco volvía a su mente mientras él gemía de dolor. Sentía que la cabeza iba a estallarle.

—¿André? ¿Estás bien?

—No. —De pronto, todo se volvió negro y paz absoluta.

Amy se apresuró a buscar el botiquín de primeros auxilios y en unos minutos logró que André volviera en sí.

Cuando abrió los ojos, André estaba recostado en el sillón. El retumbar en su cabeza había

disminuido, el dolor era tolerable.

Lo recordaba todo: sus años de matrimonio, los momentos de pasión en su alcoba, el nacimiento de sus hijos... En un momento dado, las imágenes se tornaron diferentes; ya no eran más aquella familia unida y feliz.

Comprendió con toda claridad que la traición a los suyos marcó el inicio de una vida distinta; una en la que el divorcio con Amy y la boda con Cindy habían cambiado el rumbo de sus vidas para siempre.

Como parte de las revelaciones, evocó con horror los dos años que pasó junto a esa bruja, el engaño de esta y el accidente.

A su mente llegó, como entre sueños, el rumor de palabras: «Por qué no te largas de una buena vez al infierno, ¡maldito vejete!».

Avergonzado, rememoró el día en que Amy lo descubrió con Cindy en su despacho. La mirada color jade reflejaba dolor infinito. Admiró a su mujer por la entereza que mostró al mantenerse calmada ante una situación de lo más apabullante.

Lo había destruido todo con su engaño, no quedaba nada para él. A su mente acudía una y otra vez el dolor pintado en el hermoso rostro de la que fue su primera esposa.

Reconoció con amargura que en ese tiempo estaba tan hechizado por Cindy, sumido en su arrogancia de macho semental, que no había visto con claridad nada a su alrededor.

«Ya entendí, sin segundas oportunidades».

Esas palabras atormentaban su cerebro. Al fin, el peso real de ellas cayó sobre su consciencia. Qué estúpido fue al no comprender en su momento que esa condena que él mismo impuso sería su propia sentencia a muerte.

Amy se lo acababa de recordar sin vacilación alguna: «Sin segundas oportunidades».

Como si se tratase de una película en la cual él era solo espectador, la vio partir de su despacho destrozada, mientras ese hombre, al cual no reconocía como sí mismo, la dejaba marchar sin el menor remordimiento. Se odió por eso.

Con toda razón la vida había tenido que darle un ultimátum. Se había convertido en un ser autoritario, arrogante y sin escrúpulos. Un hombre acostumbrado a que con su dinero y poder podía conseguir lo que le diera la gana. Una persona a la que no le importó destruir su familia con tal de satisfacer sus más bajas pasiones, para estar con una mujer que lo hacía sentir joven y cuya falsa belleza incrementaba su ego.

La certeza de que quizá nunca podría recuperar lo que despreció fue el tiro de gracia, sin embargo, no podía resignarse. Era un guerrero nato, siempre había luchado por lo que deseaba y lo que más anhelaba era recuperar a Amy. Si para permanecer en su casa tenía que fingir no recordar, lo haría.

—¿Estás bien?

La fría amabilidad de ella lo exasperaba.

—Sí, es solo un dolor de cabeza. Gracias por preocuparte. —Forzó una sonrisa.

Amy se levantó de su lado y se dirigió a poner la botella de alcohol junto a los demás enceres del botiquín. La observó en silencio y la admiró por su gran valor. Ella había tomado las riendas de su vida y, pese a toda adversidad, había salido victoriosa. Era una mujer plena, se notaba en todo. Admitir que su mujer estaba mejor sin él, dolió hondo.

Habían pasado varios días desde el incidente del beso; André había cumplido con su palabra a medias, porque, aunque no había vuelto a besarla, sí la abrumaba con su presencia y cercanía. No perdía oportunidad de hacer reaccionar su cuerpo con toques y caricias que podrían

considerarse accidentales o inocentes, mas Amy sabía la verdad, él se lo había dicho: «Voy a recuperarte».

La situación entre ellos era tensa; entre los celos de William y la insistencia de André, estaba como una olla de presión que en cualquier momento explotaría. Pero ¿qué podía hacer al respecto? ¿Cómo podía echar a André de su casa sin confrontarse con sus hijos?

Como si sus preguntas obtuvieran respuesta; esa mañana, durante el almuerzo, André hablaba con sus hijos sobre una idea que se le había ocurrido: pretendía que se fueran los cuatro de viaje.

Alexia y Eros mostraban entusiasmo ante la posibilidad; cuando sonó el timbre de la calle, Amy se adelantó a abrir, deseaba huir de esa encerrona. André era un manipulador profesional, no en vano era tan buen abogado, sin embargo, ella también era una buena negociadora y ni loca aceptaría irse con él. Por muy «familiar» que quisiera catalogar el viaje.

Aunque había tratado por todos los medios de persuadir a William para que no se presentara en su casa, él estaba allí y la miraba con verdadera adoración.

No podía resistirse a esa fiera mirada que le desnudaba el alma. Ante Will, su voluntad se disolvía, por eso no lo detuvo cuando la rodeó con sus poderosos brazos, la apretó a su cuerpo y la besó con desesperada urgencia.

André, al escuchar una voz masculina en la puerta de su hogar, se asomó al pasillo, necesitaba saber quién era el intruso que irrumpía en su santuario familiar. Se llevó la sorpresa de su vida al ver a ese tipo besando a Amy de manera posesiva. Lo que más lo descolocó fue el hecho de que ella correspondía sin reservas.

Se quedó helado un momento, pero de inmediato la sangre en sus venas comenzó a hervir al punto de ebullición que dan los celos.

En ese instante, Amy se apartó del tipo y André pudo verlo. Enfurecido y fuera de sí, avanzó hacia ellos con fuertes zancadas, ni siquiera se acordó que necesitaba del bastón. Tomó a William por las solapas de la camisa lleno de ira.

—¿Se puede saber qué haces besando a mi mujer, William? —rugió.

Amy lo miró pasmada.

—¿Lo conoces? —Luego reaccionó molesta al comprender lo que la aceptación de él implicaba—. ¿No se supone que no recuerdas nada, André?

Él no lo aceptó, pero tampoco lo negó.

—¡Eres un maldito mentiroso! ¡Has fingido todo este tiempo!

—Pues no soy el único. ¿Ya te dije este mequetrefe quién es su linda hermana? —La miró con fuego en los ojos, entonces se dirigió de nuevo a William—. No creo que le cause mucha gracia saber que eres hermano de Cindy, ¿o sí? —Volvió su atención a ella—. ¿Te habló de Sofia? Porque él siempre pregona que ella es y será la dama más importante de su vida.

Amy los miró estupefacta. Una vez más sus emociones habían sido severamente apaleadas. André recordaba todo y había fingido lo contrario sabrá Dios con qué propósito. William, ¿hermano de Cindy? Y ¿quién rayos era Sofia?

Dio unos pasos hacia atrás porque sentía que las piernas no la sostenían. William intentó abrazarla, pero ella se zafó.

—Amy déjame explicarte. Cindy es mi media hermana, pero juro que cuando nos conocimos no sabía nada. Me enteré de lo que ello implicaba después del accidente, el día que te pregunté por André, ¿recuerdas? —Amy permaneció en silencio—. Lo deduje atando cabos y, en cuanto a Sofí, tenía..., tengo que protegerla. —La miró a los ojos suplicante—. Por favor, escúchame, quise hablar contigo, que lo supieras por mí, pero nunca parecía ser el momento adecuado...

Amy reconoció que, en el último tiempo, él había dicho en variadas ocasiones que quería tratar con ella un asunto muy serio, al menos en ese aspecto, podía otorgarle el beneficio de la duda.

—Bonita, tienes que creerme; nunca te engañé, lo que hay entre nosotros es genuino. Desde el primer día que trabajamos juntos lo supe. —William tomó las manos de su amada, y el que ella lo mirara con desconfianza le partía el corazón. Intentó abrazarla una vez más y, para su sorpresa, Amy no se apartó.

André se puso como loco al ver que Amy cedía ante su rival. Con suma brusquedad, agarró a William de la camisa y lo apartó de ella, no sin derribarlo con un fuerte golpe en la mandíbula, pues recordó las conversaciones sostenidas con él, sin sospechar que la mujer de la que tanto le hablaba era su Amy.

William se puso en pie y con el dorso de la mano limpió la sangre que salía de su boca y nariz. Estaba decidido a confrontarse con André.

Amy observó a ambos y se sintió en medio de dos gallos de pelea, lo cual, lejos de halagarla, solo la molestó.

—¡Se calman los dos! William necesito estar sola y pensar en todo esto, es mejor que te vayas. —Ante sus palabras, André miró a su rival con gesto de triunfo, por lo que Amy se apresuró a desengañarlo—. Y, en cuanto a ti, te quiero fuera de mi casa ahora mismo.

Se alejó de ellos a pesar de sus llamados y protestas. No miró hacia atrás ni paró hasta internarse en la paz de la habitación que compartía con Alexia.

Una vez a solas, los hombres se miraron con ira. André le hizo señas para que salieran. Con todo el alboroto, sus hijos habían abandonado la paz de la cocina y los miraban expectantes.

Alexia, después de fulminar a su padre con mirada furibunda, subió tras su madre. Eros solo le dijo:

—Eres de lo peor, papá. Me decepciona ver que a pesar de todo no has cambiado.

—Escucha, hijo.

Eros movió la cabeza de un lado a otro en negación.

—Estoy de acuerdo con mi mamá; es mejor que te vayas. —Se dio media vuelta y se fue.

William fue el primero en hablar.

—No tenías por qué mencionar a Sofía.

—Amy tiene derecho a saberlo.

—¡Ja! Lo único que querías era ocasionar problemas. Deja de actuar como el marido ofendido, de sobra sé que Amy ya no es tu mujer.

—Eso es algo temporal.

—Lo dudo. Ahora ella y yo estamos juntos. Lo sabes desde hace tiempo, te lo dije antes del accidente, ¿recuerdas? Oh, sí, claro que ya recuerdas —se mofó.

André lo fulminó con la mirada. Su cuñado le había contado en su momento que la mujer de sus sueños por fin le correspondía. Incluso habló de matrimonio.

Apretó los puños. No podía pedirle que se alejara de Amy, porque, como bien lo acababa de decir su rival, no tenía ningún derecho sobre ella; los perdió al dejarla y casarse con Cindy. Entonces recordó esa bruja.

—Dime, ¿dónde está la zorra de tu hermana?

—Yo qué voy a saber. Hace meses que no la veo, además, te recuerdo que no soy su niñera. De sobra sabes que la relación entre nosotros nunca ha sido muy buena que digamos.

—Me imagino que también sabes que se largó con su amante.

—Sí, me enteré por tus hijos.

—Voy a ir directo al grano, quiero recuperar a Amy y te lo digo de frente, como caballero. Esto es guerra, William, espero que seas lo suficientemente hombre como para pelear limpio y sin reveses.

—¿Así como acabas de hacerlo tú, André? —se burló—. No confío en ti.

—Pierdes tu tiempo.

—¿Eso crees? Amy jamás regresará contigo. ¿Acaso no lo comprendes? La destruiste por completo, le costó mucho levantarse y olvidar. ¿Cómo pretendes que te dé la oportunidad que tú mismo le negaste? —A pesar de que el destino, con una jugarreta cruel, los había colocado en el sitio de rivales, William guardaba cierto afecto por el amigo que encontró en él cuando llegó—. André, sé que ella te perdonó, pero lo hizo porque no quería seguir cargando con rencores ni atada al pasado, sin embargo, eso no te da ninguna ventaja. Te advierto que no pienso hacerme a un lado; si ella me acepta, no la dejaré jamás. —Se marchó sin mirar atrás.

André lo miró alejarse sintiéndose derrotado. William tenía razón, había perdido a Amy; aun así, no se resignaría. Tenía que intentarlo hasta morir, porque solo muerto dejaría de luchar por su amor.

Amy no podía creer lo que había pasado. André seguía siendo un arrogante y manipulador, al cual no le importaba nada excepto salirse con la suya. Y William, ¿cómo era posible que fuera hermano de la mujer que tanto daño le había hecho? Además estaba lo de la tal Sofia, ¿quién era ella?

«¡Dios! ¿Por qué la vida tenía que complicarse tanto?».

Alexia llegó casi de inmediato y la consoló en silencio. Amy estaba confundida, no sabía qué hacer.

—¿Quieres contarme qué pasa por tu linda cabecita, mamá?

—No sé qué pensar. Ya no sé ni lo que siento. El muy cínico de tu padre me pidió que nos casemos de nuevo. ¿Puedes creerlo? ¿Cómo si no hubiera pasado nada? —Caminaba de un lado a otro—. Y luego está el hecho de que lo recuerda todo y fingió que no, sabrá Dios con qué propósito.

—Está más que claro, mamá. Lo hizo por ti, porque se ha empeñado en recuperarte. —Sonrió.

—Si así fuera, eso no lo justifica. No quiero ni imaginarme desde cuándo nos está manipulando —alegó furiosa.

—¿Y Will? ¿También le vas a aplicar la de «sin segundas oportunidades»? —Alexia esperaba expectante su respuesta.

Amy paró en seco. No había caído en cuenta de que se estaba portando muy egoísta con Will al no darle lugar a réplica. Alexia tenía razón; a ella André le negó ese derecho y le costó muchas lágrimas, dolor y sufrimiento reponerse de los *hubieras* y *porqués*. Will merecía la oportunidad de ser escuchado.

—Voy a hablar con él, pero no en este momento. Necesito pensar. ¿Sabes? justo ayer Will me pidió que formalizáramos y, si soy honesta, en varias ocasiones intentó hablar conmigo, sin embargo, siempre había alguien o algo que nos interrumpía. Al menos en ese aspecto él sí dijo la verdad.

—¿Formalizar? ¿Qué le dijiste?

—No alcancé a contestarle porque le llamaron del despacho por una urgencia y tuvo que marcharse. Se fue con un *lo pensaré*.

—¿Y lo has estado haciendo?

—¿El qué?

—Pensarlo.

—Sí.

—¿Y?

—No lo sé.

—¿Lo que pasó hoy cambia en algo tu decisión?

—Tengo tantas cosas que pensar —gimió—. Will es joven y quizá quiera hijos y yo no puedo dárselos; después de que nació Eros, me hice la cirugía. —Se detuvo delante del ventanal—. Hay muchos puntos que tratar, conversaciones sin entablar, tanto por decir. —Soltó el aire, pues sentía un gran peso sobre sí.

—Al parecer, vas a tener que hablar con él largo y tendido —Alexia quedó pensativa—. En cuanto a papá, ¿de verdad ya no sientes nada por él?

—No.

—Sé que lo que hizo es para que lo odies por lo que te reste de vida, pero ¿de plano no existe una posibilidad para ustedes?

—¡No! —fue contundente. —Qué fácil, ¿no? Disfrutó de lo lindo con esa mujer y, cuando ella se cansó de él, regresa diciendo que me ama y me pide la segunda oportunidad que él mismo me negó. Luego toda esta manipulación. ¿Cómo espera que le crea? No me mires así, jovencita —dijo al ver la cara de incredulidad de su hija—, no es por venganza por lo que no quiero volver con él. Tu padre fue el amor de mi vida, pero eso ya pasó.

—¿No queda nada de nada?

—No. Contra mi voluntad me vi en obligada a dejarlo atrás. Aun en contra de mis deseos, tuve que matar ese amor que me estaba quitando la vida, asesinándome poco a poco con su traición e indiferencia.

—¿En verdad ya no sientes nada por él?

—No sé qué es lo que siento, pero sí sé con exactitud lo que no es y, créeme, no es amor. De eso estoy segura.

—¿Y Will? ¿Qué sientes por él?

—No sé, estoy muy confundida. Solo sé que a su lado me siento viva, protegida. Él me hizo sentir de nuevo una mujer completa, deseada. Somos compatibles en tantas cosas, pero al mismo tiempo diferentes. Siento que me complementa y pensar no volver a verlo me parte el alma.

Alexia soltó el aire.

—Te espera una decisión difícil. Ni yo ni nadie puede ayudarte; esta vez tienes que afrontarlo sola.

—Lo sé. Qué patética debo parecer; a mi edad y con estas cosas.

—Al contrario, mamá, qué romántico tener a dos hombres que disputan tu amor. —Se levantó para marcharse—. Te dejo para que pienses y si me necesitas solo llámame. Voy a asegurarme de que papá obedezca y se marche de aquí. —Salió después de darle un beso en la mejilla.

Capítulo XXVI

André empacó sus cosas y derrotado regresó a su mansión. La casa nunca le pareció tan grande y, sobre todo, vacía.

El personal lo recibió expectante. No sabían si serían despedidos o qué pasaría con ellos.

Después de instalarse en su nueva realidad, en la cual la soledad era su única y fiel amiga, André se entregó a la bebida por varios días. Los recuerdos lo atormentaban sin cesar.

Pasó por todos y cada uno de los estados emocionales. En algunas ocasiones lloraba, otras, reía histérico y, otras tantas, rompía y destrozaba todo a su alrededor. Después se quedaba dormido y su fiel mayordomo lo llevaba a su elegante y vacía cama.

Ese día, antes de marcharse de casa de Amy, él había subido a la habitación de su exmujer para disculparse e intentar arreglar las cosas. Sin querer escuchó parte de la conversación que ella sostenía con su hija, Alexia.

Los recuerdos dolían en demasía y atormentaban su cabeza; en ella retumbaban las palabras de Amy cuando admitió rotunda y categórica ya no amarlo. Eso lo derrumbó.

Escuchar que dijera sentirse completa y feliz con William fue un golpe mortal para él. Al menos ese imbécil tenía esperanzas, pues Amy estaba dispuesta a escucharlo y, por lo visto, a él no.

«Sin segundas oportunidades». Esa frase vagaba en su mente, torturándolo sin parar.

Amy pasó un par de días reclusa en su casa, no tenía ánimos de trabajar y enfrentarse al mundo con una falsa sonrisa y modales refinados. Aun así, estaba pendiente de lo importante y más urgente.

Por supuesto que no había contestado las llamadas de William, aún no estaba preparada para escucharlo, aunque sabía que tenía que hacerlo. Tomó una hoja en blanco y una vez más recurrió a su entrañable amiga:

Querida Yo:

Estoy dividida en dos. ¿A qué me refiero? El amor es un tirano manipulador que disfruta con el sufrir de sus víctimas.

Qué sorpresas tiene la vida y qué caprichoso es el destino. Pensé que jamás volvería a escribirte y aquí estoy, una vez más pidiéndote consejo, pues solo tú me conoces bien.

André fue el primero, el amor de mi vida. Creí que tenía claro lo que sentía por él o, más bien dicho, lo que no, sin embargo, después de tenerlo en casa y de aquellos besos tan suyos, he de admitir que lo extraño.

Sí, lo sé, estoy loca, porque basta que piense en Will y mi mundo se trastoca. No necesito decirte los detalles, pero a su lado me siento capaz de comerme la luna. Cada momento con él es excitante y nuestra relación es tan buena que me da miedo.

Sueno como una cobarde, pero esa es la más absoluta verdad; tengo miedo a equivocarme, a volver a confiar.

Estoy tan cansada de pensar...

Extraño la presencia de André en esta casa, su risa y ver a mis hijos charlar con él; en contraparte, cuando imagino mi vida sin Will, siento que todo se derrumba.

¡Oh, Dios! ¡No me visualizo sin él!

Querida Yo, esto que siento ¿será real y no efímero? ¿Será posible? Aunque reconozco que estos días sin verlo me han parecido años.

¡Que me cuelguen! Por fortuna, a ti sí te puedo decir: ¡Lo necesito! Necesito de sus besos, su ácido sentido del humor y esa sonrisa de hoyuelos que me trastoca el alma.

Es tanta la falta que me hace que hasta deseo pasar por alto su parentesco con esa mujer y dejar el pasado atrás.

¿Por qué crees que sea sensato dejarme guiar? ¿Por el corazón o por la razón?

Tengo miedo a equivocarme; la traición de André marcó algo en mí para siempre, me volvió desconfiada y un tanto precavida.

Aunque, por otro lado, el que no arriesga no gana. Juré que nunca más sería un cobarde, así que a luchar por lo que quiero.

André siempre será alguien especial en mi vida, sin embargo, Will es mi presente.

Querida Yo, seré cauta, lo prometo. Le apostaremos de nuevo al amor y que sea lo que Dios quiera...

William estaba desesperado, se había enamorado como un colegial y el destino lo había puesto en una encrucijada increíble, la cual no dejaba de dar sorpresas.

En ese momento paseaba en la sala de urgencias de un hospital como felino enjaulado.

Cindy y su amante habían sufrido un accidente en motocicleta. El tipo iba jugando carreras y, en una curva, los embistió un camión de frente. Según lo que le había dicho el policía que dio fe de los hechos, el joven murió en el lugar. Cindy fue llevada al hospital en estado crítico.

La espera del parte médico sobre la intervención quirúrgica de su hermana parecía no tener fin.

—¿El señor William Harper? —preguntó un hombre de bata blanca.

—Sí. ¿Cómo está mi hermana? —La angustia invadió su rostro.

La señorita sobrevivirá, pero —hizo una pausa—, no pudimos salvarle una de sus piernas, la cual quedó destrozada. Lo siento, señor Harper.

—¿Quiere decir que...?

—Hicimos todo lo posible.

—Le agradezco sus atenciones. Mi hermana es un tanto alocada, esto será muy duro para ella.

—Por desgracia, cada año son miles los jóvenes imprudentes que destruyen su vida por instantes de adrenalina y placer.

El galeno se alejó, William quedó consternado. ¿Cómo lo tomaría Cindy? Ella era demasiado vanidosa. ¿Lo soportaría?

En ese momento sonó su móvil sacándolo de sus aterradores pensamientos.

—¿Sí? —contestó sin mirar el identificador.

—*Hola, Will, soy Amy* —su voz sonó vacilante.

—¡Dios, Amy! No tienes idea de lo bien que me hace escucharte —soltó sin ocultar su sentir—. Bonita, ¿sería demasiado pedir que por el momento olvidemos todo y finjamos que todo está bien entre nosotros? Te necesito, amor, en verdad, no tienes idea de cuánta falta me haces en estos

momentos tan difíciles.

—*¿Qué pasa? ¿Estás bien? Me preocupas.*

—Es Cindy —contó lo sucedido.

—*¡Dios! ¡Qué terrible! Ninguna persona debería pasar por algo así. ¿Dónde estás?*

—En el hospital de Santiago.

—*Voy para allá.* —Colgó.

A William no le sorprendió la bondad de Amy. A pesar de ser la mujer a la que su hermana había hecho tanto daño, estaba dispuesta a correr a su lado para brindarle su apoyo.

Con su relación en la cuerda floja, no podía evitar preguntarse qué pasaría entre ellos. Lo que Cindy había hecho no podía tomarse a la ligera, por consiguiente, él tenía que cargar con culpas ajenas. Además estaba Sofía, no quería exponerla en vano.

—¡Hola! —No supo qué más decir una vez que la tuvo frente a él.

—Will, quiero disculparme por no haber tomado tus llamadas, pero necesitaba pensar...

—Lo sé, comprendo que esto es solo una tregua.

—Hablaremos cuando Cindy esté fuera de peligro.

William asintió y ella lo abrazó. Él le dio un tímido beso en los labios, ella le sonrió y solo eso bastó para sentirse aliviado.

Cindy hacía rabietas y estaba de un humor que el mismísimo Satanás saldría espantado. Will se armaba de paciencia y permanecía fuerte porque sabía que detrás de la puerta Amy esperaba por él.

En un par de semanas Cindy fue dada de alta. El médico que la trató recomendó dejarla interna en un centro de acogida especializado en tratar todo tipo de pérdidas físicas y emocionales. El estado mental de su hermana era muy frágil, por lo que William optó por aceptar la sugerencia del galeno.

La tregua había terminado y el momento de hablar estaba cerca. Amy lo había acompañado en todo momento, incluso cuando llevó a Cindy al lugar que el médico indicó, ella estaba allí, a la distancia, en su propio vehículo y sin hacer notar su presencia, sin embargo, ahí.

Habían quedado en un café en las cercanías del centro de acogida.

—Antes que todo déjame contar mi versión de los hechos.

William le habló de la promesa hecha a su madre y de la responsabilidad hacia su hermana. Amy entendió que, si quería algo con él, tenía que aceptar que Cindy era, y siempre sería, parte de sus vidas.

—¿Sabes que André aceptó hacerse cargo de los gastos del hospital?

—Es lo menos que podía hacer. Sea como sea, Cindy sigue siendo su esposa. —Amy dio un sorbo a su capuchino de moka.

—No por mucho tiempo; sigue empeñado en obtener el divorcio y, con todo lo que tiene para argumentar en contra de mi hermana, no creo que tarde mucho en conseguirlo.

—Qué triste, pobre muchacha.

—Duele admitirlo, pero ella se lo buscó. No quiso escucharme cuando le pedí que regresara a casa y que procurara arreglar las cosas con su marido. Ahora que quiere enmendar la situación, él no. El tribunal desestimó el alegato de mi hermana por invalidez, así que, si todo sigue como va, en poco tiempo André será un hombre libre.

—Lo hecho hecho está.

—Sí. —La miró compungido—. ¿Si André logra su objetivo, eso dónde nos deja?

—André nada tiene que ver en lo que decidamos sobre nuestra relación.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¿Entonces? ¿Aceptas seguir donde lo dejamos antes de todo esto?

—Sí...

William no perdió tiempo, se levantó de su silla y la besó en los labios con sentida emoción.

—Espera, jovencito, antes tenemos que dejar en claro varios puntos.

—Tú dirás, amor mío.

—Soy consciente de que la familia no se puede elegir, solo te toca y ya. Por mí no hay problema en que cumplas la promesa hecha a tu madre, comprendo que tu hermana viene incluida en el paquete, sin embargo, no esperes una relación cercana...

—Jamás te impondría su presencia.

—Gracias.

—No, gracias a ti por ser tan comprensiva. Eres una mujer admirable, Amy Parker, por eso y muchas cosas más, te adoro.

—Bien, aclarado el punto de tu hermana, existe uno más. Sé que aún eres muy joven y que quizás quieras hijos; debes saber que no puedo dártelos, me hice la cirugía después de nacer Eros.

«Llegó el momento de hablar de los hijos», pensó Will.

—Admito que me encantaría tener un bebé contigo, pero el que no sea posible no será impedimento para estar juntos.

—¿Estás seguro? Es una decisión muy importante como para tomarla a la ligera...

—Lo sé. ¿Te acuerdas que André mencionó a una tal Sofia?

—Sí.

—Bien. ¿Recuerdas que el día que te pedí que formalizáramos nuestra relación me preguntaste el porqué de mi cambio? Un día soy un hombre renuente al compromiso y al otro quiero el pastel, las flores y el esmoquin.

—Sí, pero no pudimos terminar la conversación porque te llamaron de urgencia.

—Voy a contarte el porqué y qué tiene que ver eso con Sofia.

Amy lo miró intrigada.

—Antes que todo no soy soltero, soy viudo. —Ignoró la cara de sorpresa de ella—. En cuanto vi a Nataly, no pude quitarle la mirada de encima, era una mujer preciosa. Una noche nos entregamos al amor de manera imprudente y ella quedó embarazada. No perdimos tiempo y la hice mi esposa. Éramos tan felices y ella me dio el mejor regalo de mi vida, mi hija Sofia. Ella es mi sol, lo es todo para mí y, como comprenderás, no podía exponerla a que conozca a cuanta mujer he salido.

—Comprendo.

—Hace tiempo que quería hablarte de ella. Si te parece, me gustaría presentártela de manera formal.

Amy abrió la boca, pero luego volvió a cerrarla. No sabía qué decir. ¡William tenía una hija y era viudo!

Will interpretó su silencio como rechazo.

—Sé que te he tomado por sorpresa, sin embargo, no quiero que te sientas comprometida a convivir con mi hija —le dijo indignado.

—No es eso. Admito que me has dejado perpleja. Jamás me imaginé que detrás de ese joven parlanchín, amante de la libertad y un poco alocado, hubiera una historia como esta. —Sonrió—. Y sí, me encantaría conocer a Sofí. Háblame más de ella.

Will le contó la forma trágica en que su esposa murió en un accidente de tráfico. A causa de un ebrio imprudente que se aferró a tomar el volante, su mujer perdió la vida cuando regresaba del supermercado.

—Para mí fortuna, ese día estaba en casa y me quedé al cuidado de Sofí, sino las habría perdido a las dos.

—Qué triste.

—Fue una época difícil. Tras la partida de Nataly, quedé devastado y al cuidado de una pequeña niña de meses de nacida, de la cual tenía que hacerme cargo solo. Ese es uno de los motivos por los cuales no pude negarle nada a mi madre; ella fue un gran apoyo en la crianza de mi hija, hasta hace dos años, cuando el cáncer se la llevó.

Y en cuanto a él, admitió que la muerte de su esposa fue un duro golpe, por eso blindó su corazón y nunca permitió a nadie entrar; sin embargo, Amy había vencido todos sus mecanismos de seguridad y logro infiltrarse.

Esa fue la conversación más profunda y honesta jamás sostenía por ambos. Pusieron todas las cartas sobre la mesa, miedos, expectativas, proyectos, dudas... Todo, pues de ello dependía su futuro.

*

Sofí simpatizó con Amy de inmediato y ambas se entendieron a la perfección. Sofía Harper era una preciosura de niña, que a sus ocho años era muy inteligente y vivaz.

André siguió entregado a la bebida y no parecía tener interés en vivir. Hamilton, su fiel mayordomo, se preocupó al ver que ni siquiera se ocupaba de su arreglo personal, menos aún del trabajo. Desesperado, decidió llamar a Amy; no sabía qué más hacer por su patrón.

En cuanto vio a André, Amy quedó impresionada. Ese despojo no era ni la sombra del hombre engreído y arrogante que fue. Su cabello y barba estaban crecidos y el aspecto físico deplorable. El despacho estaba destruido y todo batido. Olía a alcohol rancio y humo de cigarro.

—¡Dios, André! ¿Cómo puedes aguantar esta peste? —Tapó su nariz con un pañuelo que Hamilton le dio.

El hombre abrió las ventanas para permitir el paso de aire fresco.

—André, ¡ya basta! —le ordenó.

Él al verla se puso de pie tambaleándose.

—Amy, mi amor, volviste, ¡volviste! —Le quiso dar un beso, pero ella desvió el rostro.

—No estoy aquí por lo que piensas. Vine porque a pesar de todo me importas, eres el padre de mis hijos y no es justo que te hagas y les hagas esto —señaló firme.

André la miró derrotado, no tenía ganas de luchar, eso ella lo comprendía, sabía de sobra por lo que él estaba pasando, ya lo había vivido y era una experiencia terrible.

—André, necesitas ayuda. Aún eres joven y puedes con esto, de eso estoy segura.

—Sin ti no me importa nada —balbuceó.

—Sé que ahora lo ves todo negro, pero cuentas con tus hijos y, aunque no seamos pareja, estaré para ti.

—Eso no es suficiente. No quiero tu lástima.

—Créeme que te entiendo, ya pasé por esto y confía en mi cuando te digo que sí se puede salir adelante. Mírame, lo logré, aquí sigo.

—Entonces anda y lárgate a los brazos de ese... No te necesito —vociferó renuente.

—No quisiera, te lo juro, ser cruel, sin embargo, no puedo evitarlo. Hiciste de mí esta mujer,

me orillaste a convertirme en lo que ahora soy. ¿Entonces? ¿Cuál es tu asombro?

—Lárgate y déjame en paz.

—¿Quieres que te mienta? ¿No aprendiste nada con lo pasado? Y no me mires así —lo reprendió—, aunque quiera, no puedo amarte, no de la forma que tú pretendes. Discúlpame, pero no voy a darte falsas esperanzas solo para conseguir sacarte del atolladero. Tienes que ser valiente y tomar al toro por los cuernos.

—Para qué si ya no tengo nada, no tengo a nadie. Mírame, estoy solo, acabado...

—¿Para qué? Tienes dos hijos que te necesitan. Alexia cuenta con su padre para que la entregue en el altar. ¿Acaso olvidaste su boda?

—No.

—Bien. Lo primero, tienes que ducharte ya. Hamilton, ¿podría...?

—Por supuesto, señora.

El eficiente mayordomo siempre se adelantaba sus peticiones, esa era una de las cosas que más le gustaban de él.

Mientras André tomaba un largo baño, Amy habló con la señora Riviers, el ama de llaves. Esta le informó que estaban a punto de abandonar a su patrón, por lo que Amy les pidió paciencia.

—Sé que la situación se ha tornado difícil, sin embargo, André los necesita más que nunca. Ocupa tener consigo personas de su absoluta confianza, por favor, piénselo.

—Jaqueline, después de soportar a la barbie plástica, creo que podremos con lo que sea. —Sonrió Hamilton, su marido.

—Tienes razón, por fortuna esa mala mujer no va a volver. Después de tenerla a usted como patrona, es difícil que alguien esté a su altura, señora Amy.

—Sí, ha dejado muy alta la batuta —secundó el mayordomo.

—Son muy amables, pero creo que exageran.

—No, créame que no.

André había aceptado ir a terapia para comenzar el largo y duro camino de la aceptación y sanación espiritual.

Amy se despidió más tranquila al saber que los Riviers no abandonarían a su exmarido.

Capítulo XXVII

Alexia estaba por casarse, solo faltaba poco menos de un mes para la boda y ambas estaban de lo más atareadas con los preparativos. Sin embargo, hacía varios días que la feliz novia no se sentía del todo bien, entonces Amy decidió llevarla al médico.

—Señoras les tengo los resultados de los análisis y son buenas noticias. Alexia tienes un promedio de cuatro semanas de gestación —informó el médico con una amplia sonrisa.

Ambas quedaron mudas por un instante. Amy fue la primera en reaccionar.

—¡Voy a ser abuela! ¡Dios! Lizzy se volverá loca de emoción. No le permitas malcriar a tus hijos, eh.

En cuanto asimiló, Alexia sonrió emocionada.

—¡Qué alegría! Muero por contárselo a Vince. —Sacó el móvil—. Ya imagino a la tía Lizzy, cuando lo sepa, se pondrá igual que tú, mamá.

Salieron de la consulta exultantes de alegría; como Vincent no contestaba al teléfono, Alexia decidió que fueran directo al despacho para darle la noticia en persona.

Vincent acababa de llegar de una larga audiencia cuando su secretaria le informó que tenía visita.

En cuanto se enteró del feliz acontecimiento, tomó a Alexia en brazos y loco de alegría la besaba una y otra vez mientras Amy los contemplaba en silencio.

Por mera casualidad, William llegó en ese momento; Vincent le dio la noticia y ambos se abrazaron emocionados.

Alexia se quedó con Vincent, pues tenían mucho que celebrar. El chico pretendía llevarla a comer a un buen restaurante.

William acompañó a Amy al auto, no podía marcharse con ella porque aún tenía un par de citas que atender.

Mientras se dirigían a la salida, Amy le contó de la visita que había hecho esa mañana a André, también le habló del deplorable estado en que lo encontró.

—Ahora más que nunca necesita apoyo. ¿Te molesta el que haya ido a verlo?

—No —William fue sincero—. Sin embargo, creo que no deberías estar tan cerca de él, André podría malinterpretar tu interés y hacerse falsas ilusiones.

—Lo sé, también lo pensé, por eso estaré al pendiente, pero desde las sombras.

William la besó con todo el amor que sentía por ella. Cada vez la admiraba más. Amy tenía un gran corazón y, por loco que pareciera, se lo había dado a él.

*

El día de la boda llegó; Alexia estaba hermosa. André lucía gallardo y muy atractivo en su impecable esmoquin. Cuando entregó a su única hija, le dedicó unas palabras a Vincent y regresó a su lugar al lado de Amy. Por ser los padres de la novia, les tocó sentarse uno al lado del otro.

No se cansaba de mirarla, Amy estaba más hermosa que nunca, se la veía feliz. Muy a su pesar, tuvo que reconocer que William y ella se veían bien juntos.

Elizabeth, colgada del brazo de su marido, estaba plena y radiante. De vez en cuando se limpiaba una lágrima fugitiva.

Sofía no se apartaba de Amy, incluso tomó asiento a su lado, a pesar de que su padre estaba sentado un par de filas atrás.

Vince estaba fascinado; Alexia toda de blanco, con ese sencillo y bonito vestido, parecía una ninfa traviesa, su ninfa traviesa. Sintió su pecho henchido de orgullo al pensar que, por fin, ella sería suya para siempre y formarían la familia que tanto deseaba.

El banquete estuvo de ensueño y transcurrió en total armonía. Risas, música, baile. Otro exitoso evento más en el haber de Soireé.

—Amy, ¿puedo hablar contigo un momento? —André hizo una pausa y miró a William con humildad—. A solas, por favor.

William asintió y dijo:

—Iré a ver si Sofí necesita algo. —Luego se alejó dejándolos solos.

—Amy, antes que nada quiero darte las gracias porque a pesar de todo no me dejaste tirado como hice yo contigo. —Tomó aire—. También quiero despedirme.

—¿Qué?

—Me voy a trabajar un tiempo a Australia. Necesito cambiar de aire y estoy seguro que la distancia ayudará a encontrarme de nuevo, a sanar las heridas. —La miró como si quisiera grabarla en su memoria para siempre.

—Te felicito. Estoy segura de que pronto saldrás de esto. Estarás bien. —Sonrió—. Eres un roble, ¿recuerdas? —bromeó.

—¿Me permitirías abrazarte? —pidió con semblante triste.

Amy asintió y se despidieron como dos colegas, como dos viejos amigos que esperan reencontrarse algún día.

*

—¡Mira, mamá! ¡Ya llegó! —Alexia, emocionada, agitaba la revista que traía en las manos.

Amy la tomó. No podía creer cómo su vida había cambiado tanto, al grado de que aparecía en la portada de esa importante revista. Le dedicaron una entrevista bastante amplia.

Abrió el ejemplar y lo inspeccionó:

Modern Woman

(Reportera) —Antes que nada, quiero agradecer a Amy Parker por concedernos esta entrevista.

Para *Modern Woman* es muy importante reconocer a mujeres que, como ella, son fuente inspiración para las demás.

(Amy) —Al contrario, gracias a ti, a ustedes por considerarme una *modern woman*.

(R) —¿Quién es Amy Parker?

(A) —Una guerrera incansable, una sobreviviente a una guerra devastadora y muy cruel. Una mujer como hay millones, que lucha día a día por conseguir la plenitud.

(R) —¿Cómo te describirías en este momento?

(A) —Como una mujer realizada y en armonía.

(R) —¿Qué se siente ser reconocida como una de las mujeres más influyentes?

(A) —No lo sé, déjame preguntarle a una. —Risas—. La verdad es un honor para mí el que se me considere como una mujer que influye; esa es la coronación al esfuerzo realizado día a día.

(R) —¿Cómo has hecho para consolidar a Soireé como una de las mejores compañías en su tipo, desplazando, incluso, a tu antigua empresa?

(A) —Trabajando duro. Es maravilloso hacer lo que te gusta, y que además te paguen por hacerlo es un plus. Disfruto mucho el que nadie me ponga límites, así puedo ser yo misma y dejar que mi creatividad surja sin presiones ni recriminaciones por ser solo yo.

(R) —¿Cuál es la fórmula mágica?

(A) —No es cosa de magia, es algo más simple: muestro mis ideas; al final el cliente es el que decide.

(R) —¿Enemigo acérrimo?

(A) —El *hubiera*, el *quizás* y el *ya para qué*.

(R) —¿Arma ideal contra la adversidad?

(A) —Voluntad, paciencia y perseverancia. Dice un conocido dicho popular: «El que persevera alcanza».

(R) —¿Tu momento más doloroso?

(A) —Imagínate, ser despedida y descubrir el engaño de mi marido el mismo día. Eso es demasiado para cualquiera.

(R) —¿Cómo saliste adelante? ¿Cómo lo superaste?

(A) —¡Uff! Eso es un tema duro y muy difícil. Salir adelante ha sido uno de los mayores logros que he tenido hasta ahora, pero lo más difícil fue luchar contra mí misma. A veces dejamos que nuestra mente se vuelva nuestro peor enemigo y salir adelante requiere de aceptarse y perdonar. Incluso tomar terapia.

(R) —¿Acudiste a algún especialista?

(A) —Sí, mentiría si digo que el mérito es todo mío. Gracias a Dios, siempre conté con personas que me aman y brindaron su ayuda y amor incondicional todo el tiempo. Eso es vital para una rehabilitación.

(R) —¿Una rehabilitación?

(A) —Podría decirse que sí. Es un proceso en el que tienes que dejar atrás tus vicios y adicciones; no me refiero a tabaco, alcohol o algo así. Hablo de los apegos emocionales, que en ocasiones son más letales. Tuve que dejar atrás esa vida que creía perfecta, para afrontar nuevos retos. La vida es sabia y no se equivoca, me dio un ultimátum: o me quedaba sumida en el caos o me levantaba de mi autocompasión para salir adelante.

(R) —Es obvio que optaste por lo segundo.

(A) —Así es. No fue fácil, tuve que enfrentar mi pérdida, asimilar lo que no se puede cambiar y vivir mi duelo para después levantarme. Es necesario hacer una pausa para preguntarte qué sigue. ¿Qué es lo que quiero? Y lo más importante: ¿qué debo hacer para conseguirlo?

(R) —¿Crees en las segundas oportunidades?

(A) —Por supuesto. Sin embargo, no hay que atenerse a ellas porque en ocasiones no

llegan o simplemente no se dan.

(R) —¿Lo dices por tí?

(A) —Claro, habló de mi propia experiencia. Esa segunda oportunidad, a veces se me ha negado en otras no.

(R) —¿Cuál es tu motor en la vida? ¿Qué mueve a Amy Parker?

(A) —Mis hijos, Will, Sofí, yo misma, mi nieto, mi trabajo... —Rio—. Hay que echar mano de todo lo bueno que la vida nos regale.

(R) —A pesar de tu experiencia, ¿todavía crees en el matrimonio?

(A) —Por supuesto, no hay por qué ser pesimistas.

(R) —¿Te volverías a casar?

(A) —¡Dios, no! —Risas—. Es broma. Por el momento Will y yo estamos bien así. No lo sé, el tiempo lo dirá...

(R) —Hay personas que dicen que los cuarenta son la antesala de la vejez. ¿Qué opinas?

(A) —¡Qué cosa más ridícula! Aunque eso es cuestión de enfoques. Creo que hay que envejecer con dignidad, sí, pero eso no significa descuido. Hay que cuidar tanto el aspecto como la salud, tanto física como emocional. Verse bien no es un delito.

(R) —¿Estás en contra de las cirugías plásticas?

(A) —Para nada, siempre y cuando no se caiga en un abuso que termine por deformar a la persona. No hay que avergonzarse de las arrugas, más bien recordar que no vienen solas, traen consigo experiencia, triunfos, fracasos, alegrías y miles de vivencias, entre otros regalos que la vida otorga a lo largo del camino.

(R) —¿Cuál consideras que sea el prejuicio más peligroso?

(A) —El *ya para qué*.

(R) —Interesante. ¿Por qué?

(A) —Muchas veces nos dejamos influenciar por la sociedad y las opiniones negativas de ciertas personas, entonces, sin darnos cuenta somos arrastrados a la mortífera trampa del *ya para qué*: Ya para qué hago ejercicio, si mi cuerpo ya cambió. Para qué esto o aquello, si ya estoy viejo... ¡Por Dios! Viejos lo cerros y aun así cada año reverdecen.

(R) —El tema de la edad hoy en día es muy complejo.

(A) —Por supuesto. Puedo decirte que conozco muchos jóvenes viejos y muchos viejos jóvenes. La actitud es la diferencia. Las mujeres de hoy en día estamos revolucionando a la sociedad y haciendo historia. La revancha de los cuarenta está cambiando poco a poco el mundo.

(R) —¿La revancha de los cuarenta? Me gusta. ¿Has pensado en formar un movimiento y postularte como dirigente?

(A) —No es mala idea. —Risas—. Aún hay mucho por hacer en favor de la mujer. Alguien tiene que hacerlo, ¿que no?

(R) —Para finalizar, ¿qué le dirías a las mujeres de cuarenta o más?

(A) —Que no se dejen apabullar ni amedrentar por personas de mente cerrada y comportamiento arcaico. La sociedad está cambiando a pasos agigantados y cada vez somos más los que logramos poner un granito de arena para que así sea. Solo hace falta mirar a tu alrededor, cada vez son más las personas que triunfan a pesar de su condición física, sexual, la edad... En el mundo existen guerreros incansables que están haciendo historia: directoras de cine, doctoras, conferencistas, empresarias, amas de casa... cualquiera, donde sea.

»Cuando les digan que su momento ya pasó, recuerden que el momento es ahora y que cada día es una nueva oportunidad. Libérense de todo aquello que les estorbe y no las deje caminar hacia la plenitud. Hay que dejar la mediocridad y dejar de autocompadecerse. ¿No dice su eslogan que los cuarenta son los nuevos veinte?

(R) —Ni cómo negarlo. Por algo Amy Parker es símbolo de éxito. Queridas amigas, hagamos como ella y ¡unámonos a la revancha de los cuarenta!

FIN

*Delicada mas no endeble.
Bella criatura, ¿qué haces con tu risa?
¿Por qué esconder el sol tras las cortinas?
Tu blancura no es de porcelana,
sino de inquebrantable marfil.
Eres prosa exacta de versos exquisitos.
Dueña de la tentadora manzana
que en la garganta del alfarero habita.
Con la piel de la serpiente, un par de tacones hiciste y, desde entonces, el infierno llevas
a tus pies.*

Agradecimientos

Martha Susana, Adriana, Tere y Ana Marcela, con todo mi cariño y respeto. Gracias por confiarme su historia y prestarle a Amy su piel.

Roberto Orlando, Gina y Andrea, gracias por ser mi pilar, motor, casa, aliento... mi todo.

Madre, que en ti encuentro la mejor enseñanza, gracias por tu ejemplo.

Nota de la autora

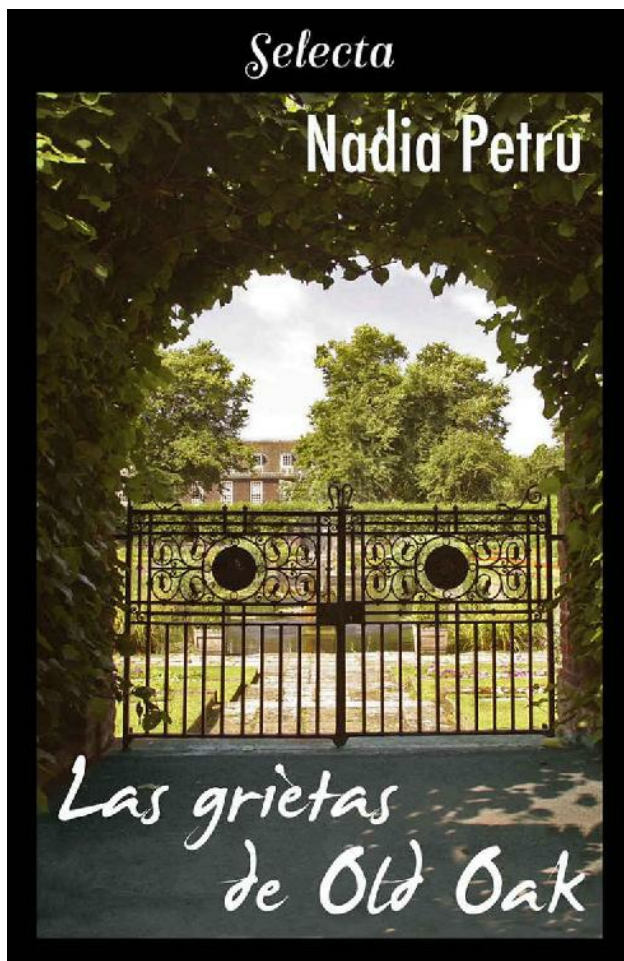
Para la realización de esta obra, me tomé varias licencias literarias, entre ellas el dar personalidad al pronombre *yo*, para convertirlo en la querida *Yo*.

También agradezco a la psicóloga Lorena Sánchez Negrete, al psiquiatra Jaime Alaníz y a la licenciada en derecho Sandra Arroyo Altamirano, por su apoyo y paciencia para soportar la extensa lata que les he dado.

La realización de una obra conlleva investigación y extensas horas de trabajo, por ello es una enorme satisfacción cuando un hijo literario llega a su culminación.

Fabiola Arellano

Si te ha gustado
Te voy a olvidar
te recomendamos comenzar a leer
Las grietas de Old Oak
de *Nadia Petru*



Capítulo 1

COMUNICADO DE PRENSA

La familia Parabel y la familia Dybron comunican la trágica muerte de Lauren Loise Parabel. El funeral será una ceremonia para los más íntimos. Anhelamos que se respeten nuestros deseos de privacidad y el luto que atraviesan ambas familias por la pérdida de un ser querido. No habrá más declaraciones que la presente. Muchas gracias.

El último adiós de Lauren se llevaba a cabo en la Mansión Old Oak en Martha's Vineyard, propiedad de la familia Parabel. Asistieron a la ceremonia el círculo íntimo para dar el pésame a los familiares. Cualquiera buen observador diría que fue poco concurrido para una mujer que contaba con decenas de amistades desperdigadas a lo ancho del globo.

El cuerpo de Lauren descansaría en el cementerio familiar, territorio sagrado católico. Lauren Loise Parabel se había cortado las venas en la habitación de un hotel en un pueblo en el sur de Francia. «Si Lauren se hubiera suicidado en la Edad Media, no podríamos enterrarla allí, el suicidio era considerado un pecado aberrante que manchaba de vergüenza a las familias», pensó Marion sintiéndose horrible por el rumbo que habían tomado sus pensamientos.

Su último adiós fue en Old Oak. Aquella mansión de playa en donde había compartido la niñez con su familia y a la que nunca había podido volver luego de la trágica muerte de su hermano. Esa era la primera vez en casi cuarenta años que Lauren volvía a Old Oak.

Carol era la más afectada de los tres hermanos Dybron. Era la flamante madre de un hermoso par de mellizos varones igualitos al padre. Hacía poco más de tres meses que había logrado ser madre luego de numerosos tratamientos de fertilidad. La maternidad había calado hondo en ella y había hecho que comprendiera menos aún la indiferencia de Lauren, su madre, para con ella y sus dos hermanos. Carol no lloraba por su muerte; no había llegado a conocerla. Lloraba porque no entendía el desprecio e indiferencia recibidas a lo largo de todos esos años.

Luego de que se fueran los asistentes y quedara el círculo íntimo, Marion Bellcap Parabel reunió a sus tres nietos en la biblioteca.

—Abuela, si estamos aquí por el testamento de Lauren no estoy interesado. —Jake era el primero de los tres hermanos en hablar—. Puedes donarlo a la fundación que más te guste y hazlo a nombre de Lauren.

—Jake, déjala hablar —interrumpió Matt a su hermano mayor.

—Quiero llevar a Arabella a navegar en el *Atonnia*. Le enseñaré algunos nudos y algo sobre los vientos. No quiero regresar de noche.

—Jake, Arabella apenas dejó los pañales —le recordó su hermana—. Eres el mismo insensible de siempre, no entiendo cómo hace Fran para tolerarte.

—Suficiente —exigió—. Jacob, cancela tus planes por el día de hoy. Lo que tengo para decirles va a llevarnos todo el día. Carol, componte. No pierdas la compostura, querida. Necesito que me escuches atentamente: es importante, y aclarará muchas de tus dudas. Matt, deja ese vaso en su lugar; son apenas las diez treinta de la mañana. No es hora del whiskey.

—Abuela, compartí dos horas con más de cuatro Dybron y tres Parabel a la vez, por supuesto que es hora del whiskey.

—Déjalo ya, Matt —lo reprendió Jake, y Matt dejó el vaso en la repisa.

—Es hora de que conozcan la historia de su madre —comentó. Clavó la mirada gris en el rostro de cada uno de sus nietos como retándolos a interrumpirla. Ninguno cometió ese error—. Merecen conocerla, y ella merece también que la entiendan. Pero para conocer la historia de su madre, deben de conocer la mía primero.

Fue así como comenzó el relato de su vida. Un camino surcado por desgracias y dolor, al igual que el de su hija.

Cuando Amy cree que todo es perfecto en su vida, el destino mueve los hilos a su antojo y hace que todo en ella se revolucione.



Amy Parker es una mujer que ronda los cuarenta años. Tiene un buen trabajo,

un marido amoroso y unos hijos maravillosos. Sin embargo, el mismo día en que es despedida, su esposo también la abandona.

Será allí donde ella deberá aceptar la jugada que le hace el destino, enfrentarse a sus miedos, luchar por seguir adelante y tomar una decisión que no será nada fácil.

La nostalgia la conducirá hacia el dolor y el anhelo que siente por el hombre perdido; la rivalidad la hará involucrarse en lo prohibido y en el despertar de su cuerpo largamente dormido; y un tercer frente la guiará hacia la pasión y a atreverse a desafiar los límites y los prejuicios.

Fabiola Arellano nació en Aguascalientes, México, en 1979. Estudió Informática, aunque su verdadera pasión siempre ha sido escribir. Trabajó en la radio, en el departamento de creatividad, diseñando campañas publicitarias y haciendo guiones para comerciales. Más tarde fue asistente de producción de un programa matutino en *Televisa Aguascalientes*, y posteriormente estuvo en la comisión de filmaciones. Y fue allí donde una compañera y amiga le preguntó si alguna vez había pensado en escribir como profesión. Y a partir de ahí inició su carrera como escritora.

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Fabiola Arellano

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Composición digital: leerendigital.com www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo VI

[1] Diminutivo de Vincent.

Capítulo IX

[2] Personaje femenino propio del folclore latinoamericano. Alma en pena de una mujer que asesinó o perdió a sus hijos, a la cual, como castigo, se la condenó a vagar eternamente en busca de sus vástagos. Cuenta la leyenda popular que quienes la han visto o escuchado, se estremecen ante su desgarrador lamento: «¡Ay, mis hijos!».

Índice de contenido

[Te voy a olvidar](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Fabiola Arellano](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)